

CUANDO LOS ESQUELETOS EMPIEZAN A SONAR EL
CAOS SE CONVIERTE EN MOTIVO

Daños del Sur

Travis
CASEY



*Trilogía de
Tyler's Trouble*

Los problemas continúan

SUR DAÑO

POR

Travis Casey

DAÑO MERIDIONAL
Escrito por Travis Casey

ISBN: 978-1548463908

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de propiedad intelectual.

Para solicitar permisos, póngase en contacto con
Travis Casey en traviscasey.com

Un agradecimiento especial a los amigos y editores que me ayudaron a dar forma al manuscrito.

Capítulo 1

Un eco de latón flotaba en el aire de Elton Park cuando la corneta tocó "Call to Post". Oscar Novak-Chambers hacía cola en una de las ventanillas de apuestas con dos sobres marrones lisos abultando los bolsillos interiores de su chaqueta deportiva Ralph Lauren de pelo de camello. Su estatura le permitía sobresalir unos centímetros por encima de la mayoría de los demás espectadores. Levantó el borde de su guante de conducir y miró la esfera negra de su Movado: las manecillas doradas indicaban que faltaban cinco minutos para el mediodía.

Inhaló. Estiércol de caballo aparte, le gustaba el aroma terroso del hipódromo. Olía a dinero. Los vestíbulos alrededor de las ventanillas de apuestas estaban llenos de caras esperanzadas. Los demás podían esperar todo lo que quisieran, pero Oscar estaba seguro. En poco más de noventa minutos, volvería a ser millonario. Y su padre nunca sabría que había vuelto a arruinarse.

Se rió para sus adentros cuando el hombre que tenía delante apostó diez pavos por el Lamb-loser de Jenny. Oscar no se daría la vuelta en la cama por diez pavos. Una vez que el tipo recibió su boleto de apuestas y se marchó, Oscar se acercó a la ventanilla y quitó un poco de suciedad del mostrador de madera desconchada con el dorso de la mano. Se metió la mano en el bolsillo interior izquierdo y sacó un sobre marrón. Lo colocó sobre el mostrador. Sacó otro idéntico del bolsillo derecho y lo puso encima del primero. Mantuvo una mano protectora sobre su apuesta mientras estudiaba el tablero de apuestas iluminado.

Rayo Azul - 19/2

Mostró su sonrisa de estrella de cine al empleado y anunció su intención con convicción. "Cien mil dólares a Blue Lightning en el uno treinta. Para ganar". Su refinado acento tenía un ligero toque sureño.

"¿Quieres apostar cien de los grandes a Iluminación Azul? ¿Para ganar?" El empleado negó con la cabeza. "Vamos, Oscar, contrólate. La última vez que estuviste aquí, dejaste caer cuarenta mil en un no-hoper".

Oscar se revolvió el pelo castaño hasta el cuello y agudizó el tono. "A ver si lo he entendido bien. Soy licenciado en psicología deportiva por la universidad de este magnífico estado. Mi familia tiene raíces hípicas que se remontan a mi tatarabuelo. Y me presento ante ustedes con cien mil dólares en metálico, queriendo hacer una apuesta basada en mi investigación y mi vasto conocimiento de la industria de las carreras de caballos. Y por si fuera poco, tengo suerte. Sin embargo, usted desea ofrecerme un consejo no solicitado". Oscar palmeó los sobres mientras miraba fijamente al hombre mayor. "Eres un empleado, Thomas. Tu trabajo consiste en aceptar el dinero sin ofrecer psicoanálisis. Si quieres dedicarte a la terapia, cómprate un sofá de cuero y una caja de Kleenex tamaño hombre".

Thomas se encogió de hombros. "Como quieras, pero no creo que a tu abuelo le impresionara mucho ver cómo lo desperdicias en apuestas arriesgadas después de todo el dinero que tus padres gastaron en educarte. ¿Y qué tiene que ver la psicología deportiva con las carreras de caballos? El señor Ed no corre".

Oscar empujó los sobres hacia él. "Coge el dinero, Thomas".

"Y eso es exactamente lo que estoy haciendo, simplemente tomarlo."

Thomas contó el dinero y le devolvió un boleto de apuestas a Oscar sin que ambos

intercambiaran una palabra más. Una de las cosas que Óscar odiaba de pertenecer a una conocida familia de corredores de caballos era que todo el mundo en la ciudad quería conocer tus asuntos. Y como Oscar pasaba mucho tiempo en el hipódromo, y otro tanto en la ventanilla de apuestas, gente como Thomas se consideraba parte de la familia y se sentía con derecho a entrometerse cuando le daba la gana.

Oscar cogió el billete y se lo metió en el bolsillo superior. Tiró de las solapas de su chaqueta y se alejó, dirigiéndose a la zona de asientos privados situada frente a la línea de salida/llegada. Mientras caminaba por la pasarela, una atractiva pelirroja le miró a los ojos y frunció los labios sutilmente.

Dudó. ¿Debía parar? ¿Invitarla a unirse a él? El pensamiento fue fugaz. Le guiñó un ojo, bajó la barbilla y siguió avanzando.

En esta ocasión, no llevó acompañante, pues sabía que iba a cobrar un buen dinero después de la carrera. La pelirroja, con sus uñas largas y pegadas, sus pechos artificiales y su falso bronceado, era una cazafortunas. Ciertas situaciones requerían previsión para evitar que cualquier mujer le clavara sus garras matrimoniales y le llevara al altar. ¿Cómo iba a deshacerse de una mujer que le había visto ganar un millón de dólares?

Se acomodó en el asiento rojo abatible y rebuscó en su bolsa de lona a rayas marineras y blancas, sacando una caja de Cracker Jacks y un par de prismáticos. No estaba tan cómodo como en el palco privado de la familia en Donnington Park, pero tenía que ir donde estaba el dinero, y esa tarde estaba en Elton. Había recibido el soplo de una de las fuentes mejor informadas del negocio.

Observó las primeras carreras con poco interés, contento con rebuscar en su caja de Cracker Jacks y sonriendo cuando sacó la novedad sorpresa del paquete: una herradura de juguete. La besó. "Sí, este va a ser mi día de suerte".

Oscar se retorció en su asiento mientras los caballos eran conducidos a la puerta de salida para la carrera de medio punto. Su ritmo cardíaco aumentaba con cada paso que daban los caballos hacia la línea que cambiaría su suerte. Cuando Relámpago Azul cruzara la línea de meta, ya no tendría problemas y podría volver a construir el campo de polo cerca de Cub Run, un proyecto que su padre le había confiado hacía más de diez meses.

Se llevó los prismáticos a los ojos mientras los caballos entraban en sus respectivas cuadras. La tensión nerviosa se filtró en su torrente sanguíneo.

Unos segundos después de colocar al último caballo en su sitio, sonó una campana. El aleteo de las puertas metálicas resonó en todo el parque cuando los establos se abrieron, liberando a los caballos. Las pesadas pezuñas golpearon la tierra cuando los purasangres se lanzaron a la pista. Los espectadores aclaman al caballo de su elección.

La voz por megafonía crepitó. "En la recta final, Blue Lightning, seguido por Widow's Child y Peabody, en una carrera de tres caballos".

Oscar apretó con fuerza los prismáticos mientras seguía a la manada por el otro lado de la pista. "Vamos, Relámpago Azul", instó, apretando los dientes.

Cuando los caballos doblaron la última curva y galoparon hacia la recta final, Blue Lightning mantuvo una estrecha ventaja.

Óscar apretó el pie contra el suelo de cemento como si controlara a Relámpago Azul a través de un acelerador. Se mareó cuando una oleada de adrenalina recorrió su cuerpo, creando un reconfortante estado de vértigo. Un millón de dólares dejaría boquiabierto a cualquiera, incluso a un ex millonario que se limitara a recuperar sus pérdidas.

Observó a través de los prismáticos cómo Widow's Child ganaba terreno a Blue Lightning.

Se bajó las gafas para ver cuánto faltaba para la meta. "Sólo un poco más, Relámpago. Vamos."

"Blue Lightning y Widow's Child, cabeza a cabeza, se alejan de Peabody", gritó el locutor.

Oscar se levantó de un salto. "¡Vamos, Relámpago Azul!", gritó con todas sus fuerzas.

Centímetros separaban a los dos sementales que lideraban la manada. De repente, Widow's Child giró bruscamente a la izquierda y chocó contra Blue Lightning. El caballo que iba en cabeza rebotó contra la barandilla interior de madera y volvió a chocar contra Widow's Child. El sonoro crujido de la madera y los huesos provocó una sensación de horror en todo el parque antes de que ambos caballos se estrellaran contra el suelo y los jinetes, ataviados con sus vistosas sedas, volaran por los aires hacia la pista. El ruido sordo de las masas de los caballos retumbó en los asientos de Elton Park. El público jadeó mientras los purasangres yacían revueltos, pateando sus poderosas patas para desenredarse sin éxito.

Una mujer gritó. Un niño lloró. Oscar miraba, horrorizado.

"¡Y es Peabody!", declaró el locutor.

Los jinetes se ponen en pie, se sacuden y miran a los caballos tendidos en la pista.

Un rumor estático de voces se instaló en el parque mientras los espectadores discutían entre sí sobre el desastre. El personal de emergencia se reunió alrededor de los caballos caídos. Se instalan pantallas de lona para proteger la actividad de los buscadores de sangre.

Oscar sacó el boleto de apuestas del bolsillo y se quedó mirando lo que podría haber sido. Una sensación de náusea le revolvió el estómago.

Se secó la frente con la manga de la chaqueta y volvió a mirar su futuro antes de romper el billete en jirones y verlos revolotear por el suelo.

Un millón de dólares en sueños y cien mil en efectivo en menos de dos minutos.

La vida tal y como la conocía: suspendida en el mejor de los casos, pero muy posiblemente acabada del todo.

Capítulo 2

Los pitidos electrónicos rebotaron en las paredes de hormigón cuando Oscar pulsó el botón y cerró la camioneta en el aparcamiento de su edificio. Se dirigió al ascensor y subió a la última planta.

En cuanto cruzó la puerta, se dirigió a la cocina y se sirvió un buen bourbon. Se quitó los zapatos y se llevó la copa al salón, hundiendo los pies en la alfombra blanca de felpa. Se detuvo ante el ventanal con vistas al río y a parte de la ciudad. Sólo llevaba allí unos meses y le encantaba la vista de las rápidas corrientes del caudaloso río Ohio que pasaba a toda velocidad por delante de su edificio, al otro lado de la calle.

Se crió en un rancho a las afueras de Louisville, pero se adaptaba mejor a la vida en la ciudad. Le gustaba tener la droga al alcance de la mano y el pecado a sus pies en las calles de abajo.

Disfrutó de la lenta combustión del alcohol de grano deslizándose por su garganta hasta la boca del estómago, calmando la ansiedad de perder otra montaña de dinero.

"Hola, Óscar", susurró una voz desde la esquina de la habitación.

Oscar se dio la vuelta, dejó caer su vaso y ensució la alfombra blanca con el líquido cobrizo.

Se quedó de pie con los puños cerrados. Sus ojos se movían en todas direcciones, buscando la voz y a la persona que estaba detrás de ella. Su mirada se posó en un hombre sentado en un sillón de cuero rojo en un rincón.

"¡Mierda!" Exclamó Oscar, bajando los puños amartillados. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Un hombre de unos cuarenta años, elegantemente vestido, estaba sentado en el sillón de cuatro mil dólares de Oscar, con aspecto relajado. Sujetaba un bastón negro con una mano en el centro del asta, haciendo rebotar el mango de bolas plateadas en la palma de la otra mano. Se perfilaba el labio con un fino bigote. Llevaba el sombrero de fieltro echado hacia un lado, apoyado en la ceja. Sonrió. "Si te he asustado, bien. Significa que no he perdido mi toque".

"¿Cómo demonios has entrado aquí?"

"Soy un hombre de muchos recursos. Ya deberías saberlo, Oscar".

"Por supuesto que sí. Entonces, déjame decirlo de otra manera. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?"

Louie Gómez se levantó, aumentando la fuerza de los golpes del mango del bastón en la palma de su mano. "Me debes dinero".

"No puedes hablar en serio. La carrera acaba de terminar hace unas horas".

Louie clavó la punta de su bastón en el pecho de Oscar, empujándolo hacia atrás e inmovilizándolo contra la pared. "Acordaste devolverme uno veinte después de la carrera. Como has dicho, la carrera ha terminado". Louie empujó el bastón contra el pecho de Oscar. "¿Dónde está mi dinero?"

"Esas eran tus condiciones, no las mías". Oscar apartó el bastón de su torso. "No te preocupes, te conseguiré el dinero. Sólo necesito un poco más de tiempo".

El extremo del bastón centelleó bajo la luz cuando el mango de bolas plateadas golpeó a Oscar en un lado de la cara, haciéndole caer al suelo.

Se tumbó boca arriba, sujetándose la mejilla palpitante.

Louie entrecerró los ojos. "Me importa un bledo quién diseñó el plan de pagos. Lo único que sé es que lo aceptaste y es hora de pagar". Empujó el extremo del bastón hacia la garganta de

Oscar. "Ciento veinte de los grandes, Chambers. Ahora."

Oscar agarró el bastón, evitando que la fuerza le perforara la laringe. "Mira, Louie, hubo un problema. La carrera estaba arreglada. Rayo Azul perdió".

Louie sonrió satisfecho. "No me digas."

Oscar sabía que Louie no bromeaba cuando decía que era un hombre de muchos recursos, pero había algo en su voz que no podía precisar. Lo que le sorprendió aún más fue lo rápido que Louie había aparecido para recoger el dinero. El *porqué* le enturbiaba la mente.

"Vamos a empezar de nuevo, ¿de acuerdo?" Louie dijo.

Oscar aceptó la mano extendida de Louie y, con un gruñido, se levantó del suelo.

"Derramaste tu bebida, Oscar. Te diré una cosa... ¿por qué no vas a la cocina y nos sirves a los dos un vaso del mejor Kentucky, y nos sentamos a charlar un rato?". Louie señaló el sofá en el centro de la habitación. "Quizá haya una forma de resolver esta situación sin que acabes con una placa de aparcamiento para minusválidos".

Hablaba con tanta gracia que Oscar a veces olvidaba lo despiadado que podía llegar a ser Louie. Era muy conocido en las calles de Louisville por su crueldad, pero Oscar pensó que había aterrizado en el otro lado de esa brutalidad. Hace poco más de un año, Louie y Oscar se sentaron en la misma mesa de póquer. Oscar perdió a lo grande contra un matón local en esa partida. Cuando no tuvo los treinta mil dólares en efectivo para pagar, el gamberro sacó una pistola y exigió el pago inmediato, o de lo contrario. Louie adelantó el dinero a Oscar, salvándole la vida. Oscar ganó un caballo tres días después y devolvió el préstamo con cinco mil dólares de intereses, lo que le pareció justo. También pensó que la transacción les había llevado a una relación armoniosa, pero aquel bastonazo en la cara le confirmó que Louie no tenía un lado más suave.

Debería haber hecho caso a su instinto y haber respetado la reputación de salvaje de Louie, pero estaba desesperado. Necesitaba mucho dinero rápido y tenía el mejor dato de la ciudad, que Blue Lightning ganaría seguro.

Oscar fue al armario de la cocina, pasó la mano por encima de la botella de Jim Beam y cogió la botella de Pappy Van Winkle's Family Reserve. Volvió al salón con dos vasos de cristal y la botella de bourbon de 140 dólares.

A Louie se le iluminó la cara cuando vio la etiqueta. "Oh, Oscar, sí que tratas bien a tus invitados, incluso a los que no has invitado". Pappy Van Winkle. ¡Qué delicia!"

"¿Por qué no tener lo mejor, verdad?"

Sirvió las bebidas y le dio un vaso a Louie. Después de darle una vuelta y un trago, Louie dejó escapar un placentero gemido de aprobación. "Maravilloso, simplemente maravilloso."

Oscar esperaba que su elección de whisky le permitiera escapar del encuentro con todos los dientes intactos.

Louie echó un vistazo al apartamento, perplejo ante los trofeos de carreras de caballos, algunos de golf y uno de bolos. "Veo que es un hombre con muchos talentos. Además de tu brillante atletismo, se dice que estás construyendo un campo de polo cerca del Parque Estatal Harris".

"Al sur de Cub Run, sí."

"Me parece un proyecto magnífico. Es justo lo que necesita este Estado: algo de refinamiento en el mundo del deporte. ¿Cómo va?"

"Genial. Tengo grandes planes..." Oscar se detuvo y exhaló pesadamente. "Es que... se está saliendo del presupuesto y necesito reponer algo de capital circulante. Para eso era el Rayo. Necesitaba esa victoria". Oscar ensayó su mirada de perrito suplicante, una táctica que utilizaba

con las mujeres con gran éxito. Quedaba por ver si funcionaría con el gángster más famoso de Louisville. El cabrón probablemente pateaba perros. "Dame algo más de tiempo, Louie. Una vez que el campo de polo esté en marcha, hará una fortuna".

"Me gusta tu optimismo, pero a mí me gusta que las cosas sean un poco más concretas... o incluso metálicas". La comisura de sus labios se torció en una sonrisa socarrona.

"¿Otra vez?"

Louie se arrebujo más en el sofá blanco. "El Parque Estatal Harris tiene una historia fascinante. Sé de buena tinta que hay algo de gran interés en ese terreno, pero pertenece al Estado. Sin embargo, linda con su propiedad. Quiero acceder a esa parte del parque, y tú vas a ayudarme a conseguirlo". Sacó del bolsillo interior de su traje un estuche plateado diseñado para guardar cinco puros. Abrió el estuche y le ofreció uno a Oscar.

"Te agradecería que no fumaras aquí".

"El aprecio está sobrevalorado". Louie sacó un encendedor Zippo y encendió una llama con un movimiento de la rueda, encendiendo el puro. El humo salió de su boca mientras miraba a Oscar.

Oscar se levantó del sofá, fue a la cocina y volvió con un plato desportillado a modo de cenicero improvisado.

Se acomodó en su asiento, cabreado porque Louie no respetara sus deseos ni su casa. "¿Y cómo esperas que te ayude?"

"Usted y su familia tienen un historial de buenas relaciones con la oficina del gobernador. No creas que ha pasado desapercibido. Creo que podría convencer a Su Señoría de que le conceda una nueva zonificación para su campo de polo que incluya una parte del parque estatal. Entonces me subarrendaría el terreno por una pequeña cantidad nominal -digamos, nada-, pero serviría para saldar su deuda. Y me darías acceso ilimitado a esa parte del parque. Creo que lo que busco está a unos pocos acres del límite de tu propiedad".

"Espera un minuto, no estarás sugiriendo..."

"Así es, no estoy sugiriendo. Estoy exigiendo. Mi área de interés colinda con su campo de polo, también conocido como el patio trasero de Oscar. Simplemente necesitas extender un poco tu línea de propiedad".

"¿Por qué no vas a buscar lo que sea que quieras ahora?"

"Porque si está donde creo que está, está en propiedad del estado. Y cualquier cosa en propiedad del estado pertenece al estado. Hay que encontrarlo en propiedad privada".

"A ver si lo entiendo. Quieres que vaya al gobernador de Kentucky y le pida dos o tres acres de un parque estatal porque quieres... ¿qué es lo que quieres?"

"Eso no te concierne".

"Ah, claro. Entonces, ¿se supone que debo ser delicado con el gobernador, y ni siquiera sé por qué o para qué?"

Louie echó ceniza en el platillo. "Llevo mucho tiempo en el negocio, Oscar. La regla número uno es no confiar en nadie. Lo que no sepas no puede usarse contra mí. Digamos que ayudarme te ayuda a vivir una vida larga y sin discapacidades".

"Oh, bueno, entonces eso es fácil. Oiga, Gobernador, ¿puedo tener unas cuantas hectáreas de terreno estatal para mantenerme fuera de los aparcamientos de minusválidos?". Sí, con eso bastará".

Louie sonrió ante el juego de roles de Oscar. "Un simple prado para excrementos de caballo para él, mi querido muchacho. Dile que lo necesitas para entrenar".

Oscar miró fijamente a su adversario. "Mira, Louie, eso es ridículo. En primer lugar, como

sabes, el gobernador Davenport acaba de ser elegido. Ni siquiera lo conozco". Se movió hacia delante, posándose en el borde del sofá. "En segundo lugar, mi familia sólo ha dado a los gobernadores consejos sobre carreras, ya sabes, a cambio de ayudar a eludir algunos trámites burocráticos de vez en cuando".

Louie masticó su puro. "A pesar de que me debes más de seis cifras, Oscar, me caes bien. De verdad que me caes bien. No me gustaría que te convirtieras en burocracia. Detesto la burocracia y tengo una extraña habilidad para deshacerme de ella por cualquier medio necesario."

"Te conseguiré el dinero, pero no puedo conseguirte trozos de un parque estatal. Eso es una locura".

"No quiero el dinero, Oscar. Relámpago Azul fue la respuesta a mis plegarias". Louie se tomó un momento para dar una calada a su puro antes de continuar. "Estaba pensando que tendría que organizar yo mismo una reunión con el gobernador e inventar una razón plausible para que me permitiera acceder al parque. No puedes imaginarte mi alegría cuando viniste a pedirme un préstamo, y mi euforia absoluta cuando dijiste que lo ibas a poner en un caballo. Tu estupidez provocó la desgracia de Relámpago Azul".

"¿Lo has arreglado tú?"

La sonrisa de Louie se ensanchó. "No sabes lo útil que es tener jockeys en nómina". La sonrisa desapareció. Sus ojos se entrecerraron. "No me subestimes, Oscar".

Estaba enfadado consigo mismo por acudir a Louie. Sabía que Louie tenía contactos en el mundo de las carreras de caballos, pero no creía que fuera a estrellar caballos. ¿Y qué era eso de la tierra? Oscar no estaba familiarizado con la forma de obtener la propiedad de tierras estatales. "Esto podría estar fuera del alcance del gobernador. ¿Quién demonios designa la propiedad estatal de todos modos?"

"Fina a quien tengas que hacerlo. No me importa cómo lo hagas, sólo hazlo". Louie se levantó y se bebió el resto de su Pappy Van Winkle antes de dirigirse a la puerta.

"¿Cómo voy a caerle bien al gobernador? No puedo darle información privilegiada si arruinas mis consejos sobre carreras y mi reputación".

Louie levantó el brazo y siguió caminando, sin mirar atrás. "No es mi problema". Abrió la puerta, gritando al salir. "Encuentra una manera, Oscar."

Capítulo 3

Tyler Chambers estaba sentado detrás de su escritorio de cuero en el estudio leyendo las páginas de las carreras. El rico techo de paneles de roble con falsas vigas añadía una elegancia aristocrática a la estancia, al igual que el suelo de madera pulida y los cómodos sillones de cuero de gran tamaño.

Su suegro le había inculcado la importancia de seguir a los caballos tanto por lo que aparecía impreso como por verlos en la pista. Y lo que Roscoe Novak no sabía sobre carreras de caballos no valía la pena saberlo. Tyler siempre había seguido los consejos de Roscoe con respecto a las carreras desde que se casó con la familia hacía veintisiete años. Las recompensas económicas por seguir ese consejo eran evidentes en toda la casa señorial.

Oscar entró en el estudio y se sentó en una de las sillas frente al escritorio de su padre.

Tyler golpeó el papel con el dorso de la mano. "¿Te lo puedes creer? Relámpago Azul se estrelló. ¿Cómo diablos puede chocar un caballo? Esto son carreras de caballos pura sangre, por el amor de Dios, no la NASCAR". Sacudió la cabeza, perplejo. "¿Habías apostado por él?"

Oscar se encogió de hombros, esperando que su padre no notara su incomodidad ante la pregunta. "Tuve un pequeño aleteo".

"Sí, su entrenador me dijo que Rayo estaba en su mejor momento, pero los corredores de apuestas no lo veían. Aposté mil dólares por él".

"Sí, escuché esa conversación", confirmó Oscar.

"¿Cuánto has perdido?"

"Más o menos lo mismo que tú, más o menos".

"¿Cuánto es 'más o menos'?", insistió su padre.

A Óscar no le gustaba mentir a su padre si no tenía que hacerlo, así que no lo hizo. "No es importante."

Tyler enarcó una ceja.

"Bueno, no tan importante como tu reunión con el gobernador. Vas a reunirte con él, ¿verdad?"

Tyler se recostó en su silla de respaldo alto. "Sí, lo veré el jueves. Diablos, doné cincuenta mil dólares a su campaña, así que debería conocerlo, ¿no?"

"¿Nunca lo habías visto?" preguntó Oscar.

"No, pero tu abuelo sí, cuando Davenport era alcalde, pero de eso hace mucho tiempo". Tyler acercó un bloc de papel y cogió un bolígrafo del portabolígrafos de mármol que había delante del escritorio. Garabateó una nota. "Tengo que investigar un poco para ver qué tipo de regalo debo llevarle. No quiero regalarle whisky si es un alcohólico en recuperación".

Oscar asintió con la cabeza. "¿Quieres pedirle algo en concreto?"

"No, todavía no busco ningún favor, sólo estoy engrasando la maquinaria. Pero" -Tyler se pasó una mano por el pelo castaño, ligeramente canoso- "el abuelo Roscoe cree que el Senado de Kentucky está intentando aumentar el impuesto sobre la bolsa del ganador de cada carrera. Dice que los propietarios ganadores pueden permitirse pagar un poco más. Pues yo digo que los senadores pueden permitirse morderme".

Oscar se balanceó hacia delante en su silla. "¿Así que vas a pedirle al gobernador que vete la ley?"

"Todavía no. Queremos algo más que el veto. Si vamos a conseguir cuatro años o más de

este tipo, tenemos que construir el respeto mutuo y la confianza. Conseguiré el veto, pero esto son sólo los preliminares".

Oscar miró a su padre a los ojos. "¿Tal vez podría ir a ver al gobernador en nombre de la familia?"

Tyler asintió lenta y deliberadamente. "Algún día, sí, pero el primer encuentro siempre es crucial. Será mejor que me dejes ésta a mí. Iré a sentar las bases".

Oscar miró fijamente a su padre. A veces, la mejor manera de desafiar a Tyler era con el silencio, ya que se sentía incómodo con la confrontación no verbal.

Tyler evitó su mirada, mirando las páginas de carreras repartidas por el escritorio. "Oh, vamos, no me mires así".

Oscar permaneció en silencio, con la mirada fija. Necesitaba aquella reunión.

La madre de Oscar, una mujer esbelta con un peinado pixie negro, entró corriendo en la habitación. "¡Tyler, mira!" Agitó un sobre sobre su cabeza. "Lo tenemos. Tenemos entradas para la exposición de Van Gogh en San Luis. Dios mío, no puedo creerlo. Estas cosas son como oro. Por suerte, papá conoce al senador, que conoce al gobernador de Missouri, que conoce al conservador del museo y... ¡oh, Dios mío!". Incluso a través de su excitación adolescente, una cierta sofisticación la acompañaba.

"Eso es genial, cariño", se entusiasmó Tyler. "Sé lo mucho que querías ir. Me alegro".

La sonrisa de Darcy Novak-Chambers creció mientras miraba los billetes.

Tyler se aclaró la garganta. "¿Cuándo es?"

"Jueves. Podemos ir el miércoles por la noche y alojarnos en ese elegante hotel con vistas al Mississippi. También podemos quedarnos el fin de semana mientras estamos allí. ¡Dios mío! No me lo puedo creer". Se dio la vuelta y salió de la habitación, lanzando un "Hola, Oscar" por encima del hombro mientras se marchaba.

"Adiós, mamá", gritó Oscar.

Tyler bajó la cabeza.

"Mamá está muy emocionada, ¿eh?"

"Sí."

"Jueves, ¿eh?"

"Sí."

"Eso va a ser un poco complicado, ¿no?"

"Umm... sí."

"¿Quieres que ocupe tu lugar?", se ofreció Oscar.

"Desde luego que sí".

Oscar sonrió. No podía estar más contento de que su madre hubiera conseguido entradas para una exposición de arte en esa fecha concreta.

Tyler se echó hacia atrás y miró a su hijo. No tienes que saber nada de arte, pero finge que te interesa cuando tu madre hable de ello e incluye unos cuantos 'Wows' sinceros". "

"¿Qué? Quise decir que tomaría tu lugar en Frankfort para ver al gobernador, no en St. Louis para ver a algún..."

Tyler levantó la mano. "Sé lo que querías decir, y no decepcionaría a tu madre no yendo. Pero no sé... ¿el gobernador? Tal vez el abuelo Roscoe debería ir-"

"Papá, con el debido respeto, el abuelo tiene ochenta años. Quizá sea hora de que el gobernador conozca a la sangre nueva de la familia. Tengo veintiséis años, y tú y el abuelo me enseñasteis bien. Sé lo que hay que hacer. Puedo manejarlo".

"No lo sé. Este gobernador es demócrata. Son gente diferente. Tienes que hablar sobre el

calentamiento global, la creencia en el sistema de bienestar, y mierdas por el estilo como si realmente te importara una mierda."

"Entonces por qué donaste cincuenta de los grandes a un demócrata".

"Porque había pocas dudas de que iba a ganar".

Oscar se empujó hacia delante. "Dame una oportunidad, papá. Déjame demostrar que puedo hacerlo. Puedo chupar tan bien como cualquiera".

Tyler suspiró. "¿Cómo va el campo de polo?"

Era un tema extraño, pero Oscar mantuvo una expresión neutra. Si el empleado Thomas había hablado con su padre, estaba jodido. "Umm, sí, bien. ¿Qué tiene que ver? ¿Qué tiene que ver?".

"Porque te di dos millones de dólares para ponerlo en marcha. Tengo derecho a preguntar por mi inversión".

"Y es una buena inversión. Todo va bien".

"Vale, bien". Tyler parecía satisfecho con la tranquilidad de su hijo. "Algo más para recordar. Si necesitas agilizar algún permiso de obra o similar, ahora no es el momento de hacerlo. No pedimos favores en la primera cita. Estás ahí para cortejarlo".

Oscar sonrió. "Papá, he heredado tu encanto".

Tyler sonrió. "Entonces estás en un ganador". Se levantó y caminó alrededor del escritorio, de pie con los brazos extendidos. Oscar se levantó y entró en el abrazo de su padre. Tras un sólido apretón, Tyler lo apartó, sujetándolo por los hombros y mirándolo a los ojos. "Pondré mi fe en ti. Haz los deberes, ¿vale?".

"Claro. No te preocupes, papá, puedes contar conmigo. Ve a St. Louis y diviértete, y yo me ocuparé del gobernador Davenport".

Oscar cruzó el suelo de madera y salió por la puerta.

Tyler se sentó de nuevo en su escritorio, sonriendo. "Ese es mi chico."

Capítulo 4

A Óscar le pesaban los ojos mientras los píxeles de la pantalla se mezclaban. Se reprendió a sí mismo por comportarse como un acosador y luego lo justificó como una investigación.

Judd Davenport... recién elegido gobernador de Kentucky... demócrata... cincuenta y cinco años... viudo. Maldijo. Sabía todo eso por la exagerada cobertura de la prensa antes de las elecciones.

"Vamos, Google", murmuró, "dime algo que no sepa".

Su dedo manicurado desplazó las páginas hasta algo que le pareció un poco más interesante.

Stacey Davenport ... ex fiscal de Los Ángeles ... regresa a Kentucky como asesora especial del fiscal del distrito del condado de Jefferson ... veintinueve años ... vivirá en la mansión del gobernador con su padre ... "Le encanta un buen puro", comentó la señorita Davenport. "Sólo espero que no apeste la mansión".

Oscar se quedó mirando su foto. "Caliente, te olvidaste de mencionar caliente".

Llevaba una melena corta y desgreñada, con raíces negras bajo el pelo rubio decolorado. Un atisbo de sonrisa mostraba la blancura de sus dientes. La fotografía de la pantalla mantuvo su atención mientras estudiaba el impresionante aspecto de la recién nombrada asesora. Se preguntó si habría un lado divertido escondido bajo ese exterior profesional. Su mente vagó hacia el lado divertido.

Se abofeteó a sí mismo. Ahora sí se sentía como un acosador. Stacey Davenport no era su punto de interés. Era al gobernador a quien necesitaba impresionar.

Dejando la foto de Stacey en la pantalla, Oscar se fue a la cama, preparándose mentalmente para encontrarse con "El Hombre" por la mañana. Si Stacey Davenport estaba allí, sería una ventaja de la misión. Nada más.

Oscar se despertó a la mañana siguiente con buenas sensaciones a pesar de la lluvia. Tras un café, un cruasán de chocolate y una ducha caliente, se puso su traje azul a rayas y recorrió los ochenta kilómetros que le separaban del gobernador.

Se detuvo ante la verja que protegía la mansión del gobernador de los indeseados y los no invitados. Un fornido guardia de seguridad salió de su cabina. Oscar no lo habría considerado el típico policía de alquiler, ni siquiera con el traje oscuro y el auricular negro. Se fijó en el corte militar del tipo, pero eran las manos fornidas que sujetaban el portapapeles las que le conferían cierta autoridad sin previo aviso.

"¿Puedo ayudarle?"

"Sí, tengo una cita a las once para ver al gobernador Davenport".

El guardia hizo un gesto a Oscar para que mostrara alguna identificación.

Entregó su carné y se peinó a mano mientras el guardia comparaba su aspecto real con la foto de mierda del carné.

Tras hacer algunas anotaciones en el portapapeles, el tipo de seguridad le devolvió la licencia y le dio instrucciones sobre dónde aparcar.

Con la lluvia convirtiéndose en un ligero goteo, Oscar se tomó su tiempo para caminar hacia el edificio, admirando cómo se utilizaba el dinero de sus impuestos en forma de los cuidados

jardines que rodeaban la mansión. Se detuvo en la entrada lateral con un pequeño cartel que decía "Sólo para uso oficial". Llamó al timbre y, mientras esperaba, admiró los magníficos pilares de piedra con volutas esculpidas en la parte superior.

Un caballero alto, delgado y elegantemente vestido le abrió la puerta y le dio la bienvenida. "Buenos días, Sr. Novak-Chambers. El gobernador le espera".

Oscar asintió con respeto.

A la señal del mayordomo, recorrieron el pasillo. Oscar admiró los cuadros que adornaban las paredes amarillas con marcos dorados. Había retratos de los padres fundadores de Kentucky junto a escenas de caballos pura sangre. Mientras se dirigían hacia un impresionante par de puertas dobles al final del pasillo, miró hacia atrás para asegurarse de que no había dejado ningún residuo del viaje en la impecablemente limpia alfombra rosa estampada que había detrás de él.

Oscar miró a su alrededor, en busca de la deliciosa Stacey Davenport. Quería saber si era realmente tan hermosa como aparecía en la foto o si se trataba de un retoque con aerógrafo.

El mayordomo se detuvo y llamó a una de las pesadas puertas de roble. Entraron tras recibir un gruñido de invitación.

"El Sr. Novak-Chambers quiere verle, señor."

"Gracias, Conrad."

El mayordomo asintió y se marchó.

Las paredes de madera oscura combinadas con la alfombra roja real llenaban el despacho de gracia regia. Las banderas de Estados Unidos y Kentucky flanqueaban el escritorio del gobernador en segundo plano, añadiendo un sentimiento de patriotismo y orgullo a la estancia. Una placa de granito negro con el nombre del gobernador Davenport se encontraba en la parte delantera de su escritorio, tallado con esmero.

El mandamás de Kentucky se levantó, extendió la mano y sonrió. "Sr. Novak-Chambers, es un placer conocerle".

"Igualmente, señor".

El gobernador tenía un apretón de manos firme. El abuelo de Óscar siempre le decía que nunca se fiara de un hombre que da la mano como una niña. Los dos hombres eran parejos y medían 1,80 metros. Las canas de Davenport le daban un aspecto distinguido. Su complexión atlética reflejaba la imagen de los hombres de los anuncios dirigidos a hombres activos de mediana edad. Oscar sintió que la sonrisa y el apretón de manos del gobernador irradiaban carisma. No es de extrañar que fuera elegido.

"¿Cómo está tu abuelo? Bien, confío".

A Oscar le sorprendió que el gobernador empezara con una referencia al abuelo Roscoe. Debía de haber entre los dos hombres un pasado más rico del que él conocía. Oscar asintió. "Sí, está bien, señor, gracias por preguntar".

"En absoluto. Hace unos años jugamos juntos al golf y el año pasado le vi en una recaudación de fondos. Es otra cosa, y un activo para el Estado. Y, por favor, agradézcale su generosa donación, muy generosa".

"Le daré sus saludos, Gobernador."

"Espléndido". Dio una sola palmada. "¿Nos sentamos?" Extendió la palma de la mano hacia dos sofás de color amarillo mostaza uno frente al otro.

Oscar se sentó mientras el gobernador se acercaba a una mesa auxiliar y alzaba una jarra con un líquido de color castaño. "¿Le apetece un trago del mejor Kentucky?"

Oscar luchó contra la tentación. "Mejor no, Gobernador. Estoy conduciendo".

Davenport tiró de dos vasos bajos hacia él de todos modos. "Uno no te hará daño". Echó un poco de whisky en cada vaso.

Le entregó la bebida a Oscar mientras le ofrecía un guiño socarrón, y luego se sentó enfrente. "Salud".

Los hombres levantaron sus copas y bebieron un sorbo. Era de la buena.

"He oído que le gusta fumar, gobernador". Oscar sacó dos tubos plateados de puros del bolsillo interior de su chaqueta y se los entregó al gobernador. "Con mis saludos."

A Davenport se le iluminó la cara. Giró uno de los tubos, examinándolo. Enarcó una ceja. "¿Cubano?"

"Sí, señor. El mejor".

"Obviamente, el nuevo acuerdo comercial tiene ventajas". Davenport deslizó los tubos en el bolsillo de su traje. "Los disfrutaré más tarde y espero que mi hija no me lo dé en la nuca por 'apestar el garito', como ella dice".

"Pídele que te acompañe. Por eso he traído dos. Uno es para ella. Felicidades por su nombramiento".

El gobernador se rió. "Creo que nos vamos a llevar bien, Oscar. No te importa que te llame Oscar, ¿verdad?"

"No, señor. Oscar está bien".

"Bien. Estoy acostumbrado a que los kentuckianos tengan nombres de pila con dos letras, como Billy Earl o Cindy Lou. Pero un apellido como Novak-Chambers, bueno, es un poco bocado".

Oscar sonrió. "Se acostumbrará, Gobernador". Al menos eso esperaba.

Davenport hizo un gesto desdeñoso con la mano. "De todos modos, me alegro de que tu familia llamara para concertar una reunión. Quería reunirme con tu clan. ¿No iba a reunirme con tu padre? Quería agradecerle su donación".

"Sí, señor. Desafortunadamente, lo llamaron por un asunto urgente".

"¿Oh? ¿Más importante que conocer al gobernador?"

"Louis sobre el calentamiento global y los efectos que tiene en las comunidades más pobres de Estados Unidos".

Davenport asintió. "Entiendo. Cuestiones importantes, desde luego. Si hay algo que esta oficina pueda hacer para ayudar, no tiene más que decirlo".

Oscar agachó la cabeza. "Tomo nota, señor".

"Volviendo a los negocios. El ex Gobernador Simpson me informó en profundidad de lo que ha estado pasando en nuestro estado, y mencionó específicamente a tu familia."

Una oleada de orgullo recorrió a Óscar, sabiendo que eran lo suficientemente importantes como para que los gobernadores consideraran necesario incluir a su familia en la agenda. "Gracias. Siempre hemos valorado nuestra relación con la oficina del gobernador y hacemos todo lo posible por apoyar a la administración."

Davenport sonrió. "Efectivamente. Confío en que esté interesado en continuar una buena relación de trabajo con esta administración".

"Sí, señor. Me alegra saber que compartimos la misma visión".

"Entonces, ¿es sólo una visita de cortesía o tienes algo en la agenda?"

Oscar interpretó las cejas arqueadas de Davenport como una invitación a hacer una petición. Reflexionó sobre el consejo de su padre. Ya que nunca iban a pedir ningún favor en relación con el calentamiento global, quizá fuera buena idea meter un dedo en el agua. Lo del Parque Estatal Harris sería enorme. Si Davenport no podía ayudar con una simple petición, tenía que

averiguarlo rápido para poder idear un plan alternativo.

"De hecho, estaba a punto de pedir al ex gobernador Simpson unos permisos de construcción acelerados para instalar equipos eléctricos adicionales en un estadio de polo que estoy construyendo cerca de Cub Run. Los canales convencionales tardarían un mes o más y, para ser sincero, ya voy retrasado. Esperábamos que se aceleraran las cosas".

Davenport dio un sorbo a su bebida, con los ojos clavados en el fondo del vaso. "Ya veo".

Su vacilación incomodó a Oscar. "¿Le he dicho, Gobernador, que mi abuelo quería que le pidiera que cortara la cinta en la gran inauguración?".

"¿En serio?"

"Sé que eres un hombre ocupado, así que si es demasiada imposición..."

"Tonterías. Me encanta cortar cintas". Sus labios se curvaron en una sonrisa. "Permisos de construcción acelerados, ¿eh? Eso no debería suponer un problema".

Los dos hombres se sonrieron durante un momento.

Davenport rompió el silencio. "Es curioso que hayas venido a verme a mí en lugar de a tu padre. Iba a hablar con él de ti, pero ahora puedo hablar directamente con el caballo, por así decirlo".

"¿Yo, señor?"

Davenport inclinó la cabeza hacia un lado. "He oído que eres un golfista bastante bueno".

"No estoy tan mal".

"Vamos, vamos, no seas modesto. Tuve una larga charla con tu abuelo. Eres campeón de secundaria y terminaste segundo en el estatal en la universidad. Yo diría que eso es mejor que 'no tan mal'".

Oscar se encogió de hombros.

"Muy impresionante. ¿Has pensado alguna vez en hacerte profesional?"

"Lo pensé, pero papá y el abuelo me necesitan en el negocio familiar".

"Por supuesto. El Gobernador Simpson me dijo que tu abuelo le ha dado algunos buenos consejos a lo largo de los años. ¿Compartes su intuición?"

"Puedo asegurarle, Gobernador, que sé cómo manejar un caballo de carreras. Pruebe Iron Skillet en el dos-cuarenta en Donnington Park".

"Es bueno saberlo, y gracias, lo haré. De todos modos, volviendo al golf. Hay una Batalla de los Estados pro-am torneo en Cincinnati el próximo mes-"

"¿Batalla de los Estados, señor?"

"Cincuenta equipos, parejas mixtas. Cada estado pondrá a uno de sus profesionales junto con un aficionado, de quince de handicap o más. Mi hija es golfista, y me gustaría que ustedes dos se inscribieran como equipo".

"¿Tu hija es golfista profesional? Pensé que estaría demasiado ocupada encerrando a los malos".

"Lo es, pero ella sería la aficionada. Yo buscaba que tú fueras la profesional".

"Con el debido respeto, Gobernador, no estoy registrado como profesional. Además, esos tipos son mucho mejores que yo".

Davenport agitó una mano trivializadora. "No estamos hablando de profesionales del PGA Tour. Hablamos más bien de profesionales de clubes y de jugadores de circuitos menores. Ya sabes, buenos, pero no del tipo 'millonario'".

"Gracias, Gobernador. Me siento halagado, pero no tengo la certificación adecuada para jugar..."

Davenport cogió un bolígrafo de la mesita. "¿Ves este bolígrafo, Oscar?"

Asintió con la cabeza.

"Puedo evitar que ejecuten a un hombre con este bolígrafo. Estoy seguro de que puedo convertirte en un golfista profesional registrado".

"¿Por qué yo? Seguro que hay golfistas mucho más cualificados a los que les encantaría jugar al golf con la hija del gobernador".

"Usted cumple los requisitos. El profesional tiene que ser nativo y residente de Kentucky. Y me gustaría ver a tu familia y a esta administración continuar el mismo tipo de relación especial que tu familia tuvo con el Gobernador Simpson."

Oscar se tomó un momento para reflexionar. Obviamente, lo que buscaba el gobernador eran donaciones y consejos para las carreras. Lo que Oscar y su familia querían eran nuevas leyes sobre apuestas, un impuesto mínimo sobre las ganancias de las carreras y parte de un parque estatal. Le pareció un trato justo. Le bastaría un partido de golf para mostrar su disposición a ayudar al gobernador recién elegido. Y podría jugar con Stacey Davenport... "Claro, ¿por qué no?".

La boca del gobernador se torció. "¿Por qué no?"

Oscar elevó su tono a uno de orgullo y entusiasmo. "Señor, estaré encantado de representarle a usted y al gran estado de Kentucky. Así que, su hija, es bastante buena, ¿eh? ¿Cuánto tiene, quince, dieciséis de handicap?"

Sonrió con orgullo. "Treinta y seis. Yo le enseñé todo lo que sabe". Sus ojos brillaron detrás de las gafas.

Oscar luchó contra la tentación de acobardarse o renegar del trato. "Treinta y seis, ¿eh?" Tal vez era una bandida, alardeando de un hándicap de mierda pero capaz de jugar mucho mejor de lo que sugeriría. Pulsó el botón del encanto. "Señor, será un honor".

"Excelente". Davenport cogió un teléfono de la mesa auxiliar y pulsó un solo botón. "Conrad, ¿podrías enviar a Stacey?"

Capítulo 5

Conrad abrió las puertas dobles, haciendo que Oscar y el gobernador se pusieran en pie. Con una pizca de pompa, el mayordomo se hizo a un lado. Stacy Davenport entró en la sala como si acabara de salir de la pista de tenis.

Los ojos de Óscar pasaron de sus calcetines tobilleros a un único mechón de pelo en la parte superior de su cabeza, que se había separado del resto de su cabello poniéndose en posición de firmes por un rayo de electricidad estática. Entre medias, no se perdió ni un centímetro de su cuerpo atléticamente tonificado. Dirigió unos ojos verde esmeralda a su padre y le dedicó a Óscar poco más que una educada inclinación de cabeza.

El ritmo cardíaco de Oscar aumentó. Comprobó sus manos. Estaba libre de joyas matrimoniales, lo que le permitió una mirada más lujuriosa mientras caminaba hacia él.

"Stacey, este es Oscar", dijo la gobernadora Davenport cuando se puso delante de ellos.

Extendió la mano. "¿Oscar? Supongo que te llamas así por la estatua dorada, no por el perrito caliente".

No sabía cómo tomárselo, pero decidió ignorar el comentario. "Eso es algo que tendrías que hablar con mi madre y mi padre. Yo no tenía mucho que decir al respecto".

Se miraron fijamente, evaluándose mutuamente.

El gobernador se puso de puntillas. "Stacey, Oscar va a ser tu compañero de golf en Cincinnati".

"Umm, no lo es. Te lo dije, estoy jugando con Jett Johnson. Mi novio."

"¿Novio?"

"Bueno, algo así".

El gobernador acortó distancias entre ellos. "Esto es una cosa de estado, Stacey. Necesitas un compañero de Kentucky".

Sus ojos se entrecerraron. "Jett pasó unas vacaciones de verano en Bowling Green visitando a sus abuelos. Eso tiene que contar para algo".

Davenport habló en voz baja, dirigida a Stacey. "Querida, la familia de Oscar es buena gente para conocer". Elevó la voz a un bramido. "Además, ¿este Jett Johnson es golfista profesional? No. Es jugador de béisbol. Un miembro del equipo tiene que estar registrado como profesional del golf".

Stacey miró a Oscar. "¿Eres golfista profesional?"

El gobernador torció el gesto, dirigiéndose a Óscar con una inclinación de cabeza, ofreciéndole su confirmación.

"Sí... sí, lo estoy. Espero tu compañía en el curso, Stacey".

Stacey agudizó el tono, dirigiéndose a su padre. "¿Y esto es lo que quieres?"

"Sí, lo es. Y lo que es más, no está abierto a discusión".

"Bien". Cruzó los brazos sobre el pecho. "Espero que sepas lo que estás haciendo, padre. Jett me estaba dando lecciones y nos estábamos volviendo bastante buenos". Suspiró y se apartó el flequillo de los ojos. "Bueno, Oscar, parece que somos un equipo. Espero que seas tan bueno como dices. Sé lo importante que es para mi padre que ganemos al equipo de Tennessee y le regalemos el derecho a presumir en la batalla entre los estados del alcohol ilegal".

Oscar esbozó una sonrisa tranquilizadora. "Haré lo que pueda".

"Claro...", canturreó. "¿Es en la línea de: 'No es cuestión de ganar o perder, sino de cómo

juegas el partido'?"

"¿Se nos permite divertirnos mientras ganamos?". Esperaba sacarle una risita para aligerar el ambiente.

Su fría actitud se acentuó. "Para que lo sepas, Oscar, tengo la mentalidad del entrenador Lombardi: 'Ganar no lo es todo, es lo único'. Y la única persona que odia perder más que mi padre soy yo".

La idea de jugar al golf con ella como compañera le ponía tenso. Se recordó a sí mismo que estaba allí para lograr un objetivo y que debía ser civilizado por el bien de la causa, aunque ella no lo fuera. "He dicho que haré lo que pueda".

"El esfuerzo no me impresiona. Me impresionan los resultados". Mostró su pertinaz copa B. "Ahora, si me disculpas, tengo que preparar un informe para el tribunal mañana. Buenos días, Oscar". Se dirigió a la puerta y se detuvo para dirigirse a su padre. "Pero primero supongo que tendré que llamar a Jett y decirle que no salga. ¿Sabes cuánta publicidad habría traído a la oficina del gobernador que el MVP del béisbol jugara en tu torneo de golf? No, no lo creo". Salió furiosa.

Oscar observó cómo la falda plisada de la muchacha se deslizaba por su pequeño trasero mientras se alejaba. Tenía tantas ganas de desearla, pero no sentía más que desprecio por la hija del gobernador.

Como cortesía a su botón de nerviosismo, se bebió el resto del whisky de un trago. Sería un largo día para jugar dieciocho hoyos de golf con los tonos superiores de Racy Stacey. No cabe duda de que la apariencia estaba ahí, pero los modales habrían sido un buen acompañamiento. Oscar tendría que centrarse en la aprobación del gobernador, no en la de su hija.

Oscar dejó el vaso vacío sobre la mesita. "Parece muy simpática, Gobernador", mintió. "Debe estar orgulloso".

La viga de Davenport lo decía todo. "Muy orgullosa. No sólo es una golfista excepcional, sino también una excelente abogada. Y te habrás dado cuenta de que es muy competitiva".

"Sí, lo entendí. ¿Estás seguro de que soy el mejor compañero de golf para ella? Quiero decir, sonaba como si tuviera a alguien más en fila..."

"No te preocupes por ella. Le dije que no podía jugar con ese maldito jugador de béisbol. Una vez que vea su nombre en lo alto de la clasificación junto al tuyo, se olvidará de Mister Siete-Cuarenta-Siete".

"Por supuesto". Oscar miró su reloj, queriendo que Davenport pensara que era un hombre ocupado, pero la verdad era que quería marcharse antes de tener que ofrecer a Stacey más elogios vacíos.

Davenport terminó su whisky y dejó el vaso. "Si me disculpas, Oscar, tengo otros asuntos que atender. Conrad te acompañará". Le tendió la mano y se la estrechó. "Gracias por su tiempo y por el consejo sobre Iron Skillet. Haré que te envíen los detalles del torneo de golf. Y dile a tu abuelo que estará encantado de cortar la cinta de la inauguración del parque de polo".

"Sí, señor, lo haré".

Stacey miraba fijamente su informe mientras bebía un sorbo de agua Perrier. Contra su voluntad, su mente vagó hacia Oscar. Una punzada de culpabilidad le remordió la conciencia. Intentó ahuyentarlo, pero no parecía haber funcionado. Sabía que su padre la emparejaría con algún nativo imbécil en cuanto entrara en su despacho, pero quizá fue demasiado dura. La decepción de no jugar con Jett la obligó a reaccionar de un modo impropio de la hija de un

gobernador en lugar de responder con educación.

Intentó consolarse. Podía haber cosas peores que jugar al golf con Oscar Novak-Chambers. Era bastante guapo, con sus rasgos cincelados y su complexión atlética. Imaginó que hacía ejercicio. Sus pectorales parecían demasiado firmes para haber nacido con suerte. Le dio un vuelco la barriga al pensar en él. ¡Madre mía! ¿De dónde había salido eso? Ella no quería una panzada. Jett Johnson era su novio en todo menos en presencia, si eso era lo que quería.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

"Adelante", gritó.

Su padre entró y se sentó en la silla junto a su escritorio. Se quitó las gafas, resopló sobre ellas y se las limpió con un pañuelo mientras hablaba. "¿Qué te pareció Oscar?"

Stacey puso su bolígrafo sobre los papeles y lo miró fijamente hasta que hizo contacto visual. "Bueno, Padre Querido, confío en que tu único interés en Oscar, por lo que a mí respecta, sea como mi compañero de golf. Y uno que no quiero particularmente, por si te lo estabas preguntando".

Miró al suelo y luego le dirigió una mirada. "Sabes que viene de una familia rica. De carreras de caballos. Era educado y, me atrevería a decir, guapo".

Ahí estaba. No importaba que su reloj biológico hiciera tic-tac, el reloj de su abuelo hacía ding-dong.

Arrugó las cejas. "Papá, Jett Johnson fue el MVP del año pasado, así que sabe cómo ganar, y me está suplicando que vuelva a California. Sabes que gana ocho coma siete millones al año, ¿verdad?".

El gobernador no la miró. "Oscar probablemente gana el doble".

"Ugh", gruñó. "De todos modos, no se trata del dinero. Además, cuando te acostumbres a ser gobernador y lo tengas todo bajo control, me vuelvo a California, así que hazte a la idea y olvídate de mí y del hombre del perrito caliente".

"Oh, Pookie, no digas eso. Te necesito. Quédate por lo menos el primer trimestre. "

"¿Primer mandato? Papá, no tengo cuatro años de mi vida para desperdiciarlos. Quiero volver a Los Ángeles".

El gobernador se aclaró la garganta. "Odio mencionarlo, cariño, pero si recuerdas, te fuiste bajo una nube. Si no fuera porque me he jugado el cuello, quién sabe dónde estarías. Desde luego no sería en la oficina del fiscal del condado de Jefferson trabajando para Rob Brown".

Stacey suspiró. Él tenía razón, pero ella no podía soportar la idea de que la mantuviera en esa posición durante los próximos cuatro años... o quizá toda la vida. Su voz se quebró entre el arrepentimiento y la ira. "Papá..."

Le agarró la mano. "Sólo prométeme esto. A ver qué tal te va con Oscar en el campo de golf. Según dicen, es el soltero más codiciado de Kentucky". Sonrió cálidamente, luego una expresión de excitación cruzó su rostro. "Oye, me dio un consejo sobre un caballo, y es un hombre que sabe de carreras. Te compraré algo con las ganancias. ¿Qué te gustaría? ¿Un bolso nuevo? ¿Un par de zapatos, tal vez?"

"Un Mercedes".

A medida que la sonrisa de ella se extendía, la de él se aplanaba.

Capítulo 6

Óscar llegó a casa y entró en el piso con una nueva cautela. Una vez barrió el apartamento en busca de huéspedes no invitados, reflexionó sobre su reunión con el gobernador. Le pareció bien la reunión. Mientras consiguiera que su padre se pusiera al día en cuestiones relacionadas con el calentamiento global, convenciera a su abuelo de que el gobernador Davenport era el hombre más indicado para inaugurar el campo de polo y obtuviera los permisos de construcción acelerados que eran esenciales para establecer una buena relación de trabajo con la oficina del gobernador, la familia estaría orgullosa de él.

El consejo que le dio a Davenport le pondría en buena posición con el hombre que dirigía Kentucky. ¿Pero jugar al golf con Racy Stacey? Tenía que poner un límite en algún sitio. En realidad, ella lo ponía por él. No podía tolerar su arrogancia durante todo un día. Tendría que inventarse una lesión para el día del partido.

Sonó el teléfono, sacándole de su estado de ánimo reflexivo. Levantó el auricular Bang and Olufsen de su base de carga.

"Hola, abuelo."

"Malditos sean esos identificadores de llamadas".

Oscar se rió entre dientes. "Así es el nuevo mundo, abuelo".

"Bueno, me alegro de bajarme de este tren antes de que vaya más lejos en el depósito de locos. De todos modos, en caso de que la máquina está en el fritz, es el abuelo. ¿Cómo te fue con el gobernador?" La voz del abuelo Roscoe tenía un característico gruñido sureño que no necesitaba presentación, pero él siempre la ofrecía.

"Sí, bien. Te manda recuerdos". Óscar se sentó en el sofá y puso los pies sobre la mesita, viendo cómo se movían los dedos de los pies en sus calcetines Björn Borg. "Quiere que juegue en un torneo de golf pro-am con su hija".

"Bueno, buena suerte", ofreció Roscoe. "La vas a necesitar".

"¿Cómo es eso?"

La risa llegó a través de la línea. "Tuve una larga charla con el gobernador Simpson antes de que dejara el cargo. Me contó todo sobre el gobernador Judd Davenport y su pequeña Tracey. Una vez vio a la chica jugar al golf".

"¿Un six-putt? ¿Es eso posible?"

"Claro que sí".

"Bueno, no te preocupes, no estoy jugando."

Roscoe sonaba incrédulo. "¿Qué quieres decir con que no estás jugando?"

"¿Conoces a Stacey Davenport?"

"No puedo decir que lo haya hecho".

"Considérate afortunada. Es arrogante y condescendiente. Tengo mejores cosas que hacer con mi vida que ser menospreciado. Además, ella quiere jugar con el primera base de los Dodgers. Yo digo que la dejemos".

La respiración profunda de Roscoe desde el otro extremo llegó fuerte y clara. "No te precipites, Oscar. Necesitamos al gobernador de nuestro lado. Por cierto, ¿te ha pedido una propina?"

"Me ofrecí antes de que pudiera preguntar. Le di Iron Skillet en el dos por cuarenta".

"¿Sartén de hierro? ¿El favorito?" Roscoe dejó escapar un pesado suspiro. "¿Y qué le vas a

decir ahora que Skillet ha quedado cuarto?".

¿"Cuarto"? Estás de broma. Eso ni siquiera está en el dinero".

"No me digas, Sherlock", espetó Roscoe. Hubo una larga pausa. "¿Así que le diste al gobernador una propina que no valía ni un escupitajo y vas a decirle que no vas a jugar al golf con su hija? Creo que será mejor que te replantees tu plan de juego".

Oscar se sentó en el sofá. "No estarás sugiriendo..."

"Oh, sí que lo soy. Mi consejo es que seas amable con Susie, juegues al golf y la pongas de tu parte para que le cuente a su padre lo buen tío que eres. Demonios, enamórala si es necesario. Haz que cante tus alabanzas, y tal vez papá se olvide de los consejos de carreras de mierda y de perder torneos de golf".

Oscar gimió en silencio. "Se llama Stacey, abuelo".

"Si quieres puntos con Davenport, prueba con 'La novia de Oscar'. "

Oscar no le dio importancia. Ya se le ocurriría algo. Siempre lo hacía. "Por cierto, le dije al gobernador Davenport que queríamos que abriera el campo de polo. Fue una buena idea, ¿no?"

"Si fuéramos a abrir un aeropuerto, sí. Verá, un político trae a otros políticos, dignatarios y gente que no sabe una mierda de caballos, apuestas o polo. Queremos propietarios de caballos, apostadores y playboys interesados en el deporte. ¿Y quién va a traerlos?"

Oscar cerró los ojos mientras la desesperación le recorría las entrañas. "Supongo que no vas a decir el gobernador".

"No, no lo soy. Buen intento, chico, pero ya tengo a Miss América. Ella atraerá al tipo de gente que queremos en las gradas".

Oscar ya no se sentía tan bien en su reunión con el gobernador.

"¿Tienes algo más para mí?" preguntó Roscoe.

"No, abuelo. Eso es todo". Oscar emitió un suave suspiro. "Dale recuerdos a la abuela".

"Lo haré, niña. Y no olvides lo que te dije".

"No lo haré..."

Había colgado.

Oscar necesitaba volver a la oficina del gobernador para suavizar las cosas antes de que su abuelo intentara rectificar cualquier malentendido. Roscoe tenía la costumbre de intentar solucionarles las cosas a Óscar y a su hermana gemela, Juliet. Su hermana jugaba con ello y tenía a Roscoe enredado en su dedo meñique. Pero a Oscar no le importaba lo que Juliet sacara de él. Quería establecerse como su propio hombre.

Quizá pudiera volver a ganarse la confianza del gobernador sin tener que recurrir a Stacey. Para ello, tendría que volver a enfrentarse al gobernador por su cuenta, de hombre a hombre.

Capítulo 7

El sol brillaba a través de la ventana del salón, resaltando el polvo de la mesita de cristal.

Óscar se sentó en el sofá con una mullida bata blanca, sorbiendo su café matutino mientras ensayaba lo que le diría al gobernador. Se convenció de que el gobernador le dedicaría una sonrisa y le daría una palmada en la espalda, insistiendo en que no había nada por lo que disculparse. Luego compartirían una copa y una carcajada, y todo volvería a su cauce.

Cogió el teléfono.

"Oficina del Gobernador Davenport, soy Glenda Jo, ¿en qué puedo ayudarle?"

"Hola, soy Oscar Novak-Chambers. Me gustaría concertar una cita para ver al gobernador, si está disponible".

"Sí, Sr. Novak-Chambers. Al gobernador también le gustaría verle. Usted estaba en mi lista para llamar esta mañana".

Se le encogió el corazón. Esperaba poder disculparse antes de que el gobernador tuviera la oportunidad de superar la decepción que le produjo el final de Iron Skillet. Sólo podía suponer que el gobernador no era el tipo de persona que deja pasar la insatisfacción sin hacer comentarios.

"El gobernador Davenport puede verle a las dos de la tarde", le informó Glenda Jo. "¿Le parece bien?"

¿Un hombre importante con un agujero en su agenda? No es probable. ¿Un hombre enfadado haciendo tiempo para dirigirse a un consejo incompetente? Muy probable.

"Señor, ¿sigue ahí?"

"A las dos está bien. Gracias".

Óscar se sentó en el asiento de cuero gris pizarra de su Escalade y condujo cómodamente hasta la capital, salvo por el inquieto gruñido de su estómago.

Conrad le saludó en la puerta y le dedicó una leve inclinación de cabeza en señal de cálido reconocimiento, después le condujo por el pasillo hasta el despacho del gobernador.

El olor a productos recién horneados deleitó sus fosas nasales. Observó un plato lleno de galletas con pepitas de chocolate en el borde del escritorio.

Davenport salió de detrás del escritorio, su rostro se había endurecido desde su último encuentro. Levantó la mano en dirección a los sofás. "¿Nos sentamos?"

Sin apretón de manos. Sin sonrisa. Ni whisky. Sin galleta, sólo una instrucción.

Oscar repasó mentalmente su discurso de práctica. Iba a necesitar todo su encanto para suavizar la situación. Tal vez su abuelo tuviera razón y la forma más fácil de salir de ésta fuera enamorar a Stacey.

Los dos hombres se sentaron. Oscar metió la mano en la chaqueta y sacó su chequera. "Gobernador, sólo puedo pedirle disculpas por la propina que le di sobre Iron Skillet. Nunca debería haber ocurrido. Era un valor seguro".

Davenport no pestañeó. "Pensé que sabrías mejor que nadie que no hay nada seguro".

"No, claro que no, pero ese caballo era lo más cerca que podías estar. Aun así, confiaste en mí y te defraudé. Te pido disculpas y quiero arreglar las cosas". Oscar sostenía la pluma en ristre,

cerniéndose sobre el talonario abierto. "¿Cuánto has perdido?"

"Veinticinco mil".

"¿Qué?" Oscar odiaba que le chirriara la voz. Dejó el bolígrafo en el suelo. "Era una apuesta bastante fuerte. No estoy seguro..." Oscar se detuvo antes de admitir que no tenía veinticinco mil dólares para cubrirla.

"Cuando me enteré de que las probabilidades eran de dos a uno, bueno, no era mucho apostar, ¿verdad? Pero dijiste que conocías a tus caballos. Supuse que me darías algo con muchas probabilidades y habría apostado quinientos dólares. Pero me sugeriste que apostara por el favorito. Así que, ¿por qué no? Stacey le ha echado el ojo a un Mercedes. Un Mercedes de cincuenta de los grandes. Pensé que podría conseguirle el dinero de un golpe. No planeé que me dieras una pista falsa". Su voz se había mantenido tranquila y su mirada severa.

"Se lo compensaré, Gobernador."

"Sé que lo harás". Una larga pausa trajo la quietud a la sala, incomodando a Oscar tanto como estaba previsto. Después de hacerle sudar, el gobernador continuó. "¿Crees que puedes ganar este torneo de golf con mi hija?"

Oscar era consciente de que Davenport no llegó a gobernador aceptando respuestas como *Ni de coña*.

"Bueno, señor, el golf es un juego complicado. Nunca se sabe lo que puede pasar ese día. Stacey y yo lo haremos lo mejor que podamos, por supuesto, pero no tendremos ningún control sobre cómo jueguen los demás".

Davenport se acarició la barbilla. "Así que no te sentirías del todo cómodo si hiciera una apuesta sustancial por ti y Stacey para ganarla, ¿es eso lo que estás diciendo?"

"Tal vez no, Gobernador. Puede que sea una posibilidad remota".

El gobernador le miró fijamente.

Oscar evitó su mirada, encontrando fascinación en un trozo de pelusa en la alfombra. Ya hablaría de eso con Conrad.

"¿Esto te lo pondrá fácil?". Una larga pausa obligó a Oscar a comprometerse con él. "Quiero que pierdas".

Un espasmo muscular involuntario se convirtió en una leve sonrisa. "No debería ser muy difícil".

"Bien. Voy a repartir varios miles de dólares entre vosotros dos para que perdáis".

"Con el debido respeto, Gobernador, puede que le cueste apostar a que perdemos. Es fácil perder un partido, aunque no parezca que lo lanzamos a propósito".

Davenport se pasó una mano por el pelo plateado. "Sí, he pensado en eso. Por eso voy a hacer que vosotros dos seáis los favoritos. Te gustan los favoritos, ¿verdad, Oscar?"

"Bueno, Gobernador, siendo yo" -citó al aire- "un 'profesional recién cualificado', y Stacey una desconocida en el campo de golf, diría que las posibilidades de que seamos los favoritos son bastante escasas".

"Hijo, ¿sabes cómo me eligieron?"

Oscar le disparó con la pistola de dedo ole y sonrió. "Con mi voto, señor".

Davenport le devolvió el disparo con su propia pistola de dedo, sonrió y guiñó un ojo. "Eso, y la prensa". Aspiró. "Ah, sí. Tengo muchos amigos en los medios de comunicación, y me voy a encargar de que hagan una campaña en la que te nombren el nuevo golfista profesional más sexy del circuito". Extendió la mano sobre su cabeza como si colgara una pancarta. "Oscar Novak-Chambers vuelve del extranjero como el golfista revelación. Ha ganado en Buenos Aires, Australia, Fiji y en todos los países en los que ha jugado. Habrá lugares que la gente no se

molestará en comprobar. Desde que volviste a Estados Unidos, tu excelente forma continúa estableciendo récords de campo y..." Hizo un gesto con la mano. "Bueno, ya te haces una idea. Eres la hostia, Oscar. Y Stacey va a ser la golfista amateur en ascenso más caliente y estará lista para el torneo pro-am como ninguna otra. Vosotros dos seréis los favoritos cuando acabe de darle vueltas".

Era un hombre al que le gustaba el poder. Eso era evidente.

"Buen plan, Gobernador. Pero si los corredores de apuestas se huelen un amaño, desautorizarán la apuesta, igual que las compañías de seguros buscan la forma de no tener que pagar."

Asintió lentamente. "Sí, y por eso vas a perder por un estrecho margen. Entre uno y tres golpes. Apostaré a la diferencia".

"¿Qué? Es una locura. No puedo garantizar un margen en un partido de golf. Ganar o perder. No es posible. Especialmente jugando con Stac..."

El gobernador arqueó las cejas, así que Óscar cerró la boca.

"¿Sabe Stacey de tu plan?"

"No seas ridículo. No estaba bromeando cuando dijo que era una mala perdedora."

Oscar se quedó mirando la mesita, pensando en lo imposible que sería hacer realidad la petición del gobernador. Pero si lo conseguía, su influencia en las peticiones especiales no tendría límites. "Gobernador, si consigo hacer esto, ¿qué posibilidades tengo de pedir un favor? Quiero decir, un favor muy grande".

"Todo está abierto a la negociación, pero primero necesito ver algo de buena voluntad por tu parte. Buena voluntad bancaria, eso es, y entonces podremos hablar".

Oscar digirió la magnitud de lo que le estaban pidiendo. "Por supuesto. Lo comprendo". Se levantó.

Davenport se puso en pie e intercambiaron un apretón de manos.

Cuando Oscar se dirigía a la salida, se abrió la puerta y entró Stacey, con aire ejecutivo, falda azul oscuro, americana a juego y zapatos de tacón abiertos.

"Hola", la saludó Oscar, considerando la sugerencia del abuelo Roscoe de fornicar para salir de esta situación. Podría haber tenido más posibilidades.

"Oh, hola." Ella puso su mano contra su pecho. "Mira, sobre el otro día, lo siento. Estaba totalmente estresada y no fui muy amable contigo. He estado trabajando en un caso difícil, y curiosamente, uno de los cabrones implicados se llamaba Oscar. De todos modos, puede que se haya desbordado la última vez que nos vimos. Me disculpo si fue así".

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Esto es una disculpa? ¿De un abogado?"

"Será mejor que lo cojas mientras puedas". Le guiñó un ojo.

Oscar miró al gobernador. Davenport sonrió. Era evidente que tenía a su hija en un pedestal.

Volvió a prestar atención a Stacey. "Nunca lo pensé. Eras la dama perfecta. No hay nada por lo que disculparse".

Sonrió. "Bien. De todos modos, he estado practicando mi golf. No quiero defraudarte". Miró a su padre. "O a ti, papá. Sé cuánto deseas vencer al gobernador Posey y a esos cabezas huecas de Tennessee". Pasó los dedos por el interior de la solapa de Oscar. Aquel gesto con uñas de garra bastó para subirle la tensión. "De verdad creo que podemos hacerlo".

Tragó saliva. "Bueno, nunca se sabe. Es noventa por ciento actitud".

Se acercó un poco más. "Tengo mucha actitud, Hot Dog Boy. Entonces, ¿crees que podemos ganar?"

Podía ver veinticinco mil razones para *no* ganar, pero sabía que tenían que dar un buen

espectáculo y jugar muy bien al golf. Le apoyó la mano en el hombro. "Como una señora me dijo una vez: 'Ganar no lo es todo, es lo único'. "

"Me alegro de que lo veamos igual. Haremos un buen equipo".

Oscar salió de la mansión del gobernador y se dirigió a la camioneta. Se sentó en la comodidad del asiento de cuero, mirando fijamente el logotipo de Cadillac en el centro del volante.

Recordó cuando tenía quince años. Su padre le pilló fumando y le hizo fumarse un paquete entero de cigarrillos de una sentada. Nunca volvió a fumar. Pero mientras estaba sentado en el camión, deseó que su padre no le hubiera pillado, porque le habría venido muy bien un cigarrillo.

Stacey estaba de pie junto a la ventana del pasillo, mirando a Oscar sentado en su camioneta. Estaba desplomado sobre el volante. No sabía de qué habían hablado él y su padre, pero esperaba haber conseguido animarle con sus disculpas. No quería que pensara que era una zorra.

"Has cambiado de tono", dijo el gobernador Davenport mientras se acercaba por detrás de ella. "Más o menos me dijiste que me metiera en mis asuntos cuando mencioné que Oscar sería un buen partido, y luego vienes ahogándolo con el encanto Davenport".

Se apartó de la ventana. "Bueno, he estado pensando. Te has tomado muchas molestias para conseguirme un compañero de golf creíble para ganar este torneo. Quería a Jett Johnson por mis propias razones egoístas. A veces pienso en ti sólo como papá y olvido que eres el gobernador. Tengo que apoyarte más y jugar a las relaciones". Se apartó el flequillo hacia un lado. "Si Oscar va a jugar su mejor golf, tiene que gustarle su compañero. No quiero ser un estorbo ni una fuente de descontento. Conozco a los hombres, y una pizca de estímulo y masaje del ego genera una tonelada de deseo de agradar e impresionar. Así que ahora que Óscar cree que me gusta, intentará deslumbrarme con su brillantez golfística, si es que tiene alguna".

Su padre se rascó la cabeza. "Pero te gusta, ¿no?"

"Por el recorrido, no por el caballo. Sólo quiero ganar y que se sientan orgullosos".

Ella podía verlo en sus ojos. Nada le gustaría más que presumir de que ella había ganado. Siempre hizo sacrificios por su hija para asegurarse de que tuviera lo mejor de todo. Ahora le tocaba a ella devolvérselo. Sólo esperaba que el maldito Oscar no lo echara a perder.

Capítulo 8

"Oscar, cariño". Miriam Novak saludó a su nieto con un *cariño* alargado al entrar en la mansión campestre. "Estoy encantada de que hayas podido venir".

Oscar la abrazó y depositó un delicado beso en su mejilla. "¿Tu compañía y la cocina de Eleanor? No me lo perdería por nada del mundo, abuela".

"Eres un encanto. Igual que tu padre".

Enlazó su brazo con el de él y lo acompañó a través de las puertas dobles abiertas hasta el comedor. La larga mesa de caoba dominaba el centro de la estancia, realzada por dos candelabros de plata, cada uno con cinco velas. Las llamas agitaban el aire con una sutil tranquilidad.

Roscoe estaba sentado a la cabecera de la mesa, bebiendo vino, cuando entraron Miriam y Oscar. Los dos se sentaron uno frente al otro, flanqueando a Roscoe.

"Hola, abuelo", dijo Óscar, extendiendo la servilleta sobre su regazo.

Roscoe devolvió el saludo y sirvió vino a Oscar y Miriam.

Mientras Eleanor, la criada, servía pollo y albóndigas con quingombó frito, Oscar probó el vino y no se sintió decepcionado. Roscoe tenía un gusto exquisito y era el único hombre que él conocía capaz de abrir una botella de Chablis de cuarenta dólares para acompañar una albóndiga de cincuenta céntimos.

"Entonces, Oscar..." La abuela Miriam comenzó.

Oscar puso los ojos en blanco, sabiendo a dónde quería llegar con la conversación sólo por su tono.

"¿Hay alguna posibilidad de que vea un bisnieto antes de empezar a levantar margaritas? Y no digas, 'Pregúntale a Juliet'. Hablaré con ella más tarde. Tienes veintiséis años y deberías sentar la cabeza". Se inclinó hacia él y le susurró: "No eres gay, ¿verdad?".

Las mejillas de Roscoe se inflaron mientras sostenía un bocado de comida en la papada, mirando fijamente a Oscar.

"No, abuela, no soy gay".

"Bueno, está bien si lo eres. Aún puedes adoptar".

Roscoe tragó saliva. "¡Maldita sea, mujer!", gritó. "No animes al chico. No lo empujes por ese camino regañándolo hasta el punto de que quiera evitar a las mujeres por completo. Caramba".

Miriam lo miró mal y se aclaró la garganta, luego ignoró a Roscoe y palmeó la mano de Oscar. "Piénsalo, querido. No querrás ser un viejo verde como tu abuelo empujando un carrito de bebé y hablándole al niño de su bisabuela *muerta*".

"Sí, me lo pensaré, abuela". Oscar tomó un bocado de bola de masa.

Roscoe agitó la mano. "Olvida todas esas tonterías. ¿Cómo va el parque de polo?"

Oscar se limpió la boca con la servilleta de lino. "Algunos pequeños inconvenientes, pero va por buen camino".

"¿Estás seguro?"

"Déjalo en paz, Roscoe. No hablemos de negocios en la mesa", insistió Miriam. "Deberíamos estar hablando del futuro paterno de Oscar y de posibles parejas".

"Bienvenido al concurso 'Inserte aquí novia', muchacho", susurró Roscoe.

Después de cenar, Roscoe sugirió que Oscar y él se retiraran al salón a tomar brandy.

"De verdad que no puedo, abuelo. Tengo el torneo de golf por la mañana y necesito estar a punto. Hay mucho en juego".

Su abuelo movió los labios. "Pfft. No seas cobarde. En mis tiempos, me bebía una botella de Wild Turkey y estaba en el tee a las siete de la mañana siguiente. A veces no puedo creer que seas el chico de Tyler. Nunca rechaza una copa. Vamos, tómate una copa con un viejo". Pellizcó sus dedos juntos, apenas manteniéndolos separados. "Sólo un poco, biddy, baby one."

Oscar suspiró. A veces Roscoe era como un niño pequeño incitándole a un reto. Lo había oído todo antes y sabía que su siguiente frase sería "*No soporto a los mariquitas*".

"De acuerdo". Levantó un dedo. "Sólo uno, luego me tengo que ir."

Roscoe sonrió. "Ese es mi chico".

Le dio una palmada en la espalda a su nieto mientras caminaban hacia el salón. Roscoe abrió un globo de madera en el ecuador, que contenía una garrafa de cristal de su brandy favorito, Remy Martin. Les sirvió a cada uno una generosa ración en copas con forma de globo. Se sentaron en sillones de cuero con respaldo de ala y una mesa auxiliar entre ellos. Roscoe sacó un puro de una caja de nogal que había sobre la mesa y lo encendió. Le ofreció uno a Oscar, pero éste lo rechazó.

Roscoe mordisqueó el puro mientras hablaba. "Ahora que la abuela está fuera del camino, dime lo que realmente está pasando en el parque de polo".

"Ya te lo he dicho, todo va bien, gracias a ti. Tuve algunos excesos, pero lo solucionamos. Me has ayudado mucho". Óscar no quería preocuparle en sus últimos años. Además, su padre siempre le decía que no se podía ir al infierno por mentir en los negocios.

"¿Fueron suficientes los cincuenta de los grandes que te presté?"

Lo habría sido si su caballo de treinta y tres contra uno hubiera cruzado la línea de meta por delante del resto del pelotón, pero no fue así. Ahora Óscar deseaba haberlo gastado en los asientos como dijo que iba a hacer. Al paso que iba, tendría suerte si conseguía algún asiento. Al menos no se lo había gastado todo en caballos, y se había quedado con diez mil para sus gastos. Pero si su padre se enteraba de que le estaba pidiendo al abuelo Roscoe que invirtiera en caballos, tendría que aprender a hablar ruso, porque su padre lo enviaría a Siberia. Más le valdría que Louie Gómez fuera doble o nada. "No te preocupes, abuelo. Al final todo saldrá bien".

Roscoe le pinchó con su copa de brandy. "Sabes que si tienes algún problema, puedes acudir a mí, ¿verdad?"

"Gracias, abuelo, pero todo está bien".

Roscoe dio un sorbo a su bebida, con la cara llena de placer mientras saboreaba los sabores de su Remy Martin.

"Entonces, ¿te sientes bien acerca de tus posibilidades en esta competición de golf de mañana?" Roscoe preguntó.

"La verdad es que no".

"¿Por qué no? Ha salido en las noticias que Sally y tú sois las favoritas".

"Es Stacey."

"Lo que sea."

Oscar giró el brazo y fingió una mueca. "Últimamente me duele un poco el hombro. No sé si llegaré a los dieciocho hoyos".

"No me sorprende. Deben haber sido todos esos vuelos de larga distancia. Ha salido en los periódicos que viajas por todo el mundo jugando al golf. Deberías haberme dicho que estabas en Australia. Tengo un primo allí. Podrías haberle buscado". Entrecerró los ojos, intentando derribar

las defensas de Oscar.

Oscar dio un sorbo a su brandy antes de contestar. "Fue idea del gobernador Davenport. Quiere que vayamos como favoritos".

"¿Por qué?" Se movió en su asiento, dando una calada a su puro. "Quiero decir, si un hombre va a hacer una apuesta, y si cree que Stella y tú vais a ganar, querría apuestas largas, no el favorito".

"Es Stacey."

Agitó la mano con rabia, centrándose en Óscar. "¿Qué pasa, chico?"

Óscar sabía que su padre era el mejor artista de la mierda que había, pero ni siquiera él trató de nevar a Roscoe. "Mira, abuelo, es complicado. Es mejor que no sepas nada ni te involucres".

Roscoe se empujó hacia el respaldo de la silla. "Bien. Favoritos, ¿eh?" Roscoe se perdió tras una nube de humo. "Voy a hacer una llamada telefónica a primera hora de la mañana y apostar diez de los grandes por ti y Sophie. Para ganar. Luego, con las ganancias, quizá lleve a tu abuela a ese crucero por el Caribe que tanto anhela".

"Oh, abuelo", gimió Oscar. "No hagas eso."

Sacudió la cabeza. "No. Ya lo he decidido. El golf es un juego tan incierto que es mejor apostar por el favorito. Al menos sabrás que tienes apoyo en tu esquina. Y si es lo suficientemente bueno para el gobernador, es lo suficientemente bueno para Roscoe Novak".

Las albóndigas dieron un vuelco en el estómago de Óscar. Cambió de tema, hablando en su lugar de los progresos de los caballos que tenían en los establos. Mientras Oscar hablaba con entusiasmo de su potro, Dreams Come True, Roscoe puso otro trago en su vaso.

"No, abuelo, de verdad, no puedo".

"No seas tan marica".

"Marica o no", dijo Oscar mientras se levantaba, "tengo que irme. Gracias por la cena y..."

Roscoe le espantó con el dorso de la mano. "Yadda, yadda... Vete entonces. Déjame beber solo".

Oscar mostró su sonrisa de estrella de cine. "Necesito descansar para hacerte ganar un montón de dinero mañana, ¿verdad?"

Roscoe sonrió. "Así es, muchacho. Recuerda lo que decían en la película: 'Sé la pelota'. " Levantó su copa en señal de ánimo. "Buena suerte a ti y a Stephanie. Hay una cena de bistec para vosotros si os traéis a casa la medalla de oro".

Dejó a Roscoe y se despidió de su abuela.

Se marchó a eso de las nueve y media, dejándose tiempo suficiente para dormir bien antes del torneo, pero sabía que no dormiría bien, si es que dormía.

Avanzó a toda velocidad en su camión, pensando en lo que le esperaba al día siguiente. Ganara o perdiera, alguien se iba a alegrar y alguien se iba a cabrear mucho. Y si el gobernador pensaba que Oscar podía controlar el resultado de un torneo de golf con Racy Stacey, Miss Treinta y Seis-Handicap-Mierda-Golfer, a su lado, estaba viviendo en el país de las nubes.

Estaba a punto de volver al apartamento cuando un animal de algún tipo se lanzó delante de él. Algo pequeño y peludo. Tal vez un Shih Tzu. Dio un fuerte tirón a la derecha y el camión se estrelló contra el bordillo, pero consiguió salvar la vida del animal.

Tras elevar una rápida plegaria para que no rozara las llantas del camión, se enderezó y volvió a la carretera. Respiró aliviado, luego miró por el retrovisor y vio unas luces azules parpadeantes.

Oscar se detuvo y esperó, mirando por el retrovisor lateral.

Un policía salió de su coche y se puso un sombrero del Oso Smokey. Se acercó al camión pavoneándose. Llevaba la mano sobre la pistola enfundada. Se paró junto al camión y apuntó con la linterna a los ojos de Oscar. "¿Puedo ver su permiso de conducir y la matrícula?"

Oscar ofreció una explicación preventiva. "Era un perro, agente. ¿No lo vio?"

"No. No vi ningún perro. Sólo te vi zigzagueando por toda la carretera. Licencia y registro. No voy a preguntar de nuevo."

Oscar siempre llevaba un billete de cien dólares pegado al reverso del carné para cuando le paraban por exceso de velocidad. Entregó al agente el carné y el dinero discretamente escondido.

El policía le dio la vuelta a la licencia y estudió el dinero en efectivo.

A Óscar se le aceleró el corazón. Ese era el momento en que los policías solían retirar el dinero, devolver el carné y decir: "Que tenga *una buena noche*".

El policía retrocedió un par de metros. "Salga del vehículo".

Oscar bajó la cabeza antes de seguir las instrucciones. Salió de la camioneta y se puso frente a frente con el policía.

"¿Has estado bebiendo esta noche?"

"No, señor."

El policía echó la cabeza hacia atrás y exageró algunos olfateos. "¿Estás seguro de eso?"

Oscar respiró hondo. "Vale, tuve una pequeña. Con mi abuelo, Roscoe Novak. Puede que le conozcas".

El policía lo miró fijamente, sin impresionarse por el hecho de que Oscar dijera nombres ni por el soborno. "Mantenga ambos brazos estirados a los lados, completamente extendidos, y quiero que se pare sobre una pierna durante diez segundos".

Óscar extendió los brazos. Al levantar una pierna, tuvo un claro tambaleo.

"Pareces un poco inestable, vaquero".

Oscar bajó los brazos y la pierna y se centró en el policía. "Todavía podría atar a un caballo. Mire, agente, mañana tengo un día importante. Voy a jugar al golf con la hija del gobernador".

El policía enarcó las cejas. "¿Ha dicho la hija del gobernador? ¿Stacey Davenport?"

"Sí, sería ella. Mi buena amiga Stacey Dav..."

Los ojos del oficial se tensaron. "No creo que mañana juegue al golf con la Srta. Davenport".

"Oficial, hablo en serio. No puede hacer esto."

El policía dio un paso adelante y el ala de su sombrero rozó las cejas de Óscar. "¿Acabas de decir '*no puedo hacer esto*'?"

"No, lo que quería decir era..."

"Sr. Novak-Chambers", ladró el policía. "Le arresto como sospechoso de conducir bajo los efectos del alcohol".

"No, en serio, no lo entiendes", protestó Óscar.

"Me temo que no lo entiende, Sr. Escalade". Clavó el dedo en el pecho de Oscar. "Conducir ebrio es un delito en este estado. Un delito grave. Sin embargo, es su noche de suerte, porque soy un poco más indulgente con los sobornos". El policía levantó el billete de cien dólares y se lo metió en el bolsillo. "Como estoy de buen humor, nos olvidaremos de eso. ¿Pero conducir bajo los efectos del alcohol? Tengo el deber de sacarte de las calles".

"Oficial, ¿no podemos llegar a un acuerdo?" Oscar suplicó.

"Sí."

El policía agarró a Óscar por los hombros, le dio la vuelta y le registró, luego sacó un par de

esposas y le puso el frío acero alrededor de las muñecas. "Resuelve esto. Tienes derecho a guardar silencio. Todo lo que digas puede y será utilizado en tu contra..."

Capítulo 9

Las rodillas de Oscar rozaron la placa metálica que protegía al policía del encarcelado: él. Miró a través de la rejilla metálica situada sobre el asiento, observando cómo zigzagueaban hacia el Centro Correccional Metropolitano de Louisville.

No tardó mucho en llegar a la cárcel, donde el policía le hizo la prueba de alcoholemia. La máquina marcaba 0,06-0,02 por debajo del límite. Óscar estaba a punto de dar un puñetazo al aire en señal de victoria.

El policía sacudió el aparato. "Humph", gruñó. "Debe de estar estropeado. No tiene importancia. No pasó la prueba de carretera y voy a ir con mi instinto en este caso, y mi instinto dice que estás borracho".

"Vamos, oficial, no puede hablar en serio. Había un maldito perro en la carretera. No estoy borracho". Sacudió el dedo hacia la máquina. "Esa cosa acaba de confirmarlo".

El agente se acercó más, echándole un aliento saturado de canela. "He dicho... la maldita máquina está estropeada... y tú también. ¿Y adivina qué, vaquero? Yo tengo la última palabra".

El agente que procedió a la detención llevó a Oscar para que le tomaran fotografías y huellas dactilares, y luego lo condujeron a la celda de detención.

Caminaron hacia los barrotes de hierro de la celda, al final del pasillo, atravesando un corredor bordeado de sólidas puertas de acero con ranuras para ver a los presos y pasar bandejas de comida. No quería acabar detrás de una de esas puertas. Estaban reservadas para los huéspedes de larga estancia del condado.

Oscar y el policía se pararon frente a la puerta de acero de la jaula. El policía gritó a un colega sentado en una cabina de cristal unos metros más allá. "Ábrela, George. Nos he conseguido otro residente para esta noche".

Oscar soltó el brazo del policía. "¿Por esta noche? Todavía no me han llamado".

"Lo harás cuando me ponga a ello".

Un fuerte chasquido descerrajó las cerraduras y la puerta de barrotes se abrió. El policía empujó a Óscar y lo encerró en el lado de los "malos".

El aire apestaba a orina rancia, que Óscar dedujo que procedía de su compañero de celda desgreñado y desplomado en el banco.

Oscar se paseó por la celda para calmar su ansiedad. Recordó cómo el gobernador insistió en que tomara una copa con él durante su primer encuentro, a pesar de que Óscar le dijo que iba a conducir. Eso implicaba que el gobernador le ayudaría con problemas y situaciones de esta naturaleza. Tomarse un whisky con el gobernador o unos coñacs con uno de sus mayores donantes podría considerarse prácticamente lo mismo. Eso esperaba. Davenport podría ser su billete de salida del infierno, suponiendo que estuviera dispuesto a perdonarle los consejos poco fiables sobre las carreras. La siguiente pregunta era: ¿Quería salir? Una vez en libertad, tendría que arrastrar el culo hasta Cincinnati para perder un torneo de golf por un margen preestablecido, una tarea casi imposible.

Otro policía vino a ver a Oscar y a su compañero de prisión.

"Disculpe, agente", gritó Oscar. "Se me debería permitir una llamada, pero aún no la he tenido".

El policía se echó el sombrero de vaquero hacia atrás, mostrando su alta frente. "Bueno, no vas a ser muy popular si vas llamando a la gente a las dos de la mañana. Creo que deberíamos

mantener tu culo en vinagre aquí hasta el lunes por la mañana para que tengas tiempo de sobra para recuperar la sobriedad. Mientras tanto, por qué no duermes un poco y dejas de quejarte".

Oscar deslizó las manos a través de los barrotes, presentando un broche de oración mientras leía la etiqueta con el nombre del oficial. "Por favor, agente Griffin, no sobrepasaba el límite, pero eso no importa. Tengo que salir de aquí. Tengo un día muy importante por delante".

"Creo que deberías haber pensado en eso antes de irte a cagar".

La oración de Oscar se convirtió en puños de rabia. "Conozco mis derechos y quiero mi llamada. Ahora".

"Bueno, la-di-da". El policía se volvió y gritó hacia la sala donde otros agentes estaban sentados hablando de las detenciones que habían hecho esa noche. "Oye, Emmitt, ¿sabías que has arrestado a un licenciado en Derecho? Este chico conoce sus derechos y quiere una llamada. Lástima que sea demasiado estúpido para saber que va contra la ley conducir un vehículo a motor después de haber ingerido una buena borrachera".

Las risas resonaron en el pasillo.

El policía se volvió y miró a Oscar. "Vale, pez gordo. Te voy a dar tu llamada, pero si no recibes respuesta, mala suerte. No tendrás una segunda. Ahora, ¿estás seguro de que no quieres dejarlo para mañana, cuando lo más probable es que la gente esté levantada y dispuesta a hablar con tu estúpido culo?".

"No, señor. Quiero hacerlo ahora". A Oscar le molestaba que le llamara señor, pero pensó que un poco de falso respeto no le vendría mal.

Griffin se encogió de hombros. "Como quiera". Pidió al hombre de la cabina de cristal que abriera la puerta.

La puerta emitió unos chasquidos melódicos y se abrió para que Óscar pasara al lado libre. El policía lo condujo a la sala donde los demás policías estaban sentados con su café. Óscar estaba de pie junto a un escritorio, mirando el teléfono.

"¿A quién vas a llamar?" Griffin preguntó.

Oscar miró a Griffin. "El gobernador", afirmó con autoridad.

Griffin silbó. "El gobernador". Levantó una mano abierta hacia el teléfono. "Adelante, muchacho. Esto va a ser interesante. No te importa si escuchamos, ¿verdad? Nunca he hablado con el gobernador, no directamente, así que me gustaría ver cómo se hace". Le acercó el teléfono.

Oscar cambió de postura. "Umm, supongo que no tienes su número, ¿verdad?"

Los policías rompen a reír a carcajadas.

Griffin sonrió satisfecho. "¿Quieres decirme que quieres llamar al gobernador en mitad de la noche, pero ni siquiera tienes su número de teléfono?". Sacudió la cabeza. "Me parece que quizá no lo conozcas demasiado bien. Quiero decir, si estás dispuesto a llamar al hombre más importante de Kentucky a las dos de la mañana, pensé que seguro que tendrías su número memorizado".

Todos los policías volvieron a reírse.

"Está en marcación rápida en mi teléfono que confiscaste, así que no, no lo tengo memorizado".

"Bueno, en ese caso". Griffin señaló al policía que comía un donut de mermelada, el mismo que había arrestado a Oscar. "Emmitt. ¿Te importaría bajar al calabozo y coger el teléfono del Sr. Importante para que pueda marcar rápido al gobernador?"

Emmitt se chupó un poco de mermelada de los dedos. "Claro, sargento".

A Oscar se le apretó el pecho. "Pensándolo mejor, agente Griffin, quizá llame a mi abuelo.

No duerme bien, así que puede que esté despierto".

Griffin se cruzó de brazos. "¿Por qué no me sorprende?"

Cogió el teléfono y llamó a su abuelo.

Mientras el teléfono sonaba sin respuesta, las esperanzas de Óscar disminuían. Por fin contestaron a la duodécima llamada.

"Más vale que haya muerto alguien", gruñó la voz ronca.

"Abuelo, soy yo, Oscar. No deberíamos haber ido al salón..." Cuando se dio cuenta de que todos los policías le miraban fijamente, interrumpió su confesión. "-No debería haberme tomado ese jarabe para la tos que me diste. Apareció como si hubiera estado bebiendo. Estoy en la cárcel y necesito salir para el torneo de golf de mañana". Miró a su alrededor e hizo contacto visual con todos los policías de la sala, luego levantó la voz. "Ya saben, en el que juego con la hija del gobernador". Habló más alto. "Stacey Davenport. La hija del gobernador".

"No grites, chico. No estoy sordo", espetó Roscoe. "¿Cuánto es la fianza?"

"Quieren retenerme aquí hasta el lunes por la mañana. Creo que tendrá que llamar al Gobernador Davenport por mí".

Los policías miraban con interés.

Hubo un montón de gruñidos y *dagnabbits* en el otro extremo antes de Roscoe habló de nuevo. "Bien, sería de mala educación llamarle antes de las cinco. Falta una hora y media para Cincinnati. ¿Será tiempo suficiente?"

"Sí, abuelo. Gracias". Colgó y sonrió a los policías de la sala. "Bien, caballeros, el gobernador debería llamar poco después de las cinco". Se estiró y fingió un bostezo. "Despiértenme cuando llame".

Después de que Grifo lo escoltara de vuelta a la celda, se tumbó en el banco a la espera de que lo llamaran para liberarlo. Esperaba.

Oscar firmó los formularios de puesta en libertad a las seis y diecisiete minutos y salió de la cárcel como un hombre libre. Aspiró el aire fresco mientras se dirigía a la limusina que le había proporcionado el gobernador. El chófer estaba junto a la puerta trasera y la abrió cuando se acercó. No miró hacia atrás, pero esperaba que los policías estuvieran mirando.

Entró en la espaciosa y cómoda limusina. Stacey iba sentada en la parte de atrás con aspecto agitado, pero estaba muy guapa con una falda blanca corta plisada y un top Izod turquesa. Llevaba una visera a juego en la mano.

"Así que", le saludó en tono áspero, "mi compañero de golf sale y se lía a palos la noche antes de un gran torneo y tiene que usar los poderes políticos de mi padre para sacar su lamentable culo de la cárcel y llegar a tiempo al campo de golf. Sabes, Oscar, este no es un buen comienzo para nuestra relación". Tenía el ceño fruncido del que una diva se habría sentido orgullosa.

Podría haber optado por la vía agresiva -jurando que los policías le tendieron una trampa e idearon lecturas falsas de los contadores y jurando a ciegas que los demandaría a toda costa-, pero su mente analítica le convenció de que quizá no fuera prudente amenazar con demandar al gobierno cuando estás con la hija del gobierno. En lugar de eso, optó por un enfoque tímido y arrepentido. "Lo sé y lo siento. No estaba realmente borracho, pero eso no viene al caso. Tengo una deuda de gratitud con tu padre".

"Olvídate de él, es a mí a quien debes."

"¿Cómo dice?"

"¿Conoces al oficial que te arrestó?"

Oscar asintió.

"Era Emmitt. Le gusto. Nuestros caminos se cruzaron unas cuantas veces, y ha dejado claro que si alguna vez le doy el visto bueno, entonces él, bueno, como que cenaría conmigo... y cualquier otra cosa". Suspiró, agitando el flequillo. "Cuando papá llamó a la comisaría, era Emmitt quien tenía que retirar los cargos, pero se estaba portando como un imbécil y no quería dar marcha atrás con papá. Así que hablé con él. Dijo que no parabas de presumir de que hoy ibas a jugar al golf conmigo".

"Yo no lo llamaría presumir..."

Pinchó a Oscar en el pecho. "Y tuve que prometerle una cita para sacar tu culo de mandril de la cárcel. ¡Dios!" Con un movimiento fluido, se recogió el pelo detrás de las orejas.

"Lo siento..."

"Me siento como una puta. Prostituyéndome con la esperanza de que puedas jugar un partido de golf decente. No soy una persona madrugadora, Oscar, así que no me gusta que me despierten para hablar con un policía hormonado y tener que acudir al rescate de un delincuente borracho al que ni siquiera conozco". Le señaló a la cara con su largo y delicado dedo. "Más te vale que ganemos o lamentarás que te haya sacado de la cárcel". Sus ojos, tan bonitos como eran, contenían una mirada demoníaca bajo sus iris esmeralda.

La culpa le remordía la conciencia, aunque técnicamente era inocente. Su ira estaba mal dirigida, pero necesitaba mantenerla animada para jugar el tipo de golf que necesitaban para seguir en liza. Dirigió su mirada hacia la alfombra negra del suelo de la limusina.

"Te pido disculpas sin reservas. Veo que te puse en una posición incómoda y lo siento. Me arrepiento de mis acciones y haré lo mejor que pueda hoy". Casi se atraganta. Ser poco sincero con las mujeres no era nuevo para él, pero sus razones para la falsedad solían estar motivadas por la lujuria.

Le dio una palmadita en la rodilla. "Gracias, Oscar. Es muy grande por tu parte admitir tus errores y defectos para intentar enmendarlos. Acepto tus disculpas y espero que podamos dejar esto atrás. Ahora vamos a patear traseros". Sonrió.

Esperaba no tener que disculparse demasiado a menudo.

Se detuvieron en el apartamento de Oscar para que pudiera ducharse, cambiarse y coger su equipo de golf. Regresó un rato después y se subió al asiento trasero. Stacey estaba concentrada en su móvil. Mientras el conductor guardaba los palos, Oscar se acomodó en el asiento, hundiéndose en él como en un sofá de salón. Respiró hondo, disfrutando del agradable aroma del cuero del coche mezclado con el perfume de Stacey. Mucho mejor que inhalar el olor a pis de la celda de la cárcel.

Unos segundos después, el maletero se cerró con un ruido sordo y el conductor se deslizó en el asiento delantero. "¿Todo listo, Srta. Davenport?"

"Sí, Preston. Cincinnati, por favor".

Capítulo 10

La limusina se detuvo frente a los cuatro pilares del Silver Hill Country Club. Un hombre con chaqueta roja y dorada abrió la puerta trasera. Con un gesto amplio, invitó a Oscar y Stacey a bajar.

Dos adolescentes vestidos con polos blancos con el logotipo de Silver Hill rebuscaron en el maletero y sacaron el equipo de golf.

De camino al campo de entrenamiento para calentar, Oscar comprobó que Stacey entendía cómo funcionaba. "Entiendes el formato, ¿verdad? Es foursomes, o tiros alternos".

Stacey asintió. "Sí. Una bola entre nosotros y tomamos cada dos tiros, ¿verdad?"

Oscar sonrió. "Cierto". Al menos entendía lo que intentaban conseguir.

Después de calentar en el campo de prácticas, donde Oscar llegó a la conclusión de que Stacey tenía un swing medio decente, se dirigieron al primer tee. Un chico de poco más de veinte años se paró cerca del tee de salida para practicar con su driver Callaway. Su compañera, igualmente joven, estaba de pie junto a una bolsa de golf, recogiendo el pelo en una coleta.

Oscar caminó hacia la chica con la mano derecha extendida. "Hola, soy Oscar". Señaló hacia Stacey. "Y esta es mi compañera, Stacey Davenport".

La morena le cogió la mano. "Hola, soy Linda, y él es Todd", dijo, señalando con la cabeza al larguirucho. "Bonito día para jugar al golf".

"Desde luego que sí", confirmó Oscar. "Buena suerte, Linda."

"Igualmente".

Stacey agarró a Oscar por el brazo y se lo llevó. "¿Buena suerte?", siseó. "Son el enemigo, ¿sabes?"

Oscar la miró fijamente. Estaba seria. Se quedó callado.

A las diez y ocho minutos, se reunieron en la zona de salida. Algunos espectadores se reúnen para observar. El locutor presenta a los equipos e invita a Oscar a dar el primer golpe.

La tensión aumentaba y luchaba por controlar los nervios. *Concéntrate*, se ordenó internamente, y luego añadió un poco de *"Por favor, Dios, que sea un buen golpe"*. Respiró hondo, cogió el palo y lo lanzó. La bola salió disparada a la velocidad del rayo. Oscar adoptó la postura tradicional después del golpe, admirando el vuelo de la bola, que recorrió 270, tal vez 280 yardas en línea recta por el centro de la calle. Cada gramo de tensión abandonó su cuerpo con el golpe. Quería dar un puñetazo al aire, pero eso habría parecido infantil, siendo él un profesional y todo eso. Sin embargo, la satisfacción fue enorme, incluso sin mostrar ninguna emoción.

"Gran tiro", dijo Todd, caminando junto a él hacia el tee. "No estoy seguro de ser capaz de igualarlo."

Oscar le devolvió la sonrisa. "Gracias. Al menos Todd estaba impresionado, y ese tiro demostraría a Stacey que, de hecho, traía su *mejor* juego, estuviera borracho o no.

Oscar se acercó y se colocó junto a Stacey.

Le dio una palmadita en el brazo. "Wow. Estoy impresionado."

Estaba impresionada. Decidió dejarlo así.

Todd colocó su bola en el tee y, sin practicar el swing, disparó un drive por el centro que pasó a unos treinta metros de Oscar.

Y por eso es un *verdadero* profesional, citó Oscar.

Stacey y Oscar caminaron por el fairway y se detuvieron al llegar a su bola que yacía en la hierba, perfectamente colocada.

Sin dudar, Stacey sacó un palo de su bolso. Se lamió el dedo y lo levantó en el aire. "Hmm..." Arrancó un poco de hierba de la calle y la lanzó al aire, viéndola flotar en la suave brisa. "El viento sopla de través, ¿verdad?".

Le gustó que le pidiera consejo profesional. "Sí". Oscar señaló un gran roble a lo lejos. "Apunta a ese árbol, y el viento debería empujar un poco la bola, y ¡bam! Estamos en el green".

Se quedó mirando a lo lejos. "Bien, ¿a qué rama del árbol debo apuntar?"

De pie detrás de ella, fuera de su vista, Oscar puso los ojos en blanco. "No importa. Apunta al árbol".

Ella negó con la cabeza. "No, Jett me dijo que debías elegir el blanco más pequeño posible para ser preciso".

La chica tenía ideas por encima de sus posibilidades, y Jett Johnson debería dedicarse al béisbol, pero pensó que le seguiría la corriente. Apoyó la barbilla en su hombro y señaló el árbol en general. "Apunta a esa bellota, a tres ramas de la copa".

Stacey sonrió. "Gracias. Así me gusta más".

Ni siquiera pudo ver una bellota, pero ella parecía satisfecha de que el objetivo estuviera allí y fuera lo bastante pequeño. Dio un paso atrás. Stacey plantó y volvió a plantar los pies, meneando el trasero en el proceso, lo que Oscar disfrutó bastante. Su falda se ceñía firmemente a sus caderas y se detenía en la parte superior de su muslo. Se preguntó qué tipo de bragas llevaría. Imaginó que serían de volantes. Aunque tenía un aire deportivo, no se la imaginaba práctica.

En el tiempo que tardó en desnudarla y volver a vestirla mentalmente, ella aún no había golpeado la pelota.

"¿Estás bien?", preguntó.

"Bien. Quiero hacerlo bien. Es una toma importante".

Oscar gimió en silencio. El segundo disparo de un total de setenta u ochenta posibles no era importante, pero no quería que la chica se despistara.

Todd y Linda estaban al otro lado del fairway, con caras cada vez más agrias. Por muy mono que fuera, Oscar se irritó cuando Stacey meneó el culo y agitó el palo en lugar de jugar al golf.

Los jugadores que estaban detrás de ellos estaban de pie en el tee de salida, observando y esperando su turno.

"Tenemos que ponernos en marcha", la animó.

"Cállate", dijo Stacey. "¿No sabes que se supone que no debes hablar cuando alguien está tomando un trago?"

Todos esperaron. Todavía nada.

Iban camino de convertirse en el hazmerreír, y sólo era el segundo disparo del día.

Oscar se sintió avergonzado. Retrocedió hasta situarse a seis metros de ella, con la esperanza de que nadie se diera cuenta de que era su compañero de golf. El torneo de golf -no, el mundo- estaba en suspenso mientras Stacey "Meneadora de Culos" Davenport se preparaba para dar un golpe de golf.

La paciencia de Oscar se agotó. "¡Sólo golpea la maldita pelota!"

Stacey golpeó y falló, clavando el palo en el suelo detrás de la pelota, y sólo consiguió empujarla unos quince centímetros hacia delante.

Se dio la vuelta con cara de dragón enfadado. "¡Cabrón!" Lanzó el palo de golf hacia él, surcando el aire como la hoja de un helicóptero, y la parte carnosa del palo conectó con su

espinilla.

"¡Oww!", gritó al caer al suelo.

"¡Me hiciste fallar mi tiro!"

Oscar yacía en el suelo, frotándose la pierna casi amputada. "Eso duele, joder".

"Oh, cállate, niña grande."

Uno de los comisarios del campo se acercó a toda velocidad en su carrito de golf y se detuvo justo cuando Óscar se levantaba con dificultad y se frotaba la espinilla dolorida.

"No sé qué demonios estáis haciendo", bramó el alguacil, "pero será mejor que dejéis vuestras discusiones domésticas en casa. Y tú, jovencita", apuntó con el dedo a Stacey, "muévete. Si sigues retrasando el juego, te descalificaré por juego lento y te echaré del campo. Ahora muévete".

"Lo siento, Sr. Marshal." Stacey agitó las pestañas. "Puedo asegurarle que no estábamos teniendo una doméstica. Apenas conozco al tipo. Sólo me estaba mostrando lo imbécil que puede llegar a ser". Stacey señaló a Oscar, con sus finas cejas juntas. "La próxima vez te meteré ese palo por el culo".

El alguacil miró a Óscar. "Compórtate y sigue jugando. Ahora juega al golf". Se alejó a toda velocidad con su banderita verde de "Marshal" ondeando al viento en la parte trasera de su carro.

A pesar de su lesión, Oscar se acercó cojeando a la bola y consiguió colocarla en el green con el siguiente golpe. Stacey embocó, luego él, y registraron una puntuación de cinco en el primer hoyo. Uno sobre par. Nada mal. Él estaba satisfecho con eso, teniendo en cuenta un tiro fue a ninguna parte. Pero con sus travesuras, y con Todd y Linda jugando como una máquina bien engrasada para registrar un birdie, cualquier optimismo Oscar tenía que podrían permanecer dentro del margen que necesitaban drenado.

Oscar estaba jugando bien, y el gobernador estaba allí siguiéndolos. Al menos Davenport fue testigo y pudo ver que era Stacey quien les sacaba de la contienda, no Oscar. Tras los nueve primeros hoyos, estaban a cinco golpes de los líderes, Todd y Linda.

Al salir del noveno green, el Gobernador Davenport se acercó y pasó su brazo por encima del hombro de Oscar de camino al siguiente tee.

Oscar esperaba que fuera un acto de compasión.

La colonia de roble del gobernador flotaba sobre él como una niebla agradable. "Estás dejando que se te escape, hijo. Tienes que mejorar tu juego si quieres parecer un contendiente".

"Estoy haciendo mi mejor esfuerzo, Gobernador, y estoy jugando un poco de golf decente, pero usted debe haber notado... bueno, Stacey no está realmente en su juego hoy".

"Oh, vamos, Oscar." Le apretó con fuerza. "Lo está haciendo bien. Tú eres el profesional, hijo. Seguro que esperabas tener que llevar la carga un poco más por el aficionado".

Oscar se detuvo y se volvió hacia él. "Gobernador Davenport", susurró. "En realidad no soy un profesional, ¿recuerda? Usted me creó como un personaje de cuento de hadas. Hago lo que puedo, pero Todd Posey se sale de la piel. Y Linda es bastante buena también. No sé si podremos lograrlo".

Davenport le miró fijamente. "Pensé que estarías un poco más agradecido, viendo cómo te saqué de la cárcel". Dejó que sus palabras resonaran.

Oscar pudo ver cómo brillaba el político que se atribuía el mérito del trabajo de otro. Stacey probablemente acabaría jodiendo a algún zoquete por su culpa. Pero necesitaba ese terreno extra, y el gobernador no cedería tesoros del Estado si Oscar le costaba otros diez mil dólares. Incluyó la cabeza. "Sí, señor. Aumentaré la velocidad".

Davenport sonrió y le palmeó el hombro. "Así me gusta. Ahora ve a por ellos, tigre".

Oscar alcanzó a Stacey y le rodeó el hombro con el brazo. "No sé si te lo he agradecido debidamente. Gracias por sacarme del trullo. Te debo una y voy a concentrarme más. Sé lo mucho que esto significa para ti. Voy a esforzarme más. ¿Estás listo para ganar esto?"

Sonrió. "Eso es lo que me gusta oír. Gracias, Oscar. Significa mucho saber que por fin cantamos el mismo himno". Le pellizcó la mejilla. "Vamos a por ellos, tigre".

Mostró los dientes y pasó la mano como una zarpa. "Grrr".

Capítulo 11

Stacey hizo honor a su palabra y demostró ser más competitiva de lo que él imaginaba. También encontró su ritmo. Aunque incluso cuando destacaba, su juego seguía siendo mediocre, al menos mantenía la bola en juego y no provocaba costosos desastres. Y lo que es más importante, era buena para el ego golfístico de Óscar. Cuando él pegaba un buen golpe o metía un putt largo, ella bailaba a su alrededor, le chocaba las manos y le animaba. A él le gustaba impresionarla.

Después de la charla del gobernador y con el apoyo entusiasta de Stacey, Oscar jugó muy bien al golf, de hecho, de lo mejor que había jugado nunca. Se fueron abriendo paso en la clasificación, recuperando golpes, mientras el juego de Todd y Linda sufría algunos contratiempos. Hacia el final de la ronda, se encontraron cabeza a cabeza con Todd y Linda.

En el último hoyo, el equipo Posey tuvo sus propios problemas cuando Linda falló un tiro. Stacey y Oscar llevaron la voz cantante durante toda la competición.

Le tocaba jugar a Óscar y quedaban setenta metros para el hoyo. El banderín estaba delante del green, protegido por un lago. El lago era más una amenaza psicológica que una amenaza real. Cuatro años antes, en la universidad, había hecho el mismo golpe para ganar el campeonato estatal. Se había atragantado y lo había clavado en el agua. Después de eso, pasó incontables horas practicando este tiro exacto. Ahora podía hacerlo con los ojos vendados, con una mano atada a la espalda o de cabeza.

Oscar visualizó el golpe. Quería mostrar al mundo su magia golfística.

Lanzó una mirada a la multitud. El gobernador Davenport estaba mirando. Estaría furioso.

Oscar miró en su bolsa de golf la selección de palos.

"No lo tires al agua", le ordenó Stacey.

"Buen consejo, tigre".

Se preparó y practicó un swing, rozando la parte superior de la hierba con la precisión de un afeitado fino. Se sentía bien. Incluso genial. Podía poner la bola a menos de dos metros del hoyo si quería.

No quería hacerlo. Con un swing fluido, la golpeó perfectamente. Contempló satisfecho cómo la bola pasaba a quince metros de la bandera y apenas se posaba en la parte trasera del green.

"¡Oh, genial!" Stacey gritó. "Confío en que te ahogues cuando hay un poco de presión".

Miró su garrote y esperó sonar convincente. "Oh, diablos. Cogí el palo equivocado".

Marchó hacia el baile.

Posey golpeó su bola, aterrizando junto al hoyo y permitiendo a Linda meterla para lo que necesitaron seis golpes.

Todo dependía de Stacey. Ella tendría que rodar la bola en algún lugar en las proximidades del agujero para su quinto tiro. Con eso, Oscar tendría el putt para empatar. Pero si de alguna manera fallaba...

El gobernador se situó al borde del green con los demás espectadores.

Stacey estaba detrás de la bola, evaluando el putt, con el ceño totalmente fruncido. Le hizo un gesto a Oscar para que se acercara.

"Oscar, necesito ayuda. Necesitamos que este putt entre para ganar. ¿Cómo lo ves?" Ella se mordió el labio, mirando el contorno del green, totalmente concentrada.

"Bien". Tenía que parecer servicial y se colocó detrás de ella para orientarla. "Va a romper a la izquierda, así que tienes que golpearla unos tres metros a la derecha del hoyo, y no olvides que va cuesta abajo, así que no la golpees demasiado fuerte. Dos putts, y podemos empatar. Sólo tira cerca, y yo meteré el siguiente".

Se quedó boquiabierto. "¿Te refieres a fallar? ¿A propósito?"

"No, no lo vas a fallar", dijo. "Nunca vas a hacer este putt. Está demasiado lejos y es demasiado difícil. Sólo lag y podemos empatar. Eso forzará un desempate. Entonces nos enfrentaremos en la muerte súbita". Quería darle alguna esperanza de que todavía podían ganar. Dejaría que se enfadara después de fallar el siguiente putt.

"Pero podríamos perder en la eliminatoria. Quiero ganar".

Oscar suspiró. "Acabarás tirándolo al lago si lo golpeas demasiado. Y eso es lo que va a pasar si intentas hundir éste. Tendrás un subidón de adrenalina y le pegarás demasiado fuerte, como hice yo en el último tiro. He estado jugando bien hoy. Si la meto a menos de dos metros, la meto".

Agitó la mano. "Oh, vete a la mierda."

Una multitud considerable se había reunido alrededor del green.

"No eres de ninguna maldita ayuda". Reajustó su postura en línea con el agujero. "Lo haré yo misma". Le dio a la bola un golpe todopoderoso directo hacia el agujero.

La multitud vio cómo la esfera blanca despegaba como un Boeing por la pista. A Óscar le dio un vuelco el corazón. Que él se pasara con un golpe alrededor del green entraba dentro de lo creíble. Pero su putt era tan horrendo que cualquier corredor de apuestas que se precia rechazaría la apuesta diciendo que había fallado el putt intencionadamente. Además, a la velocidad a la que iba, la bola se dirigía al centro del lago y nunca la encontrarían. Eso significaba que incurrirían en golpes de penalización, lo que les dejaría fuera de la zona de seguridad asignada. O que los descalificarían de la competición por pelearse en el green dieciocho cuando él le dijera que era culpa suya que hubieran perdido.

La pelota se precipitó ladera abajo, en línea con el hoyo. Golpeó la parte posterior de la copa con tanta fuerza que resonó por todo el campo. La pelota saltó medio metro por los aires. El público jadeó cuando cayó y aterrizó en el hoyo, traqueteando en el fondo de la copa. El público aplaudió con entusiasmo.

Oscar miró la taza con incredulidad y luego volvió a mirar a Stacey. Ella sonrió victoriosa. Luego saltó, saltó y saltó. Corrió por el green como un canguro, con los brazos por encima de la cabeza, antes de saltar hacia Óscar.

Le costó comprender la magnitud de la chiripa, pero extendió los brazos para darle un abrazo de victoria. Ella saltó sobre él, le rodeó el cuello con los brazos y le rodeó la cintura con las piernas, saltando arriba y abajo.

Ella se echó hacia atrás y le puso el dedo en la cara. "Ves, no te necesitaba después de todo. Perdedor". Luego le besó en los labios. Su sabor a cereza era succulento, y su rebote en su cintura habría sido excitante en cualquier otro escenario.

Se dejó caer y se volvió para abrazar a su padre, que estaba junto a ellos.

"¿Viste eso, papi? Oscar no creía que pudiera hacerlo, pero le demostré".

El gobernador lo miró con dureza. "No creías que pudiera hacerlo, ¿eh? Te dije que era buena. Tu tiro flop ayudó a prepararlo. Pensé que lo habrías tirado al agua, pero no lo hiciste. Imagínate".

Se dieron la vuelta y se alejaron, con el brazo de Stacey entrelazado con el de su padre.

A Óscar le ardía la boca del estómago. Ha cargado con una golfista horrible durante

diecisiete hoyos para mantenerlos en liza. Ella mete un putt afortunado -no, no fue afortunado. Fue un puto milagro, y ella se llevó toda la gloria, mientras él encabezaba la lista de mierda del gobernador.

Y a pesar de la victoria, el gobernador no estaba contento. Y si el gobernador no estaba contento, Louie Gómez no estaría contento. Y si Louie Gómez no estaba contento, Óscar estaría muerto.

Capítulo 12

Stacey se perdió de vista cogida del brazo de su padre, cacareando su victoria.

Oscar se dirigió a los vestuarios para ducharse y cambiarse con una agri dulce gama de emociones sonando en su cabeza. Habían ganado gracias a él y tenía todo el derecho a sentirse orgulloso de su logro. Pero ni siquiera ese pensamiento consiguió reconfortarle, ya que en el fondo sabía que estaba tirando el partido y ni siquiera podía tener la satisfacción de acertar.

Se colocó frente al espejo de cuerpo entero, anudándose la corbata Christian Dior y mentalizándose para el ti vivo de actuaciones que tendría que mostrar. Tenía que mostrarse feliz ante Stacey por su asombrosa victoria, decepcionado por el resultado por el bien del gobernador Davenport y sorprendido por el bien del abuelo; tal vez un poco de modestia para la guapa reportera que había visto mirándole en el green del hoyo dieciocho.

Atravesó el pasillo y encontró el salón de actos lleno de conversaciones y risas. Se sirvió una cerveza y buscó a Stacey.

Estaba en medio de la sala, junto a su padre. Llevaba un traje pantalón rojo y una blusa blanca con cuello a lo Elvis. Sus pantalones acampanados tocaban el suelo. Jadeó al ver a Óscar. Dejó su bebida en una mesa cercana y se acercó a él, echándole los brazos al cuello y dándole un fuerte abrazo. Mientras el apretón se prolongaba, Oscar se dio cuenta de que el gobernador Davenport los miraba desde la distancia, con los ojos entrecerrados.

Soltó su abrazo de oso.

"Sé que hoy he hecho el putt ganador, pero has estado genial ahí fuera, Oscar. Papá no ha dicho mucho. Creo que aún está en shock".

"Apuesto a que sí", murmuró Oscar.

Stacey se llevó las manos a la espalda y miró la alfombra azul, retorciéndose de un lado a otro por la cintura "Quizá tú y yo podríamos salir alguna vez. Ya sabes, para celebrarlo. Nunca he ganado algo tan prestigioso como un torneo de golf. Podríamos tomar prestada la limusina de papá para tener un chófer y no tener que preocuparnos por beber y conducir... no es que eso parezca preocuparte mucho de todos modos."

Óscar bajó la cabeza y se fijó en el dedo gordo de su pie, que asomaba por debajo de los pantalones acampanados con las uñas pintadas de rosa con precisión. Qué mono. "¿Qué pasa con Emmitt el poli?"

"Yo me encargaré de Emmitt el policía. ¿Tenemos una cita?"

Antes de decir que sí, tuvo que enfrentarse a un padre enfadado. Aunque era un campeón, no podía evitar preguntarse si "El Hombre" podría revocar su clemencia y enviarle de nuevo a la cárcel.

Dada la situación actual, sería genial tenerla de su lado. Podía ser molesta. Él había visto ese rasgo desde el primer día. Pero en los momentos de victoria, su entusiasmo le parecía estimulante. Tal vez era bipolar o algo así. Si iba a salir con ella, debería ser por atracción, no por desesperación. Pero estaba metido en un buen lío. Le miró el dedo gordo del pie, sopesando sus opciones. Siempre había respetado la sabiduría de su abuelo. El caso de trabajar en la aprobación de Stacey se estaba fortaleciendo.

Una mano firme se posó en el hombro de Oscar. "Reviviendo tus momentos de gloria en el partido de hoy, ¿verdad?". El gobernador Davenport se puso a su lado.

Oscar tenía que salvar lo que pudiera, y rápido. "¿Puedo hablar con usted un momento,

señor?", susurró.

Davenport lanzó una mirada a Stacey. "¿Nos disculpas, cariño?" Se apartó de su hija y apretó con más fuerza el hombro de Oscar.

Una vez que encontraron un lugar tranquilo, se detuvieron y se encararon.

Oscar fingió ajustarse el nudo de la corbata, pero intentaba tragarse el nudo que tenía en la garganta. "Gobernador, hoy he pasado un día maravilloso con Stacey. Me gustaría pedirle permiso para salir con ella".

Un político tiene una sonrisa para todas las ocasiones. En este caso, parecía ser intuitiva. "Mira, Chambers, no creas que vas a burlarme saliendo con mi hija. Apenas te conozco, pero ya me has costado un montón de dinero. Dos veces".

"Sí, ambas casualidades, se lo aseguro, pero no olvidemos los cubos de dinero que mi padre y mi abuelo han donado a su causa".

"¿Quieres decir antes de conocerte? Puede que la familia Novak-Chambers invierta dinero en mis campañas, pero tú lo estás sacando de mi bolsillo". La gente se arremolinaba cerca de ellos, las voces interferían en su conversación privada. Davenport apartó a Oscar de la multitud.

El gobernador miró a su alrededor, confirmando que estaban fuera del alcance del oído de los demás. "Tengo algunos amigos que no quieres conocer, Oscar. Si me traicionas una vez más, puede que organice ese encuentro. ¿Me entiendes?"

Oscar se secó un rastro de sudor del labio superior. "Sí, lo creo. Pero tienes que admitir que fue un putt afortunado el que hizo. No volvería a hacerlo ni en un millón de años. No es como si te hubiera jodido intencionadamente".

La mirada de furia de Davenport desapareció, sustituida por una de orgullo paternal. "Te dije que era una excelente golfista, ¿no?"

Oscar asintió con la cabeza. "Sí, señor. Para serle sincero, Gobernador, Stacey tenía muchas ganas de ganar el torneo y me dejé llevar por su entusiasmo". Se encogió de hombros disculpándose. "Lo siento. Fue su ira o la de ella".

El gobernador rió entre dientes. "Bueno, me gusta ver a mi niña feliz, y ella lo es. Pero no estoy seguro de tus motivos ni de dónde están tus lealtades".

"Para que no pienses que la estoy utilizando, me preguntó si iría a una cita de celebración con ella. Te lo pido por respeto, pero fue idea suya".

"¿Y qué quieres conseguir?"

"¿Señor?"

"Oh, vamos, Oscar, no soy densa. Hija del gobernador. Abogada que lucha contra el crimen. Una mujer condenadamente guapa. Tiene mucho que ofrecer".

"Golf". Olvidaste que es una golfista brillante. Me gustaría jugar más al golf con ella. Ese es mi interés".

Davenport sonrió satisfecho. "Bien". Se puso delante de Oscar, cuadrándose como un boxeador antes de un combate por el título. "De acuerdo, Oscar, tienes mi permiso, por ahora. Pero si le haces daño, tendrás que responder ante mí. Y soy de mano dura en asuntos que conciernen a Stacey. Mucho más que con los consejos sobre carreras de mierda y torneos de golf. ¿Entendido?"

Oscar asintió. "Perfectamente".

Oscar se sentó en el sofá de cuero el domingo por la mañana, tomando café y admirando el trofeo de golf de la repisa de la chimenea. Cada uno había recibido uno, y él se preguntaba dónde

había puesto ella el suyo. El suyo ocupaba un lugar de honor entre los trofeos de carreras de caballos.

Oscar se levantó para servirse otra taza de café cuando se dio cuenta de que habían deslizado un pequeño sobre por debajo de la puerta. Lo cogió y lo abrió.

Enhorabuena por tu victoria. Supongo que el gran premio no era de 120.000 dólares, así que espero recibir muy pronto unos cuantos acres de bienes inmuebles. Dale recuerdos a la hija del gobernador. Bien jugado, a los dos. ☺

Louie

¿Una cara sonriente? ¿Qué clase de gángster pone una cara sonriente en una nota de "Te voy a cortar las piernas"?

Además del trofeo, como profesional, Oscar ganó tres de los grandes, pero el dinero no era el problema con Louie.

Sonó el teléfono.

"¿Hola?"

"Oh, hola. ¿Oscar? Soy yo, Stacey Davenport."

Sonrió ante el déjà vu de su sincronización. "¿La campeona de golf de Cincinnati, Stacey Davenport? ¿Cómo está el Mago de los Verdes?"

Una risita recorrió la fila. "Bien, gracias. ¿Sabes la cesta de comida que gané en el torneo?"

Como aficionada, sólo se le permitió un premio, no dinero en metálico.

Oscar asintió para sí. "Sí, se veía delicioso".

"Sí, así es. He estado mirando lo que contiene y hay cosas muy ricas. El foie gras parece delicioso, pero algunos de los mejores productos están cerca de su fecha de caducidad. Quizá por eso lo daban como premio. Odio ver que la comida se desperdicia, y si no se come pronto, se pudrirá. Y ya que nos esforzamos tanto por ganar, debería compartirlo contigo, porque tú me ayudaste, excepto en el último putt, claro. No fuiste de mucha ayuda en eso, y me tocó a mí, pero no te guardo rencor por eso. De todos modos, te prometí una cita".

Se hizo un silencio incómodo en la línea. Parecía nerviosa, pero Stacey no parecía una mujer que bajara la guardia fácilmente. No se sentía tan amenazado por este estado de ánimo, y menos propenso a recibir un palo de golf en la cabeza... o en el culo.

Aprovechó el momento. "Sería estupendo. Tengo un terreno cerca de Cub Run donde estoy construyendo un campo de polo. Tengo que ir allí el sábado. Tal vez podrías venir conmigo y podríamos parar en algún lugar y hacer un picnic. ¿Qué te parecería?"

"Me gustaría".

"Estupendo. ¿Qué tal si te recojo sobre las ocho de la mañana del sábado?"

"¿Necesitamos la limusina de papá?"

"No, tomaremos mi camioneta".

Hubo una larga pausa. Se preguntó a qué estaría esperando. No esperaba que gritara "¡Sí!" a pleno pulmón cuando aceptara, pero un "Estoy deseando que llegue" medio entusiasta habría estado bien.

"Espero que no suene mal, ¿pero está limpio el camión que conduces?"

"¿Cómo es eso?"

"Quiero decir, si es un camión agrícola, quiero vestirme apropiadamente".

Una oleada de arrepentimiento se apoderó de él. Todo esto por un pato enlatado que estaba a punto de echarse a perder. Era su turno de sentirse malhumorado. "Te puedo asegurar que no hay mierda de vaca en ella. Es un Cadillac. ¿Eso es aceptable?"

"Claro".

"No te preocupes, Stacey. Puedes ponerte tus Donna Karan y tus Jimmy Choo y no tendrás que llevarlos a la tintorería ni enviarlos al Ejército de Salvación cuando volvamos".

"No te pongas catty, Oscar, sólo estoy preguntando. Es un picnic, no un desfile de moda".

Recordó que le convendría no ponerse cortante con ella. "Tienes razón. Es un camión limpio, y no vivo en una granja. De todos modos... ¿puedo llevar algo?"

"Una manta sería una buena idea. Ah, y tu amuleto".

¿Estaba siendo sarcástica? No lo sabía, pero sería mejor que se acostumbrara a morderse la lengua con Stacey. Eso sí lo sabía.

"Genial. Nos vemos el sábado con una manta y encanto".

Capítulo 13

Oscar se detuvo frente a la mansión del gobernador el sábado por la mañana en su Escalade plateado, listo y emocionado para su viaje por carretera a Cub Run. Le daría de comer y beber a Racy Stacey y ella se olvidaría de Jett Boy y de Emmitt el poli. No es que esa fuera su principal motivación, sólo un extra. A su vez, el Gobernador lo recompensaría por mantener feliz a su preciosa hija. O eso esperaba.

Se miró en el espejo retrovisor. ¿Pelo? Se acarició la parte superior de la cabeza, suprimiendo un pelo rebelde que sobresalía. Comprobado. ¿Dientes? Se bajó la visera y se hizo un rápido examen dental en el espejo de cortesía. Sin arenilla. Comprobado. ¿Menta? Se metió una en la boca. Comprobado. Una mirada rápida alrededor del interior del camión. No hay mierda de vaca. Comprobado. Estaba satisfecho de que las cosas estuvieran pulidas e imaculadas. Él y el camión. No quería darle motivos para quejarse.

Justo a tiempo, Stacey salió de entre los pilares de piedra de la mansión. Llevaba unos vaqueros ajustados con botines negros de tacón y una blusa negra y plateada atada a la cintura, que dejaba al descubierto su ombligo perforado.

Conrad la siguió, con una cesta de comida en una mano y otra de picnic en la otra.

Oscar dio un paso adelante, extendiendo los brazos hacia Conrad. "Deja que te ayude con eso". Cogió la cesta de comida del mayordomo y se volvió para meterla en la cama del camión.

Stacey se asomó por detrás.

"¿Está bien para Madame?" Oscar preguntó.

"Oui". Ella sonrió y se acercó, dándole un beso en la mejilla.

Conrad colocó la cesta en la parte trasera del camión. "¿Habrás algo más, Srta. Davenport?"

Miró a Oscar. "¿Has traído una manta?"

"Sí, y bolsas de encanto".

"Bien. Eso es todo, Conrad".

Bajó la cabeza y se marchó.

Oscar abrió la puerta del acompañante y admiró la vista mientras ella subía. Subió al lado del conductor, se calzó las Ray Bans y se dirigieron a Cub Run.

A los pocos kilómetros de viaje, Stacey pasó el dedo por la parte superior del salpicadero.

"Vaya, ni una mota. ¿Siempre lo mantienes así, o todo este brillo es para mi beneficio?"

"Sí, puedes comer de eso", bromeó Oscar, "pero podría saber a Armor All. Ha sido limpiado sólo para usted, su señoría".

Esbozó una sonrisa de aprobación. "Estoy impresionada".

"De alguna manera no me pareces una persona que impresione fácilmente".

"No, no tengo."

Sacó su iPhone cuando sonó y se puso a hojear las páginas con cara seria. Tras un sutil suspiro, guardó el teléfono en el bolsillo lateral de su enorme bolso.

"¿Todo bien?" Preguntó Oscar.

"Ya veremos. Rebuscó en el bolso, sacó las gafas de sol y se las puso sobre los ojos.

Oscar echó un vistazo a su perfil mientras conducían por la carretera. Por sus payasadas en el campo de golf, pensó que podía estar desquiciada, pero sin duda había sido bendecida con una buena apariencia. Y por la profesión que había elegido, era inteligente. "Así que, antes de venir aquí, ¿trabajaste en la oficina del fiscal en Los Ángeles?"

"Sí."

"¿Por qué quería ser fiscal?"

"Me colegié en Kentucky y empecé a trabajar para Dean y Dean, los abogados defensores. Eran importantes y lo único que querían era absolver al cliente, fuera como fuera. Me dieron un caso, y el tipo era culpable como el pecado, y yo lo sabía. Oh, lo saqué, y me dieron un bono. Pero me sentí mal. Entonces supe que quería enviar a la gente mala a la cárcel, no darles licencia para cometer más delitos. Así que decidí cambiar de bando".

"¿Por qué Los Ángeles?"

"No quería quedarme en Kentucky y tener que enfrentarme a los Decanos desde el otro lado de la sala". Se puso los brazos por delante y se miró la parte superior de los antebrazos. "Así que decidí que cuando no estuviera encerrando a tipos malos, trabajaría en mi bronceado".

Oscar sonrió. "¿Pero ahora eres asesor?"

"Sí."

"¿Cómo funciona eso?"

"Sigo teniendo licencia del estado de Kentucky para ejercer la abogacía y sigo encerrando a los malos. Y no tengo que llevar el título de 'Anti-Decano'. ¿Podemos cambiar de tema?"

Stacey miró por la ventanilla el paisaje que pasaba.

"¿Puedes llevar una capa o algo?". Su sonrisa no consiguió romper su solemnidad.

"¿Podemos hablar de otra cosa o no?"

"Claro. ¿Qué tal esos Cubs?"

Se volvió hacia él y se levantó las gafas de sol Dolce&Gabbana para mirarle a los ojos. "Soy fan de los Dodgers". Se bajó las gafas.

Oscar se encogió de hombros. "O no".

Nubes de polvo rodaron por los laterales del Cadillac mientras recorrían el camino de tierra que conducía al campo de polo. Aparcó delante de una excavadora JCB parada.

Óscar escudriñó el lugar, satisfecho por los progresos realizados desde su última visita. Se fijó en la esquina suroeste del parque. Ese era el terreno que Louie Gómez quería para su excavación arqueológica, o para lo que demonios lo quisiera. Para enterrar cadáveres, más bien. Fuera para lo que fuera, le tocaba a Óscar encontrar una razón viable por la que necesitara expandirse a una propiedad estatal.

"Vaya. Es más grande de lo que pensaba", comentó Stacey. "Pensaba que los campos de polo solían ser sólo un campo rodeado de carpas con gente comiendo fresas, bebiendo champán y hablando pijo. Esto se parece más a un estadio de verdad".

"Rompo con la tradición y voy a lo grande. Este será *el* lugar para jugar al polo. Espero celebrar aquí algún día el Campeonato Nacional. No puedo hacerlo en un campo de vacas con una política de traiga su propia silla plegable".

Le enseñó a Stacey el terreno y el estadio casi terminado mientras le explicaba sus planes. Al final acabaron en la esquina que quería Louie Gómez.

Oscar pasó el brazo por encima del paisaje. "¿Saben qué? Espero ampliar mi límite de propiedad para incluir esta sección de tierra algún día".

El teléfono de Stacey sonó. Sacó el iPhone del bolsillo. "¿Para qué?", preguntó distraídamente mientras estudiaba su teléfono.

"Aún no estoy seguro. Quizá para ampliar el aforo, o para unas instalaciones de entrenamiento más grandes. Este sitio parece que necesita ser más grande".

"Maldita sea", murmuró Stacey, volviendo a meter el teléfono en el bolso.

"De acuerdo". Oscar la miró de frente. "No es bueno que mi cita mire su teléfono y diga 'Maldita sea'. ¿Qué pasa?"

"Era mi jefe, Rob Brown. Arrestaron a un chico por drogas. Tiene dieciséis años y ya es uno de los mayores traficantes de Louisville. Rob quiere juzgarlo como adulto y sacarlo de las calles por mucho, mucho tiempo. Vamos a juicio el lunes, y quiere que averigüe qué precedentes hay de juicios a menores por delitos capitales de drogas". Se pasó la mano por el lado de la cabeza, pasándose el pelo por detrás de la oreja. "He visto esto una y otra vez. Podría escribir la biografía de este chico: hogar roto, mala educación, nada que hacer salvo salir a la calle, forjarse una reputación y ganar crédito callejero. Me rompe el corazón meter en la cárcel a niños que nunca tuvieron una oportunidad. En fin, basta de hablar de eso. Decías algo sobre la expansión. ¿Para qué era?"

"Oh, sí..." El mensaje de Stacey le inspiró una nueva estrategia. Se quedó mirando los pinos a lo lejos mientras formulaba su discurso. "Es curioso que lo menciones. Mi visión de la expansión era ayudar a los jóvenes con problemas del estado. Ya sabes, construir un campo de entrenamiento adicional para los jóvenes. Algo que les diera un interés *fuera de* las calles. Quiero darles formación en algo que no sea ser un gángster".

Ella arrugó la nariz. "¿En serio?"

"No suenes tan sorprendido".

Se puso las gafas de sol en la cabeza. "Nunca te había considerado una persona compasiva o cariñosa. Me sorprendes".

Un espasmo de culpa atravesó su conciencia, pero el dolor de mentir se curaría mucho más rápido que los huesos rotos.

Se acercó a su lado. "¿Cuánto terreno necesitarías?"

"No lo sé, unos pocos acres. No es mucho en el gran esquema de las cosas".

Stacey observó el horizonte mientras aspiraba el aire fresco del campo. El verdor de la lejanía debería haber despertado su espíritu aventurero, si es que lo tenía. "Será mejor que lo compruebes. Creo que está muy cerca del parque estatal. No querrás cruzar la línea divisoria".

"¿Lo es? Vaya, no lo había pensado. Ya he tenido inversores que han puesto algo de dinero. Les pareció una gran idea".

Se encaró con él y le puso la mano en el pecho. "Es una gran idea, y espero que funcione. Si hay algo que pueda hacer, házmelo saber".

"Puede que te obligue a ello".

Sus labios se acercaron.

El momento se ve interrumpido por el derrape de un coche que se detiene, el crujido de la grava y una nube de polvo que se levanta a su paso.

Johnny Sin Pulgares apagó el motor y salió de su Lincoln Continental negro de 1964, de los que tienen puertas suicidas.

Se acercó con confianza de tipo duro, flexionando los hombros y pasándose la parte inferior de la nariz. "Jefa". Incluyó la cabeza hacia Stacey. "Señora".

Stacey asintió cordialmente.

"Johnny, ¿qué estás haciendo aquí?" preguntó Oscar.

"Se trata de Louie Gómez, Jefe."

Stacey arqueó las cejas.

Oscar deslizó su mano bajo el bíceps de Johnny y lo alejó de ella. "¿Qué quiere ese saco de ratas?" Susurró.

"Quiere saber cuándo puede empezar a cavar. Dice que ya has tenido bastante tiempo y que quiere empezar".

"Hostia puta. Lo hablamos la semana pasada. No soy FedEx. No hago envíos nocturnos. ¿Por qué has venido hasta aquí sólo para preguntarme eso?"

"Tu teléfono está apagado, y Louie quería una respuesta antes de las seis de esta noche, o si no".

Óscar rebuscó en su bolsillo y sacó el móvil. Llevaba días funcionando mal, pero aún no lo había arreglado ni sustituido. Suspiró y se lo volvió a meter en el bolsillo. "¿Y si no qué?"

Johnny echó los hombros hacia delante. "Dice que me va a reventar las rótulas para que veas cómo queda, pero me gustaría ver cómo lo intenta".

Oscar pasó el brazo por encima del hombro de Johnny. "Nadie te va a romper las rótulas, Johnny. Dile que estoy aquí abajo con el representante del gobernador, ultimando los detalles".

Johnny le dio un codazo en la tripa a Oscar. "Te tengo, jefe. Una reunión, ¿eh? Todas mis reuniones son con tipos de nudillos peludos, y normalmente no sonrén cuando acabo con ellos".

Oscar sonrió. "Estas reuniones son un trabajo duro. ¿Qué quieres que te diga? Ahora vuelve y dile a Louie que todo está bajo control, pero que puede llevar un poco de tiempo. Le llamaré el lunes para ponerle al día".

Johnny se reajustó la chaqueta del traje y Oscar vislumbró una pistola enfundada en el arnés del hombro.

"Mierda, Johnny. ¿Dónde conseguiste esa cosa?"

"Oye, el tipo amenazó con romperme las rótulas". Palmeó la pistola que llevaba bajo la chaqueta. "¡Si me pone un dedo encima, *powie!*"

"Johnny, deshazte del arma. No quiero que lleves esa cosa por ahí, y no quiero que restriegues a Louie Gómez. Yo me encargo. ¿Entendido?"

Johnny no ofreció ninguna confirmación verbal.

Caminaron de vuelta hacia Stacey. Oscar estaba nervioso sabiendo que uno de sus empleados llevaba una pistola delante de alguien a quien le gusta encerrar a los malos.

Stacey extendió la mano hacia Johnny. "No creo que nos conozcamos. Stacey Davenport".

Johnny la miró de arriba abajo. "Desde luego que no. Si nos hubiéramos visto antes, cariño, me acordaría. Y tú también". Sonrió y le tendió la mano. "Johnny Ragoosa".

Stacey miró su mano sin pulgar y la agarró, dándose la mano rápidamente y retirándose de su agarre con la misma rapidez. Se limpió discretamente la mano en los vaqueros. Johnny estaba demasiado ocupado mirándola como para darse cuenta.

"Encantado de conocerle, Sr. Ragoosa."

"Lo mismo digo, señora". Johnny rompió su fijación en ella y lanzó una mirada a Oscar. "Nos vemos en el rancho, jefe. Le transmitiré el mensaje". Levantó la mano para despedirse.

Stacey se quedó boquiabierta.

Johnny se subió a su Lincoln y se marchó a toda velocidad.

Oscar se volvió hacia Stacey. "Ahora, ¿dónde estábamos?"

Le puso la mano en medio del pecho y le dio un ligero empujón. "Lo siento, pero el momento ya ha pasado". Señaló el rastro de polvo que seguía al coche de Johnny. "¿Dijo Louie Gómez? ¿Como en Gangster Gómez?"

"¿Eh? ¿Qué? No, dijo Huey Lomez. ¿Por qué? ¿Quién es Louie González?"

"Gómez", pero no importa. Sólo es un nombre que se me ha cruzado varias veces. Es una mala noticia. Me alegra saber que no tienes nada que ver con él". Ella agarró la parte delantera de la camisa de Oscar, sosteniéndolo en un apretón. "Y si ese tal Huey le conoce, yo que tú me

mantendría bien lejos de Huey y Louie".

"Suenas como una canción infantil".

"Confía en mí, cariño. No es un juguete". Le lanzó una mirada significativa que se parecía mucho a una advertencia.

"Gracias por el consejo. Lo recordaré, si alguna vez me encuentro con ese tal Louie".

Ella soltó su agarre y palmeó la parte delantera de su camisa. "Eso lo haces tú. Y te aseguro que mis propinas son mucho más sólidas que las que le das a mi padre. No lo olvides nunca. Ahora, vamos a buscar un lugar para hacer nuestro picnic".

Capítulo 14

Oscar y Stacey condujeron más allá de la caseta vacía del guarda forestal y a lo largo de la arbolada entrada al Parque Estatal de Harris. El verdor de la hierba se intensificaba con el sol del mediodía de mayo, y el aroma a pino fresco permanecía en el aire, flotando a través de las ventanillas abiertas. Oscar levantó la mano, tiró del ambientador con forma de pino que colgaba del espejo retrovisor y lo arrojó al asiento trasero.

"¿Quién necesita eso cuando tenemos lo auténtico?"

Stacey sonrió.

Aparcó en la esquina más alejada del aparcamiento, evitando la sombra del gran roble por miedo a que cayeran restos de los muebles de madera de la Madre Naturaleza. No quería que ensuciaran su pulida camioneta. Se bajaron y él sacó el material de picnic de la parte trasera. Pasaron junto a las mesas de picnic y se adentraron en el semiseco más allá de la zona segada, instalándose en la zona de césped, más larga y privada. Se sentaron en la manta que Oscar se había acordado de traer y sacaron las golosinas de la cesta de comida ganadora de Stacey.

Oscar sacó la botella de vino de la cesta de mimbre y leyó la etiqueta. "Vaya. ¿Sabías que aquí ponen un Biltmore Cabernet Sauvignon?"

"¿Y?"

"¿Y? Esto ganó la medalla de oro en el Concurso de Vinos *del San Francisco Chronicle* este año. Es decir, un periódico de California eligió un vino de Carolina del Norte por encima de su propio Valle de Napa. ¿Sabías que Carolina del Norte era el mayor estado productor de vino de América antes de la prohibición?"

"¿En serio?" Ella le quitó la botella de la mano. "Tendremos que guardarlo para una ocasión especial".

"Pensé que era nuestra ocasión especial".

Giró la cabeza y giró los ojos. "¿Conducir borracho? ¿Otra vez? No lo creo".

"Oh, vamos, Stacey, eso fue una acusación falsa. No estaba borracho."

"Eso es lo que dicen todos. Te dije que deberíamos haber cogido la limusina".

En cierto modo, tenía razón. Si empezaban la botella, él querría terminársela. Tal vez sería mejor guardarla para un momento en el que pudiera disfrutarla de verdad y no le dieran la lata a cada sorbo. "¿Al menos la compartirás conmigo algún día que no tenga que conducir?"

"Oh, eso es hábil, lo reconozco. En otras palabras, volvamos a tu casa y emborrachémonos".

"Tú lo has dicho, no yo, pero no es mala idea".

Sacó una botella de Coca-Cola light de dos litros de la cesta de picnic. "Mientras tanto, tendrás que conformarte con esto".

"Ñam-ñam", dijo rotundamente. "¿Ni siquiera me dan la versión con toda la grasa?"

"Mira, Adonis, puede que no tengas que hacerlo, pero algunos tenemos que vigilar nuestro peso".

Stacey metió la mano en la cesta y sacó una bolsa de tostadas en miniatura y una lata de paté de salmón. Oscar lo miró y supo que habría sabido mucho mejor con el Cabernet Sauvignon, pero si quería llevarse bien con Stacey, lo mejor era beberse la Coca-Cola Light y fingir que era un acompañamiento adecuado para el almuerzo.

"¿Cuál es la historia con ese tipo Johnny Ragoosa? Como que me asustó. Sus manos, quiero decir". Se estremeció.

"¿Johnny Sin Pulgares? Se escapó de casa cuando era niño".

"¿Cuántos años tenía?" Dio un mordisco a su tostada, sosteniéndola con el dedo meñique totalmente extendido.

"Trece o catorce años. Se dirigía a Chicago, pero le detuvo la policía en Ohio, y le llevaron de vuelta a casa".

"¿Pero qué pasó con sus manos?"

"Al parecer, su viejo era una especie de mafioso y estaba cabreado con Johnny por haberse escapado. Cuando llegó a casa", Oscar puso la mano sobre la manta con el pulgar hacia un lado. "-Papá Ragoosa llevó a Johnny a la cocina, puso la mano en la tabla de picar y ¡zas!". Hizo un movimiento de corte con la otra mano hacia el pulgar. "Le cortó los pulgares. Los dos".

Los rasgos casi perfectos de Stacey se distorsionaron momentáneamente mientras una expresión de horror cruzaba su rostro. "¿Por qué demonios hizo eso?"

"Para que no pudiera hacer autostop y huir de casa otra vez".

Ella lo miró atónita, con la boca abierta. La cerró y se apartó el flequillo. "Oh, sí, claro. Como si fuera a comprar ese".

"Lo compres o no, eso es lo que pasó".

"Eso es asqueroso".

Cambiaron su atención a la comida de la cesta y prepararon bocadillos de jamón y pato mientras hablaban.

"Sé que te mudaste de nuevo a Kentucky, y supongo que fue para estar al lado de tu padre, pero ¿cómo es que sigues viviendo en casa? Pensándolo bien, probablemente pueda adivinarlo. Quiero decir, la mansión del gobernador es bastante impresionante. Apuesto a que tienes un ala entera para ti solo. Pareces el tipo de chica del ala oeste".

"Sí, totalmente al oeste". Se quitó las botas y se sentó con las piernas cruzadas. "No me malinterpretes, me encanta Los Ángeles y volveré, espero que pronto, pero papá necesita la opinión de una mujer. Todos los hombres la necesitan".

"Entonces, ¿volviste aquí para ser consultor del fiscal o asesor gubernamental?"

"Asesorar a papá fue mi principal motivación. Sin sueldo, por supuesto".

"¿En serio? Es un poco extraño, ¿no? Quiero decir, dejar de ser fiscal en Los Ángeles para ser asesor sin sueldo. ¿Qué? ¿Está la mafia tras de ti o algo así?"

Stacey esbozó una media sonrisa. "Algo así".

"Bueno, esconderse en la mansión del gobernador no es mantener un perfil muy bajo".

"Mira, ¿podemos hablar del calentamiento global, o de algo más interesante que mis arreglos de vivienda?"

"Dios, ¿qué os pasa a los demócratas con el calentamiento global?"

"¿Quién ha dicho que soy demócrata?"

"La manzana no cae lejos del árbol, ¿verdad?"

"Quizá nuestro manzano estaba en una colina". Stacey centró su atención en untar un poco de foie gras en una tostada.

Oscar metió la mano en la bolsa, sacó una corteza de cerdo y se la metió en la boca. "¿Qué pasa con ese tal Jett Johnson? ¿Son pareja?"

"¿Me viste jugando al golf con él?"

"No, pero esa decisión fue de tu padre, no tuya".

Ella lo desairó concentrándose totalmente en adornar su brindis con una aceituna.

Oscar puso los ojos en blanco. "Bien, entonces, para concluir nuestra discusión, no hay necesidad de preocuparse por el calentamiento global, la edad de hielo está aquí".

Sus ojos se suavizaron. "Oscar, lo siento. Me estás regalando un día precioso. No debería arruinarlo. Es que tengo muchas cosas en la cabeza".

"¿Quieres compartirlo?"

Stacey jugó con una miga que había sobre la manta. "Además de todo lo demás, cumpliré treinta años el mes que viene y me espera una depresión masiva".

"¿Y por qué la chica que lo tiene todo entraría en depresión sólo por un número?"

"Dejé una carrera prometedora en Los Ángeles para venir a un lugar donde los fiscales siguen arrestando a paletos por fabricar alcohol ilegal. Mis citas solían ser en Ferraris, ahora voy en camionetas. Me gustaba comer langosta thermidor a las ocho de la noche en restaurantes poco iluminados. Ahora es más probable que me tome un cubo de pollo antes del atardecer con algún tipo poco iluminado. Así que no, ésta no es la vida que me había trazado, y el tiempo se me escapa".

Oscar se aclaró la garganta. "¿Me perdonas esa pequeña perorata? Ya sabes, sobre el camión y la poca luz".

"Lo siento, por supuesto, no me refería a ti". Le dio una palmadita en la pierna. "Espero poder volver a California en poco tiempo."

Oscar se movió sobre la manta, acomodándose en una posición más cómoda. "¿Qué te retiene?"

"Ayudando a mi padre. Dejémoslo así". Dio un bocado a la tostada. "Ahora, me preocupa mucho el efecto de los gases de efecto invernadero en el medio ambiente. Creo que los chinos tienen mucho de qué responder. ¿Estás de acuerdo o no?"

"De acuerdo". Oscar cogió una brizna de hierba. "Pero esa es tu principal ambición en la vida, ¿volver a Los Ángeles?"

"Sí. Me gustaría volver y convertirme en fiscal del distrito de Los Ángeles. Y estaría bien lograrlo antes de que mis tetas se caigan hasta la línea del cinturón".

Se rió. "¿Recuerdas esa película de Disney, *The Shaggy DA*?"

"No me digas, es tu favorito intelectual".

"No, iba a decir que podrías ser Stacey, la Fiscal Saggy".

Le empujó, haciendo volar la Coca-Cola light y haciéndole caer de espaldas. "¿Eso te excitaría, Oscar?", gruñó. "¿Una anciana con grandes tetas caídas?"

Oscar clavó los ojos en su pecho. "No pareces tan grande".

"¡Arggh!" Stacey cruzó los brazos sobre la parte superior de su cuerpo. "No puedo creer que estemos teniendo esta conversación".

Oscar se rió. "Es mejor que hablar del cambio climático".

"Sí, claro". Stacey cogió un palito de pan de la cesta y mordió un trozo, luego se sentó a masticar con cara de indiferencia. "Así que dime, ¿cómo haces tu dinero?"

Oscar se atragantó con la aceituna que estaba comiendo. "¿Esta es la forma que tiene el fiscal de conseguir una confesión? ¿Qué buscan? ¿Crimen organizado, drogas, prostitución?"

"No intentaba engañarte para que confesaras tus pecados. Me refería al golf, las carreras de caballos, un campo de polo... ¿cuál es tu actividad principal? ¿O es el chantaje, las drogas y la prostitución?"

Se apoyó en las palmas de las manos y estiró las largas piernas sobre la manta de tartán. "Bueno, hay algo de prostitución involucrada, sí".

Los ojos de Stacey se abrieron inquisitivamente. "¿Corres con chicas, o eres un gigoló?"

"A dos o tres mil dólares la dosis, no es el pilar ni mucho menos, pero es una buena fuente de ingresos".

Su nariz se arrugó. "¿Una dosis? ¿Eso es como una noche?"

Oscar esbozó una gran sonrisa. "Hablo de semen de caballo. Un semental. Criamos campeones".

Stacey se rió.

Su sonrisa se desvanece, sustituida por la seriedad. "El dinero no es lo más importante para mí. El campo de polo es mi pasión. Ayudar a los niños. Me gustaría ampliar el campo para poner en marcha el programa infantil".

"Eso es tan dulce."

"Sí, pero ahora me tienes preocupado por lo del parque estatal. ¿Cómo voy a evitar eso?"

"¿No puedes comprar un terreno en el otro lado?"

"No, he hablado con los agricultores de las tierras colindantes. Nadie quiere vender ninguna. Además, el lado sur de la propiedad sería más fácil de desarrollar logísticamente".

"No lo sé. Quizá podrías hablar con el Departamento de Parques".

"¿Y el Departamento de Papá? ¿No podría ayudar a acabar con la burocracia?"

Reflexionó sobre las palabras de Oscar. "No sé, tal vez. Ya que somos campeones de golf del estado de Kentucky, golpea mientras el hierro está caliente. Debe de estar contento contigo. Deberías preguntarle mientras estás en sus buenos libros".

"Bien..." Oscar murmuró. "Estoy seguro de que estoy en la parte superior de su lista de tarjetas de Navidad".

Capítulo 15

Conrad saludó a Oscar y Stacey en el vestíbulo cuando regresaron. Les informó de que el gobernador había salido por la noche para asistir a un banquete benéfico.

Se dirigieron a la sala de estar de la parte residencial de la mansión y se acomodaron uno al lado del otro en un enorme sofá de ante marrón oscuro. Oscar disfrutó de la comodidad mientras se hundía en él.

"Maldita sea", maldijo Stacey. "Hubiera sido un buen momento para preguntarle por el parque. Podría haberte ayudado a lanzar la idea".

"¿En serio? ¿Me ayudarías a hacerlo flotar?"

Ella asintió. "Lo creas o no, no veo mucho a mi padre a lo largo de una semana. Está muy ocupado. Habría sido una buena oportunidad, sobre todo porque lo tengo fresco en la memoria. Aún no puedo creer que sea tan amable de ayudar así a los niños. Incluso lo clasificaría como noble. Eres un buen huevo, Oscar Novak-Chambers".

"¿Un buen huevo"? ¿En serio? ¿Es lo mejor que se te ocurre?"

Stacey se burló con acento de chica del Valle. "Vale, eres, como, totalmente el tío más alucinante de la historia. ¿Mejor?"

"En algún punto intermedio estaría bien".

Stacey cogió el mando a distancia de la mesita, encendió la televisión y dio vueltas hasta posarse en un partido de béisbol de los Cubs.

Inclinó el cuerpo hacia Óscar, metiendo los pies detrás y apoyando el brazo en el respaldo del sofá. "Esa cesta de comida no estaba tan buena, ¿verdad?"

Oscar mecía la mano. "Más o menos, pero la Coca-Cola Light estaba divina".

"Oh, Dios. Vale, ya que te mueres por tomar algo, ¿qué tal si nos consigo un chófer y me llevas a cenar a Roxy Rue's?"

"¿Es ahí donde te emborracho, y luego volvemos aquí, y tengo mi perversa manera contigo?"

"Puede que tengas razón a medias".

"Entonces espero que esta sea la parte en la que me dices que no bebes."

"Ya veo de dónde has sacado tu reputación".

"¿Reputación?"

Ella asintió. "Playboy de Kentucky. El Louisville Hugger".

"Oh, aléjate", suspiró, luego chasqueó los dedos. "Has estado leyendo a esa columnista de cotilleos, Melanie Harper, ¿verdad? Vale, lo confieso. Salí con ella un tiempo y nos separamos. Lo que ella publica sobre mí son medias mentiras".

"¿Entonces no estás en negación total?"

"Todo lo que digo es que no creas todo lo que lees. Conóceme y juzga por ti mismo".

"Soy un buen juez de carácter. No necesito que ninguna Melanie Harper me hable de ti".

Un silencio mutuo dejó que el tema muriera de muerte natural.

"¿Tenemos que reservar este Roxy Rue's?" preguntó Oscar.

"No, mi padre come allí regularmente. El apellido Davenport tiene carta blanca".

"Bien". Oscar se cruzó de brazos y se quedó absorto mirando el partido en la tele.

Después de nueve entradas y cuarenta guiños en el sofá, Stacey anunció que era hora de prepararse para su cita. Le dijo a Oscar que su atuendo no era apropiado para Roxy Rue's y, ante su insistencia, Oscar se puso uno de los trajes de su padre. Sintió que algo no iba bien. Era casi un acto de blasfemia llevar un traje de gobernador, pero ¿qué demonios? Ya había fastidiado económicamente al hombre dos veces. ¿Qué más daño podía hacer usando su armario como tienda de segunda mano del Ejército de Salvación? Haría lo que fuera para poner a Stacey de su parte.

Vestido con un traje azul oscuro de Canali, esperó con un vaso de agua helada mientras Stacey se preparaba. Era más rápida que la mayoría de las mujeres que él conocía, y entró con un vestido negro corto, adornado con lentejuelas y un dobladillo que le llegaba a medio muslo. Llevaba el pelo peinado hacia atrás con gomina, dejando al descubierto sus orejas y los diamantes que brillaban en sus lóbulos. El escote en pico lo mantuvo en trance mientras su lengua se movía por sus labios. Llevaba un bolso de mano negro a juego, no mucho más grande que un sobre. Oscar admiró su equilibrio sobre unos tacones de aguja de unos diez centímetros, sin más correas que los unieran a sus pies.

Tragó saliva con fuerza. "Wow, te ves impresionante-no-fantástico."

Ella sonrió. "Gracias".

Oscar formó un triángulo con su brazo y ella deslizó la mano. Su tacto le produjo un cosquilleo en todo el cuerpo. Recorrieron el largo pasillo en silencio hasta la limusina que les esperaba fuera. Tras diez minutos de trayecto, el chófer detuvo el coche delante del restaurante más exclusivo de Frankfort. Un cuarentón vestido con americana azul y guantes blancos abrió la puerta trasera. Ayudó a Stacey a salir y Oscar le dio cinco dólares al salir.

Rodeando la cintura de Stacey con el brazo, Oscar la guió por la alfombra roja que había sobre la acera y subió las escaleras hasta Roxy Rue's.

Varios apliques de luz tenue colgaban del corto pasillo que conducía a un podio de madera oscura. Cuando se acercaron, un hombre de pelo negro y ralo levantó la vista del pedestal. Oscar retuvo a Stacey y se acercó solo.

Se enderezó la parte delantera del traje. "Hola. Una mesa para dos, por favor."

"¿Tiene reserva?", preguntó el maître con acento francés.

"No. Esto fue algo de última hora..." Oscar movió la cabeza hacia Stacey. "-para la hija del Gobernador Davenport."

El maître jugueteó con su pajarita. "Lo siento, Monsieur, pero estamos completos".

Oscar se metió la mano en el bolsillo interior del traje, sacó la cartera y un billete de veinte dólares que depositó en el podio frente a él. "Perdón, ¿he dicho Davenport? Quería decir Jackson. Andrew Jackson". Le guiñó un ojo.

Pierre se aclaró la garganta. "Lo siento, señor, pero estamos completos".

Oscar volvió a mirar en su cartera y sacó un billete de cincuenta. "Lo siento. Quería decir una reserva para Grant. Ulysses S. Grant".

Pierre sonrió e inclinó la cabeza. "Por supuesto, señor". Antes de que Oscar pudiera devolverle los veinte, Pierre cogió los dos billetes y se los metió en el bolsillo. "Un momento". Salió de detrás del podio y rodeó un biombo opaco, colocado estratégicamente para proteger la zona de asientos de las miradas de los invitados, hasta que doblaron la esquina hacia el esplendor del comedor.

Oscar se dirigió de nuevo a Stacey. "Será sólo un momento".

Sonrió.

Oscar estaba un poco molesto. Ya había perdido setenta y cinco pavos, y ni siquiera habían

visto el menú. Demasiado para el nombre Davenport.

El maître regresó y les indicó una mesa junto a la puerta de la cocina. Mientras Pierre los sentaba, los camareros pasaban zumbando, creando una brisa con sus prisas, mientras el chef gritaba obscenidades al personal incompetente. La puerta oscilaba de un lado a otro como en una taberna a la hora de cerrar.

Oscar no estaba muy contento con el sitio, pero no podía seguir repartiendo fotos presidenciales intentando encontrar el plan de precios de Pierre para una mesa *de la lista A*. Se preguntó si la escasez de asientos induciría a Stacey a una explosión. Para su sorpresa, ella no lo mencionó.

El camarero les entregó a cada uno un menú encuadernado en cuero. "¿Puedo ofrecerles una bebida?"

Stacey no dudó. "Sí, por favor. Tomaré un vodka gimlet".

"Muy bien, señora". Dirigió su atención a Oscar. "¿Y para usted, señor?"

"Un bourbon de Kentucky. Solo".

"Muy bien, señor." Pierre Junior se marchó.

Stacey alisó el mantel blanco con las manos. "Esto es bonito, ¿verdad, Oscar? Gracias por traerme aquí".

Abrió los brazos, recibiendo su gratitud. "En absoluto. Estoy lleno de grandes ideas. Mañana por la noche haré que mi jet privado nos lleve a París, y cenaremos en la Torre Eiffel".

Se inclinó, apoyando la barbilla y el puño. "No será necesario, pero gracias por la oferta".

Pidieron filetes de lujo con precios de lujo, que venían con rábanos cortados para que parecieran pequeñas flores. Al menos, mientras se atragantó con el precio, pudo mirar el plato y pensar que *era bonito*.

"Entonces, ¿cómo 'Kentucky' son usted y su familia?" Stacey preguntó antes de tomar un bocado de filete.

"Mi abuelo dice que si tu bisabuelo no es de Kentucky, no eres de aquí. Así que yo soy de aquí, por parte de mi madre, pero mi padre es un intruso. Sólo lleva aquí veintisiete años. Hay una historia graciosa sobre eso, cuando estaba en la marina..."

Stacey abrió mucho los ojos y se quedó boquiabierta. Su mirada fue más allá de Oscar y su historia.

Oscar se revolvió en su asiento.

Louie Gómez se situó detrás de él.

"Hola, Oscar". Su voz llevaba un gruñido bajo. Se pasó la punta de los dedos por la ceja, saludando a Stacey. "Señora."

Stacey agarró su cuchillo de carne, sus nudillos se volvieron blancos bajo la presión. "Buenas noches."

La pesada mano de Louie cayó sobre el hombro de Oscar mientras se inclinaba. "He oído que hoy has estado en Cub Run. ¿Alguna novedad que quieras compartir conmigo?"

Oscar se dio la vuelta, haciendo que la mano de Louie se deslizara de su hombro. "Te dije que te llamaría el lunes. Eso no ha cambiado. Ahora, si eres tan amable de dejarnos en paz a mí y a mi cita, haré que te envíen una botella de Chardonnay a tu mesa. Eres un hombre "blanco", ¿verdad?"

Louie ahuecó la mano mientras susurraba al oído de Oscar. "No quieres meterte conmigo, Oscar. Llámame el lunes a mediodía y sabrás por qué". Louie se irguió. "Esperaré con impaciencia tu llamada. En cuanto al vino, ¿puedo pedir un Rioja de 1999? Tengo debilidad por los tintos españoles. No estoy seguro de por qué, no sé por qué. ¿O es "dedo"? Nunca me

acuerdo. Supongo que si no tuvieras pulgares, tendría que ser un dedo, ¿no?". Se rió. "Bueno, no importa". Le dio una palmada en la espalda a Oscar. "Lunes, Oscar." Asintió en dirección a Stacey, se dio la vuelta y se dirigió a su mesa.

Stacey apretó aún más el cuchillo y apuntó a Oscar. "Pensé que habías dicho que no lo conocías".

¿"Huey"? Era Huey Lomez. Te hablé de él. ¿Por qué? ¿Lo conoces?"

Golpeó la mesa con el cuchillo, haciendo sonar los platos. "Ese era el maldito Louie Gomez."

Oscar hizo un gesto desdenoso con la mano. "No... ese era Huey".

"Huey, Louie, Dopey, Grumpy ..." Le señaló con su largo y delgado dedo. "No me importa quién creas que es, Oscar. Te lo digo ahora, déjalo y mantente tan lejos como puedas. Voy a encerrarlo antes de irme de Kentucky. Y si estás mezclado con él, te hundirás con él".

"¿Qué quieres decir con que vas a encerrarlo?"

"El nombre de Gómez sigue apareciendo en la oficina del fiscal. Sabemos que está vinculado a muchos negocios sucios, algunos incluso políticos. Y puede que incluso..." Se detuvo y sacudió la cabeza. "Digamos que es un tipo desagradable. ¿Y qué era toda esa mierda de los pulgares y los dedos? ¿Era algún tipo de código relacionado con tu secuaz, el Sr. Sin Pulgares?"

"¿Qué? En primer lugar, no tengo secuaces. En segundo lugar, ¿quién diablos es este Louie Gómez? Ese era Huey Lomez".

"Bien. ¿Debería decirle a mi padre que malgastó todo ese dinero enviándome a la universidad y educándome porque soy un completo idiota? ¿Crees que voy a comprar esta línea de mierda que me estás dando?"

El silencio se hizo incómodo mientras se miraban fijamente. Oscar centró su atención en el filete y cortó un trozo.

El camarero se acercó a la mesa. "¿Está todo a su satisfacción?", preguntó.

Stacey cogió la servilleta de su regazo y se limpió los labios. "¿Le enviarías una botella de vino a ese hombre?". Señaló la mesa de Louie, luego hizo un gesto con la mano y negó con la cabeza. "Pensándolo mejor, que sea una botella de champán, lo mejor que ofrezca la casa, y ponlo en la cuenta del Gran O". Se centró en Oscar. "¿No es así, Oscar?"

Stacey y el camarero se le quedaron mirando, esperando su respuesta.

Cerró los ojos y movió afirmativamente la cabeza. Cuando abrió los ojos, todo eran sonrisas.

"Muy bien, Monsieur. ¿Envío un mensaje con él?"

Stacey asintió. "Sí. 'Querido Huey, estoy pasando página y trabajaré de nueve a cinco mientras tú sirves de diez a veinte. Déjame en paz y adiós. Con amor, Oscar'."

Los ojos del camarero pasaron de uno a otro.

"Eso es lo que querías decir, ¿verdad, Oscar?"

Oscar esperaba que Louie pudiera aceptar una broma. Tendría que aclarar las cosas con él más tarde, pero su primera prioridad era mantener dulce a Stacey.

Sus cejas se alzaron mientras esperaba su respuesta. "¿Y bien?"

Oscar miró al camarero. "Deja el 'amor'. Sólo firma 'De Oscar'."

Capítulo 16

La parte trasera de la limusina estaba en silencio debido a la tensa atmósfera. Stacey estaba sumida en sus propios pensamientos: intentaba averiguar cómo iba a demostrar que Louie Gómez era un villano atroz al que había que encerrar. Sin embargo, paralelamente a esos pensamientos, se preguntaba por qué Oscar estaba relacionado con semejante canalla.

Oscar estaba sentado en su propio capullo de desesperación. A pesar de haberse gastado más de doscientos cincuenta dólares en la cena, y otros cien en champán para que Louie Gómez se atragantara, su tranquilidad sugería que la noche había terminado, sin ninguna gratitud física por una velada encantadora ni ayuda para ganar un trofeo de campeón de golf, ni ningún plan sobre cómo ganarse al gobernador.

Cuando llegaron a la mansión, Oscar buscó algo que decir. "¿Alguna posibilidad de una copa?" No era brillante, pero lo intentó.

"Sigues esperando emborracharme para que puedas..."

"No quise decir eso."

"Déjame preguntarte algo". Se echó hacia delante, apoyando el codo en el reposabrazos que había entre ellos. "¿Te gustó tu estancia en la cárcel?"

¿No había mostrado ya el debido aprecio? Evidentemente, no. ¿Su ego necesitaba ser alimentado constantemente? Obviamente, sí. "Gracias, otra vez", exhaló. "Gracias por rescatarme antes de que Timmy John me convirtiera en su esclava sexual en prisión".

"No seas imbécil, Oscar. Te estoy preguntando si te gustó lo suficiente como para querer pasar otra temporada ahí dentro. Sólo que esta vez, en la casa grande, no en una cárcel de condado para mariquitas. Por no mencionar que podría ser yo quien te metiera ahí, no quien te sacara. Accidentalmente o no".

"No sé de qué estás hablando".

"No me vengas con esa mierda de Huey, Bluey, Blowjob. Sabes muy bien quién es y te digo que es malo". Se acercó a él y le agarró la mano mientras su voz se suavizaba. "Me gustas, y me gustaría volver a verte, pero no puedo salir con un tipo que está mezclado con Louie Gómez. Sea lo que sea lo que tienes con él, déjalo ya. Por favor".

¿Salir con ella? Que te den, Sr. MVP y Emmitt el poli. Aquello fue una grata aclaración, y nada le habría gustado más que seguir su consejo... si hubiera podido. "No te preocupes. No pasa nada. No tendrás que arrestarme, te lo prometo".

Se acercó para darle un beso, pero el reposabrazos puso una barrera entre ellos.

"Tomémonos las cosas con calma, ¿vale?" Stacey dijo.

"Claro, pero al menos deberíamos darnos un beso, ya sabes, hacer la prueba del cosquilleo".

"¿La prueba del cosquilleo?"

Oscar asintió. "Tengo que ser honesto contigo, Stacey. Si nos besamos, y no siento un cosquilleo serio, me voy de aquí".

"¿Qué pasa con Gómez?"

"No, no me da hormigueos".

Una sonrisa rompió su defensa. "Quiero decir, ¿vas a dejar de ver..."

Oscar se acercó y la sujetó por la cara. Avanzó hasta que sus labios se encontraron. El tacto sensual de ella hizo que su espina dorsal se llenara de magia. Sus lenguas se tocaron, disparando el nivel de excitación de Oscar y enviando hormigueos a través de su núcleo.

Cerró lentamente la boca y se apartó del beso.

"¿Pasé la prueba?" Preguntó.

"Si eso fue un examen sorpresa, entonces definitivamente pasaste".

Stacey se tapó la boca y soltó una risita. "Seguiremos con esto más tarde, pero será mejor que me vaya. Gracias por un día encantador y una cena estupenda. Ah, y tráete el traje de papá la próxima vez que estés por aquí".

"¿Cuándo debería volver por aquí?"

"¿Qué tal el lunes por la noche? Entonces podrás contarme cómo se tomó Gómez que rompieras con él". Saltó de la limusina.

Antes de que pudiera ordenar sus pensamientos o decir algo, ella se había ido.

Óscar salió de la limusina y entró en el Escalade. Apoyó la cabeza en el volante. Su padre citando a Walter Scott le vino a la cabeza: *Oh, qué enmarañada red tejemos, cuando primero practicamos para engañar.*

Arrancó el camión y volvió a Louisville.

Oscar escudriñó su despacho, la habitación libre de su piso. Se quedó mirando el reloj de la Universidad de Carolina del Norte que colgaba de la pared. Lo compró unos años antes, cuando se dio cuenta de que el logotipo NC podía significar Novak-Chambers. El reloj marcaba el mediodía. Hora de llamar a Louie Gómez. A lo largo de la mañana, Óscar repasó mentalmente diferentes ideas sobre lo que podría decir, pero aún no se había decidido por una historia en particular.

Marcó el número de Louie y un agudo "Hola" sonó en la línea.

"Louie Gómez, por favor", pidió.

"Lo tienes".

"Louie, soy Oscar. ¿Cómo te va?"

"Oscar, qué bueno que llamaste. Oh, el champán ha sido un bonito detalle, pero parece que me vas a romper el corazón. ¿Ya no me quieres?"

"Ignora la nota, Louie. Sólo era una bromita". Oscar soltó una risita reconfortante, esperando que Louie se uniera. No lo hizo.

La voz de Louie se volvió dura. "Te diré cuál es el chiste: tú enviando a Johnny Sin-Cerebro por aquí para darme una paliza. Estúpido. Simplemente estúpido. Has subido la apuesta, Oscar. En una semana, si no tengo esa tierra, la próxima vez que veas a Johnny estará en una caja de pino. En dos semanas, ese viejo Roscoe estará a dos metros bajo tierra".

"¿De qué demonios estás hablando?"

"Digo que cada semana que retrases el proceso de mi acceso al Parque Estatal Harris es otra semana que tendrás un funeral al que asistir. Ahora hazlo."

Pulsa.

Óscar se quedó mirando el auricular muerto. Le rugió el estómago y deseó que solo fuera el hambre, pero era mucho más profundo que eso.

Los rápidos golpes en la puerta principal le hicieron volver a la habitación. El nerviosismo se apoderó de él. No podía ser ya Louie. Pero tal vez sus matones estaban al acecho para darle una lección. Cogió el bate de béisbol del rincón detrás de la puerta y miró por la mirilla. Era Johnny golpeando la puerta.

Cuando Oscar descorrió el pestillo de la puerta, Johnny irrumpió, respirando con dificultad.

"Voy a matarlo, Jefe. Juro por Dios que voy a matar a ese hijo de puta". Johnny se paseaba

frenéticamente por la habitación. "¡Mira!" Dirigió su mano vendada hacia la cara de Oscar.

"¿Qué ha pasado?" Oscar trató de mantener la calma por el bien de Johnny, pero estaba sumando dos y dos.

Johnny marchaba de un lado a otro, respirando erráticamente, con el rostro incandescente de rabia.

"Johnny, ¿qué pasó?"

"Fui a casa de Louie a darle tu mensaje. Me dijo que mejor rezara para que lo solucionara o lo lamentaría. Le dije: 'Te demostraré que lo sientes'."

"¿Cómo lo siento?"

"Saqué mi pistola y se la metí por debajo de la nariz. Le dije que si no cerraba la cara, no tendría que volver a sonarse la nariz, porque se la iba a volar. Deberías haberlo visto, jefe. Estaba asustado".

Oscar cerró los ojos mientras un momento de desesperación lo cubría como una manta mojada. "¿Qué pasó después de que amenazaras con volarle los mocos?"

"Uno de sus matones se acercó sigilosamente y me dio un golpe de kárate, y se me cayó el arma".

"¿Entonces?"

Levantó la mano vendada. "Ese hijo de puta me cortó el dedo". A Johnny le faltaba el dedo índice. "Voy a matarlo."

La cara de Oscar se arrugó de ira. "Te dije que te deshicieras de esa pistola".

Johnny se puso a dar vueltas por el piso, agitando los brazos. "Luego me ataron y me tuvieron allí toda la noche, después me trajeron hasta aquí justo antes del mediodía y me dejaron. Ahora mismo. Louie me quería aquí a las doce y un minuto. Voy a matarlo, jefe. Que Dios me ayude".

Oscar tomó aire. "Cálmate, Johnny. Nadie va a matar a nadie". Lo sentía por Johnny, y tenía que asumir cierta responsabilidad por haberle mutilado de nuevo, pero ofrecerle demasiada simpatía simplemente animaría a Johnny a ajustar cuentas. "Yo me encargaré de Louie Gómez. Tú mantente alejado de él. ¿Entendido?"

"Deme cinco minutos con él, jefe, sólo cinco minutos". Levantó los cuatro dedos de su mano más completa.

"No, Johnny. Déjame a mí. Y eso no es una petición".

Johnny dio una patada al escabel y se dirigió a la puerta, murmurando: "Va a conseguirlo".

"Johnny", gritó Oscar. "Aléjate de Gómez".

La puerta se cerró tras él.

Oscar suspiró. "Mierda".

A pesar de las ganas de beber grandes cantidades de whisky, Oscar tenía más ganas de ver a Stacey que de emborracharse, así que puso una cafetera. Con una taza de java recién hecha, se asomó a la ventana mirando el río. Tirar a Louie a las rápidas corrientes resolvería muchos problemas, pero Oscar no era un asesino. Pero, de nuevo, tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

Óscar sintió que la telaraña se tejía con más fuerza.

Capítulo 17

Oscar llegó a la mansión del gobernador vestido con pantalones blancos y una camisa azul empolvada. Esperaba que la camisa resaltara el azul de sus ojos y derritiera a Stacey para someterla a sus caprichos y fantasías. Si era por satisfacción personal o por beneficio político era una línea borrosa incluso para él.

Llevaba el traje del gobernador sobre el hombro en una bolsa de tintorería.

Conrad retiró la puerta, dejando entrar a Oscar.

Como si nada, Stacey se acercó a él por el pasillo. Llevaba un chándal rosa, pero no daba la impresión de haber hecho ejercicio, pues parecía serena y relajada.

Su sonrisa era cálida. Nada más. Le hubiera gustado que se lamiera los labios, mostrando su deseo por él. Tendría que trabajar más duro para llegar a ese nivel. Se contuvo. Esa cantidad de deseo excedía la categoría de favor político. Un apretón de manos habría estado bien. No, mejor un beso en la mejilla.

"Qué bien, trajiste el traje de papá".

Óscar la sujetó por la percha con un dedo. "Todo limpio y planchado y de vuelta a donde pertenece".

Stacey miró al mayordomo. "Conrad, ¿serías tan amable de coger el traje de papá y colgarlo en su armario por mí?".

"Por supuesto, Srta. Davenport."

"Y perder la bolsa."

"Desde luego". Conrad cogió el traje de Oscar y desapareció.

Cogió la mano de Oscar y le llevó en la otra dirección. "Vamos arriba, donde podemos hablar".

Entraron en el lujoso salón privado. Antigüedades francesas decoraban la estancia, arruinada por un televisor de pantalla de plasma de sesenta y cuatro pulgadas que dominaba una pared. Estaría muy bien para ver partidos de fútbol, o las noticias si a uno mismo se lo ponían, pero restaba elegancia a la estancia. Oscar se recordó a sí mismo que ésta era la parte privada de la casa, por lo que no eran sus impuestos los que pagaban la grosera yuxtaposición de bellas artes con un televisor que aumentaba el ego.

Stacey lo condujo a un sofá Luis XIV de aspecto incómodo y lo guió para que se sentara.

"Entonces, ¿hablaste con Louie Gómez?" Ella preguntó.

"Sí. Seguí tu consejo y dejé de asociarme con ese tal Huey y fui directamente a Louie en persona".

"Bien. ¿Y disfrutó del champán?"

"Sí, sí lo hizo. Lo mencionó". Oscar se echó hacia atrás y estiró los brazos en ambas direcciones. "Entonces, cuéntame más sobre este gangsta. ¿Qué tienes en contra de Louie Gómez? Concretamente".

"Es un criminal, eso es lo que es. Ya es bastante malo ser un delincuente en el mundo criminal, pero se está ramificando en la política también. Estoy bastante seguro de que ciertas figuras políticas están utilizando los servicios de Gómez. Y eso no es bueno". Levantó la mano, cortándose a sí misma. "No puedo decir demasiado, pero creo que puedo encerrarle durante mucho tiempo si algunas de las cosas que estoy investigando salen bien. Esa es otra razón para que te deshagas de él. No va a estar por aquí mucho más tiempo si las cosas van como yo

quiero".

"¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que puedas tirártelo?"

"Meses, probablemente. No quiero precipitarme y pasar algo por alto. Tengo que asegurarme de que lo hago todo bien. Apesta cuando escorias como él se libran por tecnicismos. Sólo espero atraparlo antes de que vuelva a matar..."

"¿Mata *otra vez*?"

Ella le ignoró.

No insistió, pero meditó sobre sus palabras. Los meses no le serían de mucha ayuda.

"¿No podrían arrestarlo antes? Quiero decir, si es una amenaza para la sociedad, debería estar encerrado, ¿no? ¿No tienes nada por lo que puedas atraparlo ahora?"

Se apartó, perpleja. "Hace dos noches, negabas que lo conocieras. Ahora no puedes verlo encerrado lo suficientemente rápido". Se señaló el cuero cabelludo. "No dejes que este pelo rubio te engañe. ¿Por qué tienes tanta prisa por ver cómo trincan a tu amigo?". Ella se levantó de un salto, mirándole con las manos en las caderas. "¿Intentas sacarme información para avisarle?". Sus ojos se volvieron furiosos. "Eso es, ¿no? Cabrón". Sin previo aviso, la punta de su Reebok conectó con su espinilla.

"¡Ay!" Se agachó y se frotó la parte del cuerpo infligido. "Es la misma pierna que te golpeaste en Cincinnati. ¿Estás tratando de lisiarme?"

"¡Me estás utilizando!"

"¿Usándote? Ni siquiera sabía que ibas a por Louie Gómez hasta la otra noche".

"Te dije que te desvincularas de él".

"Sólo lo mencionaste hace dos noches en el restaurante".

"Vale, quizá me equivoque, pero ¿por qué estás tan interesado en que Louie Gómez sea expulsado de repente?"

Se encogió de hombros. "Sólo me interesaba por tu profesión. Ven aquí". Extendió los brazos invitándola hacia él. Ella dio un paso adelante y él le cogió las manos, tirando de ella para que se sentara con él. "Me gusta estar contigo. No he venido aquí para hablar de Louie Gómez. He venido a verte a ti". Hizo una pausa para dejarla nadar en sus ojos azules. "¿Podemos olvidarnos de él?"

"¿No estás aquí para conseguir información privilegiada para él?"

"No, claro que no. Estoy aquí para entrar-no importa. Hablemos de nosotros".

"Pero lo dejaste plantado, ¿verdad?"

Inclinó la cabeza y se acercó para besarla.

Una voz gritó desde el otro lado de la habitación. "¿Stacey? ¿Estás aquí?"

"Mierda", murmuró. Con un movimiento rápido, apartó a Oscar y se levantó. "Papá, ¿qué haces en casa?"

Su voz se acercó. "No sé qué ves en California, cariño. Acabo de reunirme con un grupo de californianos y ellos..." Se paró frente al sofá. "Hola, Oscar. No te había visto".

Oscar se levantó. "Hola, Gobernador."

Davenport les dio la espalda y se dirigió hacia la licorera. "Terminamos el negocio antes de tiempo, así que he vuelto". Los vasos tintinearón cuando el gobernador se sirvió un trago. "¿Qué habéis estado haciendo vosotros dos?"

"Oscar me estaba hablando de un campo de polo que está construyendo cerca de Cub Run".

El gobernador se giró, enarcando una ceja. "Ah, sí. Los permisos de construcción que necesitabas a toda prisa. Tú tienes tu teta, pero yo sigo esperando mi tatuaje".

"¡Papá! Además de que suena asqueroso, Oscar me ayudó a ganar un torneo de golf para ti.

Podrías ser un poco más agradecido".

El gobernador dio un buen trago a su whisky. "Por supuesto. Gracias... señor... Novak-Chambers. Sus esfuerzos han sido debidamente anotados. Y comparto el mismo sentimiento que mi hija: los esfuerzos no me impresionan, los resultados sí".

Stacey se levantó, balanceando las caderas. "Exacto. Y tenemos el resultado".

"Efectivamente", murmuró el gobernador.

Oscar guardó silencio, esperando que los Davenport lo vieran humilde y modesto. Su madre habría estado orgullosa de él.

"¿Sabes qué, papá? Quizá podamos darle la vuelta a esto a tu favor. Oscar tiene un plan para ayudar a los jóvenes desfavorecidos, y si el gobernador ayuda, bueno, eso siempre es un captador de votos. El gobernador Davenport quedaría muy bien con la gente de Kentucky".

Davenport golpeó con el dedo su vaso de whisky. "Interesante ... ¿Qué tenías en mente, Oscar?"

"Bueno, señor, quiero sacar a los niños de la calle y darles un interés. Sobre todo en los caballos. El polo es un deporte fascinante entre la élite de Kentucky, y los caballos necesitan cuidados. Acicalarlos, alimentarlos, limpiarlos. Si puedo enseñar a los niños qué son los caballos y cómo cuidarlos, podrían trabajar en la industria de las carreras o como mozos de cuadra. Y si pueden ver de primera mano cómo vive la otra mitad, quizá les inspire para conseguir cosas mayores".

"Espero que no des ninguna clase sobre apuestas. Ya sabemos adónde iría a parar". Sus palabras no fueron tan duras como su mirada.

Como el gobernador seguía guardándole rencor, Óscar reconsideró su postura. Ver a su hija feliz y la promesa de más votos no fue suficiente para incitarle a actuar. Fue como si el gobernador reforzara su propio ego poniendo de relieve los fallos de Óscar como manipulador de resultados. ¿Y cómo se trata a un ególatra?

Oscar negó con la cabeza. "No, no importa, no funcionará de todos modos". Dirigió su atención a Stacey. "Tenías razón. Metí la pata. El terreno que necesito forma parte del Parque Estatal Harris. Fue un tonto error de cálculo por mi parte".

"Ese parece ser su fuerte", pronunció el gobernador.

Oscar se encogió ante las palabras en voz baja. "Sí, me equivoqué".

"¿Qué? Creía que esto era tu pasión", le espetó Stacey. "¿Seguro que no puedes conseguir los terrenos de alrededor en una venta privada?"

"No, el granjero de al lado cree que daría lugar a matones adolescentes campando a sus anchas cerca de su granja de cerdos. Así que no me venderá nada de su propiedad. Oh bueno, los programas de rehabilitación probablemente es mejor dejarlos al estado de todos modos".

Stacey se volvió hacia su padre. "Papá, ¿no hay nada que puedas hacer? Es una gran oportunidad para ti y para Oscar".

"Vamos, Stacey", gimió Oscar. "Debería haberlo sabido. Claro que el gobernador tiene poder, pero creo que esto está un poco fuera de su alcance. No puedo esperar que recalifique un parque estatal para jóvenes con problemas. No puede hacerlo".

"¿Cómo que no puedo hacerlo? Soy el gobernador". Su rostro se endureció con determinación. "Puedo hacer cualquier maldita cosa que me plazca".

"Sí, claro que puede, Gobernador. No quería decir eso. Es sólo que no me gustaría que te metieras en problemas".

"¡Problemas!" Se le encendió la cara. "¿Quién demonios me va a meter en problemas? Nadie. Yo decido qué es qué y punto. Y si decido que es lo mejor para el Estado, entonces lo

haré. Y entonces a lo mejor te piensas dos veces las propinas que me das en el futuro". Golpeó la mesa con el vaso y se marchó enfadado.

"Oh, Dios." Stacey puso los ojos en blanco. "Sólo tenías que presionar sus botones, ¿no?"

Oscar sonrió. "A veces hay que apretar botones para salvar vidas".

Capítulo 18

El sol del mediodía brillaba con fuerza mientras Oscar conducía hacia la zona de Portland, en el lado oeste de Louisville. Comprobó que las puertas estaban cerradas al llegar al "barrio". En los jardines delanteros había sofás destartados y viejos sillones reclinables que hacían las veces de mobiliario de jardín. Dobló la esquina de Front Street, donde una valla metálica de tres metros de altura protegía un edificio escolar abandonado. No le gustaba estar allí y menos en un camión nuevo y reluciente.

Se detuvo frente a un almacén abandonado y comparó el número del edificio con el del papel que llevaba en la mano. Coincían. "Mierda", maldijo.

En las pocas ocasiones en que se había encontrado con Louie en el pasado, los ambientes no habían sido amenazadores y no se encontraban en zonas donde las armas fueran un accesorio de moda más importante que las corbatas. Pero no estaba en posición de dictar condiciones, sólo de obedecerlas.

Salió del camión. El *pitido del* sistema de cierre a distancia que aseguraba su vehículo no le sirvió de consuelo. Miró más allá de las ventanas tapiadas del almacén en el que estaba a punto de entrar. El campanario de una iglesia asomaba al fondo a una manzana de distancia. Se cruzó la cabeza y el pecho con la mano, bendiciéndose por todo lo que estaba a punto de encontrarse.

En el vecindario resonaba el eco de una pelota de baloncesto que se colaba por una red metálica en el parque que había al final de la calle. Oscar cruzó la calle, pasando junto a un viejo Buick asentado sobre bloques al que le faltaban cuatro ruedas.

Al acercarse al almacén, se enderezó la chaqueta deportiva de un tirón y se acercó a la puerta de acero. Estaba entreabierta.

Le gustara o no, iba a tener que hacerse el duro. Existía la posibilidad de un montón de músculos alrededor de Louie Gómez, el embalaje de calor y vigilando su espalda. Olerían el miedo antes de que él lo mostrara, y olería a mierda si no tenía cuidado.

Había asistido a clases de arte dramático en la universidad y había interpretado los papeles principales de *Dr. Jekyll* y *Mr. Hyde*. Por eso pensó que Stacey probablemente era esquizoide: estaba familiarizado con ese tipo de personalidad. Ahora era el momento de escarbar en su pasado universitario y actuar una vez más.

Empujó la puerta. La puerta de acero chirrió al abrirse, invitándole a entrar en la negrura del almacén. Un rayo de sol proyectaba un foco de iluminación en la parte trasera del almacén a través de una ventana rota.

Sus lustrosos zapatos treparon por las polvorientas escaleras metálicas. Al llegar arriba, empujó una puerta. Louie estaba sentado detrás de un gran escritorio de cristal en una silla granate de respaldo alto, limándose las uñas. Uno de sus hombres estaba de pie junto a la puerta, con la espalda apoyada en la pared y las manos juntas delante de él.

Louie se enfrentó a Oscar de frente. Dejó la lima de uñas sobre el escritorio y abrió los brazos de par en par. "Oscar, qué alegría verte".

Oscar se dirigió a su escritorio y se inclinó hacia delante, presionando con los nudillos sobre el escritorio. "Hijo de puta. Tienes suerte de que mi hombre Johnny Sin Pulgares no te volara la cabeza cuando te tuvo a tiro. Estoy trabajando con el gobernador para que me ceda el terreno del parque estatal Harris, como dije que haría, pero va a tardar al menos una semana, quizá más. Así que retrocede". Dio un fuerte golpe con el dedo en la parte superior del escritorio.

Louie le miró y levantó las manos, poniendo cara de susto con ojos grandes y boca redondeada. "¿Se supone que ahora tengo que cagarme encima?". Su sonrisa volvió brevemente antes de que sus labios se aplanaran. "No te hagas el pesado conmigo, Oscar. Si no necesitara tu culo de caramelo, haría que Pablo te reventara ahora mismo por amenazarme". Señaló con el pulgar al matón bien vestido de la puerta.

El matón se palpó el pecho. Su colosal anillo hizo contacto con un trozo de metal bajo la chaqueta de su traje. Oscar no necesitaba verlo. No importaba mucho si era una 38 o una 45. Era real. Era real, y Pablo parecía disfrutar de su trabajo. Puede que Louie no se estuviera cagando encima, pero Oscar sí.

Louie sacó un puro de una caja de plata de ley que tenía en la mesilla, se lo metió en la boca y lo encendió como un tren chu-chu. "Me alegro de que estés ejerciendo tu encanto sobre el gobernador, Oscar. No me gusta maltratar a la gente, así que esto me facilita el trabajo. ¿Cuándo puedo empezar a cavar?"

"El gobernador va a intentar conseguirme el terreno en una o dos semanas, pero no es tan fácil. Necesito una parte".

Louie se llevó la mano a la oreja. "Lo siento, Oscar, no me di cuenta. Por un momento parecías un compañero, pero, por extraño que parezca, no tengo compañero. Es más, no quiero tenerlo".

"Yo no, Davenport. El gobernador pide un soborno por ceder parte de un tesoro estatal. Quiere setenta y cinco de los grandes".

Louie se rió. Pablo imitó a su jefe como un loro descerebrado, y su risa resonó en la habitación.

"Me diviertes, Oscar. ¿Ya de paso le doy un Rolls Royce con todos los gastos pagados?" Chasqueó los dedos. "¿Pablo? ¿Te gustaría pasear al gobernador de Kentucky?"

"Claro, Sr. Gómez. ¿Puedo llevar uno de esos sombreros raros?"

Los dos se rieron.

Oscar golpeó el escritorio con el dedo. "Mira, Louie, setenta y cinco de los grandes son cacahuets para ti, pero tengo que mostrar algo de buena voluntad aquí. No se va a dar por vencido".

"¿Qué hay de esa jezebel carcelera con la que andas? ¿Qué interés tienes en ella?"

"¿Stacey"? ¿Qué pasa con ella? Es plutónica, y no es asunto tuyo". El chascarrillo de Jezabel le irritó, y quiso partirle la cara a Louie por decirlo.

"¿Nada carnal?"

Oscar negó con la cabeza. "No."

Sonrió satisfecho. "Johnny Sin Pulgares viene a mi casa haciéndose el pesado, diciéndome que estas cosas llevan su tiempo, y me mete una pistola por la nariz. Luego te veo con la hija del gobernador, y voilà". Hizo un gesto de barrido con la mano. "Irrumpes aquí diciendo que puedo tener el terreno en una semana".

"Stacey no tiene nada que ver con esto, pero ¿importa cómo te consiga el terreno mientras consigas lo que quieres?"

"Probablemente no". Louie le miró, dando una calada a su puro. "¿Para qué quiere el gobernador un soborno insignificante? Podría contabilizarlo como gastos, fácilmente. Creo que el gobernador nunca verá ese dinero, pero tú lo necesitas para invertir una parte en un caballo con la esperanza de ganar lo suficiente para devolvérmelo. Luego usarás el resto para impresionar a tu elegante mujer llevándola a sitios como Roxy Rue's. El champán no es barato en sitios así, ¿verdad, Oscar? ¿Estoy caliente?"

¿Caliente? Estaba al rojo vivo.

Los ojos marrones de Louie eran tan oscuros que casi parecían negros.

Oscar se irguió y expandió el pecho. "Sé que no puedo traicionarte, Louie. Al gobernador le gustan las apuestas, y setenta y cinco mil financiarían su adicción al juego durante un tiempo. Dame un respiro, ¿quieres? No es fácil conseguir que acepte este trato".

Gómez se frotó la barbilla, meditando la súplica. "El trato es que si me consigues la tierra, cancelaré tu deuda. Y estoy siendo generoso".

"¿Y dejarás en paz a Johnny?"

"Dile a Johnny que deje sus juguetes en casa y no tendrá problemas conmigo".

Oscar extendió la mano para cerrar el trato.

Louie le agarró la mano.

"¿Qué pasa con esta tierra, de todos modos?" preguntó Oscar.

Louie todavía tenía agarrada la mano de Oscar. "Digamos que este es un apretón de manos de oro".

Oscar sacudió su mano del agarre de Louie. "Como quieras. Ya me las apañaré". Se dio la vuelta y caminó hacia Pablo, moviendo la cabeza hacia un lado y haciéndole una seña de *que se fuera*.

"Oscar", gritó Louie con voz tranquilizadora.

Oscar se volvió hacia él.

"Mantén tu relación con la Srta. Davenport estrictamente sexual. La quieres como una herramienta, nada más. Un apego emocional puede entorpecer circunstancias fuera de mi control en el futuro". Se metió el puro en la boca.

Cuando Oscar salió del edificio y se dirigió a su Escalade, vio a un adolescente parado junto a su camioneta. El chico se fijó en Oscar y gritó algo. Dos cabezas más asomaron por el otro lado de la camioneta y los tres salieron por patas.

Oscar corrió a la camioneta y descubrió arañando alrededor de la cerradura. "Maldita sea". Golpeó el llavero para abrirlo. En lugar de abrirse, sonó la alarma. "¿Por qué no saltó la maldita alarma cuando esos mierdecillas intentaban entrar?", maldijo.

Siguió pulsando el mando, pero la puerta no se desbloqueaba y la alarma no se detenía. Su frustración y su ira aumentaron.

Otra sirena se acercó hasta ahogar la alarma del Escalade. Un coche de policía se detuvo junto a Óscar y el camión. Le sorprendió que la policía se molestara en aparecer.

Un policía salió del coche y se acercó a él.

Oscar señaló calle abajo en la dirección en la que huyeron los chicos. "Agente, me alegro de verle. Eran tres jóvenes. Huyeron en esa dirección. Uno de ellos llevaba..." A Óscar se le encogió el corazón cuando vio que el policía no era otro que el tipo que lo había arrestado por falsos cargos de conducir ebrio. El bueno de Emmitt.

"¿Licencia de conducir y registro?"

"Claro". Oscar entregó su carné al agente y se miró en el reflejo de las gafas de sol de aviador del policía".

El policía le dio la vuelta. "¿Sin propina esta vez?"

"¿Perdón?"

"Bueno, Sr. Novak-Chambers, la última vez que nos vimos, usted hizo una contribución al baile del policía, ¿o fue un soborno descarado?"

"Eso fue sólo una pequeña confusión, Emmitt..."

¿"Emmitt"? Sólo mis amigos me llaman Emmitt". Clavó el dedo en el pecho de Oscar. "Y

usted, señor Escalade, no es amigo mío". Se dio un golpecito en la etiqueta con su nombre que llevaba en el pecho. "Soy el agente Dewsbury, y necesito ver su matrícula".

Señaló al Escalade que seguía resoplando.

"No puedo entrar".

Emmitt se subió las gafas de sol. "Entonces creo que no sé bien que es tu camión. Quizá estés intentando robarlo. Creo que será mejor que demos una vuelta por el centro y resolvamos esto".

"Oh, por el amor de Dios, Emmitt-Oficial Dewsbury. Acabas de admitir que me reconociste a mí y a mi camión de antes. Obviamente, cien dólares no fueron suficientes. ¿Cuánto quieres?"

Emmitt lo agarró por la hilera de botones de la camisa y lo estampó contra el camión. Se acercó hasta que Oscar pudo oler el café en su aliento. "Date la vuelta y sepáralos, chico".

Oscar hizo lo que se le ordenó, y Emmitt lo cacheó, lo esposó y le leyó sus derechos. Cuando terminó con las formalidades, la alarma se apagó.

Con la repentina tranquilidad, Oscar esperaba poder apelar al lado lógico de Emmitt. "Mire, oficial Dewsbury. Le pido disculpas si he hablado fuera de lugar. Pero si me lleva al centro y deja mi camión aquí, esos chicos volverán y me lo robarán. Piense en todo el papeleo que tendrá que hacer por un vehículo robado. Si me dejas ir, podemos evitar muchos disgustos. ¿Qué me dices?"

"Holy buckets Se me olvidaba, Sr. Escalade. Tiene línea directa con el gobernador, ¿no?" Bajó la cabeza y la sacudió. "¿En qué demonios estaba pensando? ¿Por qué no te quito las esposas y llamas al gobernador Davenport y aclaramos todo esto ahora mismo? Lo tienes en marcación rápida, ¿verdad?"

"Sí, así es".

Emmitt le quitó las esposas y Oscar le frotó las muñecas, favoreciendo el retorno del flujo sanguíneo sin restricciones.

"Adelante, Escalade. Haz tu llamada."

Emmitt miró mientras Oscar sacaba su teléfono y seleccionaba el número de Stacey en el menú de marcación rápida. El gobernador, la hija del gobernador... lo mismo, ¿no?

Sonó el teléfono de Stacey. Era un bienvenido alivio a su profunda evaluación de cómo el negocio de licor ilegal de LeRoy McGraw eludía los impuestos sobre bebidas alcohólicas, lo que suponía una oportunidad perdida de aumentar los ingresos del Estado.

Miró la pantalla de su teléfono. Aparecía el nombre de Óscar. Una inesperada oleada de excitación la golpeó.

"Hola, Oscar, ¿qué pasa?" Esperaba sonar tranquila, no demasiado ansiosa.

"Hola, Srta. Davenport. Siento molestarla, ¿está su padre por aquí? Estoy con un agente de la ley y necesito hablar con el gobernador".

"Oh, por el amor de Pete. No estás borracho otra vez, ¿verdad?"

"No", gritó, y luego suavizó el tono. "Quiero decir, no. Sólo necesito que el gobernador aclare algunas cosas para el oficial Dewsbury".

"¿Emmitt?" Ella no pudo detener el chillido antes de que saliera. "¿Qué demonios estás haciendo con Emmitt Dewsbury? Ponlo al teléfono. Quiero hablar con él".

"No, no necesitas hacer eso. Sólo déjame hablar con el gobernador".

Le palpitaba la mano mientras agarraba el teléfono con más fuerza. "Ponlo al maldito teléfono, Oscar".

El gruñido bajo de Emmitt llegó a través del teléfono. "¿Con quién hablo?"

"Esta es la asesora legal Stacey Davenport." Ella entró en un ronroneo seductor. "¿Este es Emmitt?"

Se aclaró la garganta. "Bueno, hola, Stace. ¿Qué puedo hacer por ti?"

"Hola, Emmitt. Dime, ¿qué ha hecho supuestamente el Sr. Novak-Chambers?"

"Estaba intentando forzar un camión. Dice que es suyo, pero no puede probarlo".

"Ya veo. ¿Qué tipo de camión es?"

"Es una camioneta Cadillac Escalade plateada con lujosas ruedas cromadas. Espera un minuto, Stace. A este tipo parece que le están entrando ganas de salir corriendo. Mejor lo pongo en la parte trasera de la patrulla".

El teléfono quedó en silencio, salvo por unos crujidos y gruñidos masculinos de fondo.

Durante la pausa, Stacey se preguntó por qué Oscar sentía que tenía que gastar un favor de su padre por algo tan simple como esto. Mientras no hubiera estado visitando una casa de putas, ella convencería a Emmitt para que le dejara ir de nuevo. Era estimulante saber cuánto poder tenía y podía ejercer sobre dos tipos. No eran alfa, pero Oscar era guapo y divertido a su manera. Más chico malo que culo malo. Volvería a estar en deuda con ella por esto. A lo grande. Incluso más cara que la de Roxy Rue.

Emmitt volvió al teléfono. "Lo siento, Stace, pero este tal Oscar se cree más grande que la ley. Se resistió al arresto, pero le enseñé quién mandaba". Su tono apestaba a orgullo hinchado.

"No le hiciste daño, ¿verdad?"

"No más de lo necesario. Es lo que los policías llamamos 'fuerza razonable'."

Stacey puso los ojos en blanco. Emmitt le había dicho que, de no haber sido policía, le habría gustado dedicarse a la lucha libre profesional. Era una de esas personas que no creían que la lucha libre profesional fuera falsa. Ella supuso que era su intento de impresionarla, pero darle una paliza a Oscar difícilmente convertiría a Emmitt en He-Man a sus ojos. "¿Dónde estás ahora?"

"El extremo oeste de Louisville."

"¿El extremo oeste de Louisville?" Olvídate de las putas. Si estaba metido en drogas, ella lo encerraría por mucho tiempo, con un tipo llamado Bruce en máxima seguridad que no había tenido un compañero de celda en mucho, mucho tiempo. "¿Le preguntaste qué hacía un blanco rico en Louisville Oeste?"

"No pensé que tuviera que hacerlo. Estaba fuera del almacén de Louie Gómez, y las persianas de Louie no paran de moverse, así que deduzco que nos vigila el propio Gómez".

"¿Louie Gómez? ¿Estás seguro?"

"Stace, yo estaba allí cuando asaltamos este almacén el mes pasado, pero no conseguimos nada, ¿recuerdas? Diablos, sabes que estamos vigilando a Gómez. Tú fuiste quien lo ordenó".

Como si se hubiera activado un interruptor de rabia, Stacey apretó los dientes y respiró con dificultad por la nariz, incapaz de hablar. ¡*Cabrón!* Además de haberse liado con un delincuente famoso, le había mentido. Le iba a arder el culo. Se recompuso y se volvió profesional.

"Enciérrelo, oficial Dewsbury, y tire la maldita llave". Pulsó el botón de *fin de llamada*.

Capítulo 19

Oscar se paseaba por la familiar celda mientras su mente se llenaba de preguntas. ¿Qué demonios le pasaba a Stacey? Emmitt era un idiota, pero en cuanto terminó de hablar con ella, se volvió aún más malo. Luego se divirtió azuzando a Oscar durante todo el camino a la cárcel para que llamara a la oficina del gobernador y se lavara las manos, dejándolo pudrirse en una habitación de cemento con olor a orina. Y se suponía que tenía buenas conexiones.

Por suerte para Oscar, Emmitt no contó su llamada a Stacey como su única llamada. Quizá le hizo otra para ver si volvía a humillarse. Pero el abuelo Roscoe cumplió y pagó la fianza, consiguiendo que Oscar volviera a la calle.

La policía hizo incautar su camión, lo que probablemente fue un golpe de buena suerte. Costó cuatrocientos dólares sacarlo de la perrera, pero si lo hubieran dejado en la zona de Portland, en Louisville, es posible que Óscar no lo hubiera vuelto a ver -al menos, no con ruedas-, y cuestan muchísimo más que cuatrocientos pavos.

Una vez de vuelta en el apartamento, se acomodó en el sofá de cuero con un gran bourbon, armándose de valor para llamar a Stacey. Estaba claro que estaba enfadada. Lo había dejado bastante claro. No solía beber a media tarde, pero antes de conocer a los Davenport nunca lo habían arrestado.

Pulsó el botón de llamada y sonó.

"No me digas que ya te han dejado salir".

Ni siquiera consiguió un *Hola* antes de que ella empezara a reprenderle. "Sí, Stacey, soy yo, Oscar. ¿Yo? Estoy bien, gracias por preguntar. ¿Y cómo estás tú? ¿Has encerrado a algún criminal monstruoso últimamente?"

"¿Sabes qué, Oscar? Tienes suerte de que siquiera esté hablando contigo. Tengo..."

"No estás hablando conmigo", gritó. "Estás cortando y quejándote..."

"Será mejor que te detengas ahí, amigo, o tú y yo no volveremos a hablar".

La línea se quedó en silencio. Él respiró. Ella respiró. Sus respiraciones se entrecortaban, pero no se intercambiaban palabras. Ella era emocional, así que la lógica no era un enfoque viable. Tal vez quería una disculpa. Las mujeres siempre lo hacían. Pero él necesitaba saber primero qué había hecho mal. No había nada peor que ofrecer una disculpa que se convierte en una confesión por algo que la otra persona ni siquiera sabía. "¿Qué hice?"

"No te hagas el inocente conmigo. ¿Qué estabas haciendo en West Louisville?"

"Me perdí..."

"No me vengas con esas tonterías. Has vivido en Louisville toda tu vida. Un residente de toda la vida no se tropieza con el gueto sin un deseo de muerte. Hagámoslo fácil. Hagámoslo de opción múltiple. ¿Eres: A, un barón de la droga; B, un proxeneta; o C, un mentiroso y ahí abajo viendo al maldito Louie Gómez?"

Su veneno escupido a través de la línea. El chulo parecía la mejor confesión. Tenía el Cadillac. "¿Qué tal si te llevo a cenar esta noche? Podemos hablar de ello entonces".

"¿Crees que una ofensiva de encanto puede anular tu capacidad de mentir?"

Sí era la respuesta correcta, pero ella no buscaba que él estuviera de acuerdo. "No, sólo quiero llevar a cenar a la mujer más hermosa del condado de Jefferson. Y quién sabe, una vez que oiga mi versión de la historia, puede que hasta se disculpe por haber hecho que me metieran en la cárcel".

"Te has metido ahí". Hubo un largo silencio antes de que Stacey volviera a hablar. "Vale. Dejaré que me lleves a cenar, y ya verás hasta dónde te lleva rebajarte. Quiero Roxy Rue's, y no esa mesa cutre junto a la cocina, como la última vez. Recógeme aquí a las siete. ¿Y, Oscar...?"

"¿Sí?"

"Vivo en el condado de Franklin".

Pulsa.

Cuando Oscar llegó a recoger a Stacey, el gobernador se encontró inesperadamente con él en el pasillo. "Oscar. ¿Cómo diablos estás, hijo?"

Su exuberante acogida le sorprendió. Se dieron la mano.

"Gobernador. Siempre es un placer verle".

"Así que has vuelto a salir con Stacey, ¿eh? Las cosas deben ir bien entre vosotros dos, ¿verdad?"

"Espero causarle una buena impresión".

El gobernador Davenport miró al mayordomo. "Cuando Stacey baje, dile que espere aquí un minuto mientras hablo con Oscar, ¿quieres, Conrad?"

Asintió con la cabeza. "Sí, señor, por supuesto."

El gobernador pasó el brazo por encima del hombro de Óscar y lo condujo al estudio. Óscar quedó hipnotizado ante una pared de libros colocados en una estantería empotrada de madera de cerezo que iba del suelo al techo. El gobernador señaló dos sillones de cuero marrón, uno frente al otro, con un tablero de ajedrez en medio. "Siéntate."

Davenport se acercó a la barra y sirvió dos whiskys de una jarra de cristal. Le dio uno a Oscar. El gobernador le miró fijamente, y la silla de Oscar se sintió como el asiento caliente.

Oscar levantó su copa. "No creo que deba, Gobernador. Stacey se enfada..."

Interrumpiéndole, Davenport agitó la mano, metió la mano en el bolsillo interior y sacó una tarjeta de visita. "Si alguna vez tiene algún problema, llámeme directamente. Aquí tiene mi número privado". Se la entregó.

Oscar lo estudió, deseando habérselo dado antes, y luego se lo metió en el bolsillo. "Gracias".

Davenport le guiñó un ojo y asintió con la cabeza. "Creo que eres buena para Stacey. Es una mujer que hace carrera, pero necesita una distracción y una válvula de escape. Algo, o alguien, que la distraiga de las presiones de su trabajo. Te gusta divertirse, ¿verdad, Oscar?"

"Sí, por supuesto".

"Bien. Me lo imaginaba". El gobernador se pasó una mano por el pelo. "Está asumiendo demasiado. Se supone que es una asesora que ayuda al fiscal del distrito, y lo hace. Pero tiene que centrarse en los malos. Chicos malos *de verdad*. Los que tienen un impacto tangible en ciudadanos inocentes... y en mis estadísticas. No entiendo por qué dedica su tiempo a perseguir delitos menores de guante blanco".

Oscar trató de sumar dos y dos, pero estaba muy lejos de cuatro. "No estoy seguro de estar con usted, señor."

El gobernador se arrebuja en el borde de su asiento. "No le gustan los políticos corruptos, y aplaudo su integridad. Pero algunos de mis amigos consiguen que las cosas se hagan por cualquier medio, y pueden recibir ciertos beneficios a cambio. Ella no siempre entiende las sutilezas del funcionamiento del sistema político. Aunque imperfectos, algunos elementos de la prestidigitación gubernamental han funcionado durante generaciones, si no siglos".

"Oh", Oscar llegó al número cuatro. "Quieres que se dirija al matón del patio, no al director".

"Exacto". El gobernador apretó con fuerza el vaso. Su tono creció en intensidad. "Está trabajando demasiado, Oscar. Necesito que la tranquilices. Que vaya más despacio. Cree que todo lo que necesita es una capa y que es la Mujer Maravilla".

"Sin duda lo intenta". Se frotó las muñecas donde las esposas le habían cortado la carne. "¿Hay algún aspecto en particular del que quieras que la aleje?"

"El alcalde y yo estamos estudiando algunos proyectos de regeneración para el centro de Louisville. Algunos de los promotores están vinculados a empresas de apuestas en línea, operaciones que pueden caer en una zona gris según la ley de Kentucky. Algunos de sus planteamientos son, digamos, poco ortodoxos. Nada inmoral, sólo que no es algo de lo que queramos mucha publicidad, ni en lo que la fiscalía se vea involucrada".

"Entendido. Mantenla centrada en criminales reales, ¿verdad?"

"Si el alcalde puede mantener su plan en marcha sin que la fiscalía lo haga descarrilar, la familia Novak-Chambers vería muchos beneficios en forma de nuevas leyes de apuestas en línea. Pero tenemos que proteger el secreto del montaje. ¿Tiene sentido?"

"Perfectamente. ¿Dónde encajo yo?"

Davenport se removió en su asiento. "Conoces el parque que quieres en Harris State Park".

"Yo no lo habría dicho así, pero sí".

"Tienes todo mi apoyo si consigues que Stacey se implique al cien por cien. Dale un proyecto. Podría ayudarla a distraerse de intentar freír a inocentes funcionarios del gobierno que simplemente intentan hacer las cosas con rapidez." Ladeó la cabeza. "¿Estamos conectando aquí, Oscar?"

"Sí, señor, creo que sí".

"Bien". Dio un trago a su whisky y se levantó. "Ayúdame, Oscar, y puedes contar con la oficina del gobernador para lo que necesites".

Oscar se levantó con él. "Es bueno saberlo, Gobernador. Veré lo que puedo hacer".

Davenport rodeó el hombro de Oscar con el brazo mientras caminaban hacia la puerta. "Por cierto, si quieres ganar puntos con Stacey, le encanta el cangrejo de caparazón blando. Es su plato favorito. Hay un sitio en Lincoln Avenue, Fredrico's. Tienen el mejor cangrejo de toda la ciudad. Tienen el mejor cangrejo de la capital".

"Gracias, Gobernador. Lo intentaré".

"Bien. Abrió la puerta y le dio varias palmadas en la espalda, luego le dio un empujón a Oscar antes de cerrar la puerta.

Stacey estaba de pie en el pasillo, a la espera. Llevaba un vestido negro sin mangas que se ceñía a sus curvas y le llegaba por encima de las rodillas. Oscar se tomó un momento para admirar sus zapatos: era muy sexy verla de pie sobre unos pinchos tan largos como para matar a Drácula.

Un grito de admiración escapó de sus labios. "Estás impresionante".

"Gracias.

"Oye, ¿te gustaría un poco de cangrejo de caparazón blando? Me han dicho que Fredrico acaba de recibir un cargamento fresco. ¿Suena bien?"

"¿En serio?" Su voz dejó escapar un sexy chillido de excitación. "Ese es mi favorito".

"¿En serio? La mía también". Se giró e inclinó el brazo.

Se acercó a él y le pasó el brazo por el suyo mientras se dirigían a la puerta.

"No me esperes levantado, Conrad", dijo cuando pasaron junto al mayordomo. "El Sr.

Novak-Chambers me va a hacer pasar el mejor rato de mi vida".

Oscar se quedó perplejo cuando entraron en Fredrico's. Pensó que los manteles de plástico podrían ser el detonante necesario para que Stacey estallara. Sin embargo, ella se quedó tranquilamente en la puerta mientras él preguntaba por una mesa. El restaurante estaba vacío, salvo por algunos empleados que deambulaban por allí. El gobernador quería que Oscar le hiciera un favor e impresionara a su hija, ¿pero luego los manda a un tugurio? No pudo evitar preguntarse si se trataba de una venganza.

La anfitriona cogió un par de menús del estante de madera y les dijo que la siguieran.

La ignoró y se volvió hacia Stacey. "Mira, si quieres olvidar este lugar, está bien. No parece tu tipo de escenario. Además, estás tan fantástica que sería una pena desperdiciarlo aquí. Vayamos a casa de Roxy Rue".

Stacey negó con la cabeza. "No, ahora me tienes con ganas de cangrejo. No seas tan niño de mamá. ¿Dónde está tu sentido de la aventura?"

Había migas esparcidas por el suelo de madera y las ventanas parecían no haber visto una botella de Windex en bastante tiempo. La camarera había caminado hasta el centro de la sala antes de darse cuenta de que no la seguían. Se detuvo, se giró y esperó.

Stacey se acercó a la camarera, que los condujo a una mesa junto a la ventana.

Puso los menús sobre el mantel de vinilo azul y blanco. "¿Puedo traerles algo de beber?"

Oscar no esperó sus instrucciones, su aprobación, su orientación ni nada por el estilo. Ejercía su privilegio como la persona que pagaba la cuenta. Además, él era el hombre y se hacía cargo.

"Sí, la señora tomará un vaso grande de Chardonnay, y yo un vaso de leche".

La camarera escribía mientras hablaba. "¿Quieres chocolate o normal?"

Ya era bastante embarazoso tener que beber leche en una cita. No necesitaba la humillación añadida de que le preguntaran si quería sabor bebé o niño grande. "Leche sola estará bien, gracias."

"¿Quieres dos por ciento o entero?"

"Por el amor de Dios", murmuró, apretando los dientes. A la camarera le importaba un bledo el vino, pero parecía preocuparle mucho de qué ubre podía proceder la leche. "No importa".

"Como quieras". Se encogió de hombros y se marchó.

Stacey se inclinó hacia ella. "Me sorprendes. Pensé que serías del tipo de la leche con chocolate. Ya sabes, oscuro, turbio, poco claro".

"Bueno, pedí blanco, puro".

Apoyó los codos en la mesa. "De acuerdo, Sr. Pure, ¿qué demonios estaba haciendo en West Louisville? Y no digas 'ayudando en el comedor de beneficencia'."

Oscar delineó con el dedo uno de los cuadrados azules del mantel. "Vale, esto es difícil, siendo tú ex fiscal del distrito y todo eso". Levantó la cabeza y la miró a los ojos. "Soy un chulo".

Sus fosas nasales se encendieron. "Y se supone que eso es gracioso, ¿verdad? Prostituir a mujeres jóvenes por placer inmoral. Hacer que se enganchen a la heroína, luego ser golpeado por desviados sexuales para llenarte los bolsillos de oro. Eres un bastardo enfermo".

El estómago de Oscar se apretó al darse cuenta de que su broma estaba fuera de lugar y obviamente era un tema delicado con ella. "Vale, no soy realmente un..."

Su palma abierta golpeó la mesa, haciendo temblar los cubiertos y haciéndole saltar por la inesperada sacudida de ira. Su rostro estaba radiante de indignación. "¿Qué diablos hacías en el gueto?".

La farsa del chulo no le gustó demasiado, así que se pensó mejor decirle que el negocio de la cocaína iba bien.

La camarera llegó con las bebidas y pidieron cangrejo de caparazón blando para librarse de ella.

Stacey bebió un trago de vino y se le quedó mirando. "Estoy esperando..."

Capítulo 20

En momentos como éste, Óscar deseaba haberse quedado con tontas de pocas luces. Las mujeres inteligentes no se dejaban engañar tan fácilmente. Tomó un trago de leche, deseando que fuera un chupito de Jim Beam.

Se concentró en la condensación que goteaba en su vaso. "¿Conoces el centro para jóvenes del que te hablé?"

"Ajá".

"¿Y sabes que dije que tenía algunos patrocinadores para ello?"

"Ajá".

"Louie Gómez es mi patrocinador". La miró directamente a los ojos, desafiándola.

El tamborileo de sus dedos sonaba rítmico contra la tela de plástico, como una marcha de la muerte. "Louie. Maldito. Gómez. El tipo que estoy tratando de encerrar, y tú vas saltando a la cama con la escoria. Eres un tonto, Oscar. Louie Gómez no sólo está montado en el tren de la locura, está conduciendo la maldita cosa ". Le apuntó con el dedo a la cara. "Si tienes suerte, te meteré en la cárcel antes de que Louie Gómez te ponga un par de zapatos de cemento. Esas son las dos únicas maneras en que esto puede acabar". Su voz tenía la resignación del destino. "¿Por qué necesitas su dinero de todos modos?"

"Es un negocio inteligente usar el dinero de otros. Por no hablar de que así ambos obtenemos generosas desgravaciones fiscales".

"Oh, vamos. ¿Louie Gómez no puede permitirse pagar unos dólares más en impuestos para ayudar a otras personas que no juegan al maldito polo? ¿Es eso lo que me estás diciendo?"

"Eso, y que tiene un montón de buenos contactos".

"Sí, contratistas de cemento, apuesto."

Cruzó la mesa y le agarró la mano. "Hay algo más que eso. Si no coopero con Louie, podría cargarse a Johnny Sin Pulgares".

Ella retiró su mano de la de él, cruzando los brazos bajo sus pequeños pechos. "¿Por qué va a hacer eso?"

"Johnny pidió prestado algo de dinero y nunca lo devolvió. Louie dijo que saldaría la deuda si lo hacía socio del programa infantil. Ya sabes, para aumentar su buena persona. "

"Claro, como si eso fuera a pasar alguna vez. Además de toda la mierda que me acabas de dar, tienes que preguntarte: ¿sería el mundo un lugar mejor sin Johnny Sin Pulgares?"

"¿Qué? ¿Acabas de soltarme una parrafada sobre las pobres prostitutas de Louisville y ahora quieres que me haga a un lado mientras Louie Gómez le mete una bala en la cabeza a mi amigo?"

"Vi a tu amigo, o empleado, o lo que demonios sea, armado cuando bajó al campo de polo. ¿Qué hacía con un arma?"

"No me preguntes. Caza patos por lo que sé".

"Sólo digo que solíamos hablar de esto en la oficina del fiscal en Los Ángeles. A veces es mejor que los gángsters se liquiden entre ellos en lugar de atascar el sistema judicial con la cuestión de si debemos ir a por veinte o a por la cadena perpetua. Sólo los queremos fuera de las calles. Para siempre, siempre que sea posible. ¿Es tu amigo Johnny Sin Pulgares realmente un crédito para la sociedad?"

La camarera trajo el cangrejo, que resultó ser una interrupción muy oportuna.

No podía creer lo que estaba oyendo. Cuando los hoyuelos de sus mejillas se aplanaron, se dio cuenta de que era capaz de escupir uñas como la que más. Se había acostumbrado a que ella soplara caliente y frío, pero los cambios masivos en cuestiones morales lo dejaron estupefacto. ¿Matar a Johnny y a los proxenetas, pero las prostitutas y los adictos eran víctimas? ¿Pero qué demonios?

Decidió no desafiarla en su elección de amigos, pero tampoco se disculparía por ello.

El ventilador de techo cortaba el aire húmedo con precisión de cuchilla mientras comían en incómodo silencio.

Stacey se enfadó a fuego lento. El soltero más codiciado de Kentucky la invita a cenar y luego ni siquiera le habla. Se sentó con una copa de vino vacía mientras él evitaba su mirada. Debería ser ella la enfadada, con él merodeando a sus espaldas viendo gánsters e idiotas sin pulgar.

Puede que sus comentarios sobre Johnny fueran duros, pero Oscar tenía que aceptar lo obvio y dejar de comportarse como un niño petulante. Le hubiera gustado que, en lugar de enfurruñarse, se mostrara encantador para reconquistarla.

Rodeó la copa de vino con el dedo. "¿Qué tiene que hacer una chica para conseguir otra copa por aquí?"

Levantó el brazo y chasqueó los dedos. "Señorita", ladró.

La camarera se acercó. "¿Qué puedo ofrecerte?"

Con el brazo aún en alto, señaló la copa de Stacey. "¿Puedes traerle a la señorita otra copa de Chardonnay? Una grande".

"Claro. Cogió los platos vacíos y se fue trotando.

Stacey ladeó la cabeza. "¿Señora o perra?"

"Stacey, es complicado. No es tan fácil como que elijas a mis amigos y conocidos por mí. Louie no es pura maldad. Quiere devolver algo bueno a la comunidad". Pasó los dedos de puntillas por encima de la mesa, rozando la mano de ella con un leve roce de la yema del dedo. "Y me vendría bien algo de ayuda para desarrollar este proyecto para los niños. Tu ayuda. El toque y la intuición de una mujer. Te ayudaría a olvidarte de las presiones del trabajo y me ayudaría a mí. En lugar de encerrar a los chicos malos, ¿por qué no me ayudas a hacer algunos chicos buenos?"

Stacey se preguntó si él sabía lo azules y maravillosos que eran sus ojos. Él era suave, de acuerdo, pero ella no sentía que estuviera siendo totalmente honesto.

"¿Quieres que te ayude? ¿Y Louie Gómez?"

"Y los niños. No te olvides de los niños".

"Sabes que me estás poniendo en una posición difícil".

"Míralo de esta manera. Estarías ayudando a Louie a reformarse antes de que haga más maldades. Tal vez le guste tanto hacer cosas buenas que no peque más. Y todo eso será gracias a ti".

Stacey esbozó una sonrisa. "Oscar, eres para la mierda lo que Picasso fue para la pintura".

Se encogió de hombros, ofreciendo una sonrisa tonta pero sexy. "Es un regalo".

Cogió el salero del soporte metálico de la mesa y esparció algunos granos sobre el mantel, luego los aplastó con el fondo del salero. Un acto sin sentido, pero que le dio tiempo para considerar la explicación de Oscar. "¿En qué más estáis metidos Louie y tú?"

"Nada", afirmó Oscar sin vacilar. "Se trata estrictamente de negocios. No tendría nada que

ver con el tipo si no fuera por los niños".

"Y para Johnny, ¿verdad?"

"Oh, sí, y para Johnny."

"¿Y este programa infantil es lo único que tenéis entre manos?"

Levantó la mano en posición de juramento. "Júralo por Dios".

Aunque su causa fuera noble, su socio no lo era. Aunque los hombres que intentaban hacer el bien en el mundo la excitaban, debía andarse con cuidado.

"¿Y realmente necesitas mi ayuda?"

"Claro que sí. Una mujer podría inyectar la influencia maternal que necesitan los niños descarriados".

"Vale, te ayudaré, pero tienes que deshacerte de Gómez".

"¿Qué? No puedo hacer eso".

"Puedes, y lo harás. Es un gamberro y un perdedor. Si me tienes a mí, no lo necesitas a él. Deshazte de él, Oscar". Una oleada de autoridad endureció su voz. "¿Entendido?"

"No es un gamberro", murmuró Oscar. "¿De verdad crees que es tan simple?"

Le miró fijamente, sin pestañear. "La vida puede ser tan complicada como tú quieras hacerla, pero Louie Gómez es una complicación que no necesitas. Te dije antes que terminaras con él. Esta vez quiero que lo hagas de verdad".

"Pero necesito..."

Stacey le cortó. "No puedo ser vista asociándome con un conocido gángster, por una buena causa o no". Ni siquiera estaba segura de que Oscar tuviera los principios correctos, pero estaba dispuesta a correr el riesgo. Su medidor moral necesitaba ajustes, y ella era la persona indicada para ayudar a calibrarlo. "Es él o yo."

Oscar respiró hondo. "Vale, tú ganas. Mantendré las distancias con Louie Gómez".

"Y asegúrate de que esa distancia sea de una galaxia".

Capítulo 21

El teléfono sonó cinco segundos antes que el despertador. Oscar salió de debajo de las sábanas y pulsó el botón de apagado del despertador segundos antes de coger el teléfono.

"¿Qué?", espetó.

"No te gusta mucho madrugar, ¿verdad?", refunfuñó la voz al otro lado.

"¿Quién es?"

Su pregunta fue ignorada.

"Yo tampoco soy una persona madrugadora, así que no me gustó nada que el departamento de policía de Louisville echara abajo mi puerta a las cuatro de la mañana y me llevara a rastras a una espantosa celda de la cárcel. Me dicen que voy a estar en el juzgado a las nueve de la mañana, y te quiero allí para que pagues la fianza por mí, porque si no estoy fuera de este antro a la hora de comer, vas a ser conocido como Oscar Sin Nueces".

Mierda. Louie Gomez.

"¿Qué haces en la cárcel? Un momento, ¿por qué *me* llamas? Necesitas un abogado, no..."

"Mira, mi pequeño amigo bien relacionado", su gruñido se convirtió en un gruñido. "Eres amigo del gobernador, y sospecho que te estás tirando a su hija, la misma mujer que está intentando encerrarme. Tiene gracia, ¿verdad? El pobre Johnny pierde un dedo después de amenazarme, y lo siguiente que sé es que me detienen por cargos de mierda mientras tú tienes la polla en la ayudante del fiscal del distrito".

Oscar se tambaleó hasta el borde de la cama, recogiendo sus pensamientos. "No sé de qué me estás hablando. No tuve nada que ver con que te arrestaran. Lo juro por Dios".

"Ahora mismo, me importa una mierda si lo hiciste o no. Hablaremos de eso con café y cruasanes, ¡pero no sirven putos cruasanes en la cárcel del condado! Escúchame, y escúchame bien. Tienes un amigo en el gobernador y un pedazo de culo en la oficina del fiscal. Eres el hombre que conoce a la gente que puede hacer desaparecer estos cargos. Paga mi fianza para que pueda salir de este agujero apestoso a las nueve de la mañana, luego habla con -o vete a la mierda con- quien tengas que hacerlo y haz que esto desaparezca".

Dio tal portazo al teléfono que Oscar dio un respingo.

Miró el reloj. 6:02. Demasiado temprano para una copa.

Oscar entró en el cuarto de baño y se afeitó mientras se calentaba la ducha. Saltó bajo la cascada de agua caliente, dejando que masajeara su cuerpo. No iba a ser fácil enfrentarse a Stacey. Tenía que ser ella quien hubiera emitido la orden de arresto contra Louie. Su instinto le decía que ella quería asegurarse de que sus mundos se mantuvieran en estratosferas diferentes, pero anoche ella se encargó de recalcarlo. No le bastaba con decretar la separación. No. Tenía que hacer uso de sus poderes legales divinos. Su padre tenía razón. Las mujeres no entendían cómo funcionaban las cosas en el mundo de los hombres. No todo el mundo seguía las reglas. Tenías que hacer todo lo posible para no quemarte. Oscar estaba seguro de que no quería a Louie en su lado malo. Ese hombre podía causar problemas que ni un gobernador podría resolver.

Se obligó a tomar una tostada con café antes de ponerse su traje azul y dirigirse al juzgado.

Oscar se deslizó hasta la última fila de la sala intentando pasar desapercibido. Se giró

cuando alguien se deslizó hasta la fila y se sentó a su lado.

"¿Qué pasa, jefe?"

"¿Johnny? ¿Qué haces aquí?"

"Me enteré de que atraparon a ese canalla de Gómez. Quería asegurarme de que lo encierran, ya sabes, antes de que tenga que hacer algo yo".

"No llevas un arma, ¿verdad?" Oscar susurró.

"Aquí no", le susurró Johnny. "Pero tengo uno en el coche."

Oscar se encogió. Aquello era un circo y empezaba a sentirse como uno de los actores principales. "No hagas ninguna estupidez, Johnny. Conseguí que Louie accediera a dejarte en paz. No hiciste que lo arrestaran, ¿verdad?"

Johnny negó con la cabeza.

"Bien. No te hará daño con la condición de que dejes de meterle cañones de pistola por la nariz".

"¿En serio?" El alivio marcó su voz.

"Sí, de verdad".

Sin responder, Johnny le dio un codazo y señaló hacia el centro de la sala. "Eh, jefe, ¿no es esa la mujer con la que estabas en el campo de polo?"

Stacey Davenport caminaba por el pasillo central, elegante con un traje pantalón gris y un maletín marrón oscuro. Oscar se desplomó en su asiento para no ser detectado, pero ella nunca miró hacia él.

"¿Qué demonios hace ella aquí?", murmuró. Resultaba extraño que una asesora de la fiscalía estuviera en las vistas matinales. Por lo general, se trataba de un montón de borrachos que habían pasado la noche detenidos y a los que el juez reprendía y fijaba futuras fechas para comparecer ante el tribunal o imponía multas. Pero ella se estaba interesando personalmente por Louie Gómez. Un verdadero momento oh-shit para Oscar.

Stacey dejó su maletín encima de la mesa de la fiscalía y sacó sus expedientes. Otro hombre la siguió por el pasillo y se sentó a su lado. Era alto y parecía profesional, pero su ceño fruncido sugería que tampoco era una persona madrugadora.

Unos minutos más tarde, el alguacil se plantó delante de la sala. "Todos en pie", gritó. El crujir de pies y algunos huesos resonaron en la sala. "Este tribunal entra en sesión para el condado de Jefferson. Preside el Honorable Juez John Lloyd Beaver".

Un caballero de pelo plateado apareció por detrás de la puerta y se dirigió a la silla alta situada detrás del banco, con su larga bata negra fluyendo tras él. Su bigote bien cuidado realzaba su autoridad, al igual que sus gafas sin montura.

El juez se sentó. "Pueden sentarse", ordenó a la galería. "Hágales pasar, alguacil".

El hombre del uniforme marrón asintió y abrió una puerta lateral, desapareciendo brevemente antes de escoltar a cuatro prisioneros hacia el interior, seguidos por otro ayudante en la retaguardia del grupo.

Los reclusos se encontraban en una zona aislada rodeada por un muro de caoba que llegaba hasta la cintura.

El juez se dirige a los detenidos. "Todos ustedes han tenido la oportunidad de consultar con su propio abogado. Esta vista es simplemente para que se declaren culpables o inocentes, según lo hablado con su abogado, para establecer las condiciones de la fianza y para fijar la fecha del juicio o de la sentencia, dependiendo de su declaración." El juez Beaver rebuscó en una pila de carpetas de su mesa, sacó una y leyó en ella. "El primer caso es el de Louis Charles Gómez. Un paso al frente".

Louie se acercó al estrado, apoyando las manos encadenadas en la parte superior del atril. Su mono naranja distaba mucho de sus habituales trajes de Saville Row.

El juez inclinó la cabeza, mirando los papeles que tenía delante. "Señor Gómez, parece ser que anoche tuvo unos visitantes inesperados en su residencia. Me refiero a miembros del Departamento de Policía de Louisville. Actuando de acuerdo con una orden de registro -emitida por este tribunal, por cierto-, encontraron estupefactos en su domicilio. ¿Cómo se declara?"

"Inocente, Señoría".

El juez Beaver estudió el calendario de su escritorio. "Muy bien. El juicio se fijará para el martes diecisiete de junio. La fianza se fijará en diez mil dólares".

Oscar respiró aliviado. Podía conseguir diez de los grandes.

El hombre alto y calvo de la mesa de la acusación se levantó. Su tono era práctico. "Señoría, el Estado cree que el señor Gómez es un riesgo sustancial para la comunidad, y creemos que plantea un riesgo de fuga; por lo tanto, pedimos que la libertad bajo fianza no sea una opción y que se le mantenga en prisión preventiva hasta su juicio."

Beaver se reclinó en su silla, mostrando una media sonrisa. "Señor Brown, los narcóticos encontrados en la residencia del señor Gómez sólo equivalen a un cargo de posesión". Miró a Louie, hablando con severidad. "La huida sería una maniobra de la mayor estupidez".

"De acuerdo, Señoría", coincidió Louie.

"Señoría", continuó Brown, "el Estado sostiene que el Sr. Gómez pretendía dar esas drogas a niños para engancharlos, añadiendo nuevos jóvenes a su lista de clientes para reemplazar a los que ya habían sufrido una sobredosis en sus manos. La fiscalía pretende presentar cargos como 'intento de distribución'."

"Eso es un poco exagerado, ¿no?", cuestionó el juez.

"Eso es lo que pretendemos demostrar ante un tribunal, Señoría".

El juez rebuscó entre algunos papeles de su mesa con aire reflexivo e importante. "Dado que el Sr. Gómez no tiene antecedentes penales y que los cargos que se le imputan no son de naturaleza violenta, este tribunal no considera que la petición pueda justificarse en conciencia".

Stacey tiró de la chaqueta de Brown. Él se inclinó mientras ella le susurraba al oído.

Se irguió, se subió las gafas de montura negra y siguió adelante. "En ese caso, Señoría, el Estado solicita que la fianza se fije en un millón de dólares, y que el señor Gómez sólo sea puesto en libertad bajo la custodia de un ciudadano del Estado que pueda demostrar ser de buena conducta moral. Alguien que lo vigile, si se quiere".

¿Un millón de dólares? maldijo Oscar en voz baja.

El juez Beaver miró a la mesa de la acusación. "Eso es absurdo, Sr. Brown".

A Oscar cada vez le gustaba más este juez.

"Señoría", continuó Brown, "diez mil dólares no son nada para el imperio del señor Gómez. Perdería ese dinero en un santiamén y se gastaría el doble en un billete de avión a Buenos Aires, en primera clase". La fiscalía insta al tribunal a fijar la fianza en un nivel lo suficientemente doloroso como para garantizar que el Sr. Gómez se presente a su juicio, para que podamos hacer justicia a sus víctimas."

La sala esperó mientras el juez anotaba algo. "Muy bien, Sr. Brown, llegaremos a un acuerdo. Añadiré un cero a mi imposición y borraré uno de la suya. La fianza se fija en cien mil dólares".

Stacey se puso en pie de un salto. "Y la fiscalía insiste en que el Sr. Gómez permanezca supervisado en todo momento".

El juez enarcó las cejas. "¿Insiste, Srta. Davenport?"

Stacey abrió una carpeta que tenía delante, repleta de papeles. "Señoría, este hombre es un salvaje despiadado que..."

El juez levantó la mano. "Muy bien, Srta. Davenport. Si tiene intención de leer todo el contenido de esa carpeta que tiene delante, dejémoslo ahora mismo. El señor Gómez sólo será puesto en libertad cuando se presente un custodio adecuado con el dinero de la fianza, y esa persona tendrá que comparecer ante este tribunal para que yo pueda hacer una evaluación de su idoneidad antes de poner al señor Gómez bajo su custodia." El juez miró a Louie. "En otras palabras, señor Gómez, su salvador tendrá que pasar una entrevista conmigo antes de que usted sea puesto en libertad. ¿Entendido?"

"¿Está contenta la fiscalía?" Su tono llevaba un acorde de sarcasmo, pero a Stacey no le importó.

Ella sonrió. "Gracias, Señoría".

El juez levantó el mazo.

"Juez", gritó Louie. "Tengo a un miembro de la comunidad conmigo en la sala ahora mismo que puede pagar la fianza y guiarme hasta mi juicio".

A Oscar se le hizo un nudo en el estómago. Unos míseros 100.000 dólares no deberían ser nada para un magnate de las carreras, pero lo triste era que no los tenía. Y aunque los tuviera, no quería que Louie Gómez viviera con él. Pero había algo aún más aterrador que eso: Stacey en pie de guerra.

El juez Beaver cruzó los brazos sobre el pecho. "¿Quién es este cruzado con capa?"

Louie sonrió. "Oscar Novak-Chambers."

Capítulo 22

Oscar se removió en su asiento. Se pasó un dedo por el interior del cuello de la camisa. Por el rabillo del ojo, miró a su izquierda. Unas cabezas curiosas se giraron en su dirección. A su derecha, otros hacían lo mismo. Tal vez si se deslizaba hacia atrás en su asiento se volvería invisible.

El juez golpeó su mazo para acallar los murmullos de la multitud. "¿Podría el Sr. Oscar Novak-Chambers presentarse ante el tribunal?"

La habitación se quedó quieta.

Oscar enterró la cabeza entre las manos. No tener el dinero y la perspectiva de hacer de canguro de Louie eran problemas menores. Stacey Davenport estaba allí para presenciar cómo recogía a su amigo prohibido.

"¿Podría Oscar Novak-Chambers ponerse de pie?" El juez Beaver ordenó.

Stacey se dio la vuelta.

Óscar plantó los pies en la alfombra de pelo corto y se levantó, como la bilis en el fondo de su garganta.

El juez parecía desconcertado. "¿No le he visto antes en mi sala, Sr. Novak-Chambers?"

Oscar esperaba que el juez no le reconociera. Oscar compareció ante el juez Beaver después de que Emmitt le arrestara por segunda vez. Fue un encuentro rápido y de bajo nivel, básicamente para confirmar su nombre antes de que Roscoe pagara la fianza. ¿Cómo podía el juez recordar un encuentro tan poco memorable? Entonces Oscar reconoció la posibilidad de una salida. Tras la vista inicial ante el juez Beaver, Stacey hizo desaparecer aquellos cargos. Seguramente el juez no estaría al tanto de casos que *no* presidía.

Oscar se aclaró la garganta. "Sí, señoría. Por desgracia, mi expediente está manchado, pero el señor Gómez no lo sabía. Soy un custodio inadecuado, según las directrices de la fiscalía".

La mirada de suficiencia de Louie se volvió amarga.

susurró Stacey a Rob Brown. Después de que él asintiera, ella levantó el brazo a media asta. "Señoría", empezó, deteniéndose para lanzar una sonrisa malévola a Oscar antes de ponerse de pie y enfrentarse al juez. "Resulta que sé que el señor Novak-Chambers, aunque ha sido detenido, no tiene ninguna condena. También sé que su familia es un pilar de la comunidad de Louisville y que tiene una reputación de carácter intachable. Dadas las circunstancias, la acusación no se opone a que el señor Gómez sea puesto en libertad bajo la custodia del señor Novak-Chambers". Se volvió hacia Oscar, satisfecha de sí misma. "Siempre que pueda presentar el dinero de la fianza, cosa que el Estado no duda que pueda hacer".

Volvió la mirada altiva de Louie.

El juez hizo un gesto de aprobación. "En ese caso, señor Novak-Chambers, si sigue al alguacil y al señor Gómez, puede pagar su fianza y acompañar a su compañero a casa. Y, alguacil, asegúrese de que el formulario de libertad estipula que el señor Gómez debe permanecer bajo la supervisión de este hombre las veinticuatro horas del día hasta el juicio. Puede retirarse".

El martillo cayó, y también el estómago de Oscar.

Rob Brown se apartó de la mesa para hablar con el secretario. Oscar corrió hacia Stacey de camino a la sala. Le dedicó una sonrisa amistosa. "Me alegro de verte aquí".

"Sí, imagínate. Un asesor del fiscal del distrito en un tribunal. Qué extraño, ¿eh?" Se cruzó

de brazos. "Pero lo que es aún más extraño es un magnate de las carreras y un gángster en la misma sala del tribunal, haciendo tratos entre ellos que la oficina del fiscal del distrito ni siquiera conoce. Sobre todo después de que el magnate le dijera al asesor que no tiene ninguna relación con el gángster, salvo la de ayudar a los niños pobres y desfavorecidos de Kentucky." Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Johnny. "Y veo que el magnate trajo consigo a su empleado sin pulgar, el mismo empleado que se supone que teme por su vida ante el gángster que su jefe está soltando. Me alegro de haber estado aquí para verlo. Si no, no me lo habría creído".

Extendió la mano y le tocó el brazo. "Stacey, por favor, déjame explicarte".

Se sacudió el contacto y guardó los papeles en su maletín. "Espero que seáis muy felices juntos, porque vas a pasar mucho tiempo con él -y ninguno conmigo-. Adiós. Cerró el maletín de un portazo y salió furiosa.

Su corazón se hundió aún más al ver a la meneadora de culo de ojos esmeralda salir de la sala. Iba a ser difícil recuperarla, pero no tanto como reunir cien mil dólares para la fianza de Louie. O tal vez cada uno era tan imposible como el otro.

El alguacil les acompañó hasta el hueco de la escalera. El aire viciado, mezclado con un olor a lejía, les animó a caminar más deprisa mientras bajaban un tramo de escaleras hasta la zona de procesamiento. Una mujer corpulenta de unos cincuenta años estaba sentada detrás de una jaula de alambre. Louie y Oscar esperaban pacientemente mientras ella rellenaba unos formularios. Al cabo de unos instantes, sus ojos autoritarios se centraron en ellos. "¿Gómez?

"Sí", respondió Louie.

"¿Tenéis un cheque de caja para mí?" Hablaba con un acento pesado.

Oscar rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un talonario de cheques. "No, señora, pero tengo un cheque. ¿A nombre de quién lo hago?"

La mujer aulló. Sus enormes pechos temblaban mientras su cuerpo se gelatinizaba debido a las convulsiones provocadas por la risa. Un ataque de tos la obligó a recomponerse. "¿Te parece que me acabo de caer del camión de los nabos? Llevas unos hilos muy finos, señor, pero eso no significa que tengas cien de los grandes en el banco".

Oscar esperaba poder extender el cheque y luego encontrar la forma de ingresar los fondos antes de que se cobrara.

La mujer movió uno y luego dos dedos mientras hablaba. "Aceptaré un cheque de caja o una transferencia de su banco. Si quiere darme ese cheque de ahí, bien, pero Gómez se queda aquí en su acogedora celda hasta que llegue el dinero, y eso suele ser de tres a cinco días."

Louieladeó la cabeza. "Tienes de tres a cinco horas, Oscar, no días". Luego susurró con un lado de la boca. "Y ese es el tiempo que le queda a Johnny Sin Pulgares para respirar si metes la pata".

La empleada golpeó el escritorio con el bolígrafo. "¿Qué va a ser, amigo? El Sr. G. necesita volver a su habitación de concreto si no tienes el dinero en mano".

Oscar le dio una palmada en el hombro a Louie. "No te muevas. Ahora vuelvo".

"No voy a ninguna parte", siseó, "por si no has estado prestando atención".

Oscar se marchó bajo el eco del portazo de las puertas de acero. Sentía como si le hubieran atado una bolsa de plástico alrededor de la cabeza, asfixiándole mientras caminaba hacia la salida. No se trataba sólo de conseguir el dinero; Johnny Sin Pulgares quería hacer de Terminator y, al mismo tiempo, Louie le estaba tomando las medidas para una caja de pino. Y Stacey... bueno, simplemente le odiaba.

Capítulo 23

El día en que Stacey conoció a Oscar, ese gilipollas mentiroso, tramposo y egocéntrico, iba a ser un día del que se arrepentiría el resto de su vida. ¿Qué había sido de la honestidad, la lealtad y la integridad? Él no tenía nada de eso. No sabría lo que era la verdad ni aunque le diera una bofetada en su preciosa cara.

Pulsó el llavero para abrir su Nissan Juke, se subió y se fue a toda velocidad a Frankfort. Maldito Oscar. No le costaría reunir el dinero, pero una patada en la cartera podría ser justo lo que necesitaba. Le quemó el culo cuando se levantó para pagar la fianza.

Bueno, si él era tan amigo de Louie Freaking Gomez, ella estaba encantada de que Gomez quedara bajo su custodia. Ahora podrían ser arrestados juntos, y ella podría encerrarlos a ambos de un solo golpe. Golpeó la parte superior del volante. "Te estás metiendo con la chica equivocada, Oscar Novak-Chambers", gritó.

Cuando llegó a la mansión, un coche de policía de Louisville estaba aparcado fuera. Tal vez Louie y Oscar ya se habían dado a la fuga y la policía se había acercado para contarle los sangrientos detalles. Puede que Oscar se convirtiera en un asesino en masa, que saliera corriendo del juzgado, cogido de la mano de su amigo Louie Freaking Gomez, y que luego se fueran juntos a algún parque arco iris a hacerse ojitos saltones y a alimentar a los patos con migas de pan y mentiras. Ese parecía ser su fuerte. Bueno, él podría decir todas las mentiras que quisiera en el infierno, y a ella no le importaría. Respiró hondo, controlando su imaginación. Vale, era un poco exagerado pasar de mentiroso a asesino de masas, pero un pecado era un pecado, y Oscar iba a ir al infierno pasara lo que pasara.

Cuando cruzó la puerta principal, Conrad le informó de que un agente de policía la esperaba en su despacho. Ella lo sabía. Saltaron la fianza. Ese juez nunca debería haber concedido la libertad a Gómez. Fue idea suya, pero el juez debería haber escuchado a Rob Brown y haber tirado la llave. Ahora tendría que rastrear a Louie como a un perro, y a Oscar como a una mierda de perro.

Se aclaró la garganta para llamar la atención y se dirigió hacia su escritorio. Cuando se acercó al agente, éste levantó la vista.

Jadeó. "¿Emmitt? ¿Qué haces aquí?"

"Hola, Stace. ¿Te gustó el regalo que te di?"

"¿Qué regalo?"

"Gómez. Arresté a Louie Gómez por ti".

"¿Arrestaron a Gómez? No lo entiendo".

"Sí". Sonrió. "Sabía que ibas tras él, y pude oír la decepción en tu voz cuando descubriste que el tal Oscar estaba en su oficina. Así que te lo arreglé".

"¿Lo arreglaste? ¿Cómo lo arreglaste, Emmitt?"

Se pasó una mano por el pelo engominado. "Bueno, digamos que tenía la sensación de que no íbamos a encontrar nada si registrábamos su casa. Así que conseguí una orden, ¿y adivina qué? No encontramos nada".

Su sonrisa era tan amplia como el río Ohio, al que ella quería empujarlo. Puso las manos en las caderas. "Emmitt, dime que no plantaste pruebas".

"Vaya, Srta. Davenport. Soy agente de la ley de la ciudad de Louisville y del estado de Kentucky. Lo que está sugiriendo no sería ético. Pero me debe una cita, así que tal vez podamos

discutir cómo las líneas de la ética a veces pueden sesgarse durante la cena". Su sonrisa se ensanchó.

"Emmitt, yo no trabajo así."

"Así es como funcionan estas cosas, Stace. Sólo le quité la venda de los ojos a esa justiciera por el bien del pueblo... y por ti".

"¿Yo?", chilló.

Emmitt cuadró los hombros. "Dejé salir a ese tal Oscar cuando me lo pediste. Y ahora puse a Louie Gómez dentro por ti. Me debes algo más que una cita". Su sonrisa desapareció.

"Por favor, no me llames Stace. Y puedes volver a encerrar a Oscar por lo que me importa".

"¿Habéis terminado tú y él?"

"Nunca empezamos", espetó.

Emmitt sonrió. "Es bueno saberlo".

Dio un paso adelante y le tocó el pecho. "Si has estado plantando pruebas, voy a tener que tirar este caso".

Se mantuvo firme e incluso se acercó. "Es mi palabra contra la de Gómez sobre la procedencia de las drogas, y la de los otros tres agentes que participaron en la redada, por supuesto. Tenemos cuatro agentes contra un cabrón. Siempre es bueno tener testigos". La sonrisa de Emmitt se ensanchó. "Así que procesa, Stace. Entre tú y yo, encerraremos a Gómez por..."

"Un máximo de tres años, pero lo dudo".

Emmitt se quedó boquiabierto. "¿Cómo que lo dudas? Era cocaína de *primera* que encontramos".

"Grado A, ¿eh?" Stacey se cruzó de brazos. "La calidad no importa. Es la cantidad, y eso no fue suficiente. Intentamos engañar al juez, pero Gómez probablemente reciba servicios comunitarios cuando vaya a juicio".

Emmitt frunció el ceño. "¿No crees que le caerá mucho tiempo en prisión?"

"Oh, voy a intentarlo, pero un delincuente primerizo con unos gramos de coca es muy poco probable que caiga por mucho tiempo, si es que lo hace". El momento de tu redada fue una mierda, Emmitt. Me estaba acercando a Gómez por grandes cosas, cosas de veinte años, y luego vas y haces un truco como este. Acabas de arruinar todo el caso en el que estaba trabajando. Fue una estupidez. Muchas gracias, Emmitt".

"No me llames estúpido, Stace."

"No te estoy llamando estúpido, Emmitt. Aplaudo tu ideología, pero en lo que respecta a la legalidad, estás muy equivocado y te falta un kilo".

Emmitt la miró a los ojos. "Encierra a Gómez ahora, y te conseguiré el resto de las pruebas que necesitas para convertirlo en residente de por vida del sistema penal de Kentucky".

La voz de su padre bramó. "Stacey." Tras un golpe en la puerta, irrumpió. "Querida, acabo de hablar con tu novio por teléfono..." La visión de Emmitt le hizo detenerse. "Agente, ¿va todo bien?"

"Hola, Gobernador. Soy el oficial Dewsbury. Estaba informando a la Srta. Davenport sobre un caso".

"Papá, no tengo novio".

Su padre agitó la mano. "Por supuesto que sí. Es sólo cuestión de tiempo". Se centró en Emmitt. "¿Nos disculpa, agente? Necesito hablar con mi hija en privado".

"Desde luego, señor". Se dirigió a Stacey. "Recuerde lo que le dije, Srta. Davenport. Y si por casualidad veo a cierto alguien, lo encerraré por usted".

Eso es todo lo que necesitaba: un imbécil recorriendo el estado y encerrando a cualquiera

que se fijara en ella.

Emmitt salió y cerró la puerta tras de sí.

El gobernador tomó las manos de su hija entre las suyas. "Querida, necesito que me hagas un favor. Haz que Rob Brown retire los cargos y procedimientos contra Louie Gómez".

"¿Qué?" Con Emmitt haciendo arrestos ilegales, puede que tenga que desestimar el caso de todos modos. Pero de nuevo, él nunca admitió que plantó evidencia. Sólo estaba implícito si ella elegía leerlo de esa manera. Tal vez podría volver a ponerle la venda en los ojos a "esa justiciera". Gracias a ese cabeza de chorlito, ella tenía su propio dilema ético que resolver, pero ahora estaba más interesada en saber por qué su padre, y Oscar, estaban tan interesados en ver a Louie alejarse.

"¿Por qué?", preguntó.

"Acabo de hablar con Oscar. Me ha hablado de Louie Gómez, y tiene razón. Si Gómez tiene una condena penal por drogas, puede que no se le permita participar en programas relacionados con niños. Como sabes, Oscar está planeando un gran programa para ayudar a los niños, y este tipo es su principal apoyo financiero. No tendrá fondos para llevarlo a cabo si Gómez cae".

"¿Por qué no? La semana pasada me decías que debía deshacerme de Jett Johnson porque ganaba 8,7 millones al año, pero Oscar Novak-Chambers ganaba un billón de dólares por minuto. ¿Por qué necesita el apoyo financiero de un gángster?"

"Su dinero está invertido. Ya sabes cómo son los ricos. Nunca tienen activos líquidos".

"Bueno, para empezar no me lo creo. ¿Y qué hay para ti?"

"Es una gran publicidad. Fuiste tú quien lo señaló. Con mi apoyo a este programa, seré el campeón de los niños desfavorecidos de Kentucky."

"Heces de rana, papá. Hay más que eso".

Dudó un momento. "Necesito a Óscar, y Óscar necesita a Gómez. La familia Novak-Chambers podría donar cientos de miles de dólares a mi campaña en los próximos años si me rasco alguna que otra picazón, y Óscar cree que Gómez es importante para sus planes de desarrollo. Necesito asegurarme de que todos tiramos en la misma dirección".

"Papá, esta es la razón por la que estoy en la oficina del fiscal. He hecho mi carrera intentando evitar que ocurran este tipo de cosas". Le sujetó por los hombros. "Eres un buen hombre. No necesitas trucos ni contribuciones cuestionables para mantenerte en el cargo. La verdad y la honestidad siempre acaban triunfando. Además, Oscar tiene mucho dinero. Deja que pague la fianza, y si Louie hace un revoloteo a medianoche y Oscar pierde su dinero, bien. Le enseñará a elegir a sus amigos con más cuidado".

"Pero, Stacey..."

Levantó la palma de la mano. "No, papá. Si estás tirando en la misma dirección que Oscar, esa dirección es hacia el infierno. No vamos a retirar los cargos".

Capítulo 24

Cuando el gobernador Davenport dijo "No hay problema" en respuesta a la súplica de Oscar de exculpar a Louie para mantener vivo el proyecto de los niños, Oscar le creyó. Entonces Davenport volvió a llamar quince minutos después para decir "No hay problema". No dijo por qué no podía ayudar, sólo que no estaba en sus manos. ¿De qué sirve tener amigos poderosos si no tienen ningún poder?

Oscar miró el reloj, el segundero marcaba unos segundos preciosos. Cogió el teléfono y se quedó mirando el número ocho del teclado: El número de marcación rápida de Stacey. ¿Podría convencerla de que retirara los cargos? Estaba muy enfadada en el juzgado. ¿Le había dado tiempo a calmarse? En su lugar, pulsó el número dos.

"¿Hola?"

"Hola, abuelo, soy yo, Oscar".

"Hola, chico. ¿Cómo te va?"

"Estoy bien, pero estoy en un pequeño aprieto. I-"

"¿Cuánto necesitas?"

"¿Qué te hace pensar que se trata de dinero?"

"Vale, tomaré una hamburguesa con mi pepinillo".

"Vale, ya lo has dicho. Necesito cien de los grandes", soltó.

"¿Qué? ¿Cien mil dólares? ¿De quién es el rescate que intentas pagar, chico?"

Oscar escuchó su conmoción y se reprendió por su falta de tacto. "Creo que te gustaría más si no supieras por qué".

"Las prostitutas y la cocaína nunca fueron tan caras en mis tiempos".

"No, abuelo, no es para placeres pecaminosos". Hizo una pausa. Pensándolo bien, sabía que el abuelo Roscoe no daría tanto dinero sin alguna explicación. "Es Johnny. Está en problemas y necesito ayudarlo". Eso se acercaba bastante a la verdad.

"No está azadonando y nevando, ¿verdad?"

"No, no es nada de eso. Tuvo un accidente y perdió un dedo. Necesita una operación, y todo mi dinero está invertido en el campo de polo. Es un préstamo, abuelo, lo recuperarás. Te lo prometo". Odiaba mentirle, pero la verdad tenía menos probabilidades de obtener un resultado.

Una larga e incómoda pausa le hizo desear haber elegido otra historia.

Roscoe rompió el silencio. "Vale, siempre me gustó Johnny, y confiaré en tu criterio. ¿A nombre de quién hago el cheque, de ti o de él?"

Mierda. Se olvidó de eso. "¿Supongo que no lo tienes en efectivo?"

Al otro lado se oyeron risas. "Sé que algunos médicos no son muy partidarios de ciertos programas sanitarios, pero vamos. ¿Un médico que sólo paga en efectivo? ¿Qué está haciendo, haciendo que un coreano llamado Sew You Nub se lo cosa de nuevo?"

El pánico se apoderó de él. Debería haber sabido que no podía soltarle a su abuelo una broma así. El viejo era demasiado inteligente como para tragárselo. Era demasiado tarde para dar marcha atrás. "Vale, olvídalo. Te lo dije, no querrías saberlo. Nunca debí preguntar".

"Espera un minuto, cariño. Sabes que haría cualquier cosa por ayudarte. Sólo me gustaría saber a dónde van a parar cien de los grandes. No es mucho pedir, ¿verdad?"

"No, claro que no, pero no puedo decirlo. Involucra a Johnny, pero no es tu problema. Le preguntaré a Juliet".

"Ja. ¿Vas a intentar sacarle dinero a esa chica? Dile a Johnny que se olvide de la operación y sólo ponga su dedo en eBay. Conseguirías mucho más así que intentando que tu hermana abra su bolso".

Tenía razón. Por cien de los grandes, ella podría dar un golpe a Louie, pero no lo haría al revés.

Roscoe exhaló con fuerza. "Para que siquiera sugieras pedírselo a Juliet, debes estar desesperado. Vale, voy a ingresar el dinero en tu cuenta bancaria. Lo que hagas con él depende de ti. Voy a confiar en ti, Oscar. No hagas nada estúpido y no me defraudes. No más preguntas, sólo devuélveme ese dinero dentro del año fiscal. ¿De acuerdo?"

"Trato hecho". Eres el mejor, abuelo. No te defraudaré".

"No sólo he conseguido un nuevo compañero de piso, sino que además parece que he conseguido un chófer con el trato". Louie respiró profunda y asmáticamente mientras subía al camión. Levantó un puro tan grande como para quemar el bosque de secuoyas. "¿Te importa si fumo?"

"Sí, así es". Oscar lo sacó de la cárcel para que pudiera volver a apestar las calles de Louisville, no su camión.

De camino al apartamento, Oscar ignoró a Louie y se concentró en la carretera, furioso en secreto.

"Ya que te quedas conmigo, tenemos que establecer algunas reglas básicas". Oscar mantuvo la mirada al frente. "No fumar en el camión, y no fumar en mi casa".

Louie se abalanzó sobre Oscar, golpeándole la cara con la palma de la mano abierta y apretándole la cabeza contra la ventanilla del conductor. Oscar dio un volantazo al intentar conducir por la calle con la cabeza aplastada contra la ventanilla.

"¿Estás loco?" Gritó Oscar.

"¿Y vas a cogerme de la mano cuando cruce la calle?" gruñó Louie.

Oscar frenó en seco, deteniendo el camión y sacudiendo el agarre de Louie de su cabeza. Se dio la vuelta y señaló con el dedo a Gómez. "¡Será mejor que retrocedas!"

Louie le agarró el dedo, doblándolo hacia atrás. "Y será mejor que quites ese dedo de mi cara antes de que te lo rompa".

El dolor de tener el dedo a punto de romperse detuvo la agresividad de Oscar.

La rabia de Louie fluía por sus ojos entrecerrados. "Aclaremos algo, Oscar. Me quedo contigo, pero no eres mi padre, así que ni se te ocurra decirme lo que tengo que hacer. Me has pagado la fianza y eres mi coartada para todo lo que haga en el próximo mes hasta mi juicio. No te hagas ideas de que eres mi tutor o mi guardián". Soltó la mano de Oscar.

Se sentaron en medio de la carretera mientras Óscar se masajeaba el dedo palpitante. "Sabías que me costaba reunir el dinero de la fianza. ¿Por qué no hiciste que uno de tus matones lo consiguiera?"

"Quería comprobar tu lealtad y tu ingenio. Me sorprende que tuvieras que usar tu propio dinero. Creía que el gobernador me habría echado un cable, ya que sois amigos". Mostró una sonrisa sardónica. "¿O lo estropeaste todo dándole una mala propina en Blue Lighting?". Soltó una carcajada.

"Ja, ja. Tú eres el que la ha cagado. Y si sigues fastidiando mis propinas, el gobernador Davenport se cabreará, y ambos nos quedaremos sin un amigo en las altas esferas. Tú me quieres, y yo le necesito a él, así que eso te mete de lleno en su bolsillo junto conmigo".

Aunque aún le preocupaba sufrir las consecuencias de otro de los arrebatos físicos de Louie, puso la camioneta en marcha y reanudó la marcha.

"Oh, vamos, Oscar. Mientras te la estés pegando con el ayudante del fiscal del distrito, los dos estamos en casa y secos". Una sonrisa de satisfacción cruzó sus labios mientras se giraba para mirar por la ventana. "No la cabrees y estaremos bien".

"Puede que sea demasiado tarde para eso", murmuró Oscar.

La luz del mensaje parpadeó en su contestador. Probablemente era Roscoe. Odiaba llamar a los móviles. Oscar se sorprendió de lo rápido que se dio cuenta de que no podía comprobar los mensajes de su contestador con Louie en la habitación. "Tu habitación está al final del pasillo a la derecha, y el baño está al lado. ¿Por qué no vas a refrescarte?".

Louie caminó por el pasillo. Cuando se perdió de vista, Oscar pulsó el botón de reproducción del contestador.

"Oscar, soy Stacey Davenport. Tu móvil debe estar parpadeando otra vez. De todas formas, no sé a qué clase de juego estás jugando, pero me gustaría saber por qué demonios estás sacando a Louie Gómez de la cárcel. ¿Y luego llamaste a mi padre? Pronto pondré el golpe en eso. Te lo dije, estoy tratando de limpiar este estado, y luego sales con su cerebro criminal. Me mentiste. Y déjame decirte algo más... si quieres pudrirte en el infierno, es asunto tuyo, pero mantén a mi padre al margen de tus sucios negocios. Y sólo en caso de que estés realmente espeso, déjame deletreártelo. Cualquier cosa que hayas pensado que podría pasar entre nosotros ya no pasará. Hemos terminado. ¿Entendido?"

La llamada terminó con el enfado de Stacey persistiendo en el plazo.

"Parece que tienes que reconciliarte con tu novia". Louie estaba de pie en el borde de la sala de estar con un palillo de dientes colgando del borde de la boca. "No la queremos en nuestro lado malo, ¿verdad?"

Oscar bajó los hombros. Eso era todo lo que necesitaba: que Louie conociera su vida personal. "Lárgate, Louie." Oscar quería arreglar las cosas con Stacey. No por motivos personales o de negocios, sino porque le caía bien y odiaba ser deshonesto con ella. No se veía a sí mismo como un mentiroso descarado. Era más bien un pecador que no revelaba la verdad.

Louie fue al armario de los licores y se sirvió bourbon.

"Oh sí, siéntete como en casa, Louie."

"Gracias, Oscar, eres muy amable". Se sirvió un mega trago. "No te preocupes si lo hago. Eso me recuerda algo". Sacó su smartphone. "Será mejor que llame a Pablo y le pida que me traiga una maleta con ropa. Parece que me voy a quedar contigo una temporada".

A Óscar le hirvió el nivel de comodidad que Louie ya había establecido, pero trató de dejarlo a un lado y decidió llamar a Stacey. Se sentó en el sofá, descolgó el teléfono y marcó el número ocho en la marcación rápida.

"Hola, ha llamado al buzón de voz de Stacey Davenport. No puedo atender su llamada en este momento, pero si desea dejar un mensaje..."

Oscar pulsó el botón de fin de llamada. El mensaje no serviría de nada. Volvió a llamar a la mansión.

"Hola, Conrad, soy Oscar Novak-Chambers. ¿Está Stacey?"

"La Srta. Davenport está cenando con su padre".

Miró su reloj. Las seis en punto. Oscar decidió que no sería capaz de maximizar su encanto, o aprovechar sus ojos azules, a través de una llamada telefónica. "¿Planea salir esta noche, lo

sabes?"

"No que yo sepa, señor".

"Bien. Dile que no se mueva. Estaré allí en una hora".

Oscar colgó y salió corriendo del sofá, cogió las llaves del camión del llavero y se dirigió a la puerta principal.

"¿Vas a alguna parte?" Louie estaba de pie junto a la barra del desayuno, sosteniendo su vaso de bourbon.

"Sí, Frankfort. No te preocupes, llegaré a casa a tiempo para arroparte".

"¿No has olvidado algo?"

Oscar se palpó los bolsillos. Dinero, llaves, cartera. "No."

"¿No me puso el juez bajo su cuidado las veinticuatro horas?"

"Bueno, el juez se la puede meter doblada". Oscar le movió el dedo. "Quédate aquí y no te bebas todo mi alcohol".

"¿Y estás feliz de explicarle a la Srta. Davenport por qué estás en su lugar de residencia, solo?"

"Es la mejor manera de reconciliarse".

"Por supuesto... pero seguro que le interesará saber por qué dejaste a un capo de la mafia solo en casa mientras tú te ibas corriendo a la capital a rectificar tu pequeña crisis de coño". Dio un sorbo a su bebida.

Oscar se detuvo un momento. No había pensado en eso, pero- "¿Por qué demonios te importa?"

"Porque, mi querido Oscar, si rompes la obligación de tu tutela en lo que concierne a mi fianza, ella te encerrará. Por despecho, aunque sólo sea por eso. Y si caes, volveré a entrar, porque no has cumplido con tus responsabilidades ordenadas por el tribunal. Así que me conviene mantenerte fuera de la cárcel, manteniéndome así fuera del mismo establecimiento".

Era un punto válido y no se le ocurría otra solución.

Louie se bebió el resto de la bebida de un trago. "Pero tienes razón. Tenemos que arreglar este lío". Dejó el vaso sobre la encimera. "¿Vamos a la mansión del gobernador?"

Capítulo 25

El guardia de seguridad asintió con la cabeza mientras se acercaba a la puerta. "¿Otra vez?"

"Sí. Brett, ¿no?"

"Así es."

"Tengo que poner al día al gobernador sobre algunos proyectos".

El guardia asintió hacia Louie. "¿Quién es este?"

"Oh, uno de mis consultores." Oscar le tendió la mano a Louie. "Necesita ver alguna identificación".

Louie entregó su licencia, y Brett anotó los detalles, luego abrió la puerta. "Disfrute de su visita. Espero que sea productiva".

"Gracias".

Oscar aparcó, bajó la visera y se miró en el espejo. Satisfecho con su aspecto, volvió a subir la visera y se volvió hacia Louie. "Quédate aquí, volveré en unos minutos. Tal vez diez, mejor media hora".

"Si no le importa, somos nosotros, la buena gente de Kentucky, los dueños de esta choza. Me gustaría verla". Louie agarró el picaporte para abrir la puerta.

"Déjame resolver esto. Necesito hablar con Stacey en privado. Además, si el gobernador está allí, no le gustan los huéspedes no invitados o gente que no conoce irrumpiendo. Es así de raro".

"Entonces deberíamos habernos quedado en casa con una taza de chocolate caliente". Abrió la puerta. "Voy a entrar."

Oscar le agarró del brazo y tiró de él hacia el interior del Escalade.

Louie miró la mano de Oscar que le sujetaba el brazo. "¿Estás seguro de que quieres hacer eso? Johnny perdió el dedo que me amenazaba. Tienes toda tu mano sobre mí".

Oscar apartó la mano de un tirón. "Si insistes en entrar, hay algo que tengo que decirte. Si sale el tema, le he dicho a Stacey que te he sacado de la cárcel porque apoyas económicamente un programa infantil que estoy poniendo en marcha en el campo de polo. Pero preferiría que no hablaras con nadie y te limitaras a mirar la estatua de la esquina hasta que termine de hablar con Stacey. ¿De acuerdo?"

"¿En serio?" Louie se acomodó en el asiento del camión, inclinado hacia Oscar. "Qué fascinante. No sabía que te interesaba ayudar a los jóvenes de hoy. Y aún más sorprendido de que comparta esa visión. Cuéntame más".

"¿Cómo demonios esperabas que consiguiera un trozo de un parque estatal? ¿Girando una varita mágica? Necesitaba una razón plausible para una petición tan ridícula. Lo probé con Stacey y se lo creyó. Juntos se lo vamos a proponer al gobernador. Necesito el terreno extra para desarrollar programas que ayuden a los niños desfavorecidos de Kentucky".

"Qué ingenioso. Y yo soy parte de ello". Louie se secó una lágrima simulada con el rabillo del ojo. "Creo que voy a llorar".

"Bien. Espero que estés ahogado. Tan ahogado que no puedas hablar. Ahora vámonos."

Después de que Oscar llamara al timbre, Conrad abrió la gran puerta de madera. "Buenas noches, Sr. Novak..."

Oscar levantó la mano, cortándole el paso.

"Por supuesto. Buenas noches, Oscar. Creo que la Srta. Davenport está en su habitación. Le

diré que estás aquí". Hizo un gesto con la cabeza hacia Louie. "¿Y debo anunciar a su acompañante?"

"No, no deberías". Oscar se volvió hacia Louie. "Ahora que has visto 'la choza', ve a esperar en el camión".

"No, creo que me gustará estar aquí". Miró a Conrad. "Tráeme un whisky, ¿quieres, buen hombre?"

El calvo mayordomo enarcó una ceja inquisitiva hacia Óscar.

Oscar asintió. "Si es tan amable, por favor, y tal vez lleve al señor Gómez al salón hasta que esté listo para irme".

"Muy bien, señor". Hizo una media reverencia a Oscar y ofreció instrucciones a Louie. "Si quieres seguirme."

En cuanto desaparecieron de su vista, apareció Stacey. "Vi tu camioneta estacionada atrás. ¿Y bien?" Estaba de pie con los brazos cruzados, su cuerpo menudo nadando en una camiseta de fútbol americano de los Cincinnati Bengals de gran tamaño que le colgaba hasta los muslos, dejando a la imaginación de Oscar lo que había debajo... o no. Unas zapatillas Puma de color naranja fluorescente completaban su look informal.

Se quedó mirando el borde inferior de su camisa, preguntándose... detuvo sus pensamientos. Ella ya estaba enfadada con él, y ni siquiera sabía que Louie Gómez estaba en el salón bebiendo el whisky de su padre. "Puedo explicarlo. Todo es un gran malentendido..."

Sus cejas bien cuidadas se tensaron. "¿Mi padre te malinterpretó, o realmente le pediste que perdonara a Louie Gómez?"

"Bueno, no es realmente un perdón, pero..." Se le ocurrió un nuevo plan. Necesitaba echarle la culpa a ella. "¿Qué demonios fue todo eso? ¿Me estás endilgando a Louie Gómez? No soy una niñera".

"Ofrecerte a pagar la fianza... diría que eso fue bastante amistoso, ¿no? Así que supuse que querías pasar algún tiempo con él". Se llevó la mano al pecho y fingió sorpresa. "No querrás decirme que no quieres pasar todas tus horas de vigilia con Louie Freaking Gomez, ¿verdad?"

"Prefiero pasar mi tiempo contigo".

"Bueno, eso no va a pasar". Su cara se volvió amarga. "Por cierto, ¿dónde está, niñera?"

"Lo tengo bajo control".

"Sabes que si le esposas a un toallero de tu piso, eso podría considerarse detención ilegal, y te podrían caer de cinco a diez años por eso".

"Yo no lo encarcelé falsamente".

"¿Dónde está?", gritó. Se acercó y le clavó el dedo en el pecho. "Se acabó, Oscar. Si violaste los términos de su fianza, ambos caerán".

"Tranquila, cariño". Louie estaba al final del pasillo, con un whisky en la mano y una sonrisa de satisfacción en la cara. "Puede que Oscar no sea muy listo, pero no ha violado nada". Abrió los brazos de par en par. "Como puedes ver, estoy aquí, bajo su atenta mirada".

Las fosas nasales de Stacey se encendieron. Habló despacio y en voz baja, sólo para los oídos de Oscar. "¿Qué está haciendo ese hijo de puta en mi casa?"

Esperando una tregua, enderezó los hombros y se acercó. "No podía dejarle y necesitaba hablar contigo. ¿Podemos ir a un sitio privado?", susurró.

Sin hablar, se dio la vuelta y se dirigió a su despacho. Oscar siguió su invitación tácita.

"Mantenla dulce, Oscar", gritó Louie, su risa resonando en el pasillo.

Stacey dio media vuelta y cargó hacia él. Agarró una lámpara de la mesa, tiró del cable con tanta fuerza que se desenchufó del tomacorriente y siguió su camino hacia Louie con la lámpara

sobre la cabeza.

"¡Stacey!" Oscar gritó, persiguiéndola.

Conrad saltó delante de Louie, con los brazos por encima de la cabeza, bloqueando el camino de Stacey para aplastar la cabeza de Gómez. "Señorita Davenport, no creo que eso sea prudente", dijo tranquilamente el mayordomo.

Miró la lámpara. "No, probablemente no. Es antigua". Le entregó la lámpara a Conrad.

Stacey coincidió con Louie, ojo a ojo. "Esta es mi casa y no te quiero aquí". Su brazo se levantó, señalando hacia la puerta principal. "Ahora vete".

Louie sonrió. "Como contribuyente, creo que esta es *mi* casa. Usted es un mero inquilino".

"Sr. Gómez, como inquilino de esta casa, puedo irme cuando quiera. Su próximo inquilinato, sin embargo, será en la casa grande, y tengo la intención de darle un contrato de arrendamiento muy largo e inquebrantable."

Oscar agarró a Stacey del brazo y la apartó de un tirón de Louie. "Se ha hecho una idea. Vamos, hablemos. Dame cinco minutos". Tiró de ella hacia la puerta.

Señaló a Louie mientras miraba al mayordomo. "Vigílalo. Si se mueve, dispárale".

Oscar llevó a Stacey a su despacho y cerró la puerta. "No deberías haberte burlado de él".

"Y no deberías haberlo traído aquí. De hecho, no deberías haberte traído a ti mismo". Dio un pisotón y señaló la puerta. "Vamos, vete".

Ignoró sus instrucciones. "Stacey, tenía que traerlo. Tú me obligaste, recuérdalo". Miró el dobladillo de su camisa. Tenía que llevar bragas, ¿verdad?

"Te va a meter en un buen lío, si es que no lo estás ya. ¿Por qué no me escuchas?"

"Stacey, no es tan sencillo".

"Sí, lo es." Extendió el brazo, señalando vagamente en dirección a Louie. "Entra ahí ahora mismo, coge a tu amiguito y salid. Los dos. Y cuando termines de cumplir con tu obligación judicial y lo llesves a juicio, me darás las gracias por encerrarlo, siempre que no acabe encerrándote a ti con él".

Oscar negó con la cabeza. "No, no puedes hacer esto".

"¿Qué significa eso de 'No, no puedo hacerlo'?"

"Sólo eso. Hay demasiado en juego. Tienes que confiar en mí..."

"¿Hablas en serio? ¿Me estás diciendo que me vaya a la mierda?"

Extendió la mano y le acarició el brazo. "Estoy en una posición difícil, Stacey. Permíteme intentar que Gómez haga algo bueno en el mundo, pero para ello tengo que mantenerme en su lado dulce. Consigamos el terreno para el parque infantil y dejemos que Louie obtenga algo de crédito, y si se hunde después de eso, realmente no me importa. Pero ahora mismo, yo, los niños y Johnny necesitamos su ayuda. No se enfade conmigo. Yo también necesito su ayuda".

"Necesitas mi ayuda."

"Nunca te pediría que comprometieras tu integridad. Sólo déjame conseguir el dinero de Louie antes de que lo encierres".

"¿Así que tu plan es hacerle ayudar para hacerle sufrir?"

"Sí, pero la tierra para los niños es la máxima prioridad".

"Y para que lo entienda, ¿ahora quieres mantenerlo fuera de la cárcel?"

"Por ahora, sí".

Se quedó mirándole. "¿Sabes qué? Puede que no sea mala idea. Quizá puedas ayudarme. Ese imbécil de policía, Dewsbury, probablemente arruinó todo este caso. Necesito nuevas pruebas. Pruebas concretas. Si acepto retirarme por ahora, ¿me ayudarás a conseguir lo que necesito para encerrarlo por mucho tiempo?"

"¿Qué? ¿Traicionar a Louie Gómez?"

"Soy fiscal, Oscar. Hago tratos. Y este es el trato. O tu plan funciona brillantemente, y estoy tan impresionado con San Louie que lo nomino Papa, o me consigues las pruebas que necesito para meterlo en la sala de espera de Lucifer. Mientras tanto, tú consigues el dinero *que tanto necesitas*, y Johnny consigue lo que sea que necesite para no cagarse encima."

"Manejas un duro negocio".

Su mirada le retó a negarse. "¿Entonces?"

"¿Tengo elección?"

Ella se acercó y recorrió con los dedos la hilera de botones de su camisa. "No, y realmente no quieres meterte conmigo".

No podía ignorar su fragancia a lavanda. Prefería su aroma de elegancia a su ira contenida. "Disculpe, señorita fiscal, eso es exactamente lo que quiero hacer con usted". Se agachó y le tocó el dobladillo de la camisa, armándose de valor para tocar debajo.

"¿Siempre es difícil estar enfadado contigo?"

"Imposible".

Sus rostros se acercaron hasta que nada separó sus labios excepto la electricidad estática, que era de alto voltaje.

Los golpes en la puerta hicieron que un tesoro de maldiciones pasara por la cabeza de Óscar.

"¿Stacey, cariño? ¿Estás bien?" La puerta se abrió.

Se llevaron las manos a los costados y miraron hacia la puerta cuando entró el gobernador Davenport.

"Hola, Oscar". El gobernador se acercó con el brazo extendido.

Se estrecharon la mano mientras Oscar devolvía el saludo. "Hola, Gobernador."

"Conrad me dijo que estabas aquí". Se subió las gafas y miró a Oscar. "¿Has solucionado tu problema?"

"Sí, señor, lo hice".

Stacey se llevó las manos a la espalda. "De hecho, papá, trajo su problema aquí. ¿Quieres verlo?"

"¿Aquí? ¿En serio?"

Oscar susurró con la comisura de los labios. "Pensé que se suponía que íbamos a hacer las paces."

"Eso te enseñará a decirme 'no'", susurró ella. "Vamos. Hizo un gesto con la mano para que los dos hombres la siguieran mientras cruzaba la habitación.

Louie estaba sentado en la silla de respaldo bajo y forma cúbica, con otro whisky en la mano. Se puso en pie cuando entraron, dejó el vaso en la mesa junto a la silla y se abrochó la chaqueta, estirándola.

Stacey abrió la mano a Louie. "Papá, este es Louie Gómez." Abrió la otra palma a su padre. "Gómez, este es el verdugo del estado de Kentucky."

Davenport lanzó una mirada mordaz a su hija. "Stacey, compórtate". Le tendió la mano a Louie. "Sr. Gómez, he oído hablar mucho de usted".

Louie le cogió la mano y se la estrechó. "Gobernador, el placer es todo mío. No estaba seguro de cómo se tomaría que entraran en su casa huéspedes no invitados o personas desconocidas, así que gracias por su amable bienvenida."

"Tonterías. Siempre me alegra conocer a la gente de Kentucky y darles la bienvenida a mi casa, su casa. Después de todo, son sus votos y sus impuestos los que me han puesto aquí".

"Gobernador, es un placer experimentar de primera mano su forma de pensar y su hospitalidad". Señaló con la cabeza el vaso que había sobre la mesa. "Y ese whisky que tiene ahí es muy bueno".

Compartieron una carcajada.

Louie se quedó allí, con cara de suficiencia. "Oscar dijo que tú y yo tendríamos mucho en común e insistió en que nos conociéramos".

Davenport sonrió. "¿Cuánto hace que Oscar y tú sois amigos?"

"Oh, Oscar y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Parece que hace cien mil cosas". Una sonrisa irónica se dibujó en su rostro. "Y creo que tú y yo tenemos un amigo común en Rusty Merrifield, nuestro buen alcalde de Louisville".

El gobernador miró a su hija y sonrió a Louie. "Quizá deberíamos charlar un rato y conocernos un poco mejor. Siempre intento dedicar tiempo a mis electores, y cualquier amigo de Oscar es amigo mío. Espero que sepas más de caballos que él".

"Sí, así es. Si alguna vez quiere un consejo caliente, Gobernador, venga a mí. Tenga". Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un bolígrafo y una tarjeta de visita, luego escribió en el reverso. "Aquí tiene mi tarjeta. Sábado, quieres apostar por Robin's Raider a las dos en Elton Park".

Davenport cogió la tarjeta y la estudió. "Gracias".

"Esto es genial. Simplemente genial", dijo Stacey. "Papá, no lo conviertas en tu nuevo mejor amigo. No es el tipo de persona con la que quieres relacionarte. Está bajo investigación criminal, y puede ser inquilino en uno de tus hoteles estatales algún día".

Louie se ajustó el nudo de la corbata bajo su impoluto cuello blanco. "Como estoy seguro de que sabe perfectamente, señorita Davenport, no tengo condenas penales".

"Todavía no".

El gobernador Davenport sacó algo de dinero de su bolsillo. "Me gustaría oír más sobre el Asaltante de Robin, Sr. Gómez".

"Ah", levantó la palma de la mano hacia el gobernador. "Por favor, llámame Louie."

Davenport le dio algo de dinero a Oscar. "Toma, llévate a Stacey a tomar un helado. Quiero hablar con el Sr. Go-Louie en privado".

Oscar cogió el dinero y dio un codazo a una enfadada Stacey. "Venga, Stacey, vámonos".

"No has oído lo último de esto, papá". Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Oscar la siguió. La rabia se le pegó a la cara, echando por tierra cualquier esperanza de una cita divertida, pero él se conformaría con que fuera civilizada.

Exhaló con fuerza. "Espera aquí un minuto. Probablemente debería ponerme algo de ropa interior".

Capítulo 26

A Oscar no le gustaba dejar a Louie a solas con el gobernador, pero le debía un pequeño favor por haber hecho posible que pasara un rato a solas con su hija.

Sus chanclas anunciaban su entrada, pero fue el ajustado culotte verde menta lo que llamó su atención y le hizo olvidarse de bajar los brazos, que estaban en plena extensión.

"¿Volando a algún sitio?"

"Fly me to the moon", cantó, al más puro estilo Sinatra. Siguió cantando mientras se enlazaba el brazo, permitiendo que Stacey deslizara el suyo a través de él. Salieron de la mansión con Oscar cantando.

La ayudó a subir al camión y condujo hasta Dairy Queen, donde pidieron helados de plátano. Se dirigieron a una de las cabinas de plástico rojo y se sentaron con sus helados.

Miró discretamente a Stacey mientras comía, tratando desesperadamente de entenderla. Había estado con muchas mujeres guapas, pero ella tenía una forma de llegar a él. Era más guapa que guapísima. Sus pechos pequeños y turgentes -no realzados con fines promocionales- la hacían parecer más la chica de la puerta de al lado que una modelo glamurosa, pero también era una zorra dura. Era una combinación interesante.

"¿De qué crees que están hablando mi padre y ese sinvergüenza de Gómez?"

Se encogió de hombros. "No importa. Me alegro de no tener que hacer de canguro por un tiempo. Olvídate de ellos, ¿qué pasa con nosotros?"

Ella no levantó la vista, prestando más atención a su banana split. "¿Y nosotros?"

"¿Estoy perdonado?" Cuando ella no contestó, él la cogió de la mano. "Lo siento, Stacey. No pretendía engañarte. Gómez me pilló por sorpresa cuando me llamó. No estaba seguro de cómo manejarlo".

Le miró con los ojos entrecerrados. "Y luego vienes corriendo al juzgado con cien de los grandes en el bolsillo de todos modos".

"No, no sabía que ibas a poner la fianza al mismo nivel que la deuda nacional".

"Pbbt. Cien de los grandes son cacahuets para ti".

"Stacey, no estoy tan bien como crees."

"Sí, claro. Tú mismo lo dijiste, hay mucho dinero en prostituir caballos".

"Es una forma vulgar de decirlo".

Se encogió de hombros y se sirvió otro trozo de plátano. "Tú eres el que se gana la vida con ello".

"Vivo una vida encantada".

Él mostró su deslumbrante sonrisa, pero ella no la vio, concentrada en su comida.

Se sirvió más helado. "¿Dirías que eres una persona afortunada?"

"Sí, claro que sí. Mi primera apuesta a un caballo, puse cincuenta pavos y gané más de trescientos".

"¿Pero qué pasa con eso de 'no estoy tan bien como crees'?"

Como no sabía si algún día tendría que competir con Jett Johnson en la meseta de la riqueza, pensó que lo mejor era restar importancia al alcance de sus problemas de dinero. "Todo está invertido. Quiero decir, no tengo dinero en efectivo en este momento. Sólo un pequeño problema de liquidez, pero eso pasa. No es gran cosa, sólo que el momento apesta".

"¿Qué hay de la vida? ¿Te arrepientes de algo?"

"La verdad es que no. No soy de los que se arrepienten. ¿Y tú? ¿Afortunado o arrepentido?"

"Sí, un gran arrepentimiento". Respiró hondo y lo exhaló. Una vez llevé un caso en Los Ángeles y un matón de tres al cuarto mató a una niña de tres años porque su padre le había "faltado al respeto" y él quería darle una lección. El cabrón salió impune porque la defensa alegó que era bipolar". La tristeza brilló en sus ojos. "Los recuerdos siguen volviendo... bueno, ni siquiera son recuerdos. Vivo con ello todos los días. No pude encerrar a ese hijo de puta porque era un puto bipolar, o eso dijo la defensa. Les fallé a la niña y a su padre". Una lágrima corrió por su mejilla, rápidamente enjugada.

Oscar le apretó la mano. "Lo siento mucho, Stacey. No tenía ni idea".

"Olvídalo". Ella sacudió la cabeza hacia el camión. "Vamos, regresemos antes de que el maldito Gómez convenza a mi papá de hacer algo estúpido".

La preocupación de Stacey se tradujo en palabras de sabiduría. Si Louie le hacía la pelota al Gobernador, ninguno de los dos necesitaría ya a Oscar. Tenía que mantener a Louie alejado del gran hombre para que pudiera mediar en todos los tratos y mantenerse en los buenos libros del gobernador.

Oscar asintió. "Tienes razón. Vámonos".

Salieron del Dairy Queen y regresaron a toda velocidad a la mansión.

Stacey irrumpe por la puerta con Oscar pisándole los talones. El gobernador Davenport y Louie estaban sentados detrás de una nube de humo, bebiendo whisky y fumando puros gordos.

Stacey se abanicó la mano. "Papá. Mamá se revolcaría en su tumba si supiera que estás apestando su casa así. Y tampoco aprobaría la compañía con la que la estás apestando".

El gobernador esbozó una sonrisa de confianza. "Creo que ha juzgado mal al señor Gómez. Estábamos hablando de la zona de juegos para niños junto al campo de polo de Oscar. Creo que mi amigo Louie puede ser de gran ayuda para la oficina del gobernador".

A Óscar se le encogió el corazón.

Louie masticó su puro.

Oscar dio un paso adelante. "Sabe que hay algunos puntos delicados del acuerdo que aún no he discutido con usted, Gobernador. Creo que deberíamos hablar en privado antes de tomar decisiones precipitadas. Y Louie tampoco conoce todos los detalles. Sacaré al Sr. Gómez de nuestro camino y volveré mañana para discutir las cosas con usted".

"Oscar." Louie levantó la mano. "Usted es mi cuidador, ¿no es así, señorita fiscal?"

Stacey gruñó en señal de acuerdo.

"Según los términos de mi fianza, no creo que puedas apartarte de mi lado, ni el mío del tuyo, así que tendremos que sentarnos los tres juntos". Miró al gobernador. "Si te parece bien, Judd".

¿Judd? ¡Judd! ¿Por qué demonios Louie Gómez le llamaba Judd mientras seguía dirigiéndose a él como Gobernador o señor? Y él era el que prácticamente se tiraba a su hija-o esperaba hacerlo muy pronto. Deberían ser Judd y Oscar, no Judd y el maldito Louie.

"Por supuesto que lo es", dijo Davenport. "Además, parece que tú eres el cerebro detrás de todo esto. Eres bienvenido a mi casa cuando quieras, Louie. Con o sin Oscar".

"Oh, será con, señor," Oscar inyectó. "No te preocupes por eso". Toda la conversación estaba mareando a Oscar.

Stacey levantó los brazos. "¡Genial! ¡Simplemente genial! Ya que estamos, papá, ¿por qué no traemos prostitutas?". Agitó los brazos direccionalmente. "Los gángsters a la derecha, las

putas y sus clientes a la izquierda".

Oscar se rió en silencio. Supuso que alguien tan volátil como ella necesitaba tener sentido del humor.

"Vamos, vamos, Stacey. No nos pongamos sarcásticos ni insultemos a mi invitada".

Se llevó las manos a las caderas. "No es tu invitado, papá. El maldito Oscar lo trajo aquí. Sin invitación".

Louie se levantó, mirando a Judd, que estaba sentado en su silla. "La señorita Davenport tiene razón, Gobernador. Creo que es hora de que Oscar y yo nos vayamos, pero me sentiría honrado de volver cuando usted me invite. Mientras tanto, estaré en casa de Oscar. Creo que tiene su número".

El gobernador se levantó y cogió la mano de Louie, estrechándola vigorosamente. "Desde luego que sí, y puedes estar esperando una llamada mía". Se volvió hacia Oscar. "Estarás por aquí para traer al Sr. Gómez, ¿verdad?".

"Tendría que comprobar mi agenda, Gobernador. Podría ser un poco complicado".

El gobernador dio un manotazo. "No importa." Se enfrentó a Louie. "Si él no puede hacerlo, haré que te envíen un coche. Estoy seguro de que el fiscal no pondrá objeciones si te alejas de Oscar durante un tiempo si estás al cuidado del gobernador del Estado." Judd le dio una palmada en el hombro y se echó a reír.

Stacey se mordió el labio.

Oscar pasó de un simple mareo a sentirse mal.

Louie se apartó y caminó hacia Oscar y Stacey. Se tocó la ceja con dos dedos. "Señorita Davenport". Hizo un gesto con la muñeca, terminando el saludo. "Nos vemos en el juzgado, si es que llegamos allí", susurró en voz baja.

Su rostro se endureció.

Oscar permaneció en silencio y caminó con Louie hacia la puerta.

Louie se volvió y miró a los Davenport. "Acabo de darme cuenta, Judd. Tengo un palco privado en Elton Park. Quizá te gustaría acompañarme el sábado para ver correr al Raider de Robin. Y quién sabe", se dio un golpecito en la nariz. "Puede que tenga más consejos para ti".

"Espléndido". El gobernador dio una palmada de aprobación. "Le diré a mi secretaria que le llame para hacer los arreglos".

Se miraron como los chicos de los carteles en una convención de dentistas.

Oscar no pudo salir de allí lo bastante rápido, empujando a Louie hacia la puerta.

Capítulo 27

Louie estaba sentado en la mesa del desayuno, sirviendo leche sobre un tazón de cereales afrutados cuando Oscar entró en la cocina. Bugs Bunny sonaba en la tele, con el conocido eslogan "¿Qué tal, Doc?" sonando unos diez decibelios más alto de lo necesario.

Miró a Oscar que entraba en la habitación. "Buenos días, Oscar."

Oscar entrecerró los ojos, todavía adaptándose a la luz del sol que se filtraba por las amplias persianas de la ventana. No podía tolerar una conversación antes del café matutino, pero logró un gruñido para demostrar su condición de ser vivo.

Al menos Louie preparó el café. Oscar se sirvió una taza y se sentó a la mesa con su responsabilidad judicial. Miró la bata de seda roja de Louie con "LG" bordado en el pecho. Eso le impulsó a apretarse más su mullida bata blanca para ocultar el logotipo del Hotel Four Seasons sobre el pecho izquierdo. Pensó que, por los precios que cobraban por alojarse en el hotel, debía de ser una bata de cortesía, pero no quería que Louie pensara que era un ladronzuelo.

Louie no se fijaba en Oscar ni en su bata mientras se metía en la boca los cereales del desayuno mientras estudiaba el foro de carreras.

Para cuando Oscar se tomó media taza de café, se sentía lo bastante civilizado como para hablar. "Aún no sé por qué invitaste al gobernador Davenport a las carreras".

"Oh, te refieres a Judd."

Oscar puso los ojos en blanco. "Sí, Judd".

Louie puso el papel de las carreras sobre la mesa. "Lo estoy alineando para que me dé esa esquina del Parque Estatal Harris".

"Ya hice el trato con él". Oscar se golpeó en el pecho. "Te voy a conseguir ese pedazo de Harris Park."

"Oscar, no le has sacado nada al hombre. Supuestamente le ofreciste un pago simbólico, del que él no sabía nada. Le estoy poniendo en un programa de reparto de beneficios, por si algún día necesito otros favores de la oficina del gobernador. Nunca se sabe".

¿"Reparto de beneficios"? No querías darle una mierda simbólica. Es mío. Atrás".

"Eso fue antes de descubrir lo buen hombre que es. Tú sigue haciéndole la pelota a Davenport Junior y yo me encargaré de Big Daddy". Se acarició el bigote antes de mirar su Rolex. "Tenemos que estar en el hipódromo en menos de dos horas. Quiero asegurarme de que el palco está listo para mi invitado. Ya sabe, champán, caviar... las cosas buenas de la vida, que estoy seguro Judd sabrá apreciar. ¿Se unirá a nosotros la Srta. Davenport?"

"Sí, creo que quiere vigilarte".

"Pensé *que* lo estabas haciendo".

"Vale, entonces quiere vigilar a su padre". Tomó un trago de café. "Tienes que calmarte con Stacey. Es prácticamente la fiscal del distrito. ¿Y por qué no me dejas a papá Davenport a mí? Puedo encargarme de él... y de ella".

"Vamos a ver cómo nos va el día en las carreras, ¿vale? Espera que le dé buenos consejos, y pienso dárselos. Después de hoy, estoy seguro de que le interesará oír lo que tengo que decir sobre asuntos futuros". El juego en línea le interesaba especialmente, así que le informé de las conversaciones que he mantenido con nuestro alcalde, Rusty Merrifield. Rusty y yo hemos sentado las bases para contribuir al desarrollo económico de Louisville mediante nuevas leyes fiscales y sobre el juego. Y ahora que estoy involucrado en el programa de desarrollo del niño, él

puede ver que yo y mis ideas somos su billete para la reelección. Creo que le caigo bien". Tras esbozar una sonrisa irónica, levantó su periódico como una cortina de aislamiento.

Oscar entró en el aparcamiento VIP de Louie en Elton Park.

La familia de Oscar había tenido un palco privado en Donnington desde que tenía memoria. Maldito Louie. Fue una buena idea invitar al gobernador. Ojalá se le hubiera ocurrido a él.

Mostraron sus pases al personal de seguridad y subieron al palco de Louie. Louie abrió la puerta y al entrar les recibió una corriente de aire fresco. El suelo de la habitación rectangular estaba cubierto por una alfombra de felpa azul real con una "LG" dorada en medio del escudo familiar. En la parte delantera, una superficie acristalada de tres metros y medio, con una fila de sillas con vistas al hipódromo. A un lado, un bar frente a un espejo de pared a pared y enfrente un televisor Panasonic de pantalla grande. Oscar se empapó del ambiente. En conjunto, muy bonito. Dios, era un fanfarrón.

Louie señaló con el pulgar la zona del bar. "Siéntete como en casa. Hay mucha comida y bebida, sítete tú mismo". Mostró una sonrisa de "Soy *rico*". Oscar le devolvió el gesto con una sonrisa de "Yo *también lo soy*".

Después de servirse un agua mineral, Oscar observó cómo Louie mullía las almohadas y ponía orden, preparándose para los Davenport.

Una criada filipina entró y puso la mesa para cuatro personas. Luego colocó cubos y copas de champán para la tarde de indulgencia. A la salida, saludó a Louie como si fuera de la realeza.

Llamaron a la puerta y Louie abrió. Entró un tipo con un traje oscuro poco impresionante. Las gafas de sol le ocultaban los ojos y de la oreja le colgaba el cordón de un auricular. Su cabeza giró como la de un búho antes de dar instrucciones.

"Soy el agente Donovan, del Servicio Secreto de Kentucky. Actúo en nombre del Gobernador Davenport por su seguridad. Voy a tener que pedirles, caballeros, que se pongan ahí". Señaló la pared del fondo. "Pongan las manos en la pared, los pies hacia atrás y sepárenlos".

Louie asintió respetuosamente. "Por supuesto, buen hombre. Me complace ver que el Estado vela por la seguridad y el bienestar de nuestro gobernador". Louie se acercó a la pared.

Oscar se bajó del taburete y se colocó frente al agente. "No le importa que vea alguna identificación, ¿verdad?". Quién sabe, puede que fuera un impostor allí para arrebatarse a Óscar la tarjeta oro de American Express. Aunque había caducado dos meses antes, seguía siendo un bonito adorno.

"¡No te muevas, basura!" Stacey saltó de detrás de la puerta con el dedo y el pulgar en forma de pistola, apuntando a Oscar. Sus ojos eran fríos y duros, luego se echó a reír. "No seas tan paranoico, Oscar. Es el procedimiento habitual, ya que el gobernador será un público cautivo". Alzó la voz para que se la oyera en toda la sala. "Donovan tiene que quedarse aquí, Gómez. Espero que eso no suponga un problema".

"En absoluto", respondió Louie. "Cuantos más, mejor".

Oscar pensó que Donovan estaba bromeando, pero el agente los puso de cara a la pared y luego los cacheó. Cuando les dieron el visto bueno, Donovan se acercó a la puerta y posó con las manos juntas delante de él.

El gobernador entró e intercambió saludos con Louie y Oscar.

Louie se frotó las palmas de las manos. "¿Qué puedo ofrecerte, Judd?"

Oscar había olvidado el rito de paso de Louie. Judd. Maldito Judd. Maldita Judd.

El gobernador hizo pasar a Stacey. "Las damas primero."

Louie se golpeó la cabeza como un acto de olvido. "Por supuesto. Qué grosero por mi parte. Srta. Davenport, ¿qué puedo ofrecerle?"

"Me apetece un poco de foie gras, pero eso es una tontería". Le guiñó un ojo a Oscar. "¿Qué tal unas patatas fritas con crestas?"

"Tonterías, querida". Cogió un teléfono con cable de la pared. Después de murmurar, colgó. "Serán unos diez minutos para el foie gras, Srta. Davenport". Volvió a mostrar esa sonrisa de "soy rico".

"Lo que sea."

Louie centró su atención en el gobernador. "¿Judd?"

"Whisky, por favor, Louie."

"Por supuesto". Louie fue detrás de la barra, abrió un armario y sacó una botella. "Compré esto para una ocasión especial cuando estuve en Escocia el año pasado, y yo diría que se me permita entretener al gobernador de Kentucky es casi tan alto honor como podría esperar". Giró la etiqueta para que todos la vieran. "Este es un whisky de malta poco común de Rosebank, destilado en 1981 y madurado durante veintidós años en barricas de roble antes de ser embotellado. Es de mala educación hablar de dinero, pero esto es para sorber, no para engullir".

"Wow." El gobernador Davenport estaba claramente impresionado. Cogió la botella por el cuello, se quitó las gafas y examinó la etiqueta más de cerca. "Sesenta y uno por ciento de alcohol. Eso es ciento veintidós grados".

Davenport devolvió la botella a Louie, que sirvió un poco en dos vasos, luego miró a Oscar y levantó la botella inquisitivamente. "¿Oscar?"

"No te preocupes si lo hago."

"Oscar", dijo Stacey como una frase completa sin necesidad de más explicaciones.

Puede que fuera la ayudante del fiscal, pero no era su mujer. "Stacey", rebatió. Sus cejas se comunicaban en un lenguaje completo. Las de ella decían: "*No te atrevas*", y las de él respondían: "*Piérdete*".

Oscar sólo conocía la añada 1981 de Rosebank por su reputación. Lo había mirado para el cumpleaños de su abuelo, pero a 950 dólares la botella, tuvo que descartarlo por el momento. Pero sin duda estaba en su lista como "para un día". Y si Stacey Davenport pensaba que estaba rechazando la oportunidad de beber un whisky de mil dólares por sus cejas fruncidas, estaba a años luz de la realidad.

Oscar se acercó a la barra mientras Louie servía el tercer whisky, luego miró a Stacey. "¿Señorita Davenport?"

Respondió con un movimiento brusco de cabeza.

Los hombres levantaron sus copas. "Por el gobernador", brindó Louie.

Oscar se tocó las gafas con el hombre grande. "Por Judd". Su contacto visual no se detuvo para ver la reacción del gobernador.

Los hombres sorbieron al unísono, seguidos de ronroneos simultáneos de aprobación.

"Maravilloso, Louie, simplemente maravilloso", comentó el gobernador.

Louie asintió. "Gracias, Judd". Se volvió hacia Oscar. "Oscar, ¿qué te parece?"

En su valoración de diez segundos, probablemente era el mejor whisky que había probado nunca. Pero no iba a dejar que Louie lo supiera. "No está mal. No es Pappy Van Winkle, pero no está mal."

Oscar se movió para colocarse junto a Stacey.

Ella miró su vaso de whisky y luego a él. "No has podido evitarlo, ¿verdad?"

"Stacey, no lo entiendes." Se movió para que sus hombros se tocaran, luego susurró desde el lado de su boca. "Esta cosa cuesta mil dólares la botella. Deberías probar un poco".

"Sí", dijo con autoridad. Le quitó el vaso de la mano. "Debería". Apoyó los labios en el vaso, movió la cabeza hacia atrás y aspiró de un trago.

"¡No!" Oscar gritó.

Cuando le arrancó el vaso de la mano, el whisky había desaparecido.

Stacey tuvo una arcada y le dio un ataque de diarrea. "¡Eso ha sido una mierda!" escupió entre intentos de vomitar. Su cuerpo se tambaleó mientras se encorvaba.

Oscar la guió sobre el logo de Louie y señaló hacia abajo. "Let it rip".

"¿Qué?" Louie se apresuró y la llevó a un cubo de basura en la esquina. "No vomites en mi alfombra."

Stacey agitó las manos, insistiendo en que todos se alejaran y la dejaran en paz. Louie hizo exactamente eso, reuniéndose con Judd en el bar.

Oscar se puso a su lado. "¿Feliz ahora?"

"No querrás que Emmitt te encierre por conducir borracho, ¿verdad? Porque te aseguro que esta vez no te librarás". Sus ojos no se arrepentían de haberle robado su bocado de placer.

Le conmovió que ella hubiera preferido vomitar a que le detuvieran y le metieran en la cárcel. Fue un movimiento de afecto, no de codicia. Su ira se disolvió.

Llamaron a la puerta. La camarera trajo el foie gras de Stacey y lo puso en la barra.

Louie se dirigió a Stacey con un nivel de respeto poco sincero. "Espero que se encuentre mejor, Srta. Davenport. Su foie gras está aquí."

"¿No me has oído? He cambiado mi pedido por patatas fritas. No importa. Tengo un poco de bilis en la parte posterior de mi garganta. Voy a chupar eso, ¿de acuerdo?"

"Mis disculpas, Srta. Davenport. Haré que envíen las patatas fritas, con crestas, inmediatamente". Se acercó al teléfono e hizo el pedido.

A Oscar no le gustaba cómo se estaban poniendo las cosas. Judd bebía a lengüetazos un whisky ridículamente caro con su nuevo amigo. Y Stacey, aunque lo negaba, tenía que estar impresionada con los esfuerzos de Louie por complacer sus caprichos.

Oscar tenía que hacer algo para cambiar las tornas a su favor. Tuvo una idea.

Capítulo 28

"Tengo que ir a la pista", anunció Oscar. "Volveré en un rato".

"Escabulléndote para conseguir más whisky, ¿verdad?" Stacey comentó.

"Sólo unos asuntos de los que tengo que ocuparme".

"De acuerdo". Le espantó con el dorso de la mano. "Vete a jugar con tu estiércol de caballo o lo que sea que vayas a hacer. Yo me quedaré aquí comiendo patatas fritas con crestas y bebiendo alcohol obscenamente caro".

A Oscar se le vino a la cabeza la vez que mencionó que le gustaba la buena vida. No cabía duda de que tenía principios morales, pero no podía dejar al azar que Louie Gómez fuera capaz de volverla loca con placeres caros.

"¿Por qué no vienes conmigo?" sugirió Oscar. Estaría muerto si ella descubriera lo que tramaba, pero no quería que cayera en las garras del diablo en el lujo del palco VIP. Además, a ella no se le permitía entrar donde él iba, así que nunca lo sabría.

"¿Qué gano yo?"

"Hay una carpa al borde de la pista que tiene bollos recién horneados, servidos con mermelada y nata. Suele venir con una tetera, pero te lo mejoro con champán". Movié las cejas. "¿Qué te parece?"

"Yum." Miró en dirección a Louie. "Buen intento, Gómez. Si me disculpas, Oscar me invita a un Dom Perignon".

El gobernador Davenport levantó la mano. "Diviértanse".

Louie se echó la manga hacia atrás y miró el reloj. "Vuelve a las doce. Vamos a almorzar filete y langosta, y luego el Raider de Robin corre a la una".

¿Bistec y langosta? Louie estaba llevando la ostentación al siguiente nivel.

Oscar asintió a Donovan, que se quedó de pie junto a la puerta como un maniquí mientras pasaban junto a él.

Stacey cogió el brazo de Oscar al salir.

"Estás de buen humor, teniendo en cuenta que sales con un gángster", dijo Oscar. "¿Se te subió el whisky a la cabeza o algo así?"

"Debería estar más preocupado por salir con quien trabaja para la oficina del fiscal. Y sí, el whisky puso un poco de zumbido".

"Si sigues bebiendo mi alcohol para que yo no lo haga, serás tú el que acabe borracho".

"Me arriesgaré. Además, tengo un lado salvaje cuando bebo demasiado". Una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro.

Oscar tiró de ella hasta que se detuvo y le soltó el brazo para que pudieran mirarse el uno al otro. "A veces no te entiendo. En un momento me dices que vas a liarme con Gómez, pero luego dices que quieres salvarme de tu novio, Emmitt, metiéndome entre rejas. ¿Qué clase de medicación estás tomando?". Se dio la vuelta para seguir caminando, pero se detuvo para volver a mirarla. "Y si no lo estás, deberías estarlo".

"No nos peleemos, Oscar. He venido a pasármelo bien. Y oye", le tiró de la manga de la chaqueta deportiva beige, haciendo que se detuviera. Cuando él se dio la vuelta, ella se adelantó y le pasó la mano por detrás del cuello. "Creo que es muy especial lo que estás haciendo por los niños cerca de Cub Run, y si necesitas que Louie Gómez te ayude a hacerlo funcionar", se encogió de hombros sumisa, "entonces quizá pueda dedicarte algo de tiempo hasta que consigas

poner esto en marcha".

Con un solo movimiento, la estrechó entre sus brazos. Su dulce aliento a Rosebank Vintage le acarició la mejilla, despertando emociones que se balanceaban entre la confusión y la lujuria. Oscar la besó. En cuanto sus labios se tocaron, la pasión de Stacey volvió al instante. Le agarró la nuca y le pasó las manos febrilmente por el pelo. Le habría encantado llevársela al Sheraton más cercano para practicar sexo sórdido y desenfrenado, pero era más importante restablecer su relación con el gobernador antes de que Louie Gómez se metiera en su territorio y lo dejara obsoleto. Para asegurarse de que eso no ocurriera, tenía que actuar. Al menos, Stacey volvía a estar de su lado, pero nadie sabía por cuánto tiempo.

La apartó de un empujón. "Lo siento, pero los negocios antes que el placer."

Le puso el dedo bajo la barbilla y le hizo cosquillas. "Pero mantienes el placer en la agenda, ¿no?"

La mente de Oscar divagaba. *Tú también me gustas, Stacey, pero esta esquizofrenia tiene que acabar.* La chica tenía un interruptor defectuoso que alternaba entre el amor y el odio sin previo aviso, pero a Óscar le estaba gustando lo imprevisible que era. Era parte de su atractivo. "Por supuesto".

La cogió de la mano y se dirigieron a la carpa.

Oscar le compró un té con nata de lujo, burbujas incluidas. Quizá no estaba al nivel de extravagancia de Louie, pero necesitaba algo que mantuviera a Stacey contenta y ocupada durante los próximos quince minutos.

Encontraron una mesa en el borde de la carpa y en pocos minutos les sirvieron el té con nata. Oscar vio cómo Stacey aderezaba su bollo con nata y mermelada y le hincaba el diente.

"¿Vas a estar bien un rato? Tengo que atender unos asuntos".

Stacey asintió. "Um-huh." Tragó su bocado. "Esto está delicioso. Tómate tu tiempo". Ella tomó otro bocado.

Oscar se dirigió rápidamente a la zona de los jinetes.

Le gustaba entrar en los vestuarios antes de las carreras siempre que tenía ocasión. Muchos de los jockeys llevaban su colonia favorita para la buena suerte, lo que daba al vestuario un olor a Brut 33, que al final del día se transformaba en un olor colectivo a calcetines sudados. Los colores brillantes de sus sedas añadían un toque visual al agradable aroma, y las bromas masculinas creaban una energía eufórica entre los jinetes antes de un día de carreras.

Oscar vio cómo uno de los novatos cumplía con el ritual de participar en su primera carrera: tirar las sedas al suelo. Sin más ropa que sus calzoncillos y sus botas de montar, el jinete novato pisó las flamantes sedas mientras los demás jinetes le rodeaban.

"Ahora han tocado suelo", proclamó. "Así no tengo que hacerlo".

Los demás jockeys vitorearon. Todos los jinetes tocan el suelo en algún momento de su carrera, pero los nuevos jinetes esperan que este ritual les sirva de sustituto adecuado: las sedas ya han tocado el suelo, así que ahora no tienen que volver a hacerlo con el jinete todavía dentro. Los jinetes volvieron a sus propias rutinas y rituales de buena suerte.

Miró a su alrededor y vio a su amigo Vinnie DeLucia. Era uno de los mejores jinetes del negocio, pero tenía mala suerte debido a que montaba muchos caballos tontos. Unos años antes, tenía un semental excepcional y parecía dispuesto a ganar la Triple Corona. Un hombre podía perder mucho dinero si Vinnie ganaba los Belmont Stakes. La noche antes de la tercera y última carrera, un par de matones le rompieron las piernas a Vinnie para que no pudiera competir, acabando así con su sueño y privándole de un gran sueldo.

Pero a Vinnie le iba bien cuando montaba caballos de la cuadra Novak-Chambers, y se

habían hecho mutuamente un buen dinero a lo largo de los años. Oscar invirtió la mayor parte del suyo en malas inversiones, mientras que Vinnie construyó un hermoso rancho para su mujer y sus dos hijas en las afueras de Lexington. Pero no todas sus remuneraciones eran honradas. Tenía que compensar de alguna manera el montar a los fracasados, y aunque Oscar nunca había utilizado sus servicios en otra capacidad que no fuera la de jinete ganador, Vinnie se había ofrecido a ayudarlo si alguna vez lo necesitaba.

Y ahora lo necesitaba.

Vinnie se subió las botas negras hasta la rodilla. "Vinnie". Oscar se sentó a su lado y le dio una palmada amistosa en la espalda. "¿Qué tal, colega?"

"Oscar. ¿Cómo estás, amigo mío?"

"Estoy bien, Vinnie. ¿Has montado algún ganador hoy?"

Asintió con la cabeza. "Me gustan mis paseos entre las dos y las tres".

Oscar bajó la voz. "¿Qué pasa con la una?"

¿"Let It Bee"? Sacudió la cabeza. "De ninguna manera". Su cabeza se movió de un lado a otro. "No estarás apostando por él, ¿verdad?", susurró.

"No. ¿Qué piensas del Raider de Robin en esa carrera?"

"Buen caballo, pero tiene problemas de resistencia. Sé que el jinete piensa tomárselo con calma con la fusta, al menos al principio. Creen que ese ha sido su problema en el pasado. Lo mantienen un poco lento en la salida, pero sí, diría que es una buena apuesta".

"¿Crees que podrías sacarlo por mí?"

Una sonrisa se dibujó en su rostro bronceado. "Dame una buena razón".

"Te daré dos. Cinco de los grandes y Louie Gómez".

Extendió la mano. "Nunca verá la línea de meta".

Capítulo 29

Oscar y Stacey volvieron al palco VIP de Louie a tiempo para que Stacey se tomara otra copa de champán antes de que llegara el surf and turf.

Los cuatro se sentaron a la mesa, que estaba puesta con vajilla fina y copas de cristal tallado. La doncella sirvió el filete y la langosta y sirvió champán para todos menos para Oscar, que pidió un vaso de agua mineral, negándole a Stacey la oportunidad de lanzarle una mirada fulminante.

"Louie me ha estado hablando de los planes que tenéis cerca de Cub Run", dijo Davenport. "Dijo..."

Oscar levantó la mano. "Para que quede claro, Gobernador, es mi plan. El Sr. Gómez es simplemente un patrocinador financiero que espera sacar provecho de mis ideas, y hasta ahí llega su participación en el proyecto. Si tiene alguna pregunta sobre la estrategia, diríjala a mí". Su instinto era correcto: aplazar los placeres de la carne para mantener al gobernador alejado de las miserables e interesadas garras de Louie. Si alguien iba a beneficiarse de la voluntad del gobernador de saltarse las normas, ése iba a ser Oscar.

Oscar lanzó una mirada a Gómez. "Louie es un socio silencioso. Un mudo. Es un papel que no habla".

Louie se limpió la boca con la servilleta de lino. "Pero yo soy el mudo con el botín". Bromeó.

El gobernador se reajustó las gafas. "Trabajemos todos juntos para que esto sea un éxito".

"Mis sentimientos exactamente, Judd", comentó Louie. "Estamos aquí para celebrar un nuevo destino para los niños de Kentucky, y caballos ganadores".

Davenport levantó su copa de champán. "Escucha, escucha."

Louie miró su reloj. "El Raider de Robin estará en marcha en veinte minutos, luego ambos compraremos barriles de ese whisky de precio absurdo, ¿eh, Judd?".

El gobernador sonrió. "Claro que sí".

Terminaron de comer antes de la carrera de Robin's Raider y se trasladaron a las sillas con vistas a la pista. Oscar estaba ansioso por ver caer al caballo de Louie, junto con sus esperanzas de impresionar al gobernador Davenport. Sabiendo que Robin's Raider no terminaría la carrera, Oscar apostó por Midnight Oil, el segundo favorito. Oscar decidió dejar que el gobernador perdiera dinero con la propina de Louie, y luego, por la tarde -una vez arruinada la credibilidad de Louie- le ofrecería al gobernador caballos para ganarse su confianza. La primera prioridad era destruir su compadreo con Gómez.

Stacey miró a Oscar. "¿Tienes dinero en ese caballo Raider?"

Louie y Judd esperaron su respuesta.

"No. Me gusta Midnight Oil."

"Es interesante que no estéis de acuerdo", observó Stacey.

"Señorita Davenport." Louie se tiró de la corbata, esperando toda su atención. "Como pronto verá, yo soy el experto en caballos. Oscar, aunque lo intenta, no tiene la destreza".

"Cinco de los grandes a que Raider no gana". Oscar extendió la mano para estrecharla.

La boca de Louie se curvó y aceptó su mano. "Te invito. Lo añadiré a tu cuenta".

Oscar negó con la cabeza. "No hay fichas. Sólo efectivo".

La sonrisa de Louie se ensanchó. "Como quieras".

Ese era el dinero para Vinnie. Y si Midnight Oil ganaba, Oscar tendría una buena parte del dinero para devolver el préstamo de Roscoe y quedarse con unos cuantos miles para gastárselos en agasajar a Racy Stacey.

Cuando los caballos entraron en los boxes de salida, una sensación de calidez le invadió por dentro. Oscar se acercó al borde de la silla y apoyó los brazos en el alféizar, con la nariz casi pegada al cristal. El sudor se le acumulaba en las palmas de las manos. Su corazón se aceleró y sus latidos resonaron en su caja torácica. El acto de pecar delante de las narices del gobernador le provocaría a un tipo normal un infarto en el acto, pero la emoción de follarse a Louie Gómez en una carrera fija era suficiente para mantenerlo vivo de puro gozo. ¿En cuanto a tener al asesor del fiscal del distrito como testigo? Bueno, si ella lo descubría, él iba a ir a la cárcel. Si ella no lo hacía, él se iba al infierno.

Suena la campana y las puertas electrónicas se abren en abanico. En cuestión de segundos, el sonido de los cascos atronando por la pista retumbó en las gradas. Louie se levantó de un salto en cuanto los caballos se pusieron en marcha, golpeó el aire y animó a su caballo. "¡Vamos, Raider!", gritó.

Raider se puso en cabeza al galope. Oscar miraba horrorizado. Vinnie tenía que chocar con los caballos al salir por la puerta. *Será lento en la salida*, había dicho Vinnie. Con Raider en cabeza, Vinnie tendría que ponerse al día, lo que no formaba parte del plan. No sería capaz de hacerlo. Oscar no podía mirar. Todo había terminado tan pronto como empezó. Se levantó y se dirigió al bar.

"¿Qué pasa, Oscar?" Louie gritó. "¿No quieres ver adónde va tu dinero?". Su estruendosa carcajada sacudió la habitación.

Louie volvió a centrar su atención en la carrera mientras Oscar se servía un vaso de whisky caro. Una mirada de reojo le confirmó que Stacey le daba la espalda, así que bebió un trago de aquel brebaje del diablo que sabía a gloria. Se acercó de nuevo a la ventana, de pie detrás de todos los demás, y miró a los caballos mientras levantaban tierra, compitiendo por la gloria. Robin's Raider llevaba una buena ventaja y Midnight Oil corría en un distante segundo lugar. Vinnie corría en medio del pelotón y no tenía ninguna posibilidad de alcanzar a los líderes. Oscar nunca le desearía un mal destino a un caballo, así que esperaba que el jinete de Robin's Raider sufriera un infarto masivo y se cayera del caballo. Con eso bastaría.

Stacey señaló la pista. "Tu caballo no va muy bien, Oscar".

"No me digas. Gracias por señalarlo, Srta. Ilustración de lo Obvio".

"Caramba, Oscar, no seas tan mal perdedor."

"¿Yo, un mal perdedor? ¿Quién fue el que explotó en el green dieciocho de Silver Hills?"

Stacey se levantó de la silla y se volvió hacia él con cara de enfado. "Gracias a que metí un putt enorme, no tuviste que enterarte de lo que era perder ese día... aunque querías que lo fallara".

"¿Todavía sigues con eso?" Gritó Oscar.

"Claro que sí".

"¡Sí!" Louie gritó, golpeando su puño en el aire.

La boca del estómago de Oscar se hizo más profunda sin levantar la vista. Los gritos de alegría de Louie confirmaron el resultado.

Oscar desconectó de la realidad y luchó para no vomitar langosta de Maine sobre la alfombra azul real de Louie. Entonces la depresión sustituyó a las náuseas.

El gobernador felicitó a Louie por haberle elegido ganador con una gran sonrisa y una

fuerte palmada en la espalda.

Stacey pasó un brazo reconfortante alrededor del hombro de Oscar. "No nos peleemos", susurró. "Al menos papá ganó. Quizá te toque la próxima".

"Sí. Sí, claro. Todo se trata de él, ¿no?" Sin duda esa victoria cimentaría a Louie un lugar en la casa de la gratitud de Judd.

Stacey se quedó con Oscar mientras los otros dos hombres se acercaban a la barra para tomar otro trago de whisky de celebración.

El altavoz confirmó que Robin's Raider era el ganador y Midnight Oil el segundo. El anuncio nombraba al jinete ganador, pero el único jinete que preocupaba a Oscar era Vinnie DeLucia.

Stacey apuntó con el dedo al altavoz de fuera. "¿Acaba de decir Tommy Joslin?"

¿"El ganador"? Sí. Un muy buen jockey, ese Tommy", dijo Louie. "Uno de los mejores en el negocio, como acabas de presenciar."

Stacey metió la mano en el bolso y sacó su smartphone. "Tommy Joslin...", murmuró. Sus ágiles dedos se pusieron a trabajar. "Ajá, lo sabía". Sin dar explicaciones, se dirigió a la puerta.

Oscar la siguió.

Los tacones de Stacey repiqueteaban en el suelo de baldosas rojas del pasillo mientras caminaba.

"¿Qué pasa?" gritó Oscar, corriendo para alcanzarla.

Se detuvo y se encaró con él, pinchándole con su smartphone. "Tommy Joslin no es realmente Tommy Joslin. Se llama José Marino. Los jinetes vuelan por todo el mundo sin levantar sospechas entre los agentes de aduanas o de seguridad de los aeropuertos, sobre todo cuando se desplazan entre ciudades hípicas. Marino es un respetado jinete colombiano muy bien considerado, pero varias autoridades le buscan por tráfico de drogas. Cose bolsitas de droga en sus sedas, envueltas en polietileno para disimular el olor y la forma. Parece parte del material. Nos dieron posibles alias para él la semana pasada. Voy a trincar al cabroncete y a ponerme una pluma en la gorra". Se dio la vuelta para alejarse con Oscar siguiéndola.

"Vamos, Stacey. No puedes hablar en serio. ¿Un señor de la droga corriendo caballos en Kentucky?"

"¿Por qué no? Gana un trofeo, lo forra de plomo y lo llena de droga. Marino es rico por derecho propio gracias a sus ganancias, así que quién va a cuestionar a un tipo bajito de metro y medio por ganar copas y trofeos. Es la tapadera perfecta". Marcó unos números en el teléfono y se lo acercó a la oreja. "Sí, soy el ayudante del fiscal Davenport. Necesito un equipo de agentes en el círculo de ganadores de Elton Park para detener a José Marino. Me reuniré con ellos allí".

"Tengo que ver esto".

Se detuvo y se giró. "No, no quieres. No te miro hacer eso con tus caballos, y tampoco quiero, pero este es mi trabajo. Te veré en el palco".

A Óscar le habría gustado ver a Stacey en acción como figura de poder, pero respetó sus deseos -o exigencias, por así decirlo-. "Claro, nos vemos allí". Le dio una palmada en el hombro y se marchó.

Oscar se tomó su tiempo para volver al palco, ensayando mentalmente cómo arrancaría al gobernador del control de Louie y lo devolvería como partidario del Campamento Novak-Chambers. Maldito Louie con su whisky caro y su langosta digna de un rey, por no hablar de un caballo ganador.

El guardaespaldas miró a Oscar cuando volvió a entrar en el palco privado de Louie. Si el agente Donovan estuviera realmente en lo más alto de su juego, se habría dado cuenta de que

Judd había desarrollado un insulto mientras se deshacía en elogios hacia Louie por su perspicacia en el mundo de las carreras de caballos.

Oscar se interpuso entre ellos para asegurarse de que se sabía de su presencia, y luego golpeó a Judd en la espalda por si acaso no se había dado cuenta. "Bueno, Gobernador, ¿cuándo cree que podría llevarle a Cub Run para que le enseñe la operación?".

"Oscar, muchacho, Louie tiene una idea..."

"Señoras y señores", dijo el sistema de megafonía. "Robin's Raider y su jockey han sido descalificados bajo las leyes de licencias establecidas por la Comisión Nacional de Carreras. Por lo tanto, el ganador de la última carrera es Midnight Oil".

"¿Qué?" Louie se quedó boquiabierto. Marchó hacia el teléfono y golpeó el teclado, seguido de gritos y aspavientos.

Oscar sonrió. No estaba seguro de cómo Tommy Joslin, o quienquiera que fuese, había sido descalificado tan rápido, pero estaba agradecido de haberlo hecho. Era el descanso que necesitaba. Y todo gracias a Stacey, su nueva heroína.

Capítulo 30

Stacey volvió al palco VIP sonriendo como el gato de Cheshire.

Louie había colgado el teléfono hacía un rato, pero no se había movido del sitio hasta que entró Stacey. Se acercó a ella. "¿Qué ha hecho, señorita Davenport?"

"Atrapé a un criminal, Sr. Gómez. Eso es lo que hago".

Una mueca se dibujó en sus labios. "Por supuesto, eres un orgullo para tu profesión. Es una pena que fuera en el caballo de tu padre. Dicen que el crimen no paga, pero yo diría que luchar contra el crimen paga aún menos".

"¿Sabes qué, Gómez? Encierro a un barón de la droga y te indignas porque perdiste unos míseros centavos. Esto demuestra la clase de persona que eres".

"Creo en la piedra angular de nuestro sistema judicial. Un hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Tommy Joslin ha sido descalificado por una acusación. Eso no es justicia, Srta. Davenport".

"Para que lo sepas, Gómez, el verdadero nombre de Tommy Joslin es José Marino, quien está siendo investigado por el Departamento de Justicia. Y mientras está siendo investigado, su licencia de piloto ha sido suspendida. No importa bajo qué nombre corra, el tipo no tiene licencia válida. Eso es lo que le ha descalificado de la carrera".

Louie gruñó, luego se animó y le dio una palmada en la espalda a Judd. "No se preocupe, Gobernador, me aseguraré de que lo recuperemos".

"Al menos sabes elegir un ganador, Louie". El gobernador permaneció sentado. "No es culpa tuya si el jockey no es ético. Has demostrado una gran perspicacia. Eso me gusta". El gobernador agitó su vaso vacío, lo que Louie captó y respondió con otro buen trago.

Stacey se acercó a Oscar. "¿Por qué no salimos de aquí?", susurró.

"Porque tendríamos que llevarnos a Louie con nosotros, ¿recuerdas? Soy su tutor, gracias a ti".

Su labio inferior hizo un mohín.

Louie siguió hablando con el gobernador. "No te preocupes, Judd. Me he enterado de un par de carreras esta tarde. La de las dos y diez y la de las tres. Buenos caballos. Conozco al jockey, es un tipo recto. No lo van a descalificar".

"Dime dónde poner el dinero y me apunto".

Louie sonrió. "Hacemos un buen equipo, Gobernador".

"Desde luego que sí".

Los dos hombres levantaron sus copas y se tocaron los bordes.

"A nosotros", declaró Louie.

"Mierda", murmuró Oscar. Podía ver cómo el gobernador se le escapaba de las manos y caía en las de Louie. Gómez estaba haciendo un trato por su cuenta, dejando a Oscar fuera de juego y minimizando su capacidad de influir en el gobernador en otros tratos.

Oscar dio un paso al frente. "¿Sabe qué, Gobernador? Además de ayudar a los niños en el campo de polo, tengo algunas ideas que ayudarán a mejorar la imagen de Kentucky y atraer más turismo al estado. Y todos sabemos que más turistas significan más ingresos para todos, incluido el Estado. Podríamos repasar algunas ideas".

Louie pasó el brazo por el hombro de Oscar, alejándolo del gobernador. "Judd está aquí como mi invitado, disfrutando de las carreras. No está aquí como gobernador Davenport para

hablar de negocios. Por Dios, dale un respiro". Louie chasqueó los dedos. "Tengo una idea. ¿Por qué no llevas a la señorita Davenport a la sala de los jinetes y le presentas a un buen amigo mío, Vinnie DeLucia? Es un gran tipo, y oye, nunca se sabe ... incluso podría darte un consejo sobre un ganador en una de las próximas carreras. Siempre me mantiene informado". Los labios de Louie se abrieron en una sonrisa.

A Óscar le dio un vuelco el corazón. ¿Hasta dónde llegaba el alcance de este hombre?

No sólo eso, sino que Louie quería deshacerse de él y de Stacey, sin duda para darle rienda suelta a sus sutilezas con el gobernador en privado. La incipiente relación entre Louie y el gobernador era motivo de preocupación, por supuesto, pero a Oscar le preocupaba más la posibilidad de que Davenport se deshiciera de él y de toda la familia Novak-Chambers en favor de Louie. Eso desharía décadas de trabajo. Tyler y Roscoe se indignarían.

Tenía que volver al plan B. Centró su atención en Stacey. Ella era la clave para mantener abierto el puente a la oficina del gobernador. "Buena idea. Vamos a volar esta articulación ". Lanzó una mirada hacia Louie. "Tú y Judd disfrutad de las carreras. Y recuerden: nada de negocios".

La sonrisa de Louie se ensanchó. "Por supuesto que no".

Oscar puso la mano en el picaporte y miró a Donovan. "¿Serías tan amable de cuidar al señor Gómez por mí? Si se mueve o hace algo, lo que sea, dispárale".

"Oye, esa era mi frase", dijo Stacey.

"Y una muy buena, también."

Oscar abrió la puerta y salió.

Stacey le siguió. "¿Adónde vamos?"

"Vamos a hacer una apuesta."

"¿Qué? No sé nada de caballos".

Oscar se encogió de hombros. "Por lo que respecta a tu padre, yo tampoco. Vamos".

Louie dio una calada a su puro, dejando que el humo se arremolinara alrededor de su cabeza. "Verá, Gobernador, Oscar está pensando en poca cosa. Necesitamos un campo de polo con capacidad para veinte mil espectadores si queremos que la gente se lo tome en serio. Queremos unas instalaciones que acojan a cien o doscientos niños y los mantengan alejados de las calles y en el camino de ser ciudadanos honrados. Hay que ampliar todo el complejo".

"Pero sabes qué, está terriblemente cerca del Parque Estatal Harris. La gente podría verlo como una plaga en el paisaje si se hace demasiado grande. Ya sabes, verlo como una monstruosidad en una zona de gran belleza natural ".

"Buen punto, Judd. ¿Qué tal esto? ¿Y si ocultamos lo que podamos para preservar el paisaje? Podríamos construir un aparcamiento subterráneo, para empezar. Soy todo sobre la protección del medio ambiente ".

Davenport se acarició la mandíbula y se quedó pensativo. "Eso podría funcionar. Sin coches a la vista, sólo un estadio sencillo rodeado de un paisaje sin comercializar. Y una instalación para niños".

Louie inclinó la cabeza en señal de confirmación. "Sí. Estoy dispuesto a hacer aportaciones económicas al proyecto, por los niños, pero si el Estado quisiera cubrir los costes de proporcionar el aparcamiento subterráneo, quizá sería mejor que mis aportaciones se destinaran a la campaña de reelección del gobernador."

Los hombres intercambiaron sonrisas.

"Como es por una buena causa y de interés para el Estado por ayudar a los niños desfavorecidos, quizá podamos asignar fondos públicos para ayudar a que este proyecto salga adelante. Tendré que convocar un concurso y pedir ofertas a las constructoras para ver cuánto costaría algo así".

"Podría ahorrarte muchos problemas, Judd. Tengo todos los contactos para hacer este trabajo. Dame el visto bueno, y conseguiré las ofertas que necesitas para el fin de semana, y podremos poner en marcha este proyecto."

Davenport sonrió. "Ingenioso además de intuitivo".

"Creo que podríamos decir que ambos somos buenas personas para conocer".

Davenport se movió en su asiento. "Sabes qué, Louie... me vendría bien un hombre como tú en mi gabinete. ¿Tendrías algún interés en servir a tu gobernador?"

"Gobernador Davenport, sería un honor. ¿Pero qué hay de su hija? Ella podría tener algo que decir al respecto, ya que está tratando de meterme en la cárcel".

El gobernador sacó del bolsillo una pluma de tinta plateada y dorada. La levantó, con la banda dorada brillando a la luz. "¿Ves esta pluma? Puedo impedir que un hombre..."

La puerta se abrió de golpe y Stacey entró corriendo con un billete de cincuenta dólares sobre la cabeza. "Mira, he ganado. He elegido un ganador. Bueno, en realidad he quedado segunda. El caballo que elegí quedó segundo, pero yo gané".

"Es magnífico, cariño", se entusiasmó el gobernador. "¿Lo elegiste todo tú sola?"

"Sí, fui yo. Me gustaban las sedas del jockey".

"Qué maravilloso sistema tiene, Srta. Davenport", concedió Louie. "Debo probarlo yo mismo algún día".

"Sí, debes tenerlo en cuenta, Gómez. Dime, ¿cuál es tu color? ¿Algo en un mono naranja quizás?"

"Ya veremos", susurró.

"Lo ganó en Razor's Edge en el dos-diez", dijo Oscar. "¿Usted y el gobernador tenían una apuesta?"

"Por supuesto que lo hicimos. Judd y yo apostamos por Vinnie DeLucia y su caballo. El ganador, te habrás dado cuenta. ¿No apoyaste a nuestro amigo Vinnie?"

"No es amigo mío", siseó Oscar.

El labio de Louie se curvó. "Obviamente".

"Dios mío, es cierto. Louie y yo estábamos tan absortos en discusiones de negocios que casi olvido que ganamos". Golpeó a Louie en el hombro. "Buena decisión, Louie. Te debo una".

Apareció la familiar sonrisa de Louie. "No me lo debes, Judd, somos amigos. Eso es lo que hacen los amigos".

"Sin embargo, tu fondo de favores está creciendo". Judd tenía un brillo en los ojos.

Oscar susurró al oído de Stacey. "¿Podemos salir de aquí? Creo que me voy a poner enfermo".

"¿Qué hay de las tres? El jockey de Rabid Run tiene unas sedas impresionantes. Creo que podría apostar veinte dólares por él".

Oscar tiró de su mano. "Venga, nos vamos". Tiró de ella hacia la puerta y dio instrucciones a Donovan, moviendo la cabeza hacia Louie. "No me importa si se mueve o no, dispárale". Abrió la puerta y arrastró a Stacey con él.

"Nos vemos en la corte, Srta. Davenport", Louie los llamó. "O no."

Capítulo 31

Oscar sintió antes una chispa con Stacey, pero las señales tácitas sugerían que su fuego se había apagado. No la presionó. Quería que su primera vez fuera una erupción espontánea de pasión, no un invento mecánico.

En lugar de eso, la llevó a un karting y luego a cenar a un modesto restaurante. Volvieron a la mansión, le dio un simple beso en la mejilla y se marchó. Ya está. Eso despertaría su deseo para la próxima vez.

Stacey entró por la puerta trasera. De camino a su habitación, vio a su padre sentado en el salón, tomando un té de manzanilla. Entró y se sentó en la butaca contigua.

"¿Ha habido suerte hoy en el hipódromo?", preguntó.

"Muchos. Ese Louie Gómez sí que sabe de caballos".

"Aunque no sabe mucho de jockeys, ¿verdad?"

El gobernador suspiró. "Creo que estás siendo un poco dura, cariño". Se quitó las gafas y se puso el auricular en los labios. "Sabes, creo que podría servir bien como asesor de mi administración".

Stacey sonrió. "Claro, papá, ya me hago una idea. Te gustan más los consejos de carreras de Louie que los de Oscar. Vale" -exageró la falsa aprobación- "puede ser tu consejero, pero te digo que no te acostumbres demasiado a que esté cerca".

"En realidad, cariño, me gustaría tenerlo mucho más cerca. Su sabiduría va mucho más allá de los caballos rápidos. Me dio un buen consejo sobre el programa para niños desfavorecidos. Y es un hombre que sabe hacer las cosas y ahorrar tiempo y dinero al Estado. Estoy pensando en ofrecerle un puesto en mi gabinete".

"¡Papá!" Stacey se levantó de su silla. "Es un sinvergüenza, bastardo, pedazo de... No. No puedes ponerlo en tu gabinete. Te lo prohíbo".

"¿Me lo prohíbes? Cariño, aprecio todo lo que has hecho por mí, pero soy el gobernador, y creo que Louie sería una ventaja".

"Más bien gilipollas".

"Me alegro de que tu madre no esté aquí para oírte usar ese lenguaje".

"Bueno, estoy a punto de usar más, y se pone peor. Papá, no. No puedes nombrar a Louie Gómez para tu gabinete. Voy a encerrar a ese hijo de puta. Y a menos que introduzcas un programa por el que el gobernador empiece a aceptar consejos de convictos mientras cumplen condena -cosa que yo no recomendaría-, entonces tu asesor estará fuera de juego."

Davenport cogió un bolígrafo de la mesita y lo levantó. "Cariño, ¿ves este bolígrafo? Puedo detener ejecuciones e indultar a delincuentes con este instrumento. No lo pongamos a prueba".

Stacey intervino, mirando a su padre. "Si crees que debes ejercer ese poder ejecutivo por un tal Louis Charles Gómez, entonces espero que seas aficionado de los Dodgers, porque el único sitio donde volverás a verme es si por casualidad me ves por televisión, sentado en las gradas de un partido de béisbol en Los Ángeles".

Giró sobre sus talones y se marchó furiosa.

Oscar se encontraba en la Sala Premier del nuevo estadio de polo, mirando por la ventana

hacia una vista completa del campo de abajo. Era la zona privada, donde la gente importante del deporte podía reunirse e intercambiar firmes apretones de manos y besos al aire.

Aunque la decoración no era tan lujosa como la de un palco privado en Elton o Donnington Park, Óscar estaba satisfecho. Le hubiera gustado tener más tiempo para conseguir más dinero, lo que le habría permitido enriquecerse más con el mobiliario, pero el tiempo apremiaba. Tendría que reinvertir los beneficios una vez que el local estuviera en funcionamiento.

"¿Hola?", gritó una voz.

"¿Oscar?", resonó otra voz, y entonces la puerta se abrió con fuerza.

"¡Sorpresa!", cantaron los dos hombres al unísono.

"Papá. Abuelo". Oscar abrió los brazos y abrazó a su padre, luego abrazó a su abuelo. "¿Qué estáis haciendo aquí?"

"Hemos venido a ver cómo te va. El tiempo apremia", dijo Roscoe, mientras sus ojos recorrían todos los rincones de la habitación a la velocidad del rayo.

"¿Cómo va todo?" Tyler preguntó.

"Genial." Pasó el brazo por la habitación. "Bastante bien, ¿eh?"

Roscoe se acercó a las cuatro filas de asientos de terciopelo dispuestas para mirar por la ventana y sobre el campo. Inclínó la cabeza, examinando la base escalonada. Sacudió el respaldo de los asientos, que se tambaleaban. Un silencioso "Humph" escapó de sus labios.

Dirigió su atención a una máquina de palomitas de maíz que había en un rincón, y luego sus ojos siguieron recorriendo la habitación. "¿Qué habéis hecho? ¿Asaltar un cine? Esto parece el sitio al que solía llevar a tu abuela para que se besuqueara en la última fila. Sólo necesitas a Clark Gable en la pantalla y a nadie le importarán los caballos".

"¿Qué? ¿No te gusta el look retro?"

¿"Retro"? Esto es más Ejército de Salvación, sol".

Oscar bajó la cabeza.

Tyler echó un vistazo al local antes de centrarse en el bar, al otro lado de la sala. Estaba suficientemente surtido, pero muchas botellas estaban medio vacías. "¿Qué pasa con el bar? ¿Ya has tenido invitados o has desarrollado un problema con la bebida?"

"No." Oscar corrió hacia su padre. "Quieres que parezca usado, ¿no? Queremos que sea un lugar al que venga la gente. El lugar para ser visto. Las botellas intactas sugieren que nadie viene aquí".

Tyler se rascó un lado de la cabeza. "No, la verdad es que no. Si eres un VIP, quieres sentirte especial. Exclusivo. Quieres sentir que eres el único que ha estado aquí porque no dejan entrar a la chusma. Quieres ser el primero en probar el Chivas Regal de veintiún años, no encontrarte compartiendo posos con los vagabundos".

"Tengo que estar de acuerdo con Tyler en esto", contribuyó Roscoe. Se dirigió al otro lado de la barra y cogió una botella del estante. "Oye, esto es todo polvo. ¿Y quién demonios bebe crema de menta?". Le acercó la botella a Oscar a la cara. "¿Qué pasa, chico?"

Oscar buscó la distracción. "Mira esto. He montado el sistema de apuestas online para que los invitados puedan apostar desde la comodidad del salón del champán sin tener que salir. Y nos llevamos una comisión por cada apuesta que hagan desde aquí".

"¿Crees que van a apostar en partidos de polo?"

Oscar asintió. "Sí, pero también está preparado para otros deportes. Es prácticamente una casa de apuestas online, aquí mismo".

Roscoe se acarició la mandíbula. "¿No te olvidas de algo?"

Las cejas de Óscar se tensaron con curiosidad.

"No hay ninguna ley que permita ese tipo de apuestas en Kentucky".

"Todavía no". Oscar se dio un golpecito en la nariz. "Pero tengo la primicia. Espera y verás".

"Si el Estado no aprueba nuevas leyes de apuestas, estáis perdidos". Señaló los terminales informáticos. "Y si ese es el caso, entonces es una pérdida de dinero. Creo que has estado incubando pollos prematuros".

"Pero, abuelo, he estado hablando con el gobernador Davenport, y dijo..."

Roscoe levantó la mano. "Cuando se trata de tratar con gobiernos, nunca cuentas con nada hasta que esté firmado, sellado y entregado. Y entonces aguanta la respiración por una enmienda. ¿Cuánto dinero has gastado en este proyecto?"

"Los equipos informáticos se salieron un poco del presupuesto, y algunos gastos de construcción también, pero recorté en otros sitios para compensar los costes".

"Espera un minuto." Tyler chasqueó los dedos. "Me pediste veinte de los grandes el otro mes diciendo que ibas a conseguir vino de primera y whisky de alta calidad. Esta mierda no podría haber costado más de... Dios mío. Te pasaste de presupuesto. ¿Qué pasó?"

Oscar aspiró hondo. "Mira, papá. Benita's Bar and Grill iba a quebrar. Compré sus acciones a precio de saldo. Era un buen negocio. No podía dejarlo pasar. Fue una buena decisión de negocios".

"Ok, Rockefeller, digamos que compro esa línea de BS. ¿Qué hiciste con el resto del dinero?" Tyler señaló las sillas junto a la ventana. "No pudo haber sido por esas. Parece que las sacaste del Rialto antes de que se estrellara la bola de demolición".

"Espera un segundo..." Roscoe se acercó a Oscar. "Viniste a mí con tu cuenco de mendicidad pidiendo cincuenta de los grandes para mejorar las gradas. Me imaginé que ibas a tener limpiaculos personales para los ricos y famosos antes de que se sentaran. ¿Por qué le quitas dinero a tus parientes y luego usas muebles de imitación y licor de alcantarilla para un proyecto dirigido a aristócratas? Algo no va bien".

Óscar dio un paso atrás y se arrinconó, literal y metafóricamente. Se enfrentaba a dos de los mejores artistas de la mierda del estado, si no del mundo entero. ¿Podía aguantar como cabeza de serie número tres?

"Vale, las cosas han cambiado ligeramente. La empresa de construcción que estaba usando está en quiebra..."

Una dulce voz llamó desde el otro lado de la puerta, cada vez más cerca. "¿Oscar? ¿Oscar...?" La puerta se abrió de un empujón. Stacey entró con un traje de negocios gris a rayas. Los puños de su camisa blanca se doblaban al final de las mangas y una corbata rosa realzaba el conjunto. Sus ojos pasaron entre Roscoe y Tyler. "Hola. Se centró en Oscar. "No sabía que tenías compañía".

Oscar extendió el brazo hacia el escalón superior del clan Novak-Chambers. "Stacey, este es mi padre, Tyler Chambers, y mi abuelo, Roscoe Novak".

Los hombres inclinaron la cabeza al unísono.

"Papá, abuelo, esta es Stacey Davenport, asesora del fiscal del distrito del condado de Jefferson e hija del gobernador".

Tyler le tendió la mano, ofreciéndole un firme apretón. "Bueno, señorita Davenport, qué placer, en ambos sentidos. Como no estamos en el condado de Jefferson, asumo que su negocio aquí, o con Oscar, no es de naturaleza legal".

"No, no es eso. He venido para hablar del programa de niños desfavorecidos. Oscar me ha nombrado asesor".

"¿Proyecto para niños?" Tyler reflexionó en voz alta.

Oscar la agarró del brazo y la empujó hacia el otro lado de la habitación. "Aún no se lo he contado", susurró. "Me lo estaba reservando como sorpresa".

Stacey abrió los brazos. "¡Sorpresa!"

"¿Cómo está tu padre, Steph?" Roscoe preguntó.

"Es Stacey", le corrigió, "y está bien. Gracias por preguntar".

"En absoluto, y sólo estaba comprobando tus reflejos verbales". Le guiñó un ojo.

Sonrió.

"Cuéntanos más sobre este programa para niños", pidió Tyler. "Parece ser un pequeño detalle que Oscar pasó por alto contarnos".

"Vamos, papá, iba a decírtelo más tarde. No quería decir nada hasta que tuviéramos el respaldo total del Gobernador Davenport para el proyecto."

"Oh, pero eso no te impidió conseguir los terminales de apuestas antes de que se aprobaran las leyes". Las cejas de Tyler se arquearon. "El gobernador lo sabe, ¿verdad? ¿Lo de los niños? ¿Y qué hay de tu principal patrocinador financiero? ¿No debería saberlo?"

"Oh, lo hace", dijo Stacey. "Te lo puedo asegurar". Miró a Oscar. "¿Dónde está, por cierto?"

"Oh, no, no lo hace", respondió Tyler. "Y estoy justo aquí."

Oscar tocó el brazo de Stacey. "Ahora no es un buen momento, Stacey. ¿Podemos hablar de esto más tarde?"

"Yo diría que ahora es un buen momento", ladró Roscoe, "antes de que sigamos con esta farsa. Así que adelante, señorita Davenport. ¿Qué la trae al Cub Run Polo Park con aspecto de mujer de negocios?"

"Bueno, he estado investigando sobre juegos infantiles, para los niños de cinco a diez años. Los adolescentes van a tomar un poco más de trabajo. He encontrado uno que está interconectado. El tema es un castillo: torres y mazmorras, columpios, toboganes, tiovivos... todo. Es grande y muy rentable".

"Sí, vale, bien", soltó Oscar. "Repasaremos los detalles mañana".

"No, repasemos los detalles ahora mismo", bramó Roscoe.

Stacey miró a Roscoe y luego a Oscar. "Son treinta y dos mil dólares, pero por lo que obtienes, es un precio bastante bueno. Es sólo que, ¿debería pedirte el dinero a ti o pedirselo directamente a Louie Gómez?"

Oscar cerró los ojos con fuerza. Su cuerpo se agarrotó en una contracción muscular gigante.

Tyler se quedó mirando a Stacey. "¿Has dicho treinta y dos mil dólares?"

Roscoe miró fijamente a Stacey. "¿Has dicho Louie Gómez?"

Ella asintió.

"Louie". Joder. ¿Gómez?"

Stacey se encogió de hombros. "Pensé que era *Freaking Gomez*, pero sí, creo que estamos hablando del mismo tipo".

"Tienes que estar de broma". Roscoe dirigió una mirada aguda a Oscar. "No me digas que estás mezclado con esa escoria".

"Hay una oportunidad, abuelo..."

"¿Oportunidad? Dame una oportunidad y le meteré los huevos por la garganta".

Stacey se inclinó hacia Oscar y le susurró. "Tengo la impresión de que tus parientes no aprueban al señor Gómez ni el proyecto de los niños. ¿Y dónde está?"

Oscar reconoció que tenía razón sobre Gómez con una inclinación de cabeza. Susurró con un lado de la boca. "Está haciendo recados. No está lejos". Oscar esperaba que eso la satisficiera.

Está en casa con un tazón de *Fruity Pebbles* puede haber encendido su ira.

Roscoe hizo un gesto brusco hacia la puerta. "Si nos disculpa, señorita Davenport, me gustaría tener una reunión familiar... en privado".

"Oh... claro". Stacey salió de la habitación, cerrando la puerta al salir.

Puede que fuera una pregunta estúpida, pero Oscar tenía que preguntarle a su abuelo: "¿Qué tienes en contra de Louie Gómez?"

"La pregunta es: '¿Qué tienes con Louie Gómez?' "

Oscar no contestó.

Roscoe continuó. "Quizá no sea tanto Louie exactamente, sino su padre, Héctor. Es un auténtico pedazo de mierda. O lo era".

La cara de Oscar se arrugó. "¿Era?"

"Muerto", respondió Roscoe. "Y el mundo es un lugar mejor por ello".

Tyler se acomodó en una silla frente a la barra. "¿Qué ha pasado?"

"En mil novecientos setenta y cuatro surgió el rumor de que un grupo de soldados de élite habían vaciado el depósito de Fort Knox. Se armó tal revuelo que se permitió la entrada de algunos periodistas para desmentir la historia. Por supuesto, todo el oro seguía allí, ¿o no? Héctor Gómez tenía un chivatazo de que sólo había desaparecido parte del oro, pero el rumor cubrió las huellas de los ladrones por lo que se llevaron."

Tyler intervino: "Entonces, una vez que los periodistas comprobaron que el oro seguía allí, ¿todo el mundo dejó de buscar lo que podía haber sido robado?"

"Exactamente", confirmó Roscoe. "Gómez calculó que la bóveda contenía más de treinta y seis mil lingotes, pero tenía unos cincuenta menos".

Oscar asimiló lo que dijo su abuelo. Los sofocos le marearon, preguntándose cuánto se parecían Héctor y Louie. "¿Alguna vez lo encontraron?"

"No, pero era una buena teoría, y Héctor Gómez me convenció para, digamos, respaldar su expedición para encontrarla".

Tyler estaba pendiente de la historia con gran interés. "¿Le diste dinero?"

Roscoe dejó escapar un profundo suspiro. "Era un pez gordo en los mercados financieros de la época, además de mi corredor y asesor. Hubo un crack bursátil en el setenta y tres, luego toda la mierda del petróleo de la OPEP llenó las noticias, y la mierda de la dimisión de Nixon. Perdí enormes cantidades de dinero. Y Héctor estaba en el centro de las malas decisiones". Se encogió de hombros. "Vale, uno pone su dinero en los mercados y se arriesga; no le culpo por ello. Pero tenía la disparatada idea de que el oro robado estaba enterrado en el Parque Estatal Harris. Estaba desesperado por recuperar mi dinero, y esa era la única luz en un túnel oscuro y lúgubre. Era la única oportunidad que tenía de recuperar mis pérdidas. ¿Sabes cuánto dinero hace falta para sobornar a los funcionarios para que hagan la vista gorda mientras traes equipos para excavar en un parque estatal? Madre mía". Hizo una pausa para tomar aliento. "Con lo que perdí con Gómez, y luego financiando su expedición de pesca, me dejó limpio".

"Entonces, ¿qué pasó?" Tyler preguntó.

"El Estado descubrió que Héctor era un hijo de puta y fue a por él. Y a mí me pillaron excavando en el parque con él, así que me iban a acusar de conspiración y chorradas por el estilo, a menos que me volviera contra él. Así que lo hice, o iba a hacerlo. Al Picardi no era tan indulgente como yo con la pérdida de su dinero, así que liquidó a Héctor antes del juicio. Entonces el Estado ya no me necesitó como testigo, pero aun así tuvieron que colgar a alguien por el oro y por desenterrar parte de un tesoro estatal."

"¿Tú?" preguntó Oscar.

"Sí, pero tuve suerte. Todo esto llamó la atención del gobernador, que quedó impresionado por mi fortaleza. Quería saber de caballos y de cómo elegir un ganador, y resulta que yo sabía un par de cosas sobre esos temas". Sonrió, disfrutando del viaje al pasado. "Le di consejos que le hicieron un hombre rico, e hizo que se le pasara lo "desagradable". Al final, tenía un amigo en un lugar muy alto".

Tyler sonrió. "¿Y así es como entraste en la oficina del gobernador para empezar?"

"Sí. Todos los políticos son codiciosos, sólo tienes que tener algo que ellos quieran. En cierto modo, puede que le deba algo a Héctor Gómez, pero era una rata apestosa que hizo de mi vida un infierno. Tuve que abrirme camino desde la nada por su culpa. Y su hijo también es un desgraciado. Es un usurero, un ladrón bastardo, igual que su padre".

Oscar odiaba hacer de abogado defensor de Louie, pero necesitaba cierto margen para su asociación. "Pero Louie en realidad no te hizo nada, ¿verdad?"

"Oh, sí, lo hizo". Los ojos de Roscoe se tensaron. "Un día fui a casa de Héctor para hablar de negocios y ese mierdecilla me rayó mi flamante Cadillac. Debería haberle sacado los mocos allí mismo, pero entonces sólo tenía cinco años. ¿Qué se puede esperar? La manzana no cae lejos del árbol".

"A menos que sea en una colina", murmuró Oscar.

"Nunca me contaste nada de esto", dijo Tyler.

Roscoe se encogió de hombros con indiferencia. "Nunca ha hecho falta. Héctor Gómez está en el infierno, y esta familia nunca necesitó nada de su chico, así que ¿para qué sacar el tema? No es que quisiera presumir de haberme convertido en un tiburón... o casi".

"Vaya", canturreó Oscar. "No tenía ni idea".

Roscoe endureció la voz. "Y esto queda entre nosotros tres. ¿Entendido?"

Tyler asintió.

"Claro", aceptó Óscar. "Pero sólo hay una cosa, abuelo. Necesito ponerme dulce con el gobernador porque Louie Gomez..."

Roscoe se acercó y observó a su nieto desde unos centímetros de distancia. "Escúchame, muchacho. Si tienes algo con Louie Gómez, córtalo de raíz ahora mismo. No saldrá nada bueno de ello. Es esperma del diablo, y lo podrido es lo podrido. Acabo de darte cien de los grandes para que le cosan la polla a Johnny Sin-Pulgares, pero si necesitas ese dinero para desmayar al gobernador en vez de ocuparte de Gómez, cógelo. Sin-Pulgares tendrá que acostumbrarse a ser uno de esos transexuales".

Tyler salió disparado de su asiento. "¿Le diste cien de los grandes?"

Oscar hizo un gesto con la mano, tratando de calmar a su padre, pero tenía su atención centrada en su abuelo. "Johnny no necesita una polla nueva, abuelo, pero Louie..."

Roscoe le metió el dedo en la nariz a Oscar. "Escúchame, cariño. Si tienes algo con Gómez, déjalo ahora mismo. Si no lo haces, lo haré yo".

Capítulo 32

Louie estaba sentado en el sofá de Oscar, con las piernas estiradas y los pies en calcetines apoyados en la mesita. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás. Estaba cómodamente envuelto en su bata de seda y tenía un tazón de cereales en el regazo.

Oscar cruzó el salón dando tumbos como un oso que sale de la hibernación. Tenía el pelo alborotado, al igual que su disposición al ver a Louie. Su piloto automático le sirvió una taza de café y se sentó a la mesa del comedor.

"¿Qué vamos a hacer hoy, Oscar?"

Esperaba estar tranquilo, pero sus esperanzas se desvanecieron. "Nada. No vamos a hacer nada. Ni ahora, ni mañana, ni nunca. Sólo vamos a sentarnos aquí, mirando cuatro paredes, hasta tu juicio. Luego, pase lo que pase, saldrás de mi vida y no tendremos que volver a vernos".

"Oscar, sueñas irritable. Lo siento, pero quiero salir".

"No, Louie, no vamos a salir. Tengo muchas cosas que hacer y salir no es una de ellas".

Louie dejó el cuenco en la mesita y se echó hacia atrás, abrazándose la bata y apretándosela contra el pecho. "Sólo te preguntaba qué querías hacer para ser educado. Ya sé lo que voy a hacer y, gracias a la señorita Davenport, te unirás a mí. Déjame que te lo explique. Vamos a ver a mi arquitecto para que haga unos planos de un aparcamiento subterráneo. Necesito algo en papel para mostrarle al gobernador. Luego iremos a Harry's Equipment Hire para preguntar por el equipo de excavación. Luego hemos pensado en dar una vuelta por el Harris State Park para ver la propiedad, echar un vistazo y decidir dónde cavaremos los cimientos del aparcamiento."

"O podríamos quedarnos aquí", replicó Oscar, "tú comiendo Fruity Pebbles y viendo al Pato Lucas, y yo haciendo planes para terminar este parque de polo".

Louie se levantó del sofá, se puso las zapatillas y se acercó a la mesa del comedor. "Oscar, vamos a ir al Parque Estatal Harris a ver el terreno. Tengo un mapa y las coordenadas de donde vamos a construir este 'aparcamiento', y quiero verlo de primera mano. Ahora, ve a tomarte un par de Advil -o lo que sea que toméis para el síndrome premenstrual-, vístete y pongámonos en marcha".

Oscar se levantó y ensanchó el pecho. "No."

Louie sonrió satisfecho. "Oh, ya entiendo. Crees que si consigues poner en marcha este parque de polo y ganar algo de dinero, podrás devolverme los ciento veinte mil y yo me olvidaré de todo lo demás." Sus labios se igualaron. "Error. Estamos excavando el Parque Estatal Harris, y tú me estás ayudando. Y si no te gusta la idea, puedes empezar a cavar una tumba para Johnny... o quizá para tu abuelo".

Oscar se abalanzó, agarró a Louie por la cabeza y lo tiró al suelo. "Deja a mi abuelo fuera de esto, hijo de puta, o te mato".

Louie sacó un bolígrafo del bolsillo de su bata. Apuñaló a Oscar en la parte posterior de la pierna, clavando el bolígrafo profundamente en el músculo.

gritó Oscar, soltando a Louie para agarrarse al dolor que le atravesaba la pierna.

Louie se puso en pie y pateó a Oscar en la cabeza.

gritó Oscar, arrastrando los pies por el suelo fuera del alcance de Louie. Agarró el bolígrafo que sobresalía de su pierna y tiró de él. Rodó hacia atrás, tumbándose en el suelo y agarrándose la herida.

Louie estaba de pie junto a él, volviendo a atar la parte delantera de su bata. "Ahora

escúchame, gamberro. Iremos a ver a mi arquitecto, luego a Harry's Hire y después al parque estatal. Y si vuelves a hacer algo así, no tendrás que molestarte en cavar una tumba para Johnny. Cavaré el hoyo yo mismo y te dejaré caer en él. Ahora vístete".

Oscar salió de su habitación con unos vaqueros planchados de Calvin Klein y un impecable polo de Pringle, lo que era normal en él, aunque su recién adquirida cojera le restaba un aspecto impecable.

"¿Listo?" No había averiguado cómo iba a mantener a Louie oculto en el parque de polo -en caso de que los vieran juntos y se lo contaran a su abuelo-, pero había tenido aún menos suerte averiguando una forma de evitar que Louie saliera en absoluto. Ser apuñalado con un bolígrafo era bastante persuasivo.

Louie sacó su teléfono. "Deja que llame al gobernador para ver si hay algo más que quiera saber mientras estoy fuera ocupándome de nuestros asuntos". Marcó un solo número y se llevó el teléfono a la oreja.

"¿Lo tienes en marcación rápida?" Oscar murmuró.

¿"Hola"? ¿Judd? Soy yo, Louie. ¿Cómo va todo?" Louie sonrió, satisfecho de su nueva conexión. "Sí, estoy bien, gracias. Voy de camino a trazar unos planos para la zona infantil y el aparcamiento del parque de polo y me preguntaba si tienes alguna pregunta o petición antes de que empecemos a poner las cosas por escrito... Espera un momento, Judd. Teníamos un acuerdo. Un acuerdo ... ¿Stacey dijo qué? ... Judd, tenemos que hablar de esto y llegar a un acuerdo. Voy a estar en unas pocas horas ". Terminó la llamada.

Oscar sonrió. "Eso no sonó muy suave".

El desconcierto arrugó la cara de Louie. "Dijo que tenía dudas, algo que dijo Stacey".

"Me necesitas después de todo, ¿verdad?"

La cara de Louie se puso roja. "¿Qué has hecho, Oscar?"

"No he hecho nada, pero no es tan fácil hacerle la pelota al gobernador sin antecedentes, ¿verdad?"

"Lo has puesto en mi contra, ¿verdad?"

"Lo que ocurra entre tú y el gobernador depende de tu encanto, no del mío". Oscar cojeó y se sentó en el sofá, de espaldas a Louie. "Supongo que esto significa que no vamos a salir, ¿eh?"

"Vas a salir". Louie cogió una lámpara de la mesa auxiliar junto al sofá, arrancando el enchufe del tomacorriente. "Luces fuera."

Rompió la lámpara en la nuca de Oscar.

Oscar cayó al suelo, inconsciente.

Louie se dirigió al cuerpo inmóvil. "Voy a ver al gobernador ahora. Si sigues en la misma posición cuando vuelva, llamaré a una ambulancia. Hasta luego".

Pasó por encima de Oscar, cogió las llaves de su camioneta y salió del piso.

"Es imperativo que hable con el gobernador", insistió Louie.

El guardia de seguridad tenía un portapapeles en la mano. "Usted no está en la lista. No puedo dejarte pasar". La puerta de la mansión permaneció cerrada.

"Es Brett, ¿verdad?"

El guardia asintió.

Louie suavizó el tono. "Soy amigo de Oscar Novak-Chambers. Me envió aquí para hablar con el gobernador en su nombre".

Brett sonrió. "Oh, sí, Oscar. Me gusta". Miró su portapapeles. "Pero hoy tampoco está en la lista".

Louie hizo un gesto al guardia para que se acercara. "Sabes que está viendo a la hija del gobernador, ¿verdad?"

"Sería difícil no verlo".

"Quiere que sondee al gobernador para ver si le daría permiso para casarse con ella. Ya sabes, en voz baja".

Volvió a mirar la identificación de Louie. "Has estado aquí antes, ¿verdad?"

"Sí, con Oscar". Louie abrió los brazos. "Mira, incluso me prestó su camioneta."

"Supongo que se trata de una circunstancia excepcional". Metió la mano en la cabina de seguridad y pulsó el botón para abrir la puerta. "Bien, pasen, y buena suerte".

"Gracias. Oscar lo apreciará".

Louie aparcó el camión y se quedó en la puerta de la mansión.

Conrad abrió la puerta sin sonreír. "Sr. Gómez. No creo que le estemos esperando".

"Necesito hablar con Judd, urgentemente."

Conrad se aclaró la garganta. "El mero hecho de que hayas pasado por seguridad no significa que el gobernador esté a tu entera disposición. ¿Qué espera que haga? ¿Decirle al gobernador que despeje su agenda porque Louie Gómez está aquí y requiere su atención inmediata?"

"Claro, con eso bastará".

"Creo que no, Sr. Gómez. Tendré que pedirle que se vaya".

Stacey apareció por detrás de Conrad. "¿Qué demonios estás haciendo aquí, Gómez? ¿Y dónde está Oscar?"

"Está con nosotros en espíritu, Srta. Davenport."

"No quiero su espíritu, quiero su maldito cuerpo".

Louie sonrió. "De verdad, Srta. Davenport, delante del mayordomo y todo eso. Lo que hagáis vosotros dos a puerta cerrada no es asunto nuestro, ¿verdad, amigo?". Le dio un codazo y le guiñó un ojo a Conrad.

"Sabes lo que quiero decir. No debe perderte de vista".

"Si mal no recuerdo, Srta. Davenport, no tuvo inconveniente en dejarme bajo la atenta mirada del guardaespaldas de su padre mientras usted y Oscar iban a retozar a las carreras. Estoy aquí de nuevo, poniéndome bajo la atenta mirada de la seguridad del gobernador. Seguro que puedes confiar en el Servicio Secreto de Kentucky, ¿no?"

Las finas cejas de Stacey se fruncieron en una. "Eww, hombre insidioso. Me pones a cien".

"Cierra la puerta, Conrad", dijo el gobernador al pasar, estudiando unos papeles. "Estás dejando entrar una corriente de aire".

Louie entró a empujones en la mansión. "Judd-Gobernador, tenemos que hablar. Es importante."

Davenport miró hacia allí. "¿Louie? ¿Cómo has entrado?"

"Debido a una circunstancia excepcional. Cinco minutos de su tiempo, Gobernador, es urgente".

Davenport miró a su hija, luego sacudió la cabeza, haciendo un gesto a Louie para que entrara. "Tienes cinco minutos".

"Papá", llamó Stacey a sus espaldas en retirada.

Su súplica quedó sin respuesta mientras desaparecían tras la puerta que se cerraba.

Davenport se encaró con Louie. "¿Qué pasa?"

"Sabes muy bien lo que pasa. El programa para niños. El aparcamiento. Harris State Park. ¿Qué pasó, Judd? Estábamos en camino de grandes cosas. Cosas que van a hacer que te reelijan".

"Stacey no cree que sea buena idea que me vean haciendo compañía contigo. Especialmente con tu juicio a la vuelta de la esquina. Es un conflicto de intereses, especialmente porque ella es la que te está juzgando".

"¿Y mi nombramiento en tu gabinete? Se suponía que me pondría en una buena y respetable luz mientras tú y yo defendemos el programa de los niños, por no mencionar que sigues recibiendo propinas calientes."

"Puede que me dejara llevar en las carreras el otro día. Me sirvieron un whisky muy bueno y puede que se me subiera a la cabeza más de lo que pensaba. Un nombramiento del gabinete fue un poco demasiado entusiasta".

"Oh, ya veo. Y esto fue idea de la Srta. Davenport, ¿verdad? Que tú y yo no nos hiciéramos compañía, a pesar de que yo soy el hombre que puede hacer las cosas".

"Stacey hizo algunas observaciones sobre cómo pueden verse las cosas. No es que no quiera tu ayuda, es la percepción pública. La gente puede tener una idea equivocada".

"Sabe, Gobernador, desde que la Srta. Davenport se ha interesado tanto por mí, mi curiosidad por ella ha ido en aumento. Parece que dejó la oficina del fiscal en Los Ángeles de forma abrupta. He intentado averiguar por qué, pero me ha costado mucho encontrar la razón de su repentina marcha. Ni una mención en ninguna parte. Simplemente, puf". Louie utilizó sus dedos para emular la desaparición en el aire. "Ya no es una fiscal de altos vuelos en Los Ángeles, sino una simple ayudante en los bosques de Kentucky. Extraño, ¿no crees?"

"No sé lo que crees que sabes, Louie, pero mejor deja a Stacey fuera de esto".

"Oh, no voy a meter a la Srta. Davenport en esto, Gobernador. A la prensa, por otro lado, le encanta escarbar en aguas turbias. Puede que su encantadora hija no esté tan limpia como nos quiere hacer creer. ¿Qué podrían desenterrar si fueran a pescar?"

"Que Dios me ayude, Gómez, esa es una expedición de pesca a la que no quieres ir. Si llegas a lanzar un sedal, descubrirás lo profundas que pueden llegar a ser las aguas gubernamentales".

Louie sonrió. "Creo que nos entendemos, Gobernador. Iré a ver al arquitecto y tendré los planos del aparcamiento sobre su mesa el lunes a primera hora". Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. "Confío en tener su aprobación para mis planos antes de que me dé tiempo a organizar una excursión de pesca. Buenos días, Judd. Me voy".

Capítulo 33

Tyler acarició la cara de su hijo. "Oscar, despierta, hijo. Despierta".

Oscar abrió los ojos, tratando de enfocar a su padre. "¿Qué ha pasado?"

"Esperaba que me lo dijeras". Tyler lo levantó a una posición sentada. "¿Puedes recordar algo?"

Oscar se agarró la nuca. "Alguien me golpeó".

"¿Quién? ¿Qué? ¿Un robo?"

"No, no fue un robo". Miró a su padre, con los ojos desorbitados. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Necesitaba conseguir el expediente con los permisos de construcción para los establos del parque de polo. Como no contestabas, usé mi llave y entré. Gracias a Dios que lo hice. ¿Estás bien?"

"Sí, creo que sí".

Sonó el móvil de Oscar. Miró la pantalla: Stacey.

Pulsó un botón para ignorar la llamada y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

"¿Quién era?", preguntó su padre.

"Puede esperar".

"Te diré lo que no *puede* esperar: tenemos que llamar a la policía."

"No pasa nada, papá". Oscar hizo un rápido reconocimiento fingido del apartamento. "No parece que se hayan llevado nada".

"¿Y tu orgullo? Te lo quitaron, ¿no?"

Sonó el teléfono fijo. Oscar no lo cogió.

"¿No vas a contestar?" Tyler preguntó.

"No, no tengo ganas de hablar".

El contestador automático se activó, invitando a la persona que llamaba a dejar un mensaje.

"Oscar, soy yo, Stacey. ¿Qué le pasa a tu móvil? Más concretamente, ¿qué te pasa a ti? ¿Dónde estás? O más importante, ¿por qué demonios Louie Freaking Gomez aparece en mi casa?" Su voz subió una octava. "Eres su acompañante. Podría meteros a los dos en la cárcel por esto..."

Oscar cogió el teléfono del soporte. "Stacey, qué alegría saber de ti". Hizo muecas a su padre, restando importancia a sus amenazas. "Mira, Stacey, estoy bastante ocupado en este momento. ¿Puedo llamarte luego?"

"No, no puedes. ¿Por qué no estás con Gómez? Está rompiendo las condiciones de la fianza, y tú eres responsable".

"Bueno, si está en tu casa, entonces la seguridad de tu padre puede cuidarlo. Eso está bien, ¿no? Así es como funcionaba antes".

"Suenas igual que él".

"Mi padre está aquí. Tengo que irme. Te llamaré más tarde". Pulsó el botón para colgar.

"Bueno", suspiró Tyler. "Ella no sonaba feliz. ¿Y por qué sigue atándote con Louie Gomez?"

Oscar respiró hondo. "Puede que, involuntariamente, esté algo involucrado con Louie Gómez".

Tyler arqueó las cejas.

"De negocios, quiero decir, no gay". Se sujetó la nuca. "Oh, me duele la cabeza."

"¿Qué? ¿Después de lo que te dijo tu abuelo?"

"No, esto pasó antes de lo que nos contó el abuelo".

Tyler le ayudó a sentarse en el sofá. "Te traeré algo de beber". Tyler fue a la cocina y volvió con un vaso de agua.

Tyler se enfrentó a su hijo. "Desde el principio, lo quiero todo. No más tonterías. ¿Qué ha pasado?"

Oscar se agarró la cabeza. "Estoy en un pequeño problema".

"Pude verlo por el estado de la sala VIP del parque de polo".

"Hice algunas malas inversiones y perdí mucho dinero -dinero que se suponía que iba a utilizar para construir el parque de polo-, entonces intenté recuperarlo con los caballos".

Tyler cerró los ojos.

Óscar se daba cuenta de que estaba haciendo daño a su padre, pero intentó pensar en él como en un sacerdote, con la esperanza de que una confesión limpiara su conciencia. Continuó. "Te oí hablar con el entrenador sobre Rayo Azul y pensé que era mi mejor opción para recuperar el dinero, salvo que no tenía dinero para apostar por él, así que lo tomé prestado".

"¿Se lo pediste prestado a Louie Gómez?"

"Sí."

"Oh, Oscar. ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Por qué no acudiste a mí?"

"Claro". Puso voz burlona. "Oye, papá, ¿me prestas cien de los grandes para ponerme un caballo y poder terminar de construir el parque de polo que me encargaste?"

La sorpresa endureció la postura de Tyler. "¿Cien de los grandes?"

Oscar bajó la mirada. "Más o menos".

"Hostia puta. ¿Y los cien de los grandes que le pediste prestados al abuelo?"

"Además de los veinte mil que me prestaste, pedí prestados otros cincuenta al abuelo para los caballos y los gastos, pero eso no funcionó muy bien. Cuando te oí hablar de Relámpago Azul, le pedí prestados cien de los grandes a Louie. Esa iba a ser la gran victoria que necesitaba, pero como sabes, era la NASCAR. Cuando Rayo Azul perdió, Louie amenazó con matarme, y a Johnny también, a menos que le consiguiera parte de Harris State Park. Como ya estaba metido hasta el cuello con Louie, cuando le pillaron, exigió que fuera yo quien pagara su fianza. Fue entonces cuando conseguí otros cien de los grandes del abuelo para la fianza de Louie, pero los recuperará. Todo el mundo recuperará todo. Cada centavo. Lo prometo".

"Oh, por el amor de Dios. ¿Así que le pediste prestados cien mil dólares a un gángster y luego otros cien mil para sacarlo de la cárcel?". Se inclinó hacia delante, llevándose la mano a la oreja. "¿Cuál era el cargo?"

"Drogas, pero ¿qué más da? Ahora tengo que cuidarle hasta el juicio, y se está entrometiendo en mi relación con el gobernador. Con Louie ya no se trata de dinero". Se detuvo para masajearse las sienes, luego respiró hondo y continuó. "Para saldar la deuda, tengo que conseguirle el terreno para que pueda excavar el parque estatal, como Héctor Gómez quería que hiciera el abuelo. Y Stacey está embarazada".

"¿Qué? ¿Embarazada? ¿Embarazaste a la hija del gobernador?"

Oscar sonrió. "No, sólo bromeaba sobre lo último. Sólo quería ver si estabas prestando atención. Por un momento, toda esa otra mierda con Louie Gómez no sonó tan mal, ¿verdad?"

Tyler se rió. "No sé, creo que prefiero verte como padre, no en deuda con un padrino. Pero no se lo digas a tu abuela. Probablemente te daría otros cien de los grandes para hacer realidad esa última parte".

A Óscar se le iluminó la cara. "Hey, ahora hay una idea."

Tyler le apuntó con el dedo. "No te atrevas."

Oscar miró fijamente a su padre, buscando orientación. "Pero en serio, ¿qué voy a hacer?"

Tyler se pasó los dedos por el pelo. "Entonces, ¿cuál es el verdadero problema? ¿Cuánto haría falta para que Louie Gómez desapareciera?"

Oscar se encogió de hombros. "Lo busqué después de la historia del abuelo. Si Gómez cree que hay cincuenta lingotes de oro ahí fuera, cada lingote vale alrededor de medio millón a los precios de hoy, así que nos enfrentamos a unos veinticinco millones."

Tyler silbó. "Bueno, eso está fuera de lugar. ¿Qué hay de los cargos contra él? ¿Alguna posibilidad de que el fiscal lo encierre?"

"No lo sé. Incluso sin el oro, Louie tiene bolsillos profundos. Y los bolsillos profundos compran buenos abogados. Y los buenos abogados consiguen absoluciones".

Tyler asintió. "Es cierto". Tomó un sorbo del agua de Oscar. "¿Alguna posibilidad de que tenga un accidente?"

"¿En serio?"

Se encogió de hombros. "Cosas más raras han pasado, y no me gusta que la gente se meta con mi chico. Puede que tenga que arreglar su carro".

"No hagas ninguna estupidez, papá. Me metí en este lío y saldré de él. Vamos a ver cómo se desarrolla. Quizá el fiscal pueda encerrarlo".

"O tal vez no, si se le ocurre Perry Mason".

Oscar no pudo evitar sonreír. Suponía que su padre tenía que tener algún antihéroe luchando contra Louie Gómez, pero quería apostar por Stacey.

Tyler se acarició la mandíbula. "Tal vez tenga una pequeña charla con Gómez. Ya sabes, decirle qué es qué".

"Louie no es del tipo que escucha. Creo que sería mejor que lo dejaras en paz".

"Sabes, una vez derribé a un marine. Un golpe..."

"Patada en los huevos", sí, lo sé. Me has contado esa historia. Estabas protegiendo la dignidad de mamá".

"Bueno, nadie va a insultar a mi mujer o darle una paliza a mi hijo sin responder ante mí".

"Papá, no. Ya no tienes veinticinco años. Por eso no te involucré antes. Ahora, por favor. Puedo manejarlo".

"Al menos mantén a Johnny Sin Pulgares cerca. No quiero que te pase nada".

"Sabes que Johnny no es mi guardaespaldas, ¿verdad?"

"No, pero sé que te idolatra y que haría cualquier cosa por ti. Y si Louie Gómez intenta hacerte daño, estoy segura de que Johnny haría lo que tuviera que hacer para protegerte".

"Puedo cuidarme sola".

"Claro que puedes, pero mantén a Johnny a una distancia prudencial, por si acaso".

Oscar asintió.

Tyler se dio una palmada en las rodillas y se levantó. "¿Puedes traerme los papeles de construcción de los establos? Tengo que llevárselos al inspector de edificios". Miró su reloj. "Tenía que haber llegado hace veinte minutos".

Oscar fue a su despacho y cogió los papeles, entregándoselos a su padre.

Tyler inclinó la cabeza hacia un lado, mirando a su hijo. "Entonces, ¿qué pasó realmente?"

"Louie me lamió. Literalmente."

"Ese hijo de puta. Voy a matarlo..."

"Papá, nada de bromas".

"No será divertido, y Louie Gómez no se reirá".

"Ya tengo bastantes problemas como para que tú provoques más. Déjalo. Por favor."

A Tyler le costaba superar su ira. Louie había golpeado a su chico. Eso no es algo que se deja pasar. "¿Estás seguro de que vas a estar bien?"

"Sí, estaré bien".

"Bien. Pero estaré pensando en cómo podemos hacer que Louie Gómez desaparezca. Para siempre".

"No vas a hacer nada estúpido, ¿verdad?"

"Si lo hago, no necesito a Perry Mason". Tyler se hizo un pulgar. "Soy *el* maldito Perry Mason".

Oscar sonrió. "Si tú lo dices".

Tyler se dirigió a la puerta. "Si necesitas algo, llámame."

"Claro. ¿Crees que debería decírselo al abuelo?"

"Déjame decirle. Sé cuánto alcohol hace falta para que simpatice".

"Gracias".

A Óscar le preocupaba que su padre se viera envuelto en su lío. Tyler tenía un historial no sólo de encontrar problemas, sino de crearlos.

Capítulo 34

Oscar abrió la puerta a un Johnny que parecía ansioso.

"Ha sido muy amable al invitarme, jefe".

"Eso es lo que hacen los amigos. ¿Quieres jugar a las carreras de Grand Prix?" Oscar prefería el videojuego *Commandos Take the Fort*, pero para eso necesitabas pulgares. Todo lo que Johnny tenía que hacer para el Grand Prix era sujetar un volante.

"Claro. Corramos el circuito de Montreal. Es mi favorito".

Óscar fue a encender la videoconsola que había bajo el televisor.

"¿Le importa si le pregunto algo, Jefe?"

"Adelante, dispara".

"¿Por qué pagaste la fianza de Louie Gómez?"

No se lo esperaba y justificarlo era difícil. Oscar no estaba seguro de cómo explicar por qué había rescatado a Gómez del Digit Chopper. Johnny le había salvado la vida a Óscar. Cuando un semental se había vuelto loco en el prado mientras Oscar estaba allí, Johnny había intervenido y lo había empujado fuera del camino justo cuando el caballo corcoveó. Una pezuña le dio en el ojo. Se hizo daño y desde entonces tenía el ojo izquierdo medio cerrado. Oscar estaba en deuda con él, pero explicarle por qué había ayudado a Louie Gómez superaría la capacidad de comprensión de Johnny.

"Bueno, Johnny, las cosas son complicadas, pero técnicamente no fui yo quien pagó la fianza. Roscoe puso el dinero. Yo sólo era el testaferro. Ya sabes, el encubridor".

"Entonces, ¿no lo hiciste?"

Oscar negó con la cabeza. "No, no fue mi dinero el que sacó a Louie".

"Es bueno saberlo, Jefe."

"Pero recuerda lo que dije. Es complicado".

Johnny apretó el puño y dio un respingo. "Gracias, jefe". Volvió su atención a la pantalla del televisor. "A correr".

Manejaron sus coches de carreras por la pista canadiense. A mitad de carrera, el coche de Johnny iba en cabeza y Oscar se acercaba. Un golpe en la puerta le hizo pulsar el botón de pausa.

Miró por la mirilla y abrió la puerta a un Louie sonriente.

Louie pasó a su lado. "Yo diría que estás en la lista de mierda del fiscal del distrito, Oscar. Una cosa es perderme de vista, ¿pero no atender su llamada? Eso es un asunto completamente diferente". Entró en el apartamento como si fuera el dueño. "¿Cómo dice el refrán? El infierno no tiene furia..."

Johnny fulminó a Louie con la mirada mientras pasaba.

Louie le lanzó una mirada. "Hola, No-Thumbs." Se sentó en el sillón de cuero rojo del rincón.

Oscar le siguió hasta el salón. "¿Cómo supiste de la llamada?"

"Suposición educada. Cuando me iba, pasó volando a mi lado con cara de trueno, gritándole a su padre: 'El cabrón me ha colgado'. Simplemente supuse que tú eras *el cabrón*". Bajo su cuidado bigote se formó una sonrisa de suficiencia.

Tendría que lidiar con la situación de Stacey más tarde, pero eso era entre él y ella. No era algo que quisiera discutir con Louie. "Eso fue muy inteligente", dijo Oscar. "Desfilar ante el fiscal del distrito sin mí, cuando sabías que yo formaba parte de las condiciones. ¿Qué diablos

era tan importante que tenías que pasar de mí e ir a ver al gobernador por tu cuenta?"

"Judd perdió de vista lo importante que es este proyecto infantil. Necesitaba recordarle lo esencial que es este desarrollo, especialmente el aparcamiento subterráneo."

Oscar se movió al borde de su asiento. "¿Por qué necesitas un gran aparcamiento, de todos modos? ¿No tienes un mapa pirata en el que *una X* marca el lugar? ¿No puedes entrar con una pala y desenterrar el tesoro? Seguro que no usaron una excavadora JCB para enterrarlo".

Louie miró a Johnny. "¿Estás entendiendo todo esto, No-Thumbs?" Dirigió su mirada furiosa a Oscar. "¿No podemos discutir asuntos delicados delante de tu personal semirretardado?".

Johnny se puso en pie de un salto, sacando pecho y apretando los puños a los lados. "¿A quién llamas retrasado?"

Louie hizo un gesto de sentarse. "Sólo semi, Johnny."

Johnny dio un paso hacia Louie. "Voy a matarlo, jefe. Lo juro por Dios".

Oscar agarró el brazo de Johnny, tirando de él hacia atrás. "Está bien, Johnny. Olvídalo".

"Sí, Johnny, olvídalo", instó Louie. "Ahora, ¿por qué no haces algo útil y vas a la cocina a traerme algo de beber? De la buena. Un poco de ese Pappy Van Winkle".

Johnny miró a Oscar en busca de aprobación.

Oscar asintió. "Y coge uno para ti también. Yo tomaré un vaso de agua".

Johnny fulminó a Louie con la mirada, dejando que sus ojos castaños quemaran desprecio en su desdichada alma antes de ir a la cocina.

Oscar habló con calma y con aire de autoridad. "Se acabó, Louie. Mi abuelo me contó que tu padre intentó hacer lo mismo con él, excavar en el parque estatal de Harris en busca de tesoros enterrados. No hay oro".

"Ahí es donde te equivocas. Lo hay, y sé dónde está, más o menos. Y mi padre sabía dónde estaba".

"¿Entonces cómo es que nunca lo encontró?"

"Porque tu abuelo era demasiado estúpido para encontrar los canales adecuados para mantener la excavación en secreto".

Oscar se levantó de un salto. "No llares estúpido a mi abuelo. Es el hombre más inteligente que conozco".

"Entonces debes andar con gente bastante estúpida".

"Hijo de puta". Los puños de Oscar se apretaron.

Louie movió el dedo. "Vamos, vamos, no hagamos nada precipitado. El ayudante del fiscal está vigilando de cerca nuestra situación, al igual que el gobernador". Louie levantó los brazos victorioso, su tono lleno de alegría. "Somos gente de alto nivel, Oscar. Debemos trabajar juntos por el bien del Estado".

Oscar frunció el ceño, pero Louie tenía razón. Si Oscar le daba una paliza, si es que lograba hacerlo, se plantearían muchas preguntas.

Johnny volvió con una bandeja que llevaba las bebidas. "¿Todo bien, Jefe?"

"Sí", respondió. "Johnny, ¿podrías dejarnos solos unos minutos? Tengo algunas cosas que me gustaría discutir con Louie".

Johnny dejó la bandeja en el suelo y se palpó un bulto anguloso en la chaqueta. "Sería mejor que me quedara por aquí. Ya sabe, por si al señor Gómez se le ocurre algo raro".

Louie puso los ojos en blanco. "Ponte serio, No-Thumbs. Ahora, lárgate. Como dijo tu jefe".

La mano de Johnny se deslizó dentro de su chaqueta.

"Johnny", le espetó Oscar. "No lo hagas."

Louie fulminó a Johnny con la mirada.

Johnny pinchó a Louie con la mano, la que sólo tenía tres dedos. "Un día, Gómez, vas a conseguirlo. Y yo seré el que te lo dé".

"Esperaré con ansias ese día, No-Thumbs. Ahora, por última vez, lárgate".

Johnny retrocedió. "Volveré en cinco minutos, Jefe."

Una vez que Johnny se hubo ido, Oscar reanudó la conversación con Louie.

"Dime esto, Louie. Si mi abuelo es tan estúpido, ¿cómo es que tu padre quería su ayuda?"

Louie se echó hacia atrás. "A Roscoe Novak le gustaba presumir de lo bien relacionado que estaba. Cuando perdió su dinero por malas inversiones, culpó a mi padre y le amenazó con hacer que esas 'conexiones' dejaran a mi padre fuera del negocio. Pero mi padre tenía una idea mejor sobre cómo Roscoe podría utilizar sus contactos. Así que le ofreció un trato".

"¿Cómo sabía tu padre lo del oro?"

"Además de inversiones, mi padre también tenía una empresa de préstamos, muy parecida a la que yo dirijo. Uno de sus clientes, un soldado, no cumplió su plan de amortización. Cuando mi padre le explicó que no devolver el préstamo tenía consecuencias, el cliente confesó haber participado en el atraco a Fort Knox y ofreció una considerable remuneración a cambio de su vida."

"Tengo que llamar a la mierda en este punto. ¿Por qué papá Gómez no fue a desenterrarlo en ese momento?"

"Porque el soldado no sabía exactamente dónde estaba escondido. No estaba allí cuando los otros dos la enterraron y sólo sabía que estaba en algún lugar de la esquina noreste del parque. Y para responder a tu pregunta anterior, un cubo y una pala no sirven para buscar una fortuna enterrada a metro y medio de profundidad en un lugar desconocido."

"¿Dónde está este soldado ahora?"

"Correccional Torres Gemelas, Los Ángeles".

"¿Para qué?"

"Vengó la muerte de mi padre. Mi padre iba a conseguir el oro y a darle una parte. Mi padre era un hombre benevolente. También le habría dado una parte considerable a Roscoe por ayudar. Pero Al Picardi no entendía los riesgos de los mercados. Culpó a mi padre cuando perdió su dinero y lo mató. Kenny Huber, el soldado del que hablamos, sabía que sus posibilidades de encontrar el oro sin la ayuda de mi padre eran escasas. Así que, a su vez, se vengó de Al y huyó".

"¿Cómo acabó en una cárcel de Los Ángeles?"

"Lamentablemente, ya no hay honor entre ladrones. Sus socios pensaron que iba a traicionarles, así que le delataron por el asesinato de Al. Pero verás, tengo con Kenny una deuda de gratitud por igualar el marcador para mi padre, así que me he hecho cargo de la tarea de conseguir el oro y darle su justo merecido. Hablamos todas las semanas".

"Como si el oro le fuera a hacer mucho bien en la cárcel".

Louie se encogió de hombros. "Los buenos abogados no son baratos. Y con un buen abogado, no estará en prisión para siempre".

"¿Qué hay de ti? ¿Tienes un Perry Mason en tu equipo?"

Louie sonrió satisfecho. "Por supuesto que sí".

"¿Y crees que caminarás?"

"Así es. También tengo a alguien dentro trabajando para mí".

Oscar miró a su adversario. "Pensé que estarías más preocupado por la gente de fuera que trabaja contra ti".

"Nunca vivirían para hablar de ello". No, mi infiltrado aún no tiene todos los detalles, pero muchas preguntas rodean la rápida salida de la Srta. Davenport de Los Ángeles. ¿Por qué se iría con tanta prisa que ni siquiera se despidió de Kenny Huber, cuyo caso estaba a punto de llevar?". Chasqueó los dedos. "Se ha ido, y nadie sabe por qué".

"Vino a ayudar a su padre. Ya lo sé".

"No me lo creo. Hay algo más que eso, y tengo la intención de averiguarlo. Entonces Judd y la Srta. Davenport me deberán mucho más que un trozo del parque estatal y una absolución. Ponte de mi lado mientras puedas, Oscar. Recompensó la lealtad".

Capítulo 35

Oscar tendría que dar más explicaciones de por qué no llevaba a Louie Gómez con él, pero pensó que era mejor que no lo llevara a la oficina del fiscal del distrito del condado de Jefferson.

Entró en el edificio, asintiendo cortésmente mientras el agente de policía armado le ladraba instrucciones para que vaciara los bolsillos y depositara el contenido en la bandeja de plástico. Sus pertenencias desaparecieron por la cinta transportadora y pasaron por la máquina de rayos X. Incluso las flores que llevaba consigo pasaron por un control de alta seguridad, dejando tres pétalos de rosa escarlata en el suelo de baldosas grises. Oscar pasó por el detector de metales y salió por el otro lado sin activar nada.

Un cartel de madera marrón oscuro le indicó la dirección de la oficina del fiscal del distrito.

Una morena de aspecto sombrío le recibió al entrar por la puerta. "¿Puedo ayudarle?"

"¿Alguna posibilidad de ver a la Srta. Davenport?"

La ayudante de Stacey señaló con el dedo las flores que tenía en la mano. "Si necesita una firma para esas, yo puedo firmar. Me aseguraré de que las reciba la Srta. Davenport".

"No, necesito verla en persona".

"¿Entonces necesito ver su nombre en mi agenda, Sr. ...?"

"No tengo cita".

"Entonces tampoco la Srta. Davenport. Ahora, si no necesito firmar por las flores, puedes dejármelas o llevártelas cuando salgas".

Oscar se apoyó en el mostrador. "En ese caso, me gustaría concertar una cita para ver a la señorita Davenport. ¿Qué tiene libre hoy?"

"¿Oscar? ¿Qué haces aquí?" Stacey salió de su despacho y se dirigió al mostrador de recepción. Miró su ofrecimiento. "Oh, qué bonito. ¿Le has traído flores a Donna? No sabía que os conocíais".

Oscar extendió las flores hacia Stacey. "No, son para ti".

Su rostro se endureció. "Hubiera preferido una llamada... ayer".

"Sí, sobre eso. ¿Podemos hablar? ¿En privado?"

Suspiró. "Cinco minutos". Se giró y caminó hacia su despacho, Oscar la siguió.

Stacey rodeó el escritorio y se sentó en una silla de malla de respaldo alto. Apoyó la cabeza en el reposacabezas acolchado y miró a Óscar por debajo de su delicada nariz mientras él tomaba asiento frente a ella, aún con las flores en la mano.

Parecía ocupada. Los expedientes de los casos estaban apilados a ambos lados del escritorio, pero en medio había un callejón abierto, por lo que él tenía una vista despejada de su bonita cara, aunque en ese momento estaba algo acerada. Cogió un bolígrafo que tenía delante y chasqueó la punta. Su mirada silenciosa le animó a hablar.

Oscar paseó la mirada por la sala y observó los diversos diplomas y fotografías. Una en la que aparecía Jett Johnson apretando a Stacey a su lado le provocó un ataque de celos. Apartó los ojos rápidamente, fingiendo no darse cuenta. "Bonito lugar tienes aquí".

"Corta el rollo, Oscar. ¿Qué quieres?"

Me tendió las flores.

Señaló una esquina del escritorio. "Déjalos ahí. Donna se ocupará de ellos más tarde".

Oscar movió algunas carpetas y consiguió apoyar las flores en el borde. Ni siquiera un gracias. Esto iba a ser un trabajo más duro de lo que pensaba. "Sobre lo de ayer... siento no

haberte devuelto la llamada. Tenía mucho que hacer".

"Bueno, no tenías nada con Louie Gomez, porque estaba en mi maldita casa, sin escolta. Lo que, por cierto, me lleva a mi siguiente pregunta. ¿Dónde está ahora?" La rapidez de su clic evolucionó a fuego rápido.

"No era apropiado traerlo aquí".

Se lanzó hacia delante, golpeando el bolígrafo contra el escritorio. "¿No es apropiado? Traes a un gángster a la mansión del gobernador, se lo presentas a mi padre, el hombre más importante del estado, y luego dejas que ese mismo gángster lo agasaje, lo emborrache, le haga promesas estúpidas y le ofrezca nombramientos en el gabinete, ignorando el hecho de que el fiscal del distrito con el que se supone que sales, o por el que al menos sientes algún tipo de afecto, está intentando encerrar al maldito gángster que sigues trayendo para que le haga la pelota a mi padre a cambio de favores políticos, de los que aún no he averiguado ningún detalle. Y cuando estás ocupada pasando tiempo de calidad y estrechando lazos con *tu* padre, envías al maldito gángster lunático a mi casa por su cuenta". Sus ojos se entrecerraron. "Por no hablar de que no contestas a mis llamadas y me cuelgas el teléfono cuando me *pongo en contacto contigo*".

"Stacey..."

Golpeó el escritorio con la palma abierta. "¡Cállate! No he terminado. Debería meterte en la cárcel por incumplir las condiciones de la fianza, y a él también. ¿Por eso no era apropiado traerlo aquí? ¿Porque te cagas de miedo de que esté a punto de encerrarlos a los dos?".

"Stacey..."

"¡Aún no he terminado!" Señaló las flores. "Y luego vienes aquí con unas flores de disculpa de gasolinera de dos dólares, pensando que tú y el maldito Louie Gómez podéis seguir viniendo, engatusando a mi padre y tomándome por tonta".

"¿Smaroozing?" dijo Oscar. Señaló las flores. "Esas no son flores de gasolinera de dos dólares..."

"Me importa un bledo cuánto cuesten o de dónde vengan. Esto es lo que va a pasar". Se echó hacia delante, apoyando los antebrazos en el escritorio. "Louie Gómez va a caer. Si no quieres quemarte con él, vas a conseguirme todo lo que necesito para encerrarlo definitivamente. Quiero detalles de todos los delitos que ha cometido, está cometiendo o pretende cometer. Luego vas a testificar en su juicio". Se echó hacia atrás, meciéndose en la silla. "Luego puedes irte a hacer tus cosas y no tener que volver a preocuparte de devolverme las llamadas".

"Stacey, no seas así. Hubo circunstancias atenuantes por las que no vine con Louie a la mansión, o por las que no te devolví la llamada. Estaba... indispuesta".

"Y ahora estás siendo eliminado por mí."

"Mira, en primer lugar, no puedo cruzarme con Louie Gómez. Conoce a demasiada gente en callejones oscuros, y alguien saldría muerto-probablemente yo. En segundo lugar, no quiero que acabes con nosotros".

Le miró fijamente a los ojos. "Me he dado cuenta de quién es el primero y quién el segundo en esa lista. ¿Qué te dice eso?"

"Puedo cambiarlos si quieres, pero no puedo verte si estoy muerto".

"No, no puedes. Y tampoco puedes verme si no estoy cerca". Examinó su manicura. "Después de que me ayudes a encerrar a Louie Gómez, volveré a Los Ángeles. Jett Johnson acaba de comprar un yate nuevo. Creo que iré allí y seré su primer oficial".

"Oh." Eso le dolió más de lo que hubiera pensado.

No estaba seguro de cómo abordar el siguiente tema, ni de si necesitaría un casco, pero tenía que lanzarlo.

"¿Puedes volver a Los Ángeles?"

"Claro que puedo. ¿Qué clase de pregunta es esa?"

"Louie dice que hay algo sospechoso en la forma en que te fuiste de Los Ángeles. Cree que hay más de lo que dices".

Arrugó las cejas. "Eso es absurdo. No hay nada que saber". Aumentó la velocidad de su balanceo. "Ahora, necesito lo que puedas conseguir sobre Gómez, y lo necesito rápido. Ponte a ello".

"Vale..." Se puso de pie. "Louie rayó el coche de mi abuelo hace cuarenta años, así que hay un cargo por el que puedes acusarle. Veré qué más puedo sacarle antes del juicio". Se volvió hacia la puerta.

A tres pasos de su salida, Stacey gritó. "¿Qué cree Louie que sabe?"

Así que, después de todo, la señorita Inocente tenía un lado curioso. Oscar se encogió de hombros. "No lo sé. Tampoco está muy seguro. Sólo dice que tiene a un tipo dentro -un preso, Kenny Huber- que podría saber algo sobre tu repentina salida".

"Oh."

"¿Conoces a este tipo Huber?"

Evitó el contacto visual "Me suena el nombre".

Stacey se levantó, cogió a Óscar del brazo y lo condujo a la puerta. "Tengo un millón de cosas que hacer. Gracias por venir. Y gracias por las flores. Hasta luego". Le empujó fuera del despacho.

Volvió a su silla y cogió el teléfono.

Respondió el gobernador.

"Papá, tenemos un problema."

Capítulo 36

"La residencia Novak-Chambers", declaró una voz sobreactuada.

"Oh, hola, ¿está Oscar?"

"Me temo que el Sr. Novak-Chambers está fuera en este momento. ¿Puedo ayudarle en algo?"

"Sí, soy Melanie Harper. Esperaba hablar con Oscar".

El acento pijo se detuvo en seco. "Srta. Harper, es un placer hablar con usted. Aquí Louie Gómez. ¿Sigue escribiendo artículos interesantes sobre los ciudadanos más finos y elegantes de Louisville?"

"Cuando pueda conseguir la primicia, sí. ¿Nos conocemos?"

"Sólo leyendo tu columna".

"Me siento halagado".

"En absoluto. Lo encuentro encantador".

"Gracias. ¿Podrías darle a Oscar un mensaje de mi parte? ¿Puedes pedirle que me llame? Tengo algunas preguntas que me gustaría hacerle. Ya sabes, para confirmar o desmentir algunos rumores que han estado circulando".

"Tal vez pueda ayudar. Soy su compañero de cuarto".

Su emoción saltó a través de la línea. "Dios mío. ¿Es gay?"

"Aunque él lo sea, yo no, así que no, no es ese tipo de acuerdo". Louie apoyó los pies en la mesa de café. "¿Qué rumores ha estado escuchando, Srta. Harper?"

"Un pajarito me ha dicho que ha estado saliendo con la hija del gobernador. Creo que al pueblo de Kentucky le interesaría saber qué hace la hija del gobernador y con quién. ¿Alguna idea?"

"Dios mío, eres intuitiva. Puedo darle la primicia, pero estoy buscando un poco de perspicacia. Respeto mucho a los columnistas de cotilleos, señorita Harper, de verdad, pero ¿hace usted también periodismo de investigación? Ya sabe, misiones de investigación, historias reales basadas en la verdad, ese tipo de cosas".

"Puedo asegurarle, señor Gómez, que todas mis historias se basan en investigaciones basadas en hechos".

"Entonces, tal vez le gustaría investigar esto: ¿por qué una fiscal de Los Ángeles como la señorita Davenport llegaría de repente a Frankfort -habiendo dejado una posición prominente, donde puede acabar con misóginos y desviados sexuales de alto perfil y salir en los periódicos- para aceptar un trabajo como asesora de segunda fila en la oficina del fiscal del distrito, donde atrapar a los aluniceros es noticia de primera plana -principalmente para notificar a los lugareños que su línea de suministro ha sido cortada?"

Melanie hizo un breve silencio. "Para estar cerca de su padre, supongo".

"Eso parece... y eso quiere hacernos creer. Pero, ¿por qué no hay constancia de que dejara la fiscalía de Los Ángeles, ni ninguna razón por la que se marchara citada en ningún sitio? Me parece extraño que se fuera sin dar explicaciones días antes de un caso de asesinato de alto nivel que iba a juzgar. Podría haber una historia en eso para ti si estás preparado para escarbar. Todo lo que pido es que me des la información mucho antes de que se publique. Haría que valiera la pena".

"Suenan interesantes, pero tendría que convencer a mi jefe de que hay una historia que merece

la pena seguir. Y necesitaría una historia actual para ganar tiempo".

"Oh, ¿quieres decir algo como que la señorita Davenport fue vista cenando en el exclusivo restaurante Roxy Rue's de Frankfort hace dos semanas con un tal Oscar Novak-Chambers?"

"¡Sí!" chilló Melanie. "Cuéntame más. Cuéntamelo todo".

Louie sacó un puro y lo encendió. "Era una noche divina de mayo. Estaba cenando en Roxy Rue's, y quién iba a entrar..."

... nada menos que la hija del gobernador, Stacey Davenport, del brazo del soltero más codiciado de Louisville, Oscar Novak-Chambers. La pareja estaba sentada en una mesa contigua a la cocina, pero no parecían darse cuenta, ya que estaban haciendo una demostración abierta de su afecto el uno por el otro entre bocados de caviar y, según todos los indicios, tres botellas de champán ...

"¡Esa zorra!" Stacey gritó. "¿De dónde sacó esa basura medio inventada? Y tiene la audacia de publicarlo". Golpeó el periódico contra la mesa de la cocina, haciendo tambalear su vaso de zumo de naranja. "Voy a demandar a esa zorra".

Su padre estaba sentado al otro lado de la mesa, mojando una tostada en la yema líquida de su huevo pasado por agua. "Debo admitir, cariño, que a veces la enmienda sobre la libertad de prensa también es la que menos me gusta, pero sabes que no puedes demandar si hay algo de cierto en la afirmación, ¿verdad?"

Stacey exhaló un suspiro. "Sí, lo sé, pero ¿de dónde sacó esa información? O -debería preguntarme- ¿por qué Oscar estaría cotorreando sobre nuestra cita?"

La cara del gobernador se iluminó. "¿Entonces es verdad?"

"No, no lo es. Nunca tuvimos tres botellas de champán, y la mesa ni siquiera estaba tan cerca de la cocina. No es que me di cuenta, de todos modos. "

"Y según la Srta. Harper, no lo hiciste". Su sonrisa irradiaba.

"No lo hagas". Miró el papel. "¿Qué le he hecho?"

Conrad entró con una jarra de zumo de naranja natural y rellenó el vaso del gobernador.

"Bueno, no hay nada condenatorio ahí, cariño. Dos tortolitos cenando en el restaurante más exclusivo de Frankfort, ¿qué tiene de malo?"

"Porque no somos tortolitos, y si hubo alguna cacería de pájaros, se acabó. Oscar Novak-Chambers es un imbécil insensible, y si no tiene cuidado, él y Louie Gómez van a ser algo más que compañeros de piso, van a ser compañeros de celda." Cogió su zumo y se lo bebió de un trago, luego golpeó el vaso contra la mesa y se limpió la boca con el dorso de la mano.

"Eso es", gritó. "Louie Freaking Gomez. Estuvo en Roxy Rue's esa noche. Oscar probablemente se estaba tirando a esa zorra de Harper delante de Gomez, y ella estaba tomando notas mientras hablaban de nuestra cita entre follada y follada. Voy a matarlo. Voy a matarlos a todos".

"Stacey". ¿De qué demonios estás hablando? Lo que dices no tiene sentido".

Dejó caer la cabeza entre las manos, sujetándose la cara con las palmas.

"Mira, tenemos asuntos más importantes que lo que un columnista de cotilleos pone en la sección del periódico que nadie lee".

"Tal vez", murmuró.

El gobernador dirigió una mirada al mayordomo. "¿Nos disculpas un momento, Conrad?"

Bajó la cabeza. "Desde luego, señor. Si necesita algo más, estaré cerca".

Davenport asintió mientras Conrad se marchaba, dejando la puerta entreabierta por si le necesitaban.

El gobernador dio un golpecito en la mesa. "Dime otra vez, ¿qué dijo Oscar que Louie sabe sobre lo que pasó en Los Ángeles?"

Se quitó la cara de las manos. "Nada. Ése es el problema. Parece que está cavando, pero no ha encontrado nada... todavía. ¿Está seguro de que todo se ha solucionado? ¿No hay ningún registro de lo sucedido? ¿No hay cabos sueltos?"

"Lo he pensado mil veces. Hemos cubierto todas nuestras bases. Sólo me pregunto si Louie Gómez es un cabo suelto". Mordió una tostada.

"De acuerdo, si pudiéramos librarnos de Gómez, nos libraríamos de un montón de problemas. Pero no podemos deshacernos de él, ¿verdad?"

Davenport se subió las gafas, pero no respondió.

Stacey se levantó. "Mientras tanto, me voy a Louisville y voy a hablar con esa Melanie Harper. Le daré un artículo-" cerró el puño y lo agitó "-en blanco y negro".

"Cariño, ¿es necesario? La prensa toma una pizca de verdad y la sensacionaliza para vender unos cuantos periódicos. ¿De verdad merece la pena meterse con ella por qué? ¿De que tenías que sentarte al lado de la cocina?"

Stacey gimió y se dejó caer en la silla. "Puede que no. Es sólo que no quiero tener que dar explicaciones a todo el mundo sobre Oscar y yo, porque no hay un 'Oscar y yo'. "

Davenport lanzó un puñetazo al aire. "Guarda tus peleas para las cosas importantes. Que salgas con Oscar o no es irrelevante. Tú céntrate en encerrar a los malos, y yo me centraré en conseguir que se aprueben esas nuevas leyes de apuestas. Y juntos, seremos los Davenports dinámicos". Levantó el brazo.

"Guárdalo para el mitin de campaña, papá". Se levantó. "Tienes razón. El juicio de Louie Gómez es la próxima semana. Tengo que ir a prepararme. Y, papá ... "

Ensanchó los ojos mostrándole que tenía su atención.

"No vayas a perdonar al bastardo."

El gobernador gruñó. "Como si".

Capítulo 37

"Melanie le recibirá ahora". La mujer oriental de pelo oscuro condujo al visitante a lo largo de un amplio pasillo. Pasaron por varios compartimentos con tabiques acolchados, que dividían la zona abierta en secciones y establecían un espacio personal para cada periodista. Se detuvieron frente a un cubículo con una placa gris clavada en la pared de tela: Melanie *Harper*.

Una pelirroja miraba la pantalla de un ordenador de espaldas a la puerta abierta. La china se aclaró la garganta, incitando a Melanie a girar en su silla y mirarla de frente. Se puso de pie. "¿Esto es lo que te ha hecho salir de tu cueva?". Sonrió y extendió la mano. "Es un placer.

Se estrecharon la mano. "No sé si es un placer, pero espero que sea productivo".

"¿Productivo? Suena aburrido". Melanie señaló una silla a un lado de su escritorio. "Siéntate".

"¿Sentarse? Parece una orden de perro".

"Si ese fuera el caso, estaría diciendo 'Habla', pero basta de metáforas caninas. ¿Qué te trae a verme?"

"Louie Gómez".

"Oh, sí. Buen tipo. Muy informativo".

"Es un mentiroso. Tiene que retractarse de esa historia. Es una gilipollez total".

"¿Me estás diciendo que no estuviste en casa de Roxy Rue con Stacey Davenport la noche del 29 de mayo?"

Oscar negó con la cabeza. "No de la forma en que lo retrataste en tu artículo".

"Si no fuera una cita, esto podría ser aún más interesante. Por favor, dime ¿qué hace un magnate de las carreras con la hija del gobernador en un restaurante flash si no está intentando pillársela? Debe haber algún valor político en ella si sus motivos no son carnales".

Oscar sonrió. "Sigues tan directa como siempre, ¿verdad, Melanie?"

"¿Caga un oso en el bosque?"

"A decir verdad, no lo sé. Nunca he visto un oso en el bosque. Me inclinaría más por decir que un oso caga en el zoo".

Melanie soltó una risita. "Touché. Entonces, ¿vas a contarme todo?"

Oscar soltó un fuerte suspiro. "Stacey Davenport llamó y me pidió que hablara contigo, solicitando que dejaras de publicar historias sobre ella y yo".

"¿Y por qué iba yo a matar una historia tan tentadora como ésta?"

"Para empezar, porque exageraste nuestro comportamiento y muestras de afecto en público, y segundo-" se inclinó y susurró "-ella ya tiene novio. Y si se entera antes de que rompa con él, se pondrá como una fiera". Óscar no estaba seguro de hasta qué punto eso era cierto, porque en un momento dado, triunfó sobre Jett Johnson. Pero entonces ella lanzó esa mierda de "primer compañero". Nadie sabía a qué atenerse, pero necesitaba sacar a Melanie de su caso si tenía alguna posibilidad de resolver las cosas con Stacey. Eso lo sabía.

Y una buena mentira de novio era mejor línea diplomática que la verdad desnuda. Stacey le había llamado, pero sus palabras habían sido *Si no vas allí y enderezas a esa zorra mentirosa, voy a ir yo a meterle ese pase de prensa por el culo y a pegarle a Print*.

Melanie estudió la cara de Óscar. "No me trago esa historia, pero si puedes darme algo mejor, quizá deje de seguir su vida amorosa. ¿Por qué está aquí y no tratando casos de asesinato en Los Ángeles?"

"Eso es un poco al azar, ¿no?"

"¿Oso? ¿Zoo?"

Se encogió de hombros con indiferencia. "Si eso es todo lo que quieres, es fácil. Ella vino aquí para ayudar a su padre a ser elegido, y ahora que está en el cargo, necesita el punto de vista de una mujer en ciertos temas. Es su asesora. No remunerada, que conste".

"¿Qué esconde, Oscar?"

Su cara se arrugó. "¿De dónde sacas todo esto? ¿Por qué estás en una campaña de desprestigio contra Stacey Davenport?"

"Sabes que no puedo revelar mis fuentes, pero he oído que hay algo más en su rápida salida de Los Ángeles que ser una buena hija y un genio político".

"Es ese maldito Louie Gómez, ¿no?"

La expresión del rostro de Melanie confirmó sus sospechas.

"Ese hijo de puta. Te puso a buscar trapos sucios sobre Stacey porque ella empieza a llevar su caso la semana que viene. Está tratando de derribarla antes del juicio, y te está usando para hacerlo".

Los ojos de Melanie se tensaron. "¿Lo va a juzgar la semana que viene? ¿Por qué?"

"Mucho. Drogas, rayar coches y otras cosas de matón. Se enfrenta a una fuerte condena si ella puede atraparlo".

"¿En serio?"

Oscar agachó la cabeza.

Se echó hacia delante en su silla. "Pero tú y ella *estuvisteis en* casa de Roxy Rue, ¿verdad?"

Oscar hizo un gesto de confesión. "Sí, Melanie, no podemos demandarte por difamación y tu reputación como periodista sigue intacta. Aunque, no estábamos tan cerca de la cocina, dame más crédito que eso".

Compartieron una sonrisa.

"Te diré lo que voy a hacer". Se golpeó las rodillas con las manos. "Voy a dejar de contar más historias sobre ti y Stacey Davenport por el momento."

Le invadió una oleada de alivio. Al menos podría ganar puntos con Stacey por llevar su Batcape y conseguir que Harper se echara atrás. Sintió una oleada de triunfo. "Gracias, Melanie."

Ella movió la cabeza. "En absoluto. Y no es mi estilo habitual destacar lo que vale la pena, pero he oído que estás haciendo cosas de chico bueno. ¿Te importaría comentar el programa en el que tú y Gómez estáis trabajando para jóvenes desfavorecidos cerca de Cub Run?"

Óscar se miró las palmas de las manos, frotando con el pulgar la línea de la vida. Se quedó pensativo un momento. En aquel momento, era una buena historia para ganarse a Stacey y una buena tapadera para intentar que el gobernador le cediera una parte del parque estatal. Pero con Stacey probablemente volviendo a Los Ángeles y Louie Gómez yendo a la cárcel, si no acababa antes en el infierno, no había muchas razones para seguir fingiendo. Además, no tenía dinero para hacerlo. Pensó que lo mejor era anunciar la desaparición del proyecto en lugar de dar publicidad a una decepción mayor más adelante. "Varias cuestiones han complicado la situación, y no estoy seguro de hacia dónde va en estos momentos. Habrá que esperar. No le des bombo todavía. Ya os contaré".

"Interesante".

Oscar se levantó. "Gracias, Melanie. Tengo que irme. Y sí, ha sido un placer". Oscar se dio la vuelta para marcharse.

"Sólo para que lo sepa: aunque el señor Gómez pueda tener un motivo oculto, la pista que me dio sobre Davenport no carece de fundamento. Voy a investigarlo. Usted se libra, pero su

amiga va a ser objeto de mi escrutinio".

Se dio la vuelta. "Oh, vamos, Melanie. Gómez está amargado y te envía a hacer algún recado inútil, con la esperanza de encontrar algunas fotos de ella desnuda flotando por internet o algo así. Necesita material de chantaje para que ella retire los cargos. No vas a encontrar nada".

Se encogió de hombros. "Puede que no. Pero me va a pagar bien por comprobarlo. Tengo que ir con él".

Le dio un vuelco el corazón. Esperaba darle a Stacey sólo buenas noticias, pero tener a una columnista de cotilleos persiguiéndote era cualquier cosa menos liberador. Se dio la vuelta y se marchó.

Oscar llegó a la mansión y esperó en el salón, armado con una caja de bombones y su deslumbrante sonrisa. Esperaba que al menos uno de ellos fuera la golosina que Stacey estaba buscando.

Stacey se coló por una de las puertas dobles del otro lado de la habitación. "Hola, Oscar."

Su tono era apático. No era una cálida bienvenida, pero tampoco gritaba. Oscar se conformaría con la indiferencia como una pequeña misericordia.

Dejó que su sonrisa iluminara la habitación mientras sostenía los bombones hacia delante. "Dulces para mi..."

"No me vengas con esa mierda de 'dulces para mi dulce', 'miel para mi dulce'. No estoy de humor". Se sentó en el sofá, con los labios en un puchero. A pesar de su actitud agria, estaba monísima nadando en una sudadera con capucha rosa fluorescente de Under Armor y pantalones de chándal a juego.

Oscar se sentó a su lado y le tendió la caja de bombones. "¿Te animaría uno de estos?"

"Te diré lo que me animaría". Le cogió la caja, arrancó el envoltorio y quitó la tapa. Su dedo pasó de una pieza a otra hasta que sacó una larga y oscura del centro. "Si Louie Gómez apareciera muerto en una zanja".

"¿El informe no va tan bien?"

"Ha contratado a Brad Rosen como su abogado. Es un pez gordo con mucho poder, muy sofisticado, muy caro y un abogado defensor condenadamente bueno. Pero está malgastando su dinero". Se metió el caramelo en la boca.

"¿Oh?" Oscar se animó. "Entonces, ¿va bien? Te lo vas a pillar, ¿no?"

"No, tengo algunas drogas, pero ninguna de las grandes todavía. Gómez se está gastando un montón de pasta en un traje caro cuando un abogado de oficio de primer año podría librarle". Miró a Oscar con el ceño fruncido. "Por cierto, ¿dónde demonios está? Se supone que está contigo".

Oscar le apretó los labios con el dedo. "Olvídate de Louie. Los dos sabemos que nunca fui el tipo de niñera, y él no va a ir a ninguna parte. Si tiene un abogado defensor de primera, se imagina que saldrá libre de todos modos, ¿no? Así que no va a hacer un revoloteo de medianoche".

"Oh, sé que tienes razón. Sólo quería torturarte por mentirme".

"Entonces déjame compensarte. Quédate por aquí, Stacey. No quiero que vuelvas a Los Ángeles".

"No tengo nada aquí."

"Me has pillado".

"¿Me estás pidiendo que renuncie a un yate de veinte millones de dólares para quedarme

aquí a ser una mamá del alcohol ilegal?".

El enfoque directo no funcionó. Obviamente necesitaba más delicadeza. Dios, era un trabajo duro. Oscar rebuscó en la caja, sacó un bombón con forma de tortuga y se lo metió en la boca. "La buena noticia es que he hablado con Melanie Harper. Ya no va a informar sobre nosotros".

"Bien. Gracias, Oscar".

Asintió con la cabeza. "Claro. Sin embargo, sigue interesada en por qué dejaste Los Ángeles tan de repente".

Sus ojos se tensaron. "¿Qué coño le importa a ella?"

Se levantó del sofá.

"Escúchame", suplicó Oscar. "Louie la puso a ello. Le está pagando para que encuentre alguna razón escandalosa por la que estás aquí y no ahí fuera. Cree que tienes un oscuro secreto, tal vez ilegal, probablemente sórdido. Pero sea lo que sea, tiene la intención de encontrarlo. Stacey, no voy a juzgarte, y puedes contarme cualquier cosa. No hará ninguna diferencia en lo que siento por ti. Pero si estás ocultando algo que Gómez puede utilizar para destruirte, no te equivoques, lo hará. Es despiadado y no se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere. Si tienes algo que ocultar, dímelo ahora y quizá pueda ayudarte".

"¡Por el amor de Dios! Así que dejé mi último trabajo y me mudé aquí. ¿Cuál es el problema? Cielos, déjame en paz, ¿quieres? Y en cuanto a esa perra reportera, ya lo veremos. ¿Qué interés tendría en mí si fuera un trabajo por el que nunca le pagarían?"

Capítulo 38

Eran las nueve de la mañana del lunes y Oscar hojeaba las páginas del Louisville Courier-Journal. Melanie Harper llevaba más de una semana con el caso y no había publicado ni una palabra sobre Stacey. Respiró aliviado. Era evidente que no había encontrado nada y el tiempo se agotaba. Le había dado a Stacey la oportunidad de confesar cualquier secreto que pudiera afectar a su relación y ella había dicho que no había nada que contar. Parecía que decía la verdad, y eso significaba más para él de lo que nunca debería haber significado.

Louie apareció en el extremo del sofá, vestido con un traje gris a rayas de Armani. "¿Qué hay en la agenda para hoy?"

"Tu juicio empieza mañana. ¿Tienes algo que hacer antes?" preguntó Oscar.

"Sí, mucho". Louie golpeó con su bastón el extremo del sofá. "Así que en marcha. Tengo que recoger los planos del arquitecto y llevárselos al gobernador. Luego tengo que atender unos asuntos en mi oficina del centro".

"¿Quieres un chófer?"

"Chófer con una guarnición de niñera, ¿no era ese el criterio de la Srta. Davenport?"

Oscar estaba harto de que le dijeran lo que tenía que hacer. "Yo no, estás por tu cuenta. La última vez que estuve en West Louisville, me arrestaron y me confiscaron el camión".

Louie sonrió. "Es un barrio duro. Por eso me gusta. Es fácil ser invisible allí, y no recibo muchas visitas no deseadas".

Oscar cerró el periódico. "Le diré a Johnny que te deje en tu oficina mientras voy al rancho. Tengo algunas cosas que hacer para las carreras del próximo sábado".

Louie sonrió satisfecho. "Nos vas a poner a mí y a No-Pulgares en el mismo coche. Eso será interesante".

"Como dijiste, es un barrio difícil. Será un músculo extra".

A pesar de sus protestas, Oscar se encontró conduciendo para Gómez, pero se mantuvo firme en que sólo iría a los lugares agradables. Johnny sería el conductor de la excursión a West Louisville.

Tras recoger los planos del arquitecto, llegaron a la mansión, donde Conrad les recibió.

"¿Quién recibirá hoy el placer de tu visita, Oscar?" Preguntó el mayordomo.

Louie dio un paso adelante. "No es el placer de Oscar del que se van a beneficiar. Dígle al gobernador que Louie Gómez está aquí para verle".

Conrad se quedó rígido. "Veré si está disponible".

"Si no está disponible, dile que le convendría *ponerse* así".

Una vez que Conrad se fue a buscar al gobernador, Louie se acomodó en su casa, dio la vuelta a un jarrón que estaba sobre un pedestal de mármol y miró el fondo.

"Es un bonito antro, ¿verdad, Oscar? No me importaría tener un sitio así".

"Pensé que estabas más cómodo en West Louisville".

"Por negocios. Esto sería por placer. ¿Tomamos un whisky mientras esperamos?"

"No podemos irrumpir aquí y bebernos el whisky del gobernador", protestó Óscar.

"Claro que sí". Hizo un gesto a Oscar para que le siguiera al salón. "Judd y yo somos viejos

amigos. Sé dónde guarda las cosas buenas". Se acercó a un aparador con numerosas botellas de licor a la vista, observando la selección con sutiles gemidos de indecisión. "Ah", exclamó finalmente. "Aquí está. Un Laphroaig de dieciocho años. Me vendrá muy bien". Louie se sirvió uno. "¿Oscar?"

"Ni siquiera es mediodía. No, gracias".

Louie levantó su vaso. "Como quieras".

Oscar tomó asiento en el sofá mientras Louie daba vueltas por la habitación, escrutándolo todo, desde las figuritas de porcelana de Lladro hasta la vasta colección de libros de la estantería empotrada.

El gobernador irrumpió, con aspecto nervioso. "Caballeros, ¿qué les trae a mis dominios?"

Louie agitó los dibujos enrollados. "Tengo algo que querrás ver, Judd -¿o debería dirigirme a ti como Gobernador, ya que se trata de un asunto de negocios?"

"Mis reuniones de negocios se celebran sólo con cita previa, Sr. Gómez. Llame a mi secretaria para ver cuándo estoy disponible. Ahora, si me disculpa, estoy muy ocupado hoy. Que tenga un buen día". Hizo un gesto brusco con la cabeza. "Conrad le acompañará". El gobernador se volvió para marcharse.

"Yo no me despediría tan rápido si fuera usted, Gobernador. Pero como acaba de hacerlo, y como me ofendo con facilidad, hagámoslo personal. Tengo algo más en la agenda". La amenaza en la voz de Louie era evidente.

Davenport se giró, con los labios apretados. "Te doy dos minutos, Gómez, luego te vas". Davenport dirigió su siguiente dardo a Oscar. "¿Eres parte de esto?"

"No, señor." Dijo Oscar, empezando a levantarse.

Louie le hizo un gesto con la mano. "Está bien, Oscar. Puedes quedarte. Ya que somos socios, puedes oír esto". Louie levantó su vaso. "¿Quiere un poco de su whisky, Gobernador? Le reconfortará".

"Te queda un minuto y medio. ¿Qué quieres?"

"Como hemos discutido, dos acres de Harris State Park. Eso es lo que quiero". Levantó los dibujos que tenía en la mano. "Lo tengo todo trazado aquí. Si alguna vez se construye o no es una cuestión diferente. Tendremos que ver qué pasa una vez que tengamos los cimientos excavados".

Davenport se puso de pie con las manos a la espalda. "Aún no he tenido ocasión de decírtelo, pero voy a cancelar el proyecto. Es demasiado complicado y, francamente, no veo por qué Oscar y tú no compráis otro terreno y construís allí. Pero Harris está fuera de los límites. Y esa es mi última palabra".

"No, Judd, no lo es. El terreno que necesito es específico para el proyecto, y he aquí por qué". Louie cerró la brecha entre él y Judd. "Tu hija, y su presencia aquí, ha despertado mi interés. Tanto que he contratado a un ambicioso periodista para que investigue un poco. Y lo que ha encontrado es oro puro". Louie sonrió satisfecho. "Y no te creerías la ironía de esa afirmación".

Oscar se metió en medio de lo que era claramente una situación a punto de irse de las manos.

Louie continuó hablando. "Aparentemente la Srta. Davenport tiene bastante temperamento. Yo mismo lo he presenciado cuando casi me ataca, pero supuse que tenía problemas femeninos".

Davenport intervino, mirando fijamente a Louie. "Cuidado, Gómez. Estás pisando hielo fino".

Louie se enfrentó a Davenport sin inmutarse. "La señorita Davenport tuvo que quedarse de

brazos cruzados mientras un hombre al que había procesado por abuso de menores se libraba por un tecnicismo. De hecho, el caso fue desestimado por el juez gracias a la información que obtuvo ilegalmente. Debería haber sabido que no debía interrogar a un detenido al que no se le habían leído sus derechos Miranda".

El rostro del gobernador se tensó. Habló con los dientes apretados. "¿De dónde has sacado todo esto?"

"Oh, no ha sido fácil, pero con los contactos adecuados se puede conseguir todo lo que se quiera, como usted bien sabe, Gobernador. Y enhorabuena. Hiciste un encubrimiento impresionante. Le felicito".

"¿De qué está hablando?" preguntó Oscar.

Davenport hizo caso omiso de lo que decía Louie. "No le hagas caso. Dice tanta mierda que necesita un Imodium para callarse".

Louie se volvió hacia Oscar. "Te habrás dado cuenta de las tendencias violentas de tu novia, ¿verdad?"

Oscar no podía colaborar en la valoración que un conocido criminal hacía de su novia delante del padre de ésta. No había puntos válidos en su defensa, así que tomó la única otra opción: mentir entre dientes. "No puedo decir que me haya dado cuenta". Por el rabillo del ojo, vio a Judd sonreír en señal de aprobación.

"Entonces has tenido suerte. Volviendo al problema de Los Ángeles, al parecer, la señorita Davenport acechó fuera de la casa del hombre absuelto y le dio una paliza con una barra de hierro. No pudo meterlo en la cárcel, así que lo dejó en coma".

Oscar se quedó boquiabierto. "¿Qué? No hablas en serio".

"Oh, sí, desde luego que sí".

Davenport se quedó con cara de piedra.

"Por suerte para ella, el policía que tomó declaración a la víctima -es decir, el propio pervertido, que ahora yacía en el hospital- estaba loco por la señorita Davenport. Así que, en lugar de detener a un fiscal de Los Ángeles que estaba impartiendo justicia a un hombre que se la merecía, lo encubrió. Los informes desaparecieron, y se aconsejó a la Srta. Davenport que no estuviera cerca cuando la mierda golpeará el ventilador. Entonces comenzó un encubrimiento del que Richard Nixon se habría sentido orgulloso, y Judd estaba en el centro del mismo. ¿Es eso correcto, Gobernador?"

"No sé de dónde has sacado esto, Gómez, pero es la mayor historia de gilipollas que he oído nunca".

Louie dejó la copa y se paseó por la habitación. "Melanie Harper ha valido cada céntimo. Habló con Kenny Huber, que estaba al tanto de los cotilleos de la cárcel, y un fiscal siempre es tema de conversación en este antro. Kenny se lo contó todo a la señorita Harper. Ahí es donde lo conseguí. Sin embargo, probarlo en un tribunal sería caro, llevaría mucho tiempo y sería problemático. No se equivoque, estaría dispuesto a invertir en esas cosas para ver que se haga justicia, pero si trabajamos juntos, podría estar más inclinado a aceptar las cosas desde la perspectiva de su pequeña. ¿Es una heroína o un horror? Eso es lo que tengo que decidir antes de ir a la policía y hacer esto oficial. De momento, es sólo entre el periodista y nosotros. Tengo las palmas de las manos tan secas". Se frotó las manos. "Es la edad, ¿sabes? Un poco de grasa marcaría la diferencia".

"Eso no tiene ningún sentido". Oscar inyectó, todavía tambaleándose de lo que Louie les había dicho. "¿Cómo pudo Stacey simplemente irse y venir a Kentucky sin un juicio si hizo todo eso? Y difícilmente mantiene un perfil bajo aquí".

"Colusión, mi querido muchacho." Louie inclinó la cabeza hacia Davenport. "Judd es buen amigo del gobernador de California. Juntos, y con la ayuda de unos cuantos policías, la pervertida víctima fue objeto de un violento atraco por parte de un autor desconocido. Sin embargo, Stacey suponía un riesgo. Se acordó que abandonaría California para evitar la línea de fuego. ¿Qué mejor manera de encubrir sus fechorías que poniéndola al lado de un gobernador? ¿Quién podría acusar a un asesor gubernamental de crímenes violentos?"

Oscar se quedó mirando con incredulidad.

"Por supuesto, Melanie y yo tuvimos que rellenar algunos huecos nosotros mismos". Sacudió la cabeza mientras sonreía. "Te lo digo, esa chica perdió su vocación. Es toda una Columbo. ¿Me he dejado algo, Gobernador?"

El gobernador le miró a los ojos. "¿Qué quieres?"

"Quiero una absolución-no, no, eso no es cierto. Quiero un sobreseimiento total antes de que empiece el juicio. Eres bueno amañando el sistema legal, ¿eh, Judd?"

"Esa no es mi decisión".

"Yo diría que su hija tiene una enorme deuda de gratitud con usted. Una vez que le presentes las pruebas, estoy seguro de que podrá encontrar motivos para un despido."

El gobernador endureció su mirada. "Si hago que esto desaparezca, ¿cómo sé que no vas a publicarlo de todos modos?"

"No quiero desprestigiarlo, Gobernador. Ni a su hija. Eso no me interesa. De hecho, me gustaría que tuviéramos una relación larga y próspera. Tú me mantienes fuera de la cárcel, y yo te mantengo a ti y a Stacey fuera de los periódicos y en esta encantadora mansión". Abrió los brazos de par en par. "¿Qué dices, Judd?"

El gobernador le evaluó. "¿Y se supone que debo depositar mi confianza en un gángster y un columnista de chismes?"

Louie levantó la mano en señal de juramento. "Soy un hombre de palabra. Hice un trato con la señorita Harper que tengo la intención de cumplir, y ahora estoy haciendo uno con usted. Acepté pagarle generosamente para que *me* informara *a mí, no* al público. Sin embargo, si me encuentro en la cárcel, ella publicará todos los detalles sórdidos, y estoy seguro de que la señorita Davenport será llevada ante un gran jurado, junto con cualquier co-conspirador."

"Si te consigo el despido, ¿eso es todo?"

"No, sigo queriendo el Parque Estatal Harris". Louie se acercó y pasó el brazo por encima del hombro de Oscar. "Oscar y yo tenemos que construir una instalación para niños". Miró su reloj. "Le pido disculpas, Gobernador. He tardado mucho más de los dos minutos que amablemente me ha concedido. Le dejaré los dibujos para que los apruebe".

Judd echó un vistazo a los dibujos enrollados sobre el mostrador. "Les echaré un vistazo".

"Espléndido. Y ahora, tengo algunos asuntos que atender antes de mi gran día. Tengo que estar en el juzgado por la mañana, por si no te has enterado. Sin embargo, soy optimista y creo que será el único día que tenga que pasar allí". Sonrió y guiñó un ojo al gobernador, luego dio un codazo a Oscar. "Deberíamos irnos. Gracias, Gobernador. Estaré en mi despacho más tarde, por si tiene alguna pregunta. Hasta luego".

Louie levantó la mano saludando hacia atrás mientras Oscar y él se marchaban.

El gobernador se acercó al armario de los licores, cogió la botella de Laphroaig y se sirvió un trago, uno grande.

Conrad apareció tras una cortés llamada. "Será mejor que se prepare para su reunión de la una, señor".

"Sí", suspiró Davenport. Se llevó el vaso a los labios, echó la cabeza hacia atrás y se bebió

el whisky de un trago. Señaló a Louie mientras su figura desaparecía por el pasillo. "Si ese hijo de puta vuelve a aparecer, dispárale".

Capítulo 39

Los ojos de Oscar se movían entre la carretera y Louie mientras avanzaban a toda velocidad por la interestatal. Louie no parecía darse cuenta de las miradas robadas. Estaba sentado limándose las uñas mientras conducían.

Oscar no pudo aguantar más.

"¿Acabo de presenciar cómo chantajeas al gobernador?"

"No sea absurdo. Me limité a sacar a la luz una indiscreción que podía destruir su carrera y enviar a su preciosa hija a la cárcel. Era mi deber cristiano poner de relieve el error de sus caminos. Si, a cambio de mi silencio, se esperan algunos favores del gobernador, que así sea". Louie se revolvió en su asiento. "¿Por qué, cuando yo manipulo el sistema en beneficio propio, se llama 'criminal', y cuando gente como Judd Davenport hace algo parecido, se llama 'política'?"

Louie le dejó reflexionar un momento.

"¿Pero por qué tuviste que meter a Stacey en esto?"

"Sólo estás cabreado porque puse en peligro tu llamada de sexo". Louie se rió. "No seas tan ingenuo. Esta situación es culpa suya. Si ella no hubiera traído todo esto sobre mí, ella no habría levantado un blip en mi radar. Tendrá su merecido".

Oscar había aprendido la lección y se lo pensó mejor antes de meterse con Louie. Pero tenía que haber alguna forma de evitar que causara dolor.

Cuando llegaron al rancho de Roscoe, Johnny estaba allí esperando. Louie se subió a la parte trasera del Lincoln Continental como si fuera la realeza con chófer.

"Ustedes dos jueguen limpio", les aconsejó Oscar. Luego los dos se fueron a West Louisville.

Oscar fue a la pista de prácticas, donde su padre y Roscoe estaban viendo entrenar a su nuevo purasangre. Ni siquiera oír los pesados cascos golpeando rítmicamente la tierra le excitó como lo haría normalmente.

Cuando el caballo cruzó la línea de meta, Roscoe hizo clic en el cronómetro. "Santo cielo, Tyler. Tenemos un ganador de la Triple Corona. Ese caballo es material de trofeo. ¡Yahoo!"

"Sí, está en plena forma. No puedo esperar a verlo en acción". Tyler miró por encima de su hombro. "Oh, hola, Oscar. ¿Cómo te va?"

Se encogió de hombros. "Podría ser mejor".

"¿Cómo está Charlotte?" Roscoe preguntó.

"¿Te refieres a Stacey?"

"Lo que sea."

"Ahora está bien, pero no por mucho tiempo. Su vida está a punto de dar un vuelco".

"Pasa todos los meses, cariño. Se le pasará. Sólo dale espacio".

"Es más serio que un calambre, abuelo. Louie Gómez va a destrozar su vida, y la mía. Y el gobernador también está en problemas".

Roscoe arrugó la frente. "Te dije que te mantuvieras alejado de ese hijo de puta de los bajos fondos. ¿Qué ha hecho ahora?"

"Stacey tiene mal genio, y eso hizo que la echaran de la oficina del fiscal en Los Ángeles. Perdió un caso por usar pruebas inadmisibles. El violador de niños que intentaba encerrar salió impune, así que ella lo golpeó con una barra de hierro. Entonces papi hizo lo que hacen los papis cuando tratan de proteger a sus seres queridos, y hubo un encubrimiento. Louie lo descubrió y lo está usando contra los Davenport para que le retiren el caso. Y aún quiere el Parque Estatal Harris".

Roscoe se rió entre dientes. "No me digas que está continuando el legado de su padre y tratando de encontrar ese oro enterrado. Era una buena historia en el setenta y cuatro, pero si sigue buscándolo después de todos estos años, debe querer encerrarse en la granja de los graciosos".

"Bueno, tiene al gobernador donde quiere y me está usando a mí y al parque de polo como trampolín para empezar a cavar".

Tyler dirigió su atención a su suegro. "¿Estás seguro de que no hay oro enterrado por ahí?"

"Si lo hubiera, lo habrían desenterrado mucho antes. Además, Héctor Gómez dijo muchas tonterías y sólo intentaba engañarme. Olvídalo. Me preocupa más que Gómez Junior consiga echar a Judd de su cargo. Está muy cerca de firmar las nuevas leyes de apuestas. Eso sería mucho más beneficioso que buscar lingotes de oro míticos".

"Mi siguiente pregunta es: '¿Dónde me deja eso a mí?' preguntó Óscar.

Tyler frunció una ceja. "¿Cómo es eso?"

"Una vez que Louie consiga el parque estatal, ya no me necesita. A menos que vaya a chuparme esos ciento veinte mil. Y al paso que van las cosas, Stacey irá a la cárcel o volverá a Los Ángeles a tomar el sol en el yate de Jett Johnson. Y quién sabe qué pasará con el gobernador". Se dio un puñetazo en la mano. "¡Maldito Louie Gómez!"

"¿Dónde está ahora?"

"Johnny lo llevó a su oficina en West Louisville".

"Eso es en la calle Front, ¿no?"

Oscar asintió. "Justo al lado de la escuela abandonada".

"Lugar duro", señaló Roscoe.

Tyler hinchó el pecho. "No me gusta que la gente se meta con mi chico ni con su elegante pieza. O con el gobernador al que intentamos manipular. Quizá West Louisville haga honor a su reputación. En esa parte de la ciudad pasan muchas cosas malas".

Roscoe sonrió. "No sería una justicia irónica".

El gobernador se sentó en la silla junto al escritorio de Stacey.

"¿En qué estás trabajando?", preguntó.

"Tratando de encerrar a Louie Gómez. No va a ser fácil, especialmente cuando tiene a Brad Rosen como abogado, pero tal vez podamos hacerlo si podemos establecer la historia que muestra que ha sido un bastardo deshonesto toda su vida."

El gobernador se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz. "Lo sabe".

"¿Quién sabe qué?"

"Louie Gomez. LA. El peado. La barra de hierro. El encubrimiento. Su repentina aparición en Kentucky... todo".

"¿Qué? Tienes que estar bromeando. No puede. No es posible. Dijiste que te habías encargado de todo. ¿Cómo demonios podría saber eso? Es un mentiroso de mierda. No puede..."

"Stacey, créeme, él lo sabe. Pidió a esa reportera que investigara y me habló de sus

hallazgos. Eran bastante precisos".

"¿Y qué demonios hacemos ahora?"

"Quiere un despido por su silencio".

"¿Qué tal una bala en la cabeza por su maldito silencio?"

Judd se puso las gafas. "Y quiere algo más que un despido. Quiere tierras del Estado, y después de eso, estoy seguro de que querrá más favores de la oficina del gobernador. Mientras sigamos jugando, mantendrá la boca cerrada".

"En otras palabras, nos está chantajeando. Vamos a vivir en su bolsillo".

Asintió con la cabeza. "Eso parece".

"Bien. Escribió en su bloc de notas. "Lo añadiré a los cargos que estoy preparando para presentar al gran jurado. Mientras tanto, pretendo sacarlo de las calles por intento de distribución".

El gobernador puso su mano sobre la de ella, impidiéndole escribir. "Si va a la cárcel, Melanie Harper tiene órdenes de publicar la historia. Stacey, lo perderemos todo".

Le quitó la mano de encima y golpeó el escritorio con el bolígrafo. "¿Así que eso es todo? ¿Se supone que tenemos que darnos la vuelta y dejar que ese canalla vuelva a la sociedad y arruine más vidas? Esto es una mierda".

"Sé que lo es, cariño, pero ¿qué otra opción tenemos? Si esta historia sale a la luz, ambos acabaremos en la cárcel. Te pido, te ruego, por el bien de los dos, que abandones el caso. Encuentra una causa legal para el sobreseimiento. Haz que desaparezca por el momento. Encontraremos otra forma de atrapar a Gómez, sólo que la próxima vez, lo detendremos para siempre".

Stacey negó con la cabeza. "No puedo hacerlo. Rob Brown está presionando a toda máquina, y tengo que estar a bordo con él al cien por cien."

El gobernador se levantó. "Stacey, si procesas a este hombre, nos hundiremos todos". Se dio la vuelta y salió de su despacho.

Stacey golpeó el escritorio con el bolígrafo, mirando fijamente a la pared. "¡Hijo de puta!"

Capítulo 40

Los conductos metálicos del techo traqueteaban mientras expulsaban aire fresco para combatir la humedad de la tarde. A las siete en punto, Louie seguía en su despacho, en la oficina de su almacén, revisando papeles y evaluando cuánto valía su imperio.

Se balanceó en su sillón de cuero, que crujía con cada movimiento de vaivén. Al detenerse, extendió el brazo izquierdo hacia delante, se agarró el codo con la otra mano y se lo pasó por el pecho. Repitió el ejercicio con el derecho antes de volver a balancearse. Inclinandose hacia delante, cogió un bolígrafo del escritorio de cristal y garabateó un recordatorio para sí mismo: *D-40*.

Dejando a un lado la lista de la compra, volvió a sus asuntos. Deslizó el dedo por la página del libro de contabilidad. Mientras su patrimonio neto aumentaba semanalmente, su imperio crecía hasta los siete dígitos, rozando los ocho. Bien por él. Tal vez no fuera tan bueno para sus clientes, pero no le importaba aprovecharse de la desgracia ajena.

Se detuvo para admirar el póster que había en la pared frente a su escritorio. Mostraba a P. T. Barnum de pie con su bastón apuntando a la Gran Carpa, con la frase *There's a Sucker Born Every Minute (Nace un tonto cada minuto)* estampada en la parte superior.

Louie sonrió. "No es esa la verdad."

Volvió al trabajo y tecleó una serie de cifras en su enorme calculadora. Su sonrisa creció.

La puerta del almacén de la calle Front se abrió en silencio. En el aire flotaba un olor rancio a polvo y telarañas. Un intruso entró, deteniéndose brevemente para apreciar las altas ventanas que reflejaban fragmentos de los últimos rayos de sol del día.

El vecindario era motivo de preocupación. ¿Seguiría allí el vehículo para la huida? Era una posibilidad al cincuenta por ciento, pero había que correr el riesgo por el bien común.

El intruso hizo una pausa, buscando algo de seguridad en sí mismo. *Era lo que había que hacer.*

El mundo sería un lugar mejor gracias a ello. Mucha gente se beneficiaría y se eliminarían innumerables amenazas. El método de los justicieros simplemente eludía un sistema legal que ya estaba atascado y garantizaba que se hiciera justicia sin retórica. No sería la primera vez que ocurría algo así.

El intruso subió por la escalera, empuñando una pistola con una mano mientras con la otra rozaba el pasamanos. Las zapatillas chirriaban contra los peldaños metálicos.

En el rellano, el intruso apretó el arma y se movió rápidamente para aplastarse contra la pared. La puerta del despacho de Louie estaba entreabierta. El peso del arma confirmó que el destino estaba en sus manos. La puerta se abrió de un empujón y dejó ver a Louie Gómez sentado en su escritorio. Dos pasos más y podrían mirarse a los ojos.

El intruso dio esos pasos.

Louie levantó la vista. "¿En serio?" Louie señaló la pistola del asaltante. "Supongo que es tu manta de seguridad. No te culpo". Fingió un escalofrío. "Este es un barrio peligroso. Nunca se es demasiado precavido".

"Cállate. Has causado mucho dolor a mucha gente durante muchos años. Pero te has metido con la gente equivocada. Es hora de que termine".

Louie sonrió y se reclinó en su silla. "Nada se acaba hasta que yo digo que se acaba. Y no

hay ninguna señora gorda cantando".

Un chasquido inconfundible llenó el almacén con el sonido de una muerte inminente. "¿Ah, sí? Escucha esto para una melodía".

Sonó un disparo.

La sangre rezumaba del agujero de bala en medio de la frente de Louie. Su cabeza cayó hacia delante, la barbilla inmóvil contra el pecho, la vida succionada de su cuerpo.

El humo salía del extremo del barril y se perdía en los rincones desconocidos del almacén.

"Ella está cantando ahora, hijo de puta."

El intruso se dio la vuelta y bajó corriendo las escaleras sin preocuparse por hacer demasiado ruido. Un disparo sería paralelo al ladrido de un perro en este barrio. Dirigiéndose a la entrada, un vistazo a la puerta confirmó que la calle estaba tan sin vida como el cuerpo de Louie Gómez. El ritmo cardíaco del asesino se disparó. La huida era más peligrosa que apretar el gatillo.

El asesino salió del edificio y se giró hacia el coche de huida.

Una pandilla de jóvenes bajaba por la calle, uno de ellos botando una pelota de baloncesto.

El asesino se hizo a un lado, con la cabeza gacha, intentando pasar desapercibido.

El *tintineo* del rebote de la pelota de baloncesto se hizo más fuerte a medida que la banda se acercaba.

"... y te digo que voy a fumarte el culo."

"No estás fumando una mierda, hermano. Llevaré tu culo al aro todos los días de esta semana. Vas a recibir una buena lección".

"Fast break", gritó uno de ellos.

El asesino echó mano a la pistola, pero se detuvo cuando la banda rompió a correr hacia el otro lado de la calle, hacia la cancha de baloncesto.

Falsa alarma. El asesino se quedó quieto un momento, inspirando a fondo, liberando la tensión de casi pasar de justiciero a asesino de masas en cuestión de segundos.

A diez pasos del vehículo, el asesino pulsó el llavero para desbloquearlo y cruzó la acera. Una vez a salvo en el interior del vehículo, los nervios se calmaron. Con un movimiento de la llave, el motor no tardó en rugir.

Satisfecho de haber hecho justicia, el asesino puso la palanca de cambios en marcha y se alejó del bordillo.

Misión cumplida.

La vida podía empezar de nuevo.

Capítulo 41

Oscar se despertó agarrándose la cabeza. Quizá fue el último bourbon. O el anterior... o el anterior... Estar en un accidente de moto sin casco sería una mejora respecto a cómo se sentía. Cogió el vaso de agua de la mesilla de noche y se bebió tres cuartas partes del contenido de un trago. Dejó escapar un suspiro de alivio, aunque el respiro le duró poco. Se agarró al edredón, se lo puso alrededor del cuello y volvió a acurrucarse en la cama.

Abrió los ojos de golpe. Miró el reloj digital de la cómoda. 8:32.

"¡Mierda!" Salió de debajo de las sábanas, saltó de la cama y corrió al baño. Se examinó en el espejo, pasándose las manos por la cara. Estaba áspero, pero sólo tenía veintiocho minutos para llegar al juzgado. No había tiempo para afeitarse. Cogió el cepillo de dientes del soporte de la pared, se echó dentífrico y se frotó la boca durante veinte segundos.

Se mojó el pelo bajo el grifo, se lo secó rápidamente con una toalla y se apresuró a entrar en el dormitorio. Después de echarse desodorante, se puso una camisa de vestir blanca y un traje Hugo Boss, y luego una corbata morada.

Mientras se dirigía a toda velocidad al juzgado, rezó para que no le detuvieran, ya que su tasa de alcoholemia seguiría siendo cuestionable. Todo empezó con él sentado en su apartamento, pensando en lo que Louie le hizo a Stacey. Luego un trago llevó a otro.

Llegó a la sala y se coló en la fila donde estaban sentados su padre, su abuelo y Johnny Sin Pulgares. Oscar se deslizó junto a Tyler.

"¿Dónde has estado?" Tyler preguntó bruscamente.

"Me quedé dormido. De todos modos, ¿qué estáis haciendo aquí?"

"Quiero asegurarme de que mis cien mil aparecen", gruñó Roscoe. "Entonces, ¿dónde está?" Gómez no estaba en la mesa del acusado.

"Esa es una buena pregunta. ¿Dónde está?"

Tyler sonrió. "Tal vez West Louisville lo atrapó".

El alguacil se dirigió a la sala casi llena. "Todos de pie. El juez Winston Alsop preside este tribunal del condado de Jefferson".

Un hombre negro, alto y robusto, con una larga cabellera blanca, entró en la sala. Se sentó en la gran silla de respaldo alto situada detrás del estrado judicial.

"Pueden sentarse", anunció el alguacil. "Este tribunal entra en sesión por el asunto del estado de Kentucky contra Louis Charles Gómez".

El juez Alsop miró hacia la mesa del acusado. "Sr. Rosen, ¿está aquí su cliente?"

El alto y cincelado abogado se levantó. "No, Señoría, no en este momento. Me gustaría pedir un aplazamiento mientras le localizo, ya que no es propio de mi cliente estar fuera de contacto."

El fiscal Brown se puso en pie. "Señoría, pido al tribunal que pregunte al señor Oscar Novak-Chambers dónde está el señor Gómez. Como su custodio, y responsable de pagar su fianza, debe conocer su paradero." Se volvió hacia el fondo de la sala, mirando a Oscar.

"Que el Sr. Novak-Chambers se ponga en pie, por favor", ordenó el juez.

Oscar se levantó.

"¿Dónde está el Sr. Gómez?"

Oscar cambió el peso de sus pies y se aclaró la garganta. "No lo sé, Señoría". Miró al banco de la acusación.

Stacey estaba concentrada en él. Llevaba una expresión anodina que Oscar no supo leer. Se encogió de hombros con impotencia.

"¿Comprende las repercusiones de que el señor Gómez no se presente?", preguntó el juez.

Oscar estaba en un montón de mierda. Así lo entendió. "Creo que sí, Señoría". Miró al juez suplicante. "Sé que el señor Gómez estaba a mi cargo, pero me dio esquinazo. Estábamos en mi piso y, cuando estaba de espaldas, me noqueó y desapareció. No fue culpa mía. Cometió otro acto delictivo, así que no creo que deba renunciar al dinero. Actué de buena fe".

El juez frunció el ceño. "Señor, a este tribunal no le importa su fe. Lo que le importa a este tribunal es el Sr. Gómez. Y si el señor Gómez no se presenta, su fe, o la falta de ella, se convierte en dinero del Estado".

La puerta de la sala se abrió. La galería se volvió hacia la interrupción. El agente Emmitt Dewsbury entró y se dirigió a la isla principal. "Señoría, ¿puedo acercarme al estrado?".

"No, no pueden. Estamos tratando de llevar a cabo un juicio".

"Tengo información pertinente para el juicio que intenta llevar a cabo, Señoría", insistió Emmitt.

El juez Alsop suspiró. "Muy bien." Movié los dedos, indicando a Emmitt que avanzara.

Emmitt se paró frente al banco. Los dos hombres agacharon la cabeza en una conversación privada. Emmitt se apartó por fin.

El juez recorre la sala con la mirada. "Señoras y señores, parece que tenemos una situación interesante entre manos. El Sr. Gómez ha sido encontrado muerto".

Los jadeos expulsaron el aire de la habitación.

Johnny miró el suelo bajo sus pies. "Hijo de puta", murmuró.

Tyler esbozó una media sonrisa. ¿Se había cumplido su premonición?

Roscoe susurró a Tyler. "Debería recuperar mis cien de los grandes, ¿verdad?"

Oscar cerró los ojos, sujetándose los lados de la cabeza con las yemas de los dedos.

Stacey garabateó en un papel y se lo pasó a Rob Brown. *Parece que hemos ganado.*

El gobernador estaba sentado en una reunión en el Capitolio, mirando repetidamente el reloj. Stacey tenía instrucciones estrictas de llamarle en cuanto concluyera el primer día de juicio y ponerle al corriente de lo sucedido. Ya estaba nervioso, y sólo habían transcurrido diez minutos de la vista.

Conrad estaba en la cocina, preparando una taza de té, preguntándose cómo sería su vida si ya no trabajara para los Davenport.

Capítulo 42

Melanie Harper se paseaba por el pulido suelo del Capitolio para reunirse con el gobernador, a petición de éste. Le resultaba extraño que, en cuanto Louie Gómez apareció muerto, recibiera una llamada para reunirse con el hombre cuyos trapos sucios tenía en el cesto. No debería haberle sorprendido recibir una llamada de la oficina del gobernador, pero se preguntó cómo le habrían comunicado la noticia de que ella conocía los secretos de su familia. Algo no le cuadraba. Y saber de lo que eran capaces Judd y Stacey Davenport la ponía aún más nerviosa.

Llevaba el pelo rojo recogido en una larga coleta, cuyo extremo casi tocaba sus redondeadas nalgas. Los chasquidos de sus tacones rebotaban en las paredes esculpidas, anunciando que el Bulldog de los cotilleos de Kentucky estaba en la casa. Se detuvo ante la puerta, que tenía un letrero grabado en blanco sobre marrón que decía *Oficina del Gobernador de Kentucky - Judd Davenport*.

Respiró hondo, se puso los bajos de la chaqueta azul marino y entró.

La recepcionista levantó la vista. "Usted debe ser la Srta. Harper. Le diré al gobernador Davenport que está aquí". Cogió el teléfono y susurró en el auricular. "El gobernador la recibirá ahora". Señaló una puerta. "Por ahí."

Fue peor de lo que pensaba: la recepcionista la conoció sin presentarla e inmediatamente la hizo pasar para su audiencia con el hombre más importante de Kentucky. Al menos no tendría que luchar contra la ansiedad en la sala de espera. Melanie cruzó la puerta.

El gobernador Davenport se levantó de detrás de su escritorio con una amplia sonrisa. Extendió el brazo y se estrecharon las manos. "Señorita Harper, es un placer conocerla. Por favor, siéntese". Le indicó un asiento frente a su escritorio.

Melanie cruzó las piernas, mostrando un poco de rodilla. "Lo mismo digo, Gobernador. ¿A qué debo el placer?"

"¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Un café? ¿Un refresco? ¿Quizás algo un poco más fuerte?"

Ella sonrió. "No, estoy bien, pero gracias".

Aceptó su negativa con una inclinación de cabeza. "De acuerdo. Entonces iremos directamente al grano. La razón por la que estás aquí es la prensa. Me gustan mucho los medios, Melanie..." Se inclinó hacia delante. "¿Puedo llamarte Melanie?"

Una comisura de sus labios se levantó. Un sí obvio.

"Bien. Me gusta conocer a la gente que da las noticias y ver si hay algo en lo que pueda ayudarles para mantener informada a la gente de nuestro magnífico Estado."

Melanie se inclinó hacia mí. "Sabes que soy una columnista de cotilleos, ¿verdad? La mayoría de la gente no me consideraría una reportera, ni siquiera una periodista de buena fe".

Judd levantó la barbilla, sin dejar de mirarla. "No sé, he oído que nos has hecho una magnífica exposición a mi hija y a mí".

Se puso a ello más rápido de lo que ella esperaba. Decidió que le gustaba el gobernador. No era un tipo que se anduviera con rodeos. Eso era algo que un periodista podía apreciar.

"Me pidieron que investigara algunas cosas, sí".

El gobernador asintió. "Sí, lo sé. Y conozco los términos del acuerdo. Así que mi pregunta es: '¿Qué pasa ahora que Louie Gómez está muerto?'"

Melanie se encogió de hombros. "Esa era una vía que el señor Gómez y yo no cubrimos. Su prematura muerte me ha dejado en un dilema. Louie aún no me había pagado. Yo hice el trabajo, y créeme, fue mucho trabajo descubrir lo que hice. Cosiste unas costuras muy apretadas".

"A veces hay que hacer cosas por un bien mayor". Judd la miró fijamente, con cara de piedra.

"Así que, para cobrar, venderé la historia al mejor postor, pero no me importa quién sea".

"¿De eso se trata todo esto? ¿Dinero?"

"Tú eres quien me invitó aquí. No vine con una nota de rescate".

"Cierto". El gobernador tamborileó con los dedos sobre el escritorio. "He aquí una idea. Vender la historia al *National Enquirer*. He oído que pagan bien, y podrían publicarla junto a la historia de que Michael Jackson y Elvis Presley eran amantes homosexuales y vivían en una pirámide egipcia a las afueras de El Cairo."

Tras soltar una carcajada, Melanie le movió el dedo sin dejar de reírse. "Esa es buena, Gobernador. ¿Puedo imprimirlo?"

"Preferiría que no lo hicieras. De hecho, preferiría que no publicaras nada". Se acercó más. "Lo que Louie me recitó eran tonterías. Puede ser una buena lectura, pero publicar falsedades va contra la ley. Te aconsejo que no publiques la historia".

"Bien..." Melanie se cruzó de brazos: "Ya que estamos siendo sinceros, Gobernador, debo decir que me parece poco probable que me llame para pedirme que no publique una historia inventada. Conozco bien las leyes contra la difamación y no publicaría nada que no pudiera demostrar ante un tribunal. Así que, a menos que esté aquí para que me des tu versión de los hechos -metió la mano en su bolso grande y sacó un lápiz y un bloc de notas, pasando las páginas hasta que encontró una en blanco-, ¿por qué no me das tu versión de la historia y yo me aseguro de que los hechos están claros? Así los dos tendremos claro que no pasa nada y no publicaré nada por lo que me puedan demandar".

Davenport le sostuvo la mirada durante unos instantes, sin pestañear.

"Guarda tu libreta, Melanie. No voy a dar una rueda de prensa".

"Y no estoy pidiendo una, Gobernador. Empecemos por la razón por la que su hija abandonó California a una velocidad de vértigo para convertirse en su asesora política". Enarcó una ceja, con el lápiz preparado.

Intentó desarmarla con una sonrisa. "Tengo una idea mejor. ¿Por qué no vienes a trabajar para mí?"

Melanie giró la oreja hacia él. "¿Perdona? No he oído eso".

"Estoy buscando un secretario de prensa. Alguien que sepa hilar una buena historia para mantenerme con buena cara, incluso ante la adversidad. Alguien que pueda pintar un cuadro bonito, incluso cuando el lienzo parezca raído. Créeme, las cosas no son siempre lo que parecen. Necesito un artista de los medios. ¿Es algo que puedas hacer, Melanie?"

"¿Tendría razón al pensar que este trabajo me tendría demasiado ocupado como para hacer un seguimiento de cualquiera de mis trabajos anteriores, impidiendo que salieran en los medios de comunicación?"

Davenport asintió. "Sí, así es. Tendrías que parar todos los proyectos actuales y empezar inmediatamente".

"Es una propuesta muy interesante. Sabes, esto refuerza el caso para publicar mi historia. Quiero decir, el momento de esta oferta de trabajo, bueno, es un poco turbio". Golpeó el bloc con la punta del lápiz. "¿Hace mucho que estoy en tu lista?"

"No, sus cualificaciones me han llamado la atención recientemente".

"¿Al mismo tiempo que la muerte de Louie Gómez?"

"Y a esto me refiero. Incluso cuando las cosas no parecen ir bien, necesito a alguien que pueda darle la vuelta y hacer que el gobernador Davenport parezca un faro de integridad y decencia. No es nada turbio, son negocios. Que ciertas cosas puedan ser ciertas o no es irrelevante".

"¿Me resultaría difícil desempeñar mi papel?"

Judd se rió. "Me alegra ver que tienes lo que hay que tener. El sentido del humor es importante en este trabajo".

¿Quién bromeaba? A pesar de la tentación, se guardó sus pensamientos. Al fin y al cabo, era el gobernador. Un hombre poderoso con mucha influencia, como había descubierto en su investigación. Tal vez había llegado el momento de mejorar profesionalmente y dejar de informar sobre qué ricachón se tiraba a qué tonta. En su mente apareció una imagen de su currículum. *Secretaria de prensa del gobernador*. Tenía que valer la pena abrir algunas puertas que, de otro modo, permanecerían cerradas. Además, el dinero de su historia se agotaría enseguida. Toda noticia tiene una vida útil limitada. El dinero de los autónomos era escaso. Este sería un ingreso estable de un trabajo que infundía respeto y prestigio. Le sorprendió la oferta, pero le estaba gustando la idea.

Se removió en su asiento. "¿Cuál tendría que ser mi cualificación más valiosa?"

"Lealtad. Lealtad ciega e imperecedera".

"¿Conseguiría entradas para alguno de los partidos de los Wildcats?"

El gobernador sonrió. "Los que quieras".

"¿Caja VIP?"

"No hace falta decirlo".

"En ese caso" -Melanie se levantó y extendió la mano- "tienes una nueva secretaria de prensa".

Capítulo 43

La familia se reunió como cada 4 de julio, para la barbacoa anual de Novak-Chambers.

Era el turno de Tyler y Darcy de hacerla en su casa. A pesar de que Tyler era el anfitrión, Roscoe tomó el control de la barbacoa, como de costumbre, y tenía la parrilla caliente cubierta de hamburguesas, gruesas salchichas rellenas de salvia y cuartos de muslo de pollo. El aroma de las carnes al cocinarse flotaba en el aire, abriendo el apetito de todos.

El patio era el marco perfecto para la ocasión. Darcy había puesto la mesa con un mantel de lino, cubiertos de plata auténtica y vasos de cristal, adornada con servilletas rojas, blancas y azules y molinetes de estrellas y rayas que giraban con la ligera brisa. Los manteles individuales del Tío Sam añadían un toque de patriotismo a la ocasión.

Las mujeres -Darcy, Miriam y Juliet, la hermana de Oscar- se sentaron a la mesa y hablaron de moda, cotilleos y cualquier otra cosa de la que hablan las mujeres cuando se reúnen.

Oscar cogió una cerveza de la nevera llena de hielo y se reunió con su padre y su abuelo junto a la parrilla.

"Me alegro de haber recuperado mis cien mil dólares", dijo Roscoe.

Oscar asintió. "Sí, está bien. Tienes tu dinero, y Louie Gómez está a dos metros bajo tierra. Bien está lo que bien acaba, ¿verdad?"

"¡Oscar!" Tyler estalló. "Un hombre ha muerto. Seguramente eso no es motivo de celebración".

A Óscar le sorprendió el arrebató de su padre, pero en lugar de retarle con el contacto visual, miró el patio de piedra de Yorkshire bajo sus pies. "No sé. A Stacey Davenport le pareció buena idea que los mafiosos se liquidaran entre ellos y dejaran de atascar el sistema judicial."

"Una Valerie Vigilante normal", bramó Roscoe. "Sabía que me gustaba esa chica".

Tyler puso la mano en el hombro de su hijo. "Ahora, Oscar, esos pensamientos son poco amables. Creo que deberías confesarte el domingo y decirle al padre O'Donnell que has pecado".

Miró a su padre con incredulidad. "En primer lugar, no soy católico. En segundo lugar, tú eres el que sugirió que el destino podría ocuparse de Louie cuando volviera al extremo oeste de Louisville; incluso sonabas esperanzado".

Tyler se rió. "Entendido. Estoy de acuerdo con Stacey. Tenemos que reservar espacio en los juzgados para los adictos al crack y las prostitutas. Dejemos que los gánsters se ocupen de sí mismos".

Oscar sonrió, perplejo ante su padre. Tyler Chambers era una mina de lógica enrevesada. Alguien debería escribir un libro sobre él.

Roscoe señaló a su nieto con el vaso. "Oye, ahora que estás pinchando al ayudante del fiscal del distrito, debes de tener información privilegiada. ¿Tiene la policía algo sobre el asesinato de Gómez?"

Óscar puso los ojos en blanco. "No la estoy pinchando, abuelo".

"¿Qué te pasa, chico? ¿Tu pez no nada?" Roscoe se echó a reír. Tyler se unió.

Oscar sacudió la cabeza, una sutil sonrisa cruzó sus labios antes de ponerse serio. "Mis peces están bien, gracias. Pero no he oído nada sobre Gómez, no es que esté al tanto de ningún hallazgo antes que nadie. Stacey ha mantenido un perfil bajo. Muy bajo. No me ha devuelto las llamadas. No sé qué le pasa. Le estoy dando espacio".

"Olvida el espacio. Tienes que darle la vara de Romeo". Roscoe golpeó a Tyler en el pecho.

"¿No le enseñaste nada a este chico?"

Darcy se acercó y se apoyó en el hombro de Tyler. Su sonrisa podía iluminar medio Kentucky. "¿De qué estáis hablando?"

Tyler deslizó su brazo alrededor de la cintura de su esposa. "Oh, Roscoe y yo le estábamos diciendo a Oscar cómo tiene que ser respetuoso con las mujeres y tratarlas con cuidado y atención".

Darcy le dio a su marido un beso en la mejilla. "Que dulce. ¿Y también le has hablado de engañar a la gente? Eso siempre funciona bien". Le lanzó a su hijo un guiño y una sonrisa.

Oscar le devolvió la sonrisa.

"Papá, hay un policía aquí", gritó Juliet.

Emmitt se acercó. Se paró frente a Roscoe. "Sr. Novak, me pregunto si no le importaría venir al centro a responder unas preguntas".

Roscoe frunció el ceño. "Sí, me importaría. Es Cuatro de Julio y estoy con mi familia", dijo, agitando la aleta de la hamburguesa hacia Emmitt. "Estoy en medio de una barbacoa. De todas formas, ¿por qué demonios quieres hablar conmigo?"

Emmitt observó las caras de los presentes. "Creo que sería mejor que habláramos en privado, en el centro".

Roscoe sacó pecho. "Todo lo que tengas que decir, puedes decirlo delante de mis parientes. Se van a enterar de todo muy pronto, de todos modos, y al menos así, yo tengo testigos mientras tú quedas como un tonto". Abrió los brazos. "Adelante, suéltalo".

El policía tomó aire. "Estamos investigando la muerte de Louie Gómez. Tenemos entendido que usted tenía algún trato con su padre".

"He tenido muchos tratos con muchos padres. ¿Y qué? ¿Tan escasos de pistas estáis que tenéis que venir aquí a acosar a un viejo sobre un gamberro de tres al cuarto que compró la granja en el centro de Louisville hace un par de semanas?"

Emmitt se levantó el sombrero con la punta del dedo, dejando al descubierto más frente. "¿Así que recuerdas el cuándo y el dónde del evento?"

Roscoe se encogió de hombros. "Salió en los periódicos".

"¿Y dónde estabas esa noche?"

"Viendo Monday Night Baseball".

"Es un recuerdo bastante claro de qué día de la semana era".

Miriam se puso al lado de su marido. "Roscoe tiene la manía de recordar en qué día de la semana ocurren las cosas. ¿Verdad, cariño?" Le pasó la mano por el pecho.

"Sí. Hace más de cincuenta y cinco años, nos casamos un lunes. ¿No es cierto, calabacita?"

"¿Lo fue? Oh, sí, claro que sí", aceptó Miriam.

Emmitt le miró fijamente. "Olvídate del día en que ocurren las cosas. Además de que tú y el padre de Louie no os lleváis muy bien, tenemos a Johnny Ragoosa detenido. Tiene un motivo. Y nos ha dicho que tú pagaste la fianza de Gómez. Así que, por supuesto, tenemos que preguntar por qué".

"Y tienes pruebas de ello, ¿verdad?"

"¿Estás diciendo que no lo hiciste?"

"Enséñame los papeles con mi nombre".

Oscar dio un paso adelante. "¿Tienes a Sin Pulgares en custodia?"

Emmitt ladeó la cabeza. "Vaya, vaya, vaya. Si es el Sr. Escalade. No lo vi parado ahí".

"No es muy observador, para ser policía", murmuró Tyler.

Emmitt dio un paso atrás y miró a Oscar. "En realidad, ya que el abuelo ha preguntado, era

el nombre del chico que figuraba en la fianza". Su mano se posó sobre la culata de la pistola, que descansaba en su funda. "¿Sabéis qué? ¿Por qué no os llevo a todos al centro? Esto parece una conspiración". Hizo un gesto con la cabeza hacia el coche patrulla. "Vamos, en marcha".

Roscoe le pasó la espátula a Miriam. "Llama a Charlie Ford, pastelito. Dile que estamos todos en la comisaría". Se alejó, dirigiéndose hacia el coche de la entrada. "Y no te olvides de dar la vuelta a las hamburguesas. Las quiero a término medio. Por el amor de Dios, no las quemes".

Tyler, Roscoe y Oscar se amontonaron en la parte trasera del coche de policía. Las mujeres se quedaron atrás, pero el espíritu de la fiesta se fue con el coche de policía.

Oscar estaba sentado en la sala de interrogatorios, mirando las cuatro paredes de hormigón verde tiza y preguntándose por qué estaba allí. Nunca debería haberle dicho a Johnny que Roscoe estaba implicado, pero ocultar ese detalle no parecía importante en aquel momento. Pero, ¿por qué relacionaban la muerte de Louie con alguien implicado en su fianza?

No tenía ni idea de lo que iba a decirles a los policías cuando irrumpieran y empezaran a interrogarles. Un terremoto en Kentucky en los próximos cinco minutos sería una distracción bienvenida.

El mecanismo de la puerta hizo clic. Stacey entró con un elegante traje pantalón rojo.

"¿Qué haces aquí?", preguntó. "Y luciendo como si estuvieras vestido para trabajar. Es el Cuatro de Julio, ¿sabes?"

"Mi calendario funciona perfectamente, muchas gracias. Tengo curiosidad, pero no aquí. Venga, vámonos".

Oscar empujó la silla con el respaldo de las piernas mientras se levantaba. "¿Así de fácil? ¿Eres una especie de genio?"

"No, soy un consultor de la oficina del fiscal con una misión". Hizo un gesto hacia la puerta. "Hay una cafetería al final de la calle, donde me vas a comprar un café con leche de chocolate flaco".

Stacey asintió a los policías mientras se dirigían a la salida. Nadie les dirigió la palabra ni trató de detenerlos, sólo algunos gruñidos de saludo, pero ningún desafío ni pregunta. Óscar no estaba seguro de si se trataba de una fuga de prisión hábilmente disimulada o de si ella ejercía un poder tácito de persuasión política. Sin embargo, se sintió aliviado cuando salieron al calor del sol de julio. El aire era pesado, pero era mejor aspirar aire espeso y libre que respirar el aire acondicionado de la sala de interrogatorios.

Cuando Stacey y Oscar entraron en la cafetería, las conversaciones retumbaban en el ambiente. Cinco o seis personas hacían cola esperando para hacer su pedido. Stacey le dio un codazo a Oscar y le señaló una mesa en la esquina más alejada. Lo dejó en la cola mientras ella se abría paso entre la multitud para conseguir una mesa para dos.

Una vez que Oscar tuvo el café, se dirigió a la mesa y dejó las bebidas antes de acomodarse en la silla frente a su libertador.

Stacey probó su café. "Mmm... el mejor café con leche de la ciudad".

"Sí, genial. Así que vamos, ¿qué pasa? ¿Por qué estás aquí?"

Apoyó el codo en la mesa y se inclinó, apoyando la barbilla en el puño cerrado. "¿Alguien se tomó muchas molestias para deshacerse de Louie Gómez, o fue una feliz coincidencia que se lo cargara el día antes de su juicio?"

"Como dice mi padre, 'West Louisville es un lugar duro. Puede pasar cualquier cosa'."

"Sí, lo que me lleva a mi siguiente pregunta. ¿Por qué está todo el clan Novak-Chambers, junto con su compinche sin pulgar, todos en el centro siendo interrogados sobre el asesinato de

Louie Gómez? Es gracioso, ¿no? Y aún más gracioso, cada uno de ustedes tiene un motivo".

Oscar sonrió. "¿Y estás afirmando que los Davenport no tienen motivos? En todo caso, tú y tu padre teníais más motivos para desempolvar a Louie que nadie".

Bajó la voz y le siseó con los dientes apretados. "¿Estás sugiriendo que tenemos algo que ver con esto?"

"¿Estás sugiriendo *que* lo hicimos?"

"Soy un buen fiscal. Tarde o temprano, habría trincado a ese hijo de puta. ¿Por qué iba a tomarme la justicia por mi mano?"

Oscar se reunió con ella a medio camino a través de la mesa. "No sería la primera vez".

La furia cruzó el rostro de Stacey y luego se convirtió en dolor. "¿Y esto es lo que piensas de mí?"

Oscar se echó hacia atrás, levantando las manos. "Sólo digo..."

"Sí, bueno, sólo digo que tu matón fue visto en el centro con Louie el día del asesinato. Los Lincoln Continent negros son admirados en esa parte de la ciudad, y la gente se fija".

"¿No te olvidas de algo? ¿Johnny no tiene dedo en el gatillo?"

Dio un manotazo en la mesa con la palma abierta. "Sí, gracias a Louie Freaking Gomez. Eso es un motivo justo ahí".

"Pero no es el único propenso a rabietas violentas, como alguien más que podría mencionar".

Stacey se echó hacia atrás, cruzándose de brazos. "Vale, me parece justo. Entonces, ¿qué? ¿Quieres que te eche a la policía y deje que se diviertan contigo?"

Le apartó el brazo del pecho y le agarró la mano. "Lo siento. No quería decir eso. Sólo quería decir que podía ser cualquiera. En su trabajo, seguro que tenía muchos enemigos, no sólo Novaks, Chambers y Davenports". Pero la pregunta que Oscar no podía dejar de hacerse era: *¿Por qué estaba allí ayudándole?* "Sé que formas parte de la oficina del fiscal, etcétera, etcétera, pero ¿cómo te enteraste tan rápido de los sospechosos y de nuestros supuestos motivos?"

Se echó el pelo hacia atrás. "Emmitt parece creer que el camino hacia los, bueno, 'innombrables' de una mujer pasa por compartir conocimientos profesionales. Eso es una falacia, por supuesto, pero no voy a decírselo. Algún día se dará cuenta, pero hasta entonces, dejaré que me siga dando información".

Oscar movió la cabeza. "Ya veo. Bien, basándonos en esa teoría, ¿seguirás *dándome* información? ¿Quién sabe? Quizá no sea una falacia después de todo".

Se inclinó hacia delante y susurró. "Vamos a intentarlo. ¿Sabes quién mató a Louie Gómez?"

"No."

"¿Ves? Y no estamos cerca de tener sexo. No funciona, ¿verdad?"

El teléfono de Oscar sonó y miró la pantalla. "Será mejor que lo coja".

"Hola, abuela, ¿qué pasa?"

"Estoy preocupado por tu abuelo".

"Está bien, abuela. Arreglará las cosas y saldrá enseguida".

"Oscar... nos casamos un sábado."

Capítulo 44

El detective se sentó frente a Roscoe, encorvado. Su arrugado traje azul le colgaba como si lo hubiera llevado en una vigilancia nocturna. "Como ve, Sr. Novak, todas las piezas encajan".

Roscoe se quedó mirando al policía calvo. El pelo negro envolvía los lados de su cráneo, sin nada encima excepto una piel brillante. Su espeso y poblado bigote habría hecho imposible la lectura labial, pero Roscoe le oyó alto y claro. "Le tengo, detective. Y lo has montado todo tú solo, ¿verdad?"

La expresión del policía no cambió. "Ragoosa está al lado cantando como una niña de seis años en el coro del colegio, y tu nombre apareció más de una vez. Además de tener tratos con su padre en el pasado, ¿por qué no me hablas de tu relación con el propio Louie?"

Roscoe levantó las manos en señal de rendición. "Me ha pillado, detective. El mierdecilla rayó mi Cadillac hace cuarenta años, y he estado esperando una oportunidad todos estos años para reventar al gamberro". Se cruzó de brazos. "¿Así que un viejo blanco aparece en la zona oeste de Louisville, deambulando por las calles, dando a los chicos que juegan al baloncesto todas las oportunidades para identificarle, y entonces entra en un viejo almacén, le mete un tiro entre ceja y ceja al gángster más famoso de Louisville, y luego se escabulle sin que nadie se dé cuenta mientras los hermanos siguen jugando al baloncesto? Sí, ya veo cómo conseguiste tu insignia de oro".

"¿Cómo sabías que había algunos chicos jugando al baloncesto? No lo he mencionado. Y por 'hermanos', supongo que te referías a afroamericanos".

"Porque, rayos de sol, todas las películas rodadas en el gueto siempre tienen de fondo a negros jugando al baloncesto. Hice una suposición".

"Y estoy haciendo *mis* suposiciones. Ahora necesito atarlas a la verdad. Tu familia tiene historia con los Gómez. Tú, tu nieto, y si escarbo un poco, probablemente el yerno también. Así que mi conjetura es que, o bien te cargaste a Louie, pensando que a los ochenta años, tienes poco que perder-una cadena perpetua para ti significaría de uno a cinco, así que por qué no proteger a tu familia-"

Roscoe se movió en su asiento.

...o hiciste que el tipo sin pulgar lo hiciera". Johnny no me parece la bombilla más brillante del árbol, y sería fácil para un hombre de tu poder e influencia conseguir que alguien como Johnny hiciera tu trabajo sucio. Entonces, ¿cuál es?"

"Quiero a mi abogado".

"Por supuesto que sí. Me sorprende que hayas cooperado tanto tiempo sin un traje caro a tu lado". El policía cerró su bloc de notas. "Iré a buscar a Charlie Ford. Está en el edificio".

Oscar irrumpió por la puerta principal de la comisaría con Stacey unos pasos por detrás. Se acercó al mostrador. El policía le ignoró y le dedicó toda su atención a la pantalla del ordenador.

Oscar apoyó los brazos en el escritorio. "¿Dónde está mi abuelo, Roscoe Novak?"

El policía no levantó la cabeza. "Bajo investigación en la habitación uno".

Oscar miró alrededor del vestíbulo. "¿Dónde está mi padre, Tyler Chambers?"

Sonaba aburrido. "Bajo investigación, habitación dos."

"¿Todavía? Tienes que estar bromeando".

El policía se quitó las gafas. "Hay dos cosas con las que no bromeamos por aquí, las investigaciones de niños y los donuts".

"Oh, mierda."

"Toma asiento. Tengo el presentimiento de que eres el siguiente".

Stacey le cogió del brazo y tiró de él hacia un banco. Tenían un sitio tranquilo entre el alboroto.

Stacey le dio una palmadita en la mano. "Deja que la policía haga sus preguntas, luego nos iremos todos a tomar algo. Tienen que explorar todas las vías, y como tenías tratos con Gómez, querrán saber dónde estabas en el momento de su muerte. Así que, ¿dónde estabas?"

"No me acuerdo". Miró impaciente hacia el pasillo. "¿De qué le están hablando ahí dentro?"

Le tiró de la manga de la camisa para llamar su atención. "Están haciendo su trabajo. Le preguntarán a tu padre y a tu abuelo lo mismo que a ti. Ahora, ¿dónde estabas?"

Dejó escapar un suspiro pesado. "En casa."

"¿Alguien puede verificarlo?"

"Sí, Jim Beam".

"Oh, Dios mío. ¿Esa es tu coartada? ¿Te emborrachaste? ¿En casa? ¿Sola?"

"Sí, eso lo resume todo".

"Oh, por piedad. ¿Conoces algún buen abogado?"

Le dirigió su mirada de niño bonito. "¿Tú?"

"Pbbbt ... no es probable. Yo no tocaría este incluso si Dios mismo se presentó como su testigo de carácter".

Abrió los brazos en señal de súplica. "¿Qué demonios se supone que tengo que decir? A menos que quieras decir que estuviste en mi casa teniendo sexo salvaje conmigo toda la noche, sí, Jim Beam es todo lo que tengo".

Habló sin emoción. "Bueno, si los policías no se lo creen, siempre puedes alegar locura. Se lo creerán".

"¿Es eso lo que te enseñaron en la facultad de derecho? ¿Sarcasmo?"

"Que estaba siendo-no importa."

Oscar volvió a echar un vistazo al pasillo. "¿Qué demonios están...?" Sacudió la cabeza. "Maldita sea. El dinero de la fianza. Nunca debí pedirselo".

Stacey abrió mucho los ojos. "¿Preguntado a quién para qué?"

Intentó sonar desdeñoso. "No tenía activos líquidos en ese momento. El abuelo me ayudó un poco".

El rostro de Stacey se suavizó antes de pasarle el brazo por encima del hombro. "Eso no es un delito. No te preocupes, pronto lo soltarán".

"Parece que sabes algo".

"Conozco a gente", afirmó. "Él no lo hizo".

"¿Sabes quién lo hizo?"

Su cara se arrugó. "Por supuesto que no".

Volvió a mirar por el pasillo. "Vale, tienen el dinero de la fianza del abuelo, pero eso es todo lo que tienen. ¿Pero de qué demonios están hablando con papá?"

"¿Dónde estaba la noche que Louie Gómez fue asesinado, Sr. Chambers?"

Tyler sonrió sarcásticamente. "¿Dices que fue sobre las siete, el lunes 16 de junio?"

Uno de los policías respondió poniendo los ojos en blanco. "Has pasado la prueba de audición. Ahora, ¿dónde estabas?"

Tyler levantó la cabeza hacia el cielo, con el dedo índice sosteniéndole la barbilla. "A ver... creo que estaba haciendo el amor con la mujer más hermosa de Kentucky. Sí, llama a mi mujer". Bajó la cabeza. "Si no lo estábamos haciendo realmente en ese momento, estábamos en las etapas de los preliminares".

La detective se inclinó hacia delante. "Le convendría tomarse en serio nuestras pesquisas, señor Chambers. Un hombre ha muerto, y los nombres Novak y Chambers tienen conexiones con el fallecido".

"Eww, estamos behooovin 'ahora, ¿verdad? Bueno, me correspondía compartir una sesión carnal con mi esposa. No me corresponde tener a Louie Gomez muerto... bueno, como que sí, pero yo no lo hice."

La mujer policía golpeó la mesa con el dedo. "Exacto. Usted se beneficiaría. Quizá no tanto directamente, pero tanto su hijo como su suegro tenían buenas razones para ver muerto a Gómez. Y nuestras investigaciones nos llevan a creer que Louie Gómez tenía vínculos con el alcalde de Louisville. Los dos estaban presionando para aumentar los impuestos sobre las apuestas ganadoras para ganar el favor de las nuevas leyes de apuestas en línea. Y usted, Sr. Chambers, es precisamente el tipo de persona que se opondría a mayores gravámenes fiscales sobre los caballos ganadores. Entonces, ¿por qué no usted? La persona que parece que tiene tan poco que ganar hace estallar a Gómez, no sólo para proteger a su familia, sino para silenciar el lobby a favor de un aumento de impuestos sobre su imperio. Es usted un padre protector y un hombre de negocios, ¿verdad, Sr. Chambers?"

"No hay nada que proteger, detective. Matar no requiere imaginación. Soy un tipo creativo. No se mata a alguien como Louie Gómez para vengarse, se le desnuda. Les quitas todo su dinero y les dejas vivir en la miseria el resto de sus días. Así es como se inflige el máximo dolor y sufrimiento a los Louie Gómez del mundo. O haces que los metan en la cárcel, que es exactamente lo que iba a pasar". Tyler golpeó la mesa con el dedo para enfatizar. "Si tuviera una cuenta pendiente con Gómez, le habría mantenido con vida el mayor tiempo posible y le habría atormentado hasta la saciedad".

"¿Y esa es su coartada?", preguntó el policía. "¿En casa con su mujer?"

Tyler sonrió. "Ni siquiera necesito Viagra".

"¿Señorita Davenport?" La mujer policía se paró frente a Oscar y Stacey, ambos sentados en el banco. Llevaba el pelo castaño oscuro recogido, dejando al descubierto unos pendientes de oro. "¿Podemos hablar?"

Stacey se llevó la mano al pecho. "¿Yo?"

"Por favor".

Stacey siguió a la detective por el pasillo, notando cómo llenaba por completo sus pantalones. La detective abrió la puerta de *la habitación 3* y le tendió la mano, mostrándole a Stacey la mesa.

Stacey se contoneó, tratando de acomodarse en la silla de estructura metálica y cubierta de vinilo que había frente a su interrogador.

"Hola, Srta. Davenport, soy el Detective Kimball. Esto es sólo una pequeña discusión informal. Tengo entendido que iba a ayudar en la acusación del fallecido antes de su asesinato."

Stacey asintió. "Sí, eso es correcto. Pero parece que el acusado consiguió un acuerdo que

este fiscal no esperaba".

El detective la fulminó con la mirada, sin ver nada divertido en su analogía. "¿Cómo vio que iba el juicio?"

Stacey parecía desconcertada. "¿Qué quieres decir?"

"Aparentemente el Sr. Gómez estaba bien conectado. Y no menos importante, con tu padre. Cuando el gángster visto besuqueándose con el gobernador está a punto de ir a juicio -en un caso en el que su hija está en el equipo de la acusación- y luego aparece muerto antes incluso de que empiece el juicio, hay que hacerse preguntas."

Stacey entrecerró los ojos. "En primer lugar, soy asesora de la fiscalía. No estaba a cargo del caso. En segundo lugar, Louie Freaking Gomez se acercó a mi padre con su cuenco de mendicidad fuera. ¿Por qué? No lo sé. Pero sé que es bastante común que la gente presione a la oficina del gobernador por favores especiales. Y también sé que mi padre lo mandó a paseo. Así que no había ninguna "relación" allí. Tercero, ¿cómo te atreves a insultar mi integridad o la de mi padre?"

"Srta. Davenport, debe aceptar que usted y su padre tienen cierto poder e influencia. Y la situación de Louie Gómez parece una que puede haber necesitado control".

"No tengo que aceptar nada. En lugar de seguir con teorías absurdas de que las oficinas del gobernador o del fiscal tuvieron algo que ver con Louie Freaking Gomez, aparte de intentar meterlo entre rejas, ¿por qué no dedicas algo de tiempo a estudiar las estadísticas criminales de West Louisville? Quizá descubras que es mucho más probable que estuviera implicado en un asunto de drogas que salió mal o que le dispararon por su Rolex". Se levantó con tal furia que su silla se cayó hacia atrás. "Ahora, ¿hay algo más?"

"Vale, si es así como quieres jugar. ¿Dónde estabas el lunes por la noche, el dieciséis de junio?"

Stacey se enfrentó al detective cara a cara. "Estaba con Oscar Novak-Chambers. En su apartamento. Rompiéndole los sesos. Y ese es Oscar con una gran O, por si te lo estás preguntando".

Se marchó enfadada.

Stacey se precipitó por el pasillo con cara de trueno. Meneó el dedo a Oscar mientras pasaba a su lado. "¡Será mejor que no me hayas dejado embarazada!" Ladró. Luego desapareció por la entrada principal.

Se quedó boquiabierto y, antes de que tuviera tiempo de cerrarla, apareció el detective Kimball.

"¿Oscar? ¿Podemos hablar?"

Oscar siguió a Kimball hasta la sala de entrevistas y se sentaron. Kimball le apartó el pelo de la cara. "¿Qué has estado haciendo, Oscar?"

Oscar decidió que tenía cuarenta años si era un día. La clasificó como de aspecto agradable. No despampanante, sólo agradable. No sabía por qué valoraba su aspecto. Tal vez sólo quería distraer su atención de su nerviosismo y estar en compañía de mujeres atractivas tenía un efecto sedante en él. Así que la subió de categoría.

"Ya sabes, un poco de esto, un poco de aquello. Cosas de negocios".

La detective apoyó la punta del lápiz en el labio inferior. "Y dígame, ¿qué tipo de asuntos tenía usted con Louie Gómez? ¿Algo que pudiera llevar a una disputa de algún tipo?"

"¿Me estás preguntando si le guardaba rencor a Louie? O más concretamente, ¿me estás preguntando si tuve algo que ver con la muerte de Louie?"

"Ya que lo mencionas, ¿dónde estabas el lunes 16 de junio por la noche?"

Su mente divagaba.

A menos que quieras decir que estuviste en mi casa teniendo sexo salvaje conmigo toda la noche, sí, Jim Beam es todo lo que tengo.

¡Será mejor que no me hayas dejado embarazada!

Esperaba haber leído bien las señales.

Bajó la mirada para encontrarse con la de Kimball. "Estaba con Stacey Davenport."

Se golpeó el lápiz contra los dientes. "¿Estás segura? Parece que has tenido que pensártelo".

"No suelo ser de los que besan y cuentan".

"¿Pero lo harás dadas las circunstancias?"

"Si estás investigando un asesinato, lo que buscas es la verdad, no un juicio moral. Y si ese es el caso, entonces sí, es hora de contarle todo".

"¿Fue bueno el sexo?"

"Mágico".

Kimball dejó el lápiz sobre la mesa. "Oh, Dios. ¿Es aquí donde nos vamos a quedar atascados durante las próximas dos horas?"

Se encogió de hombros. "A menos que quieras un relato minuto a minuto, entonces te llevará seis o siete horas".

Kimball suspiró. "De acuerdo, eres libre de irte... por ahora. Pero no salgas del país".

Oscar se levantó, enderezando su chaqueta. "¿Por qué iba a hacerlo?"

Cuando se dirigía hacia la puerta, entró otro detective, un tipo mayor.

"¿Te vas?", preguntó el detective.

Oscar miró a Kimball y luego al nuevo policía. "Me han dado el visto bueno".

"Bien. Pero no salgas del país".

¿Qué demonios...?

El policía con más experiencia se sentó junto a Kimball. "¿Cómo va todo?", preguntó.

Exhaló. "Todos tienen motivos, pero también todos tienen coartadas. No estoy más cerca de encontrar al asesino ahora de lo que estaba antes de hablar con estos patanes. Pero sé que uno de ellos lo hizo".

"¿Estás seguro? Tal vez fue el gobernador".

Kimball se rió. "Sí, claro. Quizá debería interrogar al mayordomo ya que estoy".

Capítulo 45

Conrad esperaba en la parte trasera de la comisaría. Abrió la puerta del monovolumen blanco y asintió mientras Stacey y Tyler subían a la parte trasera. Roscoe abrió la suya y subió delante, mientras Conrad subía él.

"Gracias por recogerlos, Conrad", dijo Stacey. "Pero tenemos que esperar a Oscar. Está averiguando qué pasa con Johnny".

"En absoluto, Srta. Davenport". La miró por el retrovisor. "Dígame, ¿tiene la policía alguna pista sobre el asesinato de Gómez?"

"No", gruñó Roscoe. "Están ladrando a los árboles cuando deberían estar mirando a ver quién tiene mierda de perro en los zapatos". Miró los pies de Conrad y luego le clavó los ojos. "¿Dónde estabas aquel lunes por la noche?"

Conrad parecía indignado. "¿Yo, señor?"

"Sí, tú. El mayordomo siempre lo hacía". Roscoe se rió a carcajadas.

"Puedo asegurarle que no paso mis noches en el oeste de Louisville. ni los lunes ni ninguna otra noche".

Oscar salió de la comisaría con cara de preocupación. Tyler se acercó y le abrió la puerta, y Oscar se apretujó en la última fila.

"¿Qué pasa con No-Thumbs?" preguntó Roscoe, estirando el cuello para mirar hacia atrás.

"Le retienen", respondió Oscar. "No están contentos con su historia, y él no está ayudando a su causa gritando 'Bien, me alegro de que el hijo de puta esté muerto'."

"Sigo sin saber por qué mencionó mi nombre", se quejó Roscoe.

"Creo que los policías lo confundieron, abuelo. No creo que sepa lo que está diciendo".

Roscoe se rió y sacó su teléfono. "Bueno, eso no es difícil de hacer. Llamaré a Charlie Ford y le diré que vaya a ver a Johnny. Si no, alguien tiene que decirle que mantenga la boca cerrada".

Mientras el monovolumen se alejaba del bordillo y se dirigía hacia la salida del aparcamiento, cuatro jóvenes negros, escoltados por Emmitt, subieron por la acera camino de la entrada principal.

Uno de los chicos hizo un gesto con el dedo, señalando la furgoneta. "¡Allí! ¡Son ellos! Son los que vimos en el centro esa noche, saliendo del almacén de Louie".

"Sí", confirmó otro.

Todos los que iban en la furgoneta miraron a los jóvenes, que les devolvieron la mirada mientras la furgoneta se alejaba. Conrad les dio un poco más de gas y enseguida se perdieron de vista y del alcance de sus oídos.

"¿Qué demonios?" murmuró Roscoe.

"Oye, Conrad, ¿puedes llevarme a mi apartamento?" dijo Oscar mientras ponía la mano en el hombro de su padre. "No estoy muy de humor para fiestas".

"No, yo tampoco", asintió Tyler.

Conrad pisó el acelerador.

El monovolumen se detuvo en la entrada principal de la casa de Tyler. Roscoe y Tyler salieron a la crujiente calzada. La puerta principal se abrió y Darcy y Miriam salieron al porche, esperando a sus maridos.

Las parejas se abrazaron y los cuatro se saludaron mientras la furgoneta se alejaba.

Tyler miró a Roscoe. "¿Te apetece una copa?"

Sacudió la cabeza. "No, gracias, hijo. Creo que mamá y yo vamos a hacer pistas. Esos malditos polis han estropeado toda la fiesta. Vamos a largarnos, si no te importa".

Tyler palmeó la espalda de su suegro. "En absoluto. Lo comprendo." Se acercó y le dio un abrazo a Roscoe, luego abrazó a Miriam.

Darcy se despidió de sus padres con un abrazo. Ella y Tyler se quedaron en el porche y saludaron con la mano mientras la pareja mayor subía a su Cadillac Ciel y se dirigía a la calle.

De camino a casa, Roscoe se acercó y puso la mano en la rodilla de Miriam. "Sabes, Gatita, creo que tal vez deberíamos tomarnos unas pequeñas vacaciones".

"¿De verdad? ¿Qué ha provocado esto?"

"Me puse a pensar en la cárcel..."

"¿Estuviste en la cárcel? Creía que sólo te habían llevado para interrogarte".

"Bueno, ya sabes lo que quiero decir. Estaba a unos pasos de la casa grande y me puse a pensar. La vida es demasiado corta. ¿Qué me queda? ¿De uno a cinco años, tal vez? Entonces, ¿qué diablos? Vámonos a ese crucero que siempre quisiste hacer". Roscoe sonrió y chasqueó los dedos. "De hecho, tengo una idea mejor. Olvídate de un insignificante crucero por el Caribe. ¿Por qué no hacemos un crucero por el mundo?"

"¿En serio? ¿Estás listo para dar la vuelta al mundo?"

"Claro. ¿Por qué no?" Miró a su mujer. "Te lo mereces, Calabaza. ¿Qué dices?"

"¿Cuándo?"

"Cuanto antes, mejor".

Miriam se tomó un momento para recuperar el aliento. "Sabes que me encantaría, pero ¿qué pasa con el negocio?"

Roscoe le dio un manotazo. "Deja que los chicos se ocupen de ello. Tyler conoce los entresijos y es hora de que Oscar asuma más responsabilidades. Creo que puede hacerlo. Ahora es el momento perfecto".

Le apretó la mano. "Vaya, Sr. Novak, me encantaría acompañarle a dar la vuelta al mundo. Reservaré una suite con balcón, ¿verdad?"

Roscoe sonrió ampliamente. "Sólo lo mejor, gatita. Sólo lo mejor".

Tyler cogió a Darcy de la mano y la condujo al estudio. "Ya que tu padre me ha dejado, tomemos una copa".

Ella le agarró la mano, disfrutando de la sensación de seguridad que le daba. "Vale, y puedes contarme lo de tu viaje al centro".

"Bingo. Eso es lo que tenemos que discutir".

Entraron en el estudio y Darcy cruzó la alfombra oriental rosa y verde que cubría una sección circular de tres metros en el centro de la habitación. Se dirigió hacia el largo sofá de cuero granate oscuro que estaba a un lado del escritorio de Tyler. Le recordaba al tipo de diván en el que un psiquiatra haría tumbarse a un paciente para que desnudara su alma y sus pensamientos más íntimos.

Tyler estaba al otro lado de la habitación, sirviéndose un whisky solo. Luego metió la mano en el frigorífico con cristalera, bajo el mostrador, sacó una botella de Chardonnay frío y le sirvió una copa a su mujer. Llevó las bebidas al sofá y se sentó junto a Darcy, levantando su copa.

"A la mujer más hermosa de Kentucky".

Tocaron llantas.

"Estoy confinado por las fronteras, ¿verdad?"

Tyler sonrió. "Bueno, hay una mujer en Tennessee ..."

Darcy mostro sus perfectos esmaltes blancos y los golpeo con la punta del dedo. "Ah, ¿pero tiene todos estos?"

Se encogió de hombros. "Casi".

Ella le dio una palmada en el hombro, pero siguió sonriendo.

Tyler bebió un trago y dejó el vaso sobre la mesita. "Vale, así que quieres oír hablar del gran día de Tyler, y creo que es una muy buena idea. Hay algunas cosas que tenemos que discutir".

"Un momento, ¿estamos *discutiendo*? Creía que tú lo contabas y yo escuchaba. ¿Qué hay que discutir? Bebió un trago y lo miró con sus preciosos ojos grises por encima del vaso.

"Cariño, necesito que me hagas un favor. Si la policía pregunta, estábamos... haciendo un poco de unión matrimonial ese lunes por la noche. Empezamos sobre las siete y continuamos hasta la madrugada".

"Tyler, no nos 'unimos' ese lunes por la noche".

"Sí, lo sé, pero necesito que respaldes mi historia".

"¿Por qué? Dijiste que habías ido a pescar. Llegaste a casa sobre las nueve".

"Así es, lo hice. Y traje a casa ese bajo, ¿recuerdas?"

"Sí, recuerdo el pescado maloliente, pero no recuerdo que compartiéramos ningún momento 'especial'. ¿Por qué mientes?"

Respiró hondo. "La policía intenta relacionar a alguno o a todos los Novak-Chambers con la muerte de Louie Gómez. Me preguntaron dónde estaba esa noche, y dije que estaba haciendo el amor con la mujer más hermosa de Kentucky".

Darcy rechazó sus halagos poniendo los ojos en blanco. "Todos sabemos que eres el mejor artista del BS en el estado, pero ¿por que la mentira descarada? Me refiero a hacer el amor, no a lo de la mujer más guapa".

Sonrió.

"Vuelve a tu realidad, ¿por qué necesitas una coartada?"

"¿Con quién fui a pescar?"

"Dijiste que estabas solo".

"Y así fue. ¿Y a quién le gusta a la policía acusar de asesinato?"

"Gente culpable".

"O las personas que estaban solas. Los que no tienen coartada".

"¿Por qué no les dijiste que fui a pescar contigo? No es que me sienta cómodo mintiendo, no importa cuál sea la historia, pero..." Sus ojos se tensaron. "¿Por qué tienes tanto miedo de decir la verdad? Cuanto más lo pienso, menos me gusta esta petición". Su cara cambió a una de pánico. "Dios mío, la mierda de la mujer guapa. Tyler, no estabas... por favor no me digas que hay alguien más..."

Tyler la rodeó con sus brazos. "No seas tonta. Te aseguro, cariño, que no hay nadie más. No quiero a nadie más. Pero pescar solo no servirá de nada en un tribunal. Y tratar de convencerlos de que te cebas tu propio anzuelo, bueno, eso es un poco exagerado. Además, quería asegurarme de hilar una historia que pudiera repetir una y otra vez con pasión y convicción, reviviendo el momento una y otra vez".

Darcy se inclinó hasta que estuvieron nariz con nariz. "Dios mío, eres buena, ¿verdad? Lleno de mierda, pero bueno".

Intentó parecer tímido. "He tenido algo de práctica".

"Sí, lo sé". Ella arrastró su dedo por su pecho. "Practicaste algo de eso conmigo, ¿recuerdas? Por eso me casé contigo".

"Y estamos viviendo felices para siempre, ¿no?"

Ella jugó con el botón superior de su camisa. "¿Y realmente no hay nada más?"

Levantó la mano. "Que Dios me castigue si miento".

Se llevó el dedo a los labios. "No presionemos. Aún no estoy preparada para ser viuda".

Inclinó la cabeza hacia el dormitorio de arriba. "¿Quieres subir y ensayar la historia?"

Un brillo en sus ojos puso de manifiesto su entusiasmo. "Ya lo creo".

Conrad aparcó el coche y miró por el retrovisor.

"¿Quieres subir?" Oscar susurró a Stacey. "Creo que deberíamos hablar".

"Sí, deberíamos", aceptó Stacey. "Conrad, ¿te importaría esperar aquí? Oscar y yo tenemos algunas cosas que discutir".

Miró su reloj.

"No debería tardar mucho", le tranquilizó.

"Por supuesto, Srta. Davenport". Apagó el contacto, salió y abrió la puerta para que la pareja saliera del vehículo. "Estaré esperando", dijo mientras pasaban a su lado.

Óscar abrió la puerta de su piso y sintió un gran alivio al no tener que mirar debajo de la cama si Louie Gómez estaba al acecho.

"¿Te apetece una copa?", preguntó.

"No, gracias". Se acercó al sofá y se sentó.

"Como quieras". Se unió a ella, con las manos vacías. "Esa fue una noche salvaje, ¿eh? Pero estabas tomando la píldora, ¿verdad? ¿O usaba una vaina? No me acuerdo. Maldito Jim Beam".

"Sí, sobre eso..." Se giró hacia él. "Ese detective me cabreó. Pequeña perra arrogante. No iba a darle esa satisfacción, así que te cubrí".

"Bien. ¿A quién estabas encubriendo? ¿A mí o a ti?"

"¿Yo? ¿Por qué necesito cobertura?"

"Déjame ver. ¿Por Louie? ¿Porque Melanie Harper encontró un camión lleno de trapos sucios sobre ti y tu padre? ¿Sabe el detective lo que hiciste en Los Ángeles?"

Stacey apretó la mano contra su pecho. "¿Crees que maté a Louie Gómez?"

Vaciló. "No digo que lo hicieras, digo que tenías motivos. Y un revolcón con su servidor le ayudaría a salir de la lista de sospechosos, ¿no?"

"Claro que sí, pero no lo hice por eso".

Oscar enarca una ceja.

"Protegerme, quiero decir". Ella suspiró. "Sé cómo trabajan los detectives y los fiscales, y tu coartada apesta. Si lo hiciste o no es irrelevante. Si quieren ir a por ti, irán a por ti, porque Jim Beam es el peor tipo de testigo que puedes tener. Así que te lancé un salvavidas. Deberías agradecerme, no ir a por mí".

"De acuerdo, gracias. Pero aún queda el aspecto escandaloso para ti y el gobernador. ¿Y tu padre? ¿Cómo va a mantenerse alejado de los fangosos focos?"

Stacey sonrió. "No te lo vas a creer. Contrató a Melanie Harper como su secretaria de prensa. Eso presenta un enorme conflicto de intereses si ella quiere perseguir la historia, y un puesto así tiende a inspirar lealtad."

Oscar se quedó boquiabierto. "Guau".

"Te dije que era bueno".

"Ya lo creo".

Oscar la miró con el rabillo del ojo, reacio a establecer un contacto visual completo. "Yo estaba allí cuando Louie intentó llegar a un acuerdo con tu padre. ¿Habrías encontrado un tecnicismo que hubiera hecho que el caso de Louie fuera desestimado?"

"Creo que me tomaré esa copa ahora".

No se movió.

Sus ojos recorrieron el apartamento y finalmente volvieron a posarse en Óscar, que no se mudaría pronto. "Si necesitas ir a la licorería a comprar algo, está bien. Te espero".

Oscar la dejó y se fue a la cocina, volviendo unos minutos después con un poco de Pappy Van Winkle.

Stacey se tragó el whisky. "Gracias. Lo necesitaba". Parecía contenta de dejar que su pregunta muriera con aquel trago.

No lo estaba. "Entonces, ¿lo habrías enviado a la cárcel?"

Ella no contestó.

Aceptó la derrota. "Sabes, ya que le dijiste a la policía que tuvimos sexo fantástico, increíble, alucinante, tal vez deberíamos tener un ensayo general. Ya sabes, por si quieren contrastar nuestras historias".

"En realidad, eso sería un ensayo sin ropa".

Oscar se rió. "Buena observación. Quizá tengas un tatuaje oculto que debería conocer".

"¿Yo, con un sello de vagabundo? Debes estar bromeando".

"Broma o no" -Oscar dirigió sus ojos hacia el vaso de ella- "¿has bebido ya suficiente whisky como para sacar a la zorra?"

Sonrió. "Tal vez. Ella rompió el compromiso de sus ojos, llegando a su lado y rebuscando en su bolso. "Déjame llamar a Conrad y decirle que siga".

Mientras Stacey telefoneaba a Conrad, Óscar fue a la base de su iPod y cargó su lista de reproducción "Música para amar". Un poco de música romántica de fondo siempre le animaba a encontrar el momento y el lugar mágicos.

Stacey bajó la mano y se desabrochó la blusa. Sus labios se apretaron el uno contra el otro, bailando su propia rumba sexy, invitando a Oscar a saborear su deseo.

Oscar se acurrucó junto a ella. Su mano le acarició la cara mientras su boca se acercaba a la suya. En cuanto sus labios se encontraron, un fuego se encendió en su interior. Sus manos recorrieron el cuerpo de ella. Estaba decidido a tomárselo con calma, saboreando cada momento, hasta que la realidad de lo que estaba ocurriendo los llevara a la estratosfera de la satisfacción sexual. Era el momento que había estado deseando desde la primera vez que la vio, a pesar de sus arrebatos aleatorios. Esperaba que su imprevisibilidad se extendiera a sus travesuras en la cama. La expectación se apoderó de él cuando le desabrochó la blusa.

Se colocó sobre ella, desabrochando los botones uno a uno. Stacey soltaba un gemido de impaciencia con cada botón que desabrochaba. Finalmente llegó al punto en que su vientre plano y su sujetador de encaje negro estaban a la vista para su deleite visual. Sus ojos recorrieron su cuerpo, contemplando su belleza y su inminente desnudez. Había llegado el momento.

Ding-dong.

Stacey cruzó los brazos sobre el pecho. "Oscar, el timbre."

"Malditos Testigos de Jehová. Se irán".

"¿Testigos de Jehová en un edificio seguro? Ve a ver quién es".

Oscar la desensilló y se dirigió a la puerta.

"Y por el amor de Dios, deshazte de ellos. Esto se estaba poniendo bueno".

Se oyeron fuertes golpes en la puerta. "¡Policía! ¡Abran!"

Antes de que Oscar pudiera llegar, la puerta se abrió de golpe. Partículas de madera salieron disparadas. Un trozo pasó volando junto a la cara de Óscar, rozándole. Tres policías con un ariete en la mano se apartaron y otros tres irrumpieron en el piso.

"¡Manos arriba!", gritó un policía.

Óscar estaba de pie en medio de la habitación, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza. La parte delantera de su camisa estaba abierta, mostrando su pecho y mostrando que sin duda estaba desarmado.

Stacey se recostó contra el reposabrazos del sofá, haciendo caso omiso de la instrucción de levantar las manos y optando en su lugar por cerrarse la parte delantera de la camisa y mantenerla así.

Emmitt se encontró con Oscar en medio de la sala. Los dos se pusieron frente a frente.

"Hola, Sr. Escalade. Así que nos encontramos de nuevo. "

Stacey salió volando del sofá y corrió hacia donde estaban los dos hombres. "Emmitt, ¿qué demonios estás haciendo aquí? Y con medio Departamento de Policía de Louisville contigo".

Emmitt se hizo a un lado para ponerse delante de Stacey. "Hola, Stace. Estoy siguiendo unas pistas. ¿Qué sabes sobre el asesinato de Louie Gomez?"

"¿Por qué me lo preguntas? No creerás que..."

Oscar se movió, colocándose frente a Stacey.

Ese simple movimiento provocó una respuesta inmediata de Emmitt, que cargó contra Oscar y lo estrelló contra el muro, de bruces.

"Oscar Novak-Chambers, lo arresto por el asesinato de Louie Gómez".

Capítulo 46

"¿Qué?" Stacey chilló. "¿Estás loco?"

"Me alegro de que estuvieras aquí para ver esto, Stace", anunció Emmitt. "¿Ves de qué delincuente te salvé? Este tipo es un asesino". Le puso las esposas a Oscar y lo hizo girar.

Stacey buscó alguna pista en el comportamiento de Oscar. "¿Oscar? ¿Es cierto?"

"Por supuesto que no". Señaló con la cabeza a Emmitt. "Esto es un montaje. ¿Qué clase de prueba tienes que te posea para inventar una acusación tan ridícula?"

"Testigos". Cuatro de ellos. Todos dispuestos a testificar que te vieron en Front Street a la hora del asesinato. Su identificación es tan buena como una pistola humeante".

"Me gustaría ver cómo lo demuestras", dijo Óscar.

"Entonces tu deseo está a punto de hacerse realidad, Escalade".

Stacey le miró fijamente. "¿Oscar?"

Oscar se inclinó hacia delante, acercó su boca a la oreja de Stacey y susurró: "Creo que ahora es cuando invoco mi derecho a guardar silencio".

"Pero tú no eres un..." Se le quebró la voz. Una lágrima asomó por el rabillo del ojo.

"No te preocupes. Tengo un buen abogado".

Emmitt estaba junto a Stacey, sonriendo. "Parece que el señor Escalade va a estar atado toda la vida o más. Creo que tú y yo tenemos que concertar esa cita que me debes. Es nuestro destino".

Dos policías agarraron cada uno un brazo, sujetando a Oscar por el bíceps mientras lo conducían al ascensor.

"¿Puedes llamar a mi padre y decirle que me ponga una puerta nueva?" Oscar gritó por encima del hombro.

Stacey se quedó en la puerta mientras se llevaban a Oscar. Luchó contra un torrente de emociones que podrían haberse desatado fácilmente si se lo hubiera permitido.

Maldito Emmitt.

Un policía experimentado presionó los dedos de Óscar sobre la pantalla tomando huellas digitales. Cada dedo fue asignado a su propio bloque delineado. Luego se dirigieron a una cámara y un telón de fondo con marcadores de altura, donde Óscar levantó brevemente un cartel negro con el número 357660.

Tras negarse a hablar con la policía durante su interrogatorio, insistiendo en tener un abogado, Oscar fue trasladado a una celda de detención. Charlie Ford apareció poco después y les dieron una habitación privada. Se sentaron frente a frente en una mesa solitaria. Charlie abrió su maletín y sacó un bloc de notas amarillo, luego sacó un bolígrafo Mont Blanc negro y dorado de su bolsillo superior y lo colocó sobre el bloc.

"Gracias por venir tan rápido, Sr. Ford", ofreció Oscar. "Mi abuelo dice que es usted el mejor".

El caballero de pelo blanco esbozó una sutil sonrisa. Su costoso traje le convertía en una visión de logro, por no mencionar que su robusta complexión se mostraba como un tributo, y contribuyente, al hombre de negocios más exitoso de Kentucky, el coronel Sanders. "En

absoluto. Roscoe Novak y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. De hecho, fue mi primer cliente. Me encanta ese hombre".

Oscar asintió satisfecho. "Bien. Ahora, si puedes sacarme de aquí, te lo agradecería".

"Sí, sobre eso. He leído el informe policial". Charlie metió la mano en su maletín y sacó un papel de aspecto oficial. Se puso unas gafas de montura dorada y examinó el informe. "Lo que necesitamos es un varón caucásico, de un metro ochenta o dos, ochenta kilos más o menos, que conduce una camioneta Escalade plateada, y que por casualidad se encontraba en el lado oeste de Louisville -en la calle Front, concretamente- hacia las siete de la tarde del 16 de junio. Y si su nombre es otro que Oscar Novak-Chambers, estás libre de sospecha".

"Eso no suena bien. ¿Y si dijera que me estaba tirando a la ayudante del fiscal del distrito en ese momento?"

Una sonrisa cruzó los labios de Ford. "Te diría 'qué suerte', pero tendrías que haberte montado una orgía".

"¿Qué?" Oscar no pudo evitar que la perplejidad desapareciera de su rostro. "¿Qué demonios de defensa es esa?"

"Tal y como están las cosas, tengo que convencer a un jurado de que cuatro -no uno, sino cuatro- jóvenes que paseaban por Front Street en el momento del asesinato están mintiendo". Charlie hizo una mueca. "Eso es improbable. Podría convencer a un jurado de que uno, tal vez dos, eran locos drogadictos, drogados con alucinógenos en ese momento. ¿Pero cuatro?" Sacudió la cabeza. "Imposible".

"¿No quieres saber si lo hice o no?"

"La verdad es que no. Algunas cosas es mejor no decirlas".

"Pero tengo un testigo. La Srta. Davenport es mi coartada".

Charlie miró a Oscar a los ojos. "¿Y erais sólo tú y ella?"

Oscar asintió. "Sí."

"Entonces son dos palabras contra cuatro. Necesitaríamos cinco o seis testigos para compensar las cuatro de la acusación".

Oscar suspiró desesperado. Tal vez condujo hasta el lado oeste y enchufó a Louie. Sinceramente, no recordaba lo que pasó aquella noche. De lo único que estaba seguro era de que no se había tirado a Stacey. "Entonces, ¿cuál es la mejor manera de hacer que esto desaparezca?"

Ford se reclinó en su silla, mordisqueando el extremo del auricular de sus gafas. "Sigo trabajando en nuestra defensa".

Oscar sintió una sensación de ardor en las tripas y, de repente, cayó en la cuenta: Stacey. ¿Por qué iba a mentir por él? No tenía por qué cometer perjurio. Ella no lo haría. *Ella era* la que necesitaba una coartada. Ella y su temperamento violento. Además, necesitaba proteger a su padre. *Dios mío. Stacey lo hizo*. Oscar apoyó un momento la cabeza en la mesa mientras lo asimilaba todo.

Charlie apoyó una mano en su hombro. "¿Estás bien, hijo?"

Oscar levantó la cabeza. "¿Qué hay de alegar demencia?"

Charlie movió el dedo, señalando la barbilla de Oscar. "Sí, empieza a babear y a murmurar incoherencias". Sacudió la cabeza. "La locura es una astuta estratagema que inventan para los índices de audiencia televisiva. Si consiguiera argumentar que estás chiflado, pasarías entre veinte y treinta años en un manicomio con locos de *verdad*. Y si no estabas loco cuando entraste, seguro que lo estarías cuando salieras. ¿Es eso lo que quieres?"

"Quizás no".

El abogado se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa. "Otra persona a la

que conozco desde hace mucho tiempo es Judd Davenport".

Oscar sintió una agitación de esperanza.

"He hablado con él y he tenido que rellenar algunos de mis propios espacios en blanco. Si yo fuera el fiscal, esto es lo que presentaría: el guardia de seguridad le dijo a Judd que Louie Gómez fue a la mansión en tu nombre para pedirle al gobernador si podías tener la mano de su hija en matrimonio."

"¿Qué? Nunca pregunté tal cosa".

Charlie ni se inmutó. "¿Y qué? No importa. Eso es lo que un agente del servicio secreto está dispuesto a testificar. En cualquier caso, es de dominio público que tenías planes con Stacey. Luego fuiste testigo directo de cómo Louie Gómez chantajeaba al gobernador y a su hija, y descubriste secretos que podrían destruir toda la administración, junto con Stacey y su reputación. ¿Qué va a hacer un hombre?"

Oscar se quedó quieto.

"Así proteges a Stacey y al gobernador, y libras a Louisville de una de sus mayores amenazas".

Oscar se inclinó hacia delante. "Pero yo no..."

Charlie le interrumpió. "Sabes tan bien como yo que si toda la dinámica entre tú, Stacey y el gobernador se somete al escrutinio de un juicio, *todos estaréis* cumpliendo condena... si no por este delito, por delitos pasados".

Oscar cerró los ojos y respiró hondo. "Entonces, ¿dónde me deja eso?"

"Proteger a un prospecto romántico de ver dañada su reputación y enfrentarse ella misma a cargos criminales no es motivo para justificar un homicidio. Sugiero que nos declaremos culpables y lleguemos a un acuerdo".

"¿Qué voy a conseguir con eso?"

"Creo que podría sacarte con cinco a siete".

"¿Años?" Oscar tragó saliva. Deseaba poder recordar aquella noche, pero Jim Beam hizo un buen trabajo introduciéndole en una noche de amnesia. "¿Y si quiero luchar?"

"Entonces podemos luchar. Sólo tenga en cuenta que si el propósito de sacar a Louie Gómez de la ecuación era proteger a la Srta. Davenport, entonces ese objetivo quedará destruido. Como su abogado defensor, no me detendría ante nada para conseguir su absolución, incluso si eso significa que Stacey Davenport tiene que ir a la cárcel. Si esto va a juicio, entonces todo tiene que salir, y la razón detrás del asesinato se vuelve académica. Y también habría implicaciones para el gobernador". Se encogió de hombros sumisamente. "Y si perdemos, le caerían de veinticinco años a cadena perpetua como mínimo".

Una resaca sería un estado de euforia comparado con lo que Oscar sintió ante las revelaciones de Charlie Ford. Nunca se había sentido tan mal, pero, ¿le haría sentir mejor enviar a Stacey a la cárcel? Lo meditó durante unos instantes. "¿Pero crees que podremos mantener a Stacey y al gobernador al margen si me caen cinco años?"

"Si podemos convencer al fiscal de que Louie Gómez era escoria, y que su muerte ahorró al Estado un montón de problemas legales futuros -y el juez está de humor indulgente- entonces sí. Creo que podemos mantener las cifras en un solo dígito".

"¿Un solo dígito?"

"Si todos juegan".

Oscar no estaba muy seguro de lo que el abuelo Roscoe veía en este tipo. Con sus respuestas vagas y sin compromiso, parecía más bien un político. Pero una cosa era segura: Charlie quería que Oscar asumiera la culpa. Si lo hacía, el gobernador seguiría en el cargo y la

relación especial de los Novak-Chambers con el gobernador no sólo permanecería intacta, sino que el gobernador estaría más en deuda con la familia que nunca. Y Stacey seguiría siendo libre de visitar a Oscar en la cárcel.

"De acuerdo", concedió Oscar. "Hagámoslo. Tal vez el juez piense que un año en mínima seguridad me enseñará una lección".

Charlie le miró por encima de sus gafas. "Está bien ser optimista, hijo, pero no nos hagamos ilusiones".

"Que el acusado se ponga de pie, por favor".

Oscar se levantó de detrás de la mesa de la defensa. Charlie Ford se levantó con él, colocándose hombro con hombro con su cliente.

El juez Harbaugh, sentado en su trono de caoba, repasaba los papeles que tenía ante sí y observaba a Oscar y a los miembros de la tribuna sentados en la sala.

Darcy se sentó junto a Tyler, apretándole la mano. Le dio un golpecito en la mano para que aflojara el apretón. Con el crucero aplazado en favor de apoyar a Oscar, Miriam tenía su brazo fuertemente envuelto alrededor de la parte superior del brazo de Roscoe, rezando para que su nieto recibiera la libertad condicional, o mejor aún, servicio comunitario. Stacey tenía las manos entrelazadas en el regazo, agradecida de que su nombre nunca se mencionara durante las vistas. También esperaba que Oscar recibiera la condena más leve posible.

El juez se aclaró la garganta. "Señor Novak-Chambers, usted ha colaborado con la fiscalía y ha admitido su culpabilidad a cambio de una reducción de condena. No obstante, ha confesado haber acabado con la vida de un hombre. Como parte del acuerdo, sus motivos nunca estuvieron bajo el escrutinio del tribunal. Sin embargo, este tribunal cree que sus acciones fueron premeditadas. No obstante, la fiscalía ha rebajado el cargo a homicidio involuntario. Dicho esto, este tribunal considera sus acciones inaceptables".

Una sensación inquietante invadió el estómago de Óscar. El juez no seguía el guión. No estaba jugando.

"Viene de una familia rica, Sr. Novak-Chambers. Ha tenido ventajas con las que la mayoría de la gente ni siquiera puede soñar, y sin embargo no ha sabido utilizar sabiamente su educación y su crianza privilegiada. Si tenía problemas con el Sr. Gómez, debería haber tenido la previsión y la sabiduría de utilizar el sistema legal o las prácticas empresariales para reconciliar sus diferencias, y no tomarse la justicia por su mano. Un hombre con sus antecedentes y educación sólo podría haber estado en esa parte de la ciudad con un propósito malintencionado. Este tribunal considera sus acciones censurables". Miró al fiscal con desdén. "La fiscalía nunca debió aceptar este cargo de homicidio involuntario, y este tribunal rechaza su petición de clemencia".

Los murmullos recorrieron la sala.

"Desgraciadamente, mis manos están atadas por la ley en cuanto a la sentencia que puedo dictar. Pero estiraré esa atadura al máximo. Por la presente le sentencio a diez años en el Correccional de Máxima Seguridad de Pillager -sin posibilidad de libertad condicional."

El mazo cayó, aplastando a Oscar bajo él.

Capítulo 47

Oscar se obligó a mirar a los ojos a su familia y a Stacey.

Tyler abrazó a Darcy mientras ella sollozaba. Miriam se secó una lágrima del rabillo del ojo con un pañuelo de encaje. Roscoe se limpió el rabillo del ojo con el dedo. Stacey tenía la cara de piedra y miraba al frente sin pestañear ni moverse. La mirada de Oscar no bastó para captar su atención.

El alguacil se lo llevó por una puerta lateral de la sala, acompañándolo a comenzar su nueva vida con tipos llamados Cueball, Chilly Will, Fat Tony y similares.

Mientras el autobús de la prisión lo transportaba al correccional de Pillager, en la parte oriental de Kentucky, Oscar tuvo tiempo de reflexionar sobre su vida. No sólo maldijo al juez por haberle quitado diez años de su vida, sino también por haberle enviado a una prisión de niños grandes. El juez tenía razón. Había sido un privilegiado, pero eso estaba a punto de terminar de la manera más abrupta posible.

Miró a través de la jaula que cubría el interior del autobús transformado mientras avanzaba por la autopista. Intentó grabar en su mente los árboles y la vegetación, una imagen de libertad que conservaría durante la siguiente década. Charlie Ford prometió presentar un recurso de apelación para conseguir una condena más leve, pero eso podría llevar años.

Su único pensamiento reconfortante era que había podido proteger a Stacey. Ojalá se la hubiera tirado en el sofá de su piso antes de que apareciera el maldito Emmitt. Podría haber vivido con la idea de que ella fuera su última conquista sexual durante los próximos diez años.

A las tres semanas de cumplir su condena, Oscar estaba a punto de aceptar que ya no era Oscar Novak-Chambers. Era el preso 775580. Al menos su número era fácil de recordar.

La única forma que tenía de distraerse de su nueva situación era imaginarse a Stacey viviendo una vida feliz y despreocupada. A veces funcionaba, pero la mayoría de las veces no. En última instancia, le entristecía pensar en el futuro de Stacey, en que la vida que pudiera disfrutar no le incluiría a él.

Pero este martes, Oscar se despertó feliz. Stacey venía de visita. A las dos en punto, un guardia acompañó a Oscar a la sala de visitas. Se sentó en la silla detrás del cristal transparente de Perspex y cogió el teléfono con ansiedad.

Stacey estaba sentada al otro lado, con el teléfono en la mano. Llevaba el pelo recogido en un bonito corte punk. A él le gustaba. Mostraba su descaro.

Mantenía la cabeza baja, mirándole desde debajo de unas largas pestañas. Había renunciado a su habitual pintalabios rojo y se había puesto rosa cereza, a juego con la blusa.

Oscar admiraba su estilo, pero ya había llegado a esa conclusión poco después de su primer encuentro. Podía llevar un saco de arpillera con el logotipo de una patata de Idaho y seguir estando buena. Su estilo sólo complementaba su atractivo, no lo hacía.

"¿Cómo lo llevas?", me preguntó. Su voz era como un dulce néctar. Su tono era de auténtica preocupación, no sólo un saludo vacío.

"Vale, considerándolo. Pero tío, este sitio da miedo. Hay gente muy, muy mala aquí".
Cerró los ojos y asintió. "Lo sé. Yo soy la que encierra a gente así".

"Por supuesto".

Stacey se llevó el teléfono a la otra oreja. "¿Vas a decirme por qué lo hiciste?"

"¿Qué? ¿Confesar o golpear a Gómez?"

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Hay alguna diferencia?"

"Fue por la misma razón". Su susurro surgió de la compasión. "Para mantenerte sentado a ese lado del cristal."

"¿En serio?"

Oscar asintió. "Stacey, realmente no sé si atropellé a Gómez o no. Estoy bastante seguro de que no lo hice, porque si estaba tan borracho que no puedo recordar nada de esa noche, diría que probablemente estaba demasiado borracho para conducir."

Se mordió el labio. "Entonces, ¿quién crees que lo hizo?"

Se inclinó más cerca, pero dudó en hacer la pregunta candente. *¿Cómo le preguntas a alguien si ha matado a una persona?* Era sólo para confirmarlo. Pasaba por su mente cada noche. No le cabía duda de que había sido Stacey. Pero si ella lo negaba, sus diez años parecerían más largos, y era poco probable que confesara a estas alturas. "Tal vez algún gamberro de Louisville. Supongo que nunca lo sabremos".

Una lágrima cayó por su mejilla. "¿Pero de todos modos asumiste la culpa para protegernos a mí y a mi padre?"

Aceptó su premio de "héroe" en silencio.

"Eres mi caballero de brillante armadura".

Oscar soltó una risita. Tendría que conformarse con vivir como un caballero durante los próximos diez años. "Bueno, no te serviré de mucho aquí. Entonces, ¿Emmitt es tu nuevo caballero?"

"Emmitt..." Puso los ojos en blanco. "Desde que te encerraron, no para de llamarme, recordándome que le debo una cita. Incluso usó su privilegio policial para conseguir mi número de móvil. Dice que el destino nos unió".

Oscar miró alrededor de las paredes beige. "Lástima que una cita con él no me saque de este antro".

Los ojos de Stacey se agrandaron y se quedó con la boca abierta. Se levantó. "Me tengo que ir. Colgó el teléfono, le dio la espalda a Oscar y se marchó.

"¡Stacey!" Oscar gritó. En vano. Ella se fue de todos modos.

Capítulo 48

Stacey llamó al Departamento de Policía de Louisville y preguntó por el agente Dewsbury. Podría haberle llamado al móvil, pero eso le habría dado una sensación de derecho y falsas esperanzas.

"Oficial Dewsbury aquí."

"Oh hola, Emmitt. Soy Stacey Davenport."

"¡Hola, Stace!" La testosterona rezumaba por el teléfono.

La apartó de su cabeza, poniendo mala cara. Se reagrupó. "¿Podemos ir con Stacey?"

"Lo siento, claro."

"Cumpliste tu palabra, ahora es el momento de que yo cumpla la mía. Creo que te debo una cita". El silencio al otro lado la sorprendió. Ella esperaba un *¡Yahoo! que se oyera* en Tennessee. "¿Emmitt? ¿Estás ahí?"

"Lo siento, Stace-Stacey, estoy un poco conmocionado en este momento."

"Soy una mujer de palabra, Emmitt. Así que... ¿tienes algo en mente?". El arrepentimiento la recorrió al instante. No podría haberlo expresado peor. Como tirarle un filete a un perro y luego ordenarle que no lo tocara.

"Bueno, ya que lo dejas abierto, ¿qué tal...?"

Stacey se le adelantó. "¿Roxy Rue está en Frankfort?. Es una idea maravillosa, Emmitt. Pero es bastante caro, estaré encantada de ir a Dutch".

"Oh... sí, vale. Claro. Es elegante allí, ¿no?"

"Una chaqueta y una corbata no estarían fuera de lugar, no".

"Claro, pero ninguna cita mía va a pagar por sí misma. Esto corre de mi cuenta, señorita".

Casi prefería "Stace" a "señorita". Se dio cuenta de que los habitantes de Kentucky abrazaban los valores tradicionales mucho más que los hombres de California. Jett Johnson incluso había sugerido que intercambiaran el pago de cada dos comidas.

"¿Qué tal el sábado? Te recogeré sobre..."

"Está bien, Emmitt. Haré la reserva y nos vemos allí. ¿A las siete?"

"Genial. ¿Puedo decir...?"

"Lo siento, Emmitt, hay alguien en la puerta. Nos vemos el sábado". Colgó. Eso fue más doloroso de lo que pensó que sería. Y ahora tenía que vivir con ello, cara a cara.

Stacey llegó pronto a casa de Roxy Rue y se aseguró de que el arreglo floral fuera el adecuado. Era una fecha importante para Emmitt, sin duda, pero también lo era para ella. Quería que todo estuviera perfecto.

Emmitt llegó cinco minutos antes y se reunió con ella en una mesa junto a la ventana. Le ofreció el ramo de flores que había traído.

"Buenas noches, Stacey. ¿Puedo decir lo encantadora que estás esta noche?"

Enarcó una ceja. "¿No 'Stace'?"

Se aclaró la garganta. "No, me dijiste que no te gustaba, así que ya no te llamaré 'Stace'".

Ella agachó la cabeza. "Gracias, Emmitt". Tocó el ramo. "Las flores son preciosas". Lo miró un poco más de cerca. "¿Es un traje nuevo?"

Sonrió. "Sí, quiero decir, sí, lo es". Se pasó las manos por los costados, se desabrochó la chaqueta y se sentó.

El camarero se acercó y sirvió a Emmitt una copa de vino de la botella de Shiraz que Stacey ya había pedido. Tras hablar del menú, Emmitt pidió un filete de buey y Stacey, linguini con gambas. Bebieron a sorbos mientras esperaban a que llegara la comida.

Le hizo falta valor, pero miró a Emmitt a los ojos. "Creo que nunca te di las gracias por arrestar a Louie Gómez. Ya sabes, por los cargos de drogas".

"¿Agradecerme? Demonios, me gritaste". Se detuvo y se frotó el dedo bajo la nariz. "Quiero decir, no pensé que estuvieras muy feliz por eso."

"No, no lo era, pero ahora me doy cuenta de que los fiscales y los policías hacen las cosas de forma diferente. Ni bien ni mal, sólo diferentes".

Emmitt sonrió. "No podría estar más de acuerdo. Me gusta ayudar al sistema judicial en todo lo que puedo".

Stacey se inclinó hacia él y le susurró juguetonamente. "¿Como quitarse la venda de los ojos?"

Asintió con la cabeza. "Todos necesitamos un poco de ayuda, ¿no?"

"Desde luego que sí". Dio un sorbo a su vino mientras miraba a Emmitt. Desde luego parecía satisfecho de sí mismo, sentado en la misma mesa que ella. "Gracias por deshacerte de Oscar."

Sus cejas se arrastraron hacia el techo. "¿Qué quieres decir?"

"Arrestándole. Era un grano en el culo, pero hiciste un buen trabajo policial arrestándolo".

"Pero estabas en su casa cuando le pillé. Como... desnudándose".

Se dio un manotazo en la mano. "Me ha manchado la camisa de vino, el muy zoquete. No, mi padre quería que le echara una mano para montar un sistema de apuestas online. Yo estaba allí por negocios para la oficina del gobernador. ¿Y cómo averiguaste que fue él quien mató a Gómez?"

"Buen trabajo policial a la antigua".

"¿Cómo es eso?" Stacey se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos, incitándole a revelar más.

"Hay que tener gente sobre el terreno dispuesta a cooperar con el departamento de policía".

"Oh, quieres decir como informantes."

"Sí, y si puedes conseguir los informantes adecuados, pueden ayudarte a encontrar los testigos adecuados. Así puedes resolver un montón de crímenes".

"¿Y así es como resolvieron el caso Gómez? ¿Los testigos se presentaron?"

Emmitt sonrió. "¿Recuerdas a la señora de los ojos vendados?"

Stacey asintió, sentada en el borde de su asiento.

"A veces los testigos también están un poco ciegos. O no pueden recordar ciertos eventos. Ahora, sabemos que el Sr. Escalade fue visto en el almacén de Louie. Sólo me aseguré de que algunas personas lo vieron allí la noche del asesinato."

Stacey se echó hacia atrás, ofreciendo una mirada perpleja. "¿Cómo lo has hecho?"

Emmitt miró alrededor del elegante restaurante, comprobando el nivel de intimidad. "Enseñé a los cuatro testigos una foto del señor Escalade y su camioneta. Les dije que creíamos que había sido él quien disparó a Gómez, y les pregunté si podían confirmar que lo habían visto fuera del almacén de Louie a las siete en punto del dieciséis de junio. Eso les refrescó la memoria". Sonreía de alegría.

"¿Cuánto tuviste que pagarles?"

"Doscientos dólares..."

Stacey se levantó y le tiró a la cara su vaso lleno de vino. "Cabrón. Le tendiste una trampa".

Emmitt cogió su servilleta y se limpió la cara. "Lo hice por ti, Stace. Por nosotros. Para que pudiéramos estar juntos".

Tiró la servilleta de lino sobre la mesa. "¿Qué hiciste por mí? ¿Incriminar a Oscar o matar a Gómez?"

"¡Me deshice de nuestros obstáculos!"

Stacey arrancó la rosa del jarrón que había en el centro de la mesa. Luego sacó el micrófono oculto en su interior. "Su próximo obstáculo es el correccional de Pillager".

Capítulo 49

Óscar se detuvo ante la puerta, demasiado familiar, situada junto a la mansión del gobernador. Respiró profundamente el aire fresco de Kentucky. Era tan diferente del aire de la prisión. No estaba viciado, estaba libre de actitudes y podía fluir sin restricciones. Nunca antes había apreciado el aire, pero ahora disfrutaba de cada bocanada, como un experto en vinos que saborea una buena cosecha.

La puerta se abrió a un sonriente Conrad. "Sr. Novak-Chambers..."

Oscar levantó la mano.

El mayordomo asintió. "Por supuesto... Oscar, es un absoluto placer verte".

"Y tú, Conrad. También me alegro de verte", dijo.

Los dos hombres se cogieron de la mano y se estrecharon con auténtico afecto.

"El gobernador está deseando verle". Conrad se hizo a un lado y barrió con la mano en dirección al despacho del gobernador. "¿Vamos?"

Oscar asintió. "Lo haremos".

Caminaron codo con codo hasta las familiares puertas de roble que los separaban del hombre que dirigía Kentucky.

Conrad llamó a la puerta y la abrió de un empujón sin esperar permiso.

Judd se sentó detrás de su escritorio. Levantó la vista, se quitó las gafas de montura de alambre y sonrió.

Óscar le tendió la mano, pero el gobernador la ignoró y se acercó para abrazarle.

"Oscar, ¿cómo diablos estás?"

Oscar hizo una mueca de dolor por la presión.

El gobernador rompió el apretón y sujetó a Óscar por los hombros, mirándole a la cara. "¿Has sobrevivido?"

"Un poco más duro que el campamento de la iglesia."

Davenport sonrió con simpatía y extendió el brazo hacia los sofás. "Siéntense". El gobernador se acercó a la barra y acercó dos vasos antes de quitar el tope de cristal de la parte superior de una jarra y servir dos whiskys. "Eso es todo, gracias, Conrad".

"Muy bien, señor. Se dio la vuelta y se marchó, mostrando una sonrisa a Oscar en su salida.

Judd le entrega a Oscar un vaso de whisky y brinda. "Me alegro de volver a verte, hijo. Bienvenido de nuevo".

Oscar disfrutó del suave ardor del alcohol. En cuanto sintió el cálido cosquilleo en la boca del estómago, sintió que volvía a la normalidad. Dejó escapar un audible suspiro de placer.

"Gobernador, no puedo agradecerse lo suficiente."

Davenport metió la mano en el bolsillo interior de su traje y sacó un estuche de plástico transparente que contenía un bolígrafo plateado y dorado sobre un trozo de terciopelo azul acolchado. Le entregó el estuche a Oscar. "El primer día que te conocí, te dije que podía evitar que ejecutaran a un hombre con este bolígrafo. Y como has descubierto de primera mano, también puedo indultar a un hombre por crímenes contra la humanidad con esa misma pluma".

Óscar cogió el regalo. Se quedó mirando el bolígrafo que le había devuelto la vida. Sobre el bolígrafo había un cartel dorado con la inscripción "*El bolígrafo del perdón*". "Tengo que preguntar por qué".

"Lo que hiciste por Stacey y por mí fue, bueno, extraordinario. No sé quién más habría

hecho algo así por alguien que no fuera de la familia, y probablemente ni siquiera entonces. Nos protegiste, hijo. Así que déjame preguntarte... ¿por qué?"

"Amo a su hija, señor."

El gobernador sonrió. "Ya me lo imaginaba. De todos modos, gracias a las pruebas de Stacey, el agente Dewsbury será juzgado, pero aún no ha confesado. Una vez condenado, te habrían puesto en libertad, pero eso podría llevar meses. Sabiendo que eres inocente, no podía dejarte pasar otro día en prisión. Un indulto puede hacerse en un par de días".

"¿Y eso es todo?"

Davenport asintió. "Eres un hombre libre, Oscar. Lo he consultado con el fiscal general y he hecho uso de mi poder ejecutivo para indultarte y sacarte inmediatamente de la cárcel. ¿De qué sirve tener amigos poderosos si no ejercen ese poder de vez en cuando? ¿Verdad?"

Oscar sonrió. "Mis sentimientos exactamente, Gobernador".

Levantaron sus copas y brindaron en silencio por la libertad de Oscar... o por el poder de Judd.

"¿Dónde nos situamos en la escala ética respecto a que la hija del gobernador salga con un ex convicto?"

Davenport se echó hacia atrás en su asiento. "Consigue un abogado que borre el indulto. A su debido tiempo, se borrará por completo de su expediente. Entonces no habrá pruebas en el expediente de que esto haya ocurrido".

A Óscar se le iluminó la cara.

"Y le ofrezco mi más sincera gratitud por lo que ha hecho". Volvió a estrecharle la mano. "No le he dicho a Stacey que estás aquí. Creo que está arriba, si quieres ir a verla".

"Me gustaría mucho".

Oscar salió de la oficina del gobernador. Se topó con Conrad al salir. "Oye, Conrad, ¿sabes dónde está Stacey?"

"Creo que está en su habitación". Señaló las escaleras. "Segunda puerta a la izquierda."

Oscar subió las escaleras de un salto y llamó a la puerta. El nerviosismo se apoderó de él y un hilillo de sudor brotó de la palma de su mano.

"Un momento. Me estoy vistiendo".

"No quiero que te vistas."

¿"Oscar"? Dios mío. ¿Eres tú?"

"Abre la puerta y averígalo".

Stacey salió al pasillo. "¿Ya estás en libertad condicional?" Estaba de pie, con las manos en las caderas y una sonrisa en los labios, tal como él la recordaba.

Oscar se acercó a ella. "Me escapé. Un convicto desesperado que no ha visto a una mujer bonita en mucho tiempo. Enciérrese, señora, o podría salirme con la mía".

Stacey curvó el dedo hacia ella. "¿Por qué no vienes aquí, convicta? Quizá me salga con la mía contigo. ¿Alguna vez has pensado en eso?"

"Todos los días estaba dentro".

Se quedaron de pie, perdidos en los ojos del otro.

Oscar se estremeció primero. "¿Cómo sabías que era Emmitt?"

Respiró hondo. "Cuando te arrestó, dijo que era nuestro destino. Me pareció extraño. Luego, cuando te visité, mencionaste que debía salir con él si eso te sacaba de la cárcel. De repente me di cuenta de que el bastardo creó el destino que quería. Mató a Gómez y te tendió una trampa

para quitarte de en medio, pensando *que* así podría tenerme a mí".

"¿Y esa es la única razón por la que mató a Louie?"

"No, él sabía que yo estaba enfadado porque Gómez probablemente saldría libre del arresto que hizo, así que consiguió la condena que yo no pude, y luego te la endosó a ti. Lo vio como ganar-ganar".

"Gracias, Stacey."

"De nada".

Ella lo besó, luego se apartó y lo miró. "¿Qué? ¿No hay flores? ¿Estaba cerrada la gasolinera?"

Sacudió la cabeza. "Oh no, estaba abierto, pero sólo tenía un dólar y 25 centavos".

Ella sonrió, le cogió de la mano y le llevó a su habitación. Se puso sobre la alfombra de piel de oveja que había en medio de la habitación y miró a su alrededor. Bonita. Un sofá de tres plazas color lima-limón dominaba una de las paredes, frente a lo que no podía ser más que un televisor de veintidós pulgadas. En el suelo de madera clara, junto a la otra pared, cerca del sofá, había una mecedora blanca. La cama de la otra pared era de matrimonio. Pensó que ella habría elegido una queen para reflejar su personalidad. En el soporte junto al televisor estaba su trofeo de golf. Le dio un subidón de placer verlo expuesto.

Señaló el trofeo. "Te lo quedaste".

"Por supuesto, me lo quedé. ¿Cuántas veces puede una chica embocar el putt ganador en un gran torneo?"

"Sí, lo sé. Pero quiero decir, lo tienes en exhibición y todo. No está guardado en una caja en el ático".

Se acercó un poco más. "En primer lugar, no tengo buhardilla. En segundo lugar" -le frotó el pecho con el dedo- "si quieres saberlo, me recuerda a ti, y pienso mucho en ti".

"¿En serio?"

"De verdad".

"Y pensar que te reíste cuando tu padre me presentó por primera vez como 'Oscar'. Casi me desanimaste, ¿sabes?"

"Empecemos de nuevo". Ella agachó la cabeza, mirándole de arriba abajo. "¿Quieres dar un paseo por la alfombra roja?"

"¿Me llevará a los Oscar?"

"Bueno, estás nominado como protagonista. Lo que hagas con el papel depende de ti".

Sus labios se fundieron, encendiendo la pasión que se habían negado en el pasado y desatando un deseo irrefrenable. Oscar la levantó, la arrojó sobre la cama y se tumbó a su lado. Sus manos recorrieron el cuerpo del otro, acariciando la carne que ardía bajo la ropa innecesaria.

Le desabrochó la blusa, que ella se quitó rápidamente, mostrando su sujetador rojo de encaje. Le quitó los vaqueros, mostrando un tanga tan pequeño que no ocultaba el vello púbico, lo que le llevó a la conclusión de que mantenía su jardín desnudo, o al menos bien cuidado. Estaba impaciente por averiguarlo.

Stacey se agachó e introdujo un dedo entre su vientre plano y sus pantalones abultados. "¿Qué tienes ahí debajo?"

Sonrió. "El paquete del caballero. ¿Quieres desenvolverlo?"

"Con todo mi corazón".

Sus labios se posaron en los de ella y entraron en un mundo de éxtasis.

Capítulo 50

Roscoe agarró a Oscar por la nuca y le apretó cariñosamente. Su otra mano se extendió hacia una excavadora JCB que tenían delante, mientras los rodeaban familiares y algunos amigos.

"Le dije a Tyler que debíamos esperar a que salieras de la cárcel para terminar el campo de polo, y aquí estás. Así que es justo que empieces a cavar para la última fase del proyecto, el aparcamiento."

"Pensé que habíamos hablado de dejarlo como está".

Tyler se acercó a él. "Sí, pero cuanto más lo pensamos, la gente en Ferraris y Bentleys no quiere aparcar en un solar de tierra. Unos cuantos miles más y lo pavimentaremos, entonces no habrá que preocuparse por los supercoches embarrados".

"¿De verdad me habéis esperado? Podrían haber sido otros diez años".

"Pero no lo es", dijo Tyler. "Gracias a que tu novia encerró a ese policía chiflado".

"Es verdad. Es gracioso, ¿no? A Emmitt le cayeron treinta y cinco años por el mismo crimen por el que a mí me cayeron diez".

Tyler sonrió. "El encanto de la Chambers en acción".

Oscar evaluó la posición de la excavadora. "¿Esa cosa está en terreno estatal o es de nuestra propiedad?"

"Lo llevamos al límite", confirmó Tyler. "Pero es nuestra tierra. Nos aseguramos de eso".

"Bien", exclamó Oscar. "Vamos a mantenerlo en la familia, ¿verdad?"

"Exacto", asintió Roscoe.

Stacey dio un empujón a Oscar, empujándolo hacia la excavadora. "Vamos. Sube ahí y empieza a cavar tu sueño".

Oscar le dirigió una mirada amorosa. "*Nuestro* sueño".

Sonrió.

Oscar se subió a la excavadora, comprobando los mandos y las palancas para ver qué hacía cada cosa.

Miriam se acercó y se puso al lado de Stacey. "¿Así que eres la hija del gobernador?"

Stacey sonrió amablemente. "Sí."

"¿La que le gusta a mi nieto?"

Stacey volvió a sonreír. "Sí, creo que compartimos una atracción mutua".

"Lo suficiente como para darle frutos antes de que yo esté levantando margaritas".

"Vaya, Sra. Novak, ni siquiera estamos casados. De hecho, ni siquiera estoy bajo una propuesta de matrimonio. "

Miriam le dio un manotazo. "Oh, fiddlesticks. En este segundo milenio las reglas han cambiado. Tienes el permiso de su abuela para participar en actividades que puedan traer descendencia a esta familia". Dirigió la cabeza hacia Julieta, al otro lado de la reunión. "Esa está buscando al Sr. Perfecto en todos los lugares equivocados. Tú eres mi mejor apuesta".

Stacey reprimió una sonrisa. "Ya veo. Bueno, cuando llegue el momento, veremos cómo van las cosas".

"¿Y de qué forma te gustan las cosas, querida?"

"¿Perdón?"

"Déjame decirlo de otra manera. ¿Qué te pondría de humor?"

"Oh, de humor... Bueno, seguro que si Oscar me llevara de crucero, estaría de humor".

Miriam enarcó una ceja. "Un crucero, ¿eh?"

"Sí, eso ayudaría".

Miriam miró a Oscar sentado en la JCB. "Zarparás en cuanto Oscar se baje de esa maldita excavadora".

Stacey sonrió.

"Y si llegas a casarte, quizá conserves también tu apellido de soltera".

"¿Por qué iba a hacer eso?"

"Piénsalo. Entonces serías Stacey Davenport-Novak-Chambers. Y ya sabes cómo la gente llama a sus hijos después de los verbos en estos días, como Dash o Chase. Podrías llamarle 'Run'".

"¿Correr?"

Miriam sonrió. "Corre DNC".

Stacey se echó a reír. Eso le aseguró que le gustaría formar parte de la familia. Dinero, risas y un hombre dispuesto a hacer *cualquier cosa* por ella. ¿Qué más podía desear una chica?

"Vamos, chico", gritó Roscoe. "Lo estás haciendo muy bien. Otro par de cucharadas, luego traeremos al equipo para terminarlo".

Oscar bajó la pala y sacó otra carga de tierra. Giró la JCB y vertió la masa de tierra sobre el montón que había empezado.

En lo alto de la pila, el sol captó el brillo de un trozo de metal.

"¿Qué demonios?" murmuró Oscar.

Apagó la excavadora, bajó de un salto y se acercó al montículo. Roscoe y Tyler se unieron a él.

"Mierda", susurró Tyler.

Roscoe quitó la suciedad de la parte superior del maletín. "Mira esto."

Propiedad de Fort Knox Depository.

"No me lo puedo creer. Está aquí. Realmente está aquí".

Darcy, Miriam y Stacey se acercaron. Juliet se quedó donde estaba, absorta en su teléfono.

Stacey señaló el maletín. "¿Qué es eso?"

La sonrisa de Oscar se extendió por toda su cara. "El premio gordo. En nuestra tierra".

Stacey cargó contra él, arrojándose sobre él y tirándolos a ambos al montón de tierra. Miró a Miriam y luego a Oscar a los ojos.

"Oscar Novak-Chambers ... ¿Quieres casarte conmigo?"

Oscar miró a su familia. Todos esperaban su respuesta. Miriam con una lágrima en el ojo.

Volvió a centrarse en Stacey. "¿Firmarás un acuerdo prenupcial?"

"De ninguna manera."

Los reunidos se echaron a reír.

Oscar también lo hizo. "Miremos hacia nuestro futuro", dijo.

Todos los ojos estaban puestos en la caja cuando Oscar la abrió.

Vacía.

Roscoe se echó a reír. "Te dije que nunca permanecería enterrado tanto tiempo. Algún hijo de puta vino y se lo llevó. Tendremos que seguir ganando dinero a la antigua usanza, trabajando duro".

Oscar miró a Stacey. "¿Todavía quieres casarte conmigo?"

Stacey le apretó fuerte mientras estaban tumbados en el montículo de césped. "Hagámoslo esta noche. Zarpamos mañana".

EL FIN

Si has llegado hasta aquí, espero que sea porque has leído el libro entero y lo has disfrutado.
Si es así, le agradeceríamos mucho que ayudara a difundirlo dejando una reseña en Amazon
y/o Goodreads.com.

El boca a boca es más poderoso
que cualquier anuncio que pueda comprar.

Gracias por su apoyo

Travis Casey

Nota del autor

Mi carrera como escritor comenzó con la *trilogía Trouble de Tyler*, cuando Tyler Chambers se alistó en la Marina para evitar una condena de cárcel. Sus aventuras abarcaron la década de 1980 y le llevaron a Hawai en la estafalaria comedia romántica *Trouble Triangle*. Queriendo escapar de la anormalidad de las relaciones retorcidas, Tyler se encontró en un buque de guerra de la Armada que navegaba por el Pacífico Occidental tratando desesperadamente de evitar a sus compañeros psicóticos en la cómica novela de suspense **Océanos de problemas**. La cosa no salió tan bien y se encontró en Escocia, no sólo reparando submarinos nucleares, sino también embarcado en una relación atómica con Darcy Novak, el último fruto prohibido en la novela romántica, **Forbidden Trouble**. (Para adultos existe una versión erótica con las mismas risas y mucho más vapor en la edición *Forbidden Trouble 18+*).

Mientras escribía mi siguiente novela, la vida dio un giro curioso y regresé a Estados Unidos después de vivir veintidós años en Inglaterra. Mientras me repatriaba a Estados Unidos, pronto me sentí como un **extranjero en mi propio patio trasero**. Así que escribí sobre ello. Las complicaciones siguieron proporcionándome inspiración (y material), así que escribí una continuación, **Foreigner On My Own Front Porch**.

Con las memorias aparentemente fuera de mi sistema, terminé una novela en la que había estado trabajando con Melissa Mayberry, un suspense romántico, **Enemigo de mi enemigo**.

Por fin terminé la novela en la que empecé a trabajar antes de mudarnos a Estados Unidos y publiqué el libro sobre el hijo de Tyler y Darcy, Oscar, de suspense romántico, **Southern Harm**.

Tras cuatro años en Estados Unidos, decidimos volver a Inglaterra, pero no sin antes tener la estúpida idea de comprar una autocaravana de segunda mano y conducir desde Minnesota hasta Florida. Mark Twain lo dijo mejor "*No es de extrañar que la verdad sea más extraña que la ficción. La ficción tiene que tener sentido*". Esas palabras se hacen realidad en **¿Ya ha llegado la autocaravana?** La verdadera historia de una pesadilla automovilística.

¿Cree que el mundo en que vivimos se ha vuelto estúpido? Lo mismo piensan los personajes de mi serie Carolina Calling, en la que la ficción negra se mezcla con la sátira política en **No Halo Required, The Mayor's Race y Dark Alley to Power**.

Libros de Travis Casey

TRILOGÍA DE LOS PROBLEMAS DE TYLER

[*Trouble Triangle*](#) -Comedia romántica ambientada en Hawai. El primer libro de la serie.

[*Oceans of Trouble*](#) -Los problemas persiguen a Tyler por el Pacífico occidental en esta novela de suspense.

[*Forbidden Trouble*](#) - ¿Encontrará Tyler el amor en Escocia en esta comedia romántica?

[*Southern Harm*](#) -Tyler pasa a un segundo plano con su hijo, Oscar, en este suspense romántico.

SERIE CAROLINA CALLING

[*No Halo Required*](#) - La justicia cede ante el mal en este libro de ficción Noir.

[*La carrera por la alcaldía*](#) - ¿Es su color suficiente para ganar el cargo en esta sátira política?

[*Dark Alley to Power*](#) - El tercero y último de la serie. Sátira política/Noir de ficción

SERIES DE LA VIDA REAL

[*Foreigner In My Own Backyard*](#) - Memorias: Travis Casey regresa a Estados Unidos tras más de dos décadas en el Reino Unido.

[*Foreigner On My Own Front Porch*](#) -Memoir: Secuela de "Backyard"

[*¿Ya ha llegado RV?*](#) - Memorias: Travis Casey y su esposa viven una pesadilla automovilística de Minnesota a Florida.

TÍTULOS INDIVIDUALES

[*Enemigo de mi*](#) enemigo - Suspense romántico escrito con Melissa Mayberry

Para estar al día, visite mi sitio web, traviscasey.com
Me encanta recibir noticias de los lectores. No dude en enviarme un correo electrónico a
[**traviscasey1074@yahoo.co.uk**](mailto:traviscasey1074@yahoo.co.uk)